

Martín Casariego

**La hija
del coronel**



Lectulandia

Situada en la Melilla legionaria de fines de la década de los 60, se vertebró en torno a la historia de amor que viven el protagonista —un joven legionario que se ha alistado huyendo de una realidad gris y de unas expectativas fallidas cuya realidad invierte en su vida cuartelera— y LA HIJA DEL CORONEL de su Tercio, ahogada por la estrechez de una existencia vinculada a su padre, revelándose en último término como un drama de apariencias y frustraciones en un mundo cuyo estruendoso vacío parece clausurar, de forma perfecta, las detonaciones que abren y cierran la obra.

Lectulandia

Martín Casariego

La hija del coronel

ePub r1.0

Titivillus 04.05.2018

Título original: *La hija del coronel*
Martín Casariego, 1997
Ilustrador: Ángel Uriarte

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Nota del autor

Todos los personajes de la presente novela, sin excepción, son exclusivo producto de la imaginación del autor, que agradece las facilidades prestadas por el Excmo. Sr. Teniente General JEME y por los mandos del Tercio Gran Capitán de Melilla.

*Para Fátima,
por los buenos ratos,
por los buenos tiempos.*

Ella valía mucho más que yo. Yo era muy pobre, casi un mendigo, y cuando ella me besaba mis ojos permanecían muy abiertos y se llenaban de angustia: esperaban, durante cada beso, que apareciera el cobrador más inflexible, el cobrador más justiciero.

Pe Cas Cor

Cero

El coche circulaba por la carretera asfaltada a ochenta por hora, no daba para mucho más, con las luces largas, que no iluminaban demasiado.

—Es esa desviación, ahí, a la izquierda.

El conductor llevó la mano a la palanca de cambios, a la derecha del volante, redujo una marcha, otra, y giró en segunda, por el camino de tierra. Unas enormes tinajas de barro cocido señalaban la entrada a la finca. Apenas habían avanzado cincuenta o sesenta metros, cuando el hombre que no conducía volvió a hablar.

—Para, me estoy meando.

Se detuvieron a la altura de unos cuantos chopos, que crecían aprovechando la humedad de una pequeña vaguada. El legionario que no conducía aguardó a que el otro, que había ingerido mucha cerveza, bajara primero. Fue andando, con una decisión que disimulaba los tumbos que daba, hasta los árboles, y empezó a orinar. El legionario que no conducía abrió la guantera del coche, sacó la pistola que ahí había visto guardar y comprobó que estaba cargada. Después, la montó, y al hacerlo, un cartucho salió expulsado. No se molestó en buscarlo y quitó el seguro a la pistola. El ruido metálico hizo que la mujer que se sentaba atrás se sobresaltara. Sus ojos casi negros brillaban en la oscuridad como incrustaciones de mica. El legionario sintió el miedo a sus espaldas, y se volvió.

—No es nada —dijo para tranquilizarla—. Sólo divertirnos.

Salió del coche y cerró la puerta. Una suave brisa hacía temblar las hojas de los chopos. La luna era una guadaña de plata. Se puso a las espaldas del otro, que seguía meando. No era una cólera fría la que le dominaba, ni tampoco una cólera caliente, era una lejanía de robot la que guiaba sus actos. Aun así, no se decidió a dispararle por la espalda: nadie merece morir como si estuviera huyendo, y menos un compañero en la camisa verde. Dio un pequeño rodeo y se situó de frente. Esperó a que el otro se guardara la minga, mientras farfullaba algo ininteligible. Cuando terminó, alzó, por fin, la vista. Sus miradas, turbia la del que acababa de mear, remota la del que empuñaba el arma, se encontraron sólo durante un segundo. Apuntó al pecho y disparó tres veces seguidas. El otro aguantó de pie los impactos, aunque retrocedió dos pasos. Él se acercó, y evitando mirarle nuevamente a los ojos, le descerrajó un cuarto tiro en la cabeza. Más tarde, por el atestado, supo que uno de los disparos, el primero, le había fracturado la clavícula izquierda, produciendo un importante desgarro muscular en el trapecio. El segundo proyectil había atravesado la base del pulmón derecho y el diafragma, para quedar alojado en el hígado. El tercero,

mortal, atravesó la pared torácica, el corazón y una porción de la aorta, provocando una importante hemorragia. En realidad, con ése hubiera bastado. El cuarto, el último, innecesario salvo para acelerar el resultado final, le había entrado por la frente y salido por la nuca, con pérdida de masa encefálica, causándole la muerte instantánea. El legionario que empuñaba la pistola se volvió. Había oído abrirse la puerta. La mujer, una sombra encogida, muda, se acercaba, se acercaba hacia ellos, o hacia él y el muerto. Se miraron sin decir palabra. Ella se arrodilló, se abrazó al cadáver, y comenzó a lamentarse y a gimotear. Él no quería que ella sufriera. En realidad, no quería que nadie sufriera. El quinto disparo, que saltó la tapa de los sesos de la mujer, sirvió para unirles en la muerte tanto o más de lo que lo habían estado en la vida. Arrastró los cadáveres y los ocultó en la hondonada, entre las hierbas y los matorrales que crecían junto a los chopos. En un charco, hundiéndola en el fango, se deshizo del arma.

Todavía no muy consciente de lo que acababa de hacer, todavía como si alguien manipulara unos mandos y le dirigiera por control remoto, todavía ajeno, el legionario montó en el coche y se dirigió hacia el cortijo.

Uno

Desde la pelada loma en la que se asentaba la construcción, una pobre vivienda de dos piezas, sin aseo, levantada con piedra y barro, se divisaba el cortijo de los señoritos, blanco y altivo, distante apenas un par de kilómetros, un cuarto de hora andando. El crío, descalzo, tapado con unos pantalones agujereados y una camiseta llena de rotos y remiendos, poco más que un descolorido trozo de tela, jugaba a perseguir, con la torpeza propia de su corta edad, y armado de un palo, a una hormiga. Sus padres, aún muy jóvenes según las partidas de nacimiento, pero prematuramente envejecidos por las privaciones, el trabajo y la dureza de ese amargo campo que amaban, le miraban con orgullo. El niño, pendiente de la hormiga, a la que intentaba sin éxito arrear un palo, tropezó con una piedra y cayó. Se levantó y empezó a llorar sin mucha convicción. La madre fue hacia él y le alzó en brazos.

—No me jimpes, Pepín de mi arma, no me jimpes...

Con el crío aún en brazos, se reunió con su marido.

—¿Y la güeña nueva? ¿Es que anuncia me la vas a decir?

El hombre se volvió, y miró hacia el cortijo.

—El señorito madicho que en dentro de un mes, si el Señor quiere, tendremos allí nuestro fuego, y Pepín estudiará con el hijo del señorito.

La mujer depositó al suyo en el suelo, y pasó su brazo por la cintura del hombre. El niño corrió hacia las ruinas del antiguo corral, pegadas a la casa. Puesto que únicamente poseían un par de gallinas, no valía la pena reconstruirlo. Aún ignoraba la importancia que aquel día iba a tener en su vida.

Dos

El cortijo, blanco, de dos pisos y cubierta de teja, se organizaba alrededor de un gran patio rectangular, en el centro del cual crecía una enorme palmera. Alguien había clavado en su tronco un clavo del que pendía una oxidada herradura de mula, menos redondeada que si fuera de caballo. A todo lo largo del piso superior corría una galería descubierta, que se correspondía con una inferior más profunda y cubierta, a la que se podía acceder desde el exterior por una escalera de piedra. Todas las ventanas estaban protegidas por tela mosquitera. Sobre el tejado, unos aspersores pulverizaban agua, para refrescar la casa. En el piso bajo, junto a las habitaciones destinadas al servicio, dos de los arcos de medio punto separados por robustas pilastras estaban asimismo tapados por tela: uno daba a un corral con gallinas y el otro a la perrera, ocupada por cuatro lebreles y un podenco. Sobre la entrada del cortijo había una imagen, empotrada en la piedra, de un Cristo del Sagrado Corazón con la leyenda *Reinaré*. Debajo, unos azulejos componían el nombre del cortijo y de la finca: *El Mesto*. Así se llamaba, aunque en el patio creciera una palmera y no un híbrido de encina y alcornoque. También en la entrada a la finca, en uno de los dos pilares en los que se embebía la puerta de hierro y que estaban flanqueados por unas enormes tinajas de barro cocido, estaba escrito aquel nombre, con idénticos azulejos. José, de niño Pepín, era ahora un muchacho alto, teniendo en cuenta el año en que había nacido, 1950, y el medio en que se había desarrollado, y recio, no sólo por su constitución, sino por estar acostumbrado al trabajo duro en el campo, a cargar con cada mano cajas de veinticinco kilos de tomate, a empujar remolques, a cavar si hacía falta. Iba a abrir la puerta del R-4 cuando Julio entró al patio, montado en *Carbón*, su caballo favorito, negro como su nombre.

—¿Para dónde vas?

—A los nogales —contestó él.

—Contigo quería hablar —dijo Julio—. ¿Dónde estuviste ayer por la noche?

A él le fastidió no sólo su tono desabrido, sino también que le hablara desde arriba, que no se molestara en desmontar.

—Viendo la tele, ya te dije —contestó—. Ponían *Sólo ante el peligro*.

Había llamado a Mercedes, pero ella había dicho no encontrarse muy bien. *Carbón*, a pesar de la cabalgada y del sudor que hacía brillar su piel, continuaba nervioso, piafaba, y Julio le hizo dar una vuelta alrededor del coche de su amigo y subordinado.

—¿Por qué?

—Por nada. Ayer vieron a unos descamisados meterse en la finca de Márquez. Tú de eso no sabes nada, ¿verdad, José?

Contó hasta diez. En todas las fincas había siempre algunos robos, desharrapados, muertos de hambre que se colaban con unos sacos. Cuando escuchaban un motor o veían una luz, trepaban a los árboles, y cuando el peligro pasaba, bajaban y seguían llenando los sacos. Terminó de contar hasta diez. Tú, con los ricos, cuenta hasta diez, le decía su padre.

—Qué voy a saber —dijo.

Airado, subió al coche, y salió del cortijo por el camino anaranjado de zahorra que llevaba hasta la carretera. Al kilómetro se desvió a la izquierda, y tomó el camino de tierra marrón. Unas ovejas pastaban en un campo de tomate ya recogido. Habían quedado bastantes, antes verdes y ahora pudriéndose. Para dejarlo en la tierra no se siembra, pensó con rabia, resentido contra Julio. Cuando llegó a los nogales, se salió del camino polvoriento y pedregoso, y condujo entre dos hileras de árboles. Bajó del coche. Los postreros rayos de sol se filtraban entre las hojas, que, siendo iguales, jugaban a ser verdes claras y verdes oscuras. Más allá, su tono amarillo delataba el empleo del etefón. La abundancia de sombra hacía que creciera más el musgo que la hierba. Los patrones de los árboles, de nogal negro americano, parecían basas de columnas, y los troncos, injertos, eran mucho más claros, color canela. Oyó los cascos de un caballo. Era *Carbón*, pero montado por Mercedes. Julio no dejaba nunca su purasangre árabe a nadie, ni siquiera a él.

—Hola —le saludó ella—. Te vi meterte aquí, y me dije: vamos a saludarle.

—Creí que habíamos quedado donde el cabezal, niña.

—Y ahí nos veremos, ¿no?

Habían ido juntos a la escuela. Ella vivía en un pueblo de colonización, a siete kilómetros del cortijo, un pueblo construido hacía unos quince años, muy bonito y ordenado, con las casitas iguales, repetidas, con su patio, su garaje para maquinaria, con puertas de chapa pintadas de azul o verde, sus callecitas tan limpias. Aunque nunca hubieran ido más allá de un rápido beso en los labios, él siempre había dado por hecho que se casarían. Pero de un tiempo para acá, solamente un ciego no habría visto que las cosas estaban cambiando.

—Baja.

—¿Para qué? Si ya me voy.

También ella le hablaba desde las alturas, como Julio hacía un rato.

—¿Cómo es que te ha dejado a *Carbón*?

—Ya ves. Julio, que está muy cambiado últimamente,

—Y que lo digas, niña.

—Incluso me ha dicho que a lo mejor me lo regala y todo.

—Algo le habrás dado tú a cambio —dijo, y dándose cuenta de que no le convenía mostrarse disgustado, cambió de rumbo—. Si fuera mío, ya sería tuyo.

Ella se rió.

—¿Si fuera tuyo? Es muy fácil regalar lo que no se tiene. Tú no podrías haber comprado ni a su hermana, que era tuerta. Nos vemos en el cabezal, José, y déjate de sueños y de regalos que nadie te ha pedido.

Tiró de las riendas para que el caballo diera la vuelta, le taconeó los flancos al tiempo que le azuzaba con la voz, y *Carbón* se puso al trote.

Él subió al coche y salió por el otro lado. Dejó atrás el campo de alfalfa, muy verde, listo ya para el cuarto o quinto corte del año, el de maíz dulce, ya cortado, amarillo pardo, y por hacer algo, por distraerse, por quitarse de la cabeza la idea que le venía aguijoneando desde hacía unos meses, se dirigió hacia la nave industrial, hacia el hangar en el que se guardaba la maquinaria, cosechadoras, vibradoras, desbrozadoras, fumigadoras, tractores, y donde se procesaba la almendra y la nuez, se separaba el fruto de las ramas, piedras y hojas. El techo era de uralita, y tenía, cada cierta distancia, unos rectángulos traslúcidos azul turquesa, como vidrieras de catedral, que se reflejaban en el charco grasiento del hangar. No sabía por qué, pero esa luz azul le serenaba.

La nave industrial estaba al borde del camino que lindaba con la finca de Bernard, el *pied-noir*. Había sido mercenario, y José y Julio habían hablado en alguna ocasión de ir a uno de esos países africanos y volver con ahorros, y comprar una finca, como había hecho el taciturno francés. Pero Julio hablaba por hablar, ¿para qué irse si ya tenía? A lo lejos, en la orilla del Guadiana, cerca del camping de cochinos, un puro de cemento blancuzco, una torre de elevación de agua, marcaba el límite de las tierras del *pied-noir*. Declinaba el día, y él estaba inquieto. Salió del hangar. Una nube ocultaba la mitad del sol, y el cielo, de un azul gris muy pálido, estaba inundado de nubes rosas y moradas. Bajó al Guadiana, que separaba España de Portugal. El río era un espejo verde, con la ribera ocupada por eucaliptos, fresnos, chopos y rocas planas. Una suave brisa, que aliviaba el calor padecido en el transcurso de la jornada, mecía las ramas de los chopos, y sus hojas más altas, plateadas, pues ofrecían el envés, semejaban, desde lejos, grandes flores blancas. Se dirigió hacia el coche, para ir al cabezal de filtrado, y entonces les vio. Mercedes se dejaba tomar la mano por Julio, su amigo del alma, el que a los doce años le había jurado solemnemente que le regalaría la mitad de sus tierras y que siempre serían como hermanos. Y él lo había creído, porque entonces era verdad, fue verdad hasta que se había ido acercando la hora de la verdad. La sangre se le puso a hervir, mientras recordaba las advertencias de su padre, él es rico y tú pobre y eso no hay dios que lo cambie, y él pensando, Julio es distinto, amarguras de viejo. Nunca sería para él Mercedes, ni las que vinieran después, porque aunque él fuera mejor mozo y de educación semejante, era de clase baja, nunca serían para él aquellos campos, aunque él supiera trabajarlos mejor. Si permanecía en aquella tierra, siempre sería un subordinado, un segundón, jamás se le perdonaría su origen, su humilde extracción, siempre se le relegaría a un lugar secundario. Tenía que huir, tenía que cambiar de aires, como había hecho Bernard, como nunca haría Julio, y tenía que empezar desde ya: no iría al cabezal de

filtrado, se olvidaría de Mercedes y de sus infantiles sueños de amistad. Sigilosamente, evitando ser visto, José subió al R-4 y se alejó del hangar, rabioso y resuelto a no ser débil, a no mudar su decisión.

Tres

Alcachofas salteadas con jamón, fabada asturiana, atún a la plancha con guarnición (una triste rodaja de tomate, guarnición de pistolos, se había burlado Sánchez), ragú, pan, cerveza, vino, fruta del tiempo (del tiempo de Maricastaña, Sánchez). El comedor de tropa, una nave rectangular en la que cabían unos cuatrocientos legionarios, ocho por mesa, estaba salpicado no sólo de manchas de grasa, sino también de máximas, que apelaban a la ambición, *Podéis llegar a capitanes*, a la justicia rigurosa y sin excepciones que supuestamente allí imperaba, *Castigo impuesto, castigo cumplido*, y de consignas del Credo legionario que él, José, como todos, había jurado, referentes al espíritu de marcha, *Jamás un legionario dirá que está cansado hasta caer reventado*, al espíritu de unión y socorro, *A la voz de ¡A mí la Legión!, sea donde sea, acudirán todos y con razón o sin ella, defenderán al legionario que pide auxilio*, al espíritu de sufrimiento y dureza... La Legión gozaba de una mejora para el rancho, y aunque Sánchez encontrara hueco para las burlas, se comía más y mejor que en el resto del ejército, y también, que en muchas de las casas de las que procedían aquellos soldados. El coronel Mantilla Robayna la probaba todas las mañanas, y allí comían todos lo mismo, igual tropa que jefes y oficiales. Él, José, había visto la prueba esa misma mañana, porque había ido a oficinas, el gastador, todo tieso, sosteniendo con los antebrazos la bandeja de plata sujeta a su cuello por una correa de cuero cuarteado, con el menú escrito en una hoja doblada, los platos y cubiertos, la jarra de vino y la botella de agua, y el coronel, estirado, elegante, fibroso, probando un poquito de cada cosa o de lo que más le apeteciera, de la comida y de la cena, con su inseparable bastón de mando, el *debúsh* saharauí, palo de *echdari* y larga empuñadura de plata labrada por el mejor majarrero, una cabeza de perro con dos rubíes por ojos, regalo de sus oficiales con motivo de su ascenso a su actual empleo.

—¿Quién da su plátano para el pobre mono Sebastián *pasa mucha hambre*?

Smith, el cabo primero gastador de la II Bandera, pasaba con una bolsa para recolectar comida para la mascota. Aunque era alto y fuerte, una bestia, había quien le llamaba negrito. Por qué un negro de Nebraska había acabado allí, era un misterio. Él sólo decía que había tenido un problema con un policía. Smith clavó su mirada en los dos reclutones con los que José, Sánchez, el Tranqui, Mijo, Japijauer y el cabo Silvino compartían mesa. Uno de ellos, el más débil, acochinado por la niñada del gastador, ofreció su plátano, que rápidamente contribuyó a engordar la bolsa. Smith, silbando, pasó a la siguiente mesa. José no tenía queja. Aunque el ejercicio era duro y

la disciplina rigurosa, se había enganchado libremente, y allí estaba, con sus nuevos amigos, sus camaradas, éstos que acudirían en su ayuda con razón o sin ella. Y la vida en El Mesto tampoco era un regalo.

—Ese moreno —dijo Japijauer—, el cabo primero Smith, temáis que haberle visto hace diez años, cómo boxeaba, cada veinte de septiembre daba una tunda a algún suboficial, a veces hasta por encargo, ojo con él, ¿eh?, ni media broma, que al que se pase se le acaba el japidei y el japijauer y el Arkansas y el Oklahoma por una temporada larga larguita.

Japijauer, con sus ojos claros, acuosos, su tez colorada y su mirada vacilona, de alcohólico, su nariz recta y afilada, de rapaz, y su bigotito, que en la comisura de los labios apuntaba ligeramente hacia arriba, les miraba con insistencia, y los reclutones bajaron la vista, sin saber qué decir. Mijo y él eran inseparables desde hacía quince años, cuando habían coincidido en el Sahara. Habían participado juntos en la guerrita del Ifni, en el 58. Mijo, el sargento Carcelén, había tomado estima a José, o más bien a Julio, y Julio, o más bien José, le correspondía. Mijo rondaba los cincuenta, era bastante grueso, aunque no tanto como para que a él y a Japijauer, que era chupado como un hueso, les llamaran el gordo y el flaco, tenía un bigote poblado, unos ojos oscuros y tristes, y no pasaba del uno sesenta y cinco.

—Bueno, vamos —dijo Silvino, poniéndose en pie y guardándose el plátano en uno de los bolsillos del pantalón verde azulado—. Un poco de vidilla.

José, el Tranqui y Sánchez le siguieron. Sorprendentemente, el sargento Carcelén se apuntó. Habían cogido la costumbre de tomar el postre fuera del comedor, cerca del campo de fútbol, en los alrededores de unas cocheras abandonadas, junto a unas rocas tras las que quedaban desenfilados y desde las que veían, no todos los días, sólo cuando había suerte, montar a caballo a la hija del coronel, una joven de dieciocho años, larga cabellera negra siempre limpia y siempre peinada. Saludaron marcialmente a los dos o tres mandos con los que se cruzaron en la plaza y ante la puerta de uno de los barracones, caminaron por el descampado, bordearon la cancha de fútbol y se sentaron en las proximidades de las viejas cocheras, en un modesto alto desde el que se dominaban las cuadras y la granja. El Tranqui sacó el paquete de tabaco y ofreció a todos, incluido José, aun a sabiendas de que éste no fumaba.

—Ahí está —dijo Sánchez—, Empieza la película.

Efectivamente, llevando de la brida su yegua torda, española, de poderoso cuello y largas crines negras, ensillada, acababa de salir de las cuadras, como obedeciendo puntual a una cita con ellos, la hija del coronel, con la fusta en la mano. Metió la punta de la bota en el estribo, y se encaramó a la silla ágilmente.

—Con todos los respetos, mi sargento, pero después del toque de fajina, qué bien me vendría un toque de vagina.

Nadie se rió, porque no tenía gracia y porque estaban pendientes de la amazona, y no de las palabras de Sánchez. Erguida sobre la silla, infinitamente hermosa en la indefinición de la distancia, allí donde la imaginación suple las carencias de la vista,

el cabello ondeando al viento, las riendas sujetas con firmeza, las rodillas presionando los flancos del animal, la barbilla ligeramente hacia arriba, parecía haber nacido para ser jinete y para mandar, para ser hija de un coronel y esposa de un general, madre de tres capitanes.

—Así que esto es lo que venís a hacer, mis lujos, jóvenes que sois —dijo el sargento—. Ésa apunta alto y mira lejos, es hija de coronel y vosotros tropilla.

—¿Usted la conoce, mi sargento? —preguntó el Tranqui.

—No, Balbuena, pero sólo de verla de lejos y de haber tratado a otras de su clase ya sé lo que me digo.

La muchacha tenía para aquellos ojos que ahora la admiraban no solamente el encanto de su femineidad, sino también el prestigio de su condición, que la hacía prácticamente inalcanzable.

—Cómo suben y cómo bajan, es lo que más me gusta —dijo Silvino, saboreando cada palabra.

La hija del coronel se acercó hacia ellos hasta reducir la distancia a unos sesenta metros, y con un tirón de riendas detuvo en seco el trote de su montura. Les miró durante unos instantes, y ellos, mudos, le devolvieron la mirada como si se tratara de una aparición, de una de esas artistas de cine que salían en la última página de *La Legión*. José tuvo la sensación de que ella le miraba exclusivamente a él, e idéntica sensación tuvieron todos, excepción hecha del sargento, que les observaba entre irónico y melancólico. Pero eso duró sólo un par de largos y silenciosos segundos: otro enérgico tirón de riendas, un fustazo, un golpe de espuelas, y la amazona pronto se perdió de vista por el pinar, en medio del cual, en la zona de nadie, los musulmanes habían construido recientemente una mezquita de obra blanca coronada por una cúpula verde.

—Se llama María —informó el Tranqui—. Se lo oí el otro día al coronel.

—¿Os fijasteis, el veinte septiembre? —Sánchez hablaba mientras masticaba el plátano, algo que, José lo había aprendido desde niño en el cortijo, era de mala educación—. El tres ases de oro no la dejaba ni a sol ni a sombra, incluso cuando la gallina ciega, cuando le arreó un estacazo al botijo, la cogió de la mano para no dejarla suelta y él con los ojos vendados, porque por ahí rondaba el teniente Perales.

—El teniente Perales y los mil quinientos machos en celo —se mofó Silvino.

Mijo, el sargento Carcelén, se había recostado en el suelo contra una roca, el sol dándole en la cara, los ojos entrecerrados, adormilado, la camisa legionaria de sarga verde abierta, dejando ver en el pecho lampiño la cabeza inclinada y los brazos en la cruz del Cristo de la Buena Muerte, de trazos gruesos y burdos, el ombligo, José lo había visto una vez en la ducha, un enorme clavo que atravesaba sus dos pies y los fijaba al madero azul.

—Es la niña de sus ojos, guay de quien se le acerque —adormilado, no dormido—. Es la fruta que no habéis de probar, venir aquí es perder el tiempo, mis hijos...

—Por mirar no pasa nada, mi sargento, ya sabemos que no hay que tocar, *noli me*

tangere, como dice el páter. Todavía si fuéramos ricos, pero ésa no es una cuatroperras, tranquilo, mi sargento, no somos tontos.

—Yo sí soy rico —afirmó con aplomo José, o una voz que le salió de dentro, una voz que llevaba meses incubándose, esperando la oportunidad para aflorar, o puede que años, desde mucho antes de que, recién llegado al Tercio, dijera llamarse Julio. Y como todos le miraran sorprendidos, sorpresa a la que ni siquiera él mismo escapaba, agregó, o más bien agregó aquella voz, fruto del rencor, de la injusticia de siglos, de la envidia o de la rebeldía—: O mejor dicho, mi padre lo es, y lo seré yo cuando herede. Soy hijo único y mi padre tiene más tierras que un conde, en Huelva, haciendo frontera con Portugal. Yo no estoy aquí por huir de una mujer —mintió a medias—, como otros, ni porque no tenga dónde caerme muerto de hambre, ni porque me busque la justicia humana, ni nadie, ni porque quiera ser militar de por vida. Yo estoy aquí por reñir con mi padre, y cuando él me pida perdón y me dé la parte que es mía, volveré.

Todos le miraron con una mezcla de recelo y asombro, menos Mijo, que continuó echado, somnoliento, recibiendo la bendición del sol de noviembre, que convertía aquella hora, las tres de la tarde, en la mejor del día. Allí, en el Tercio, recalaba de todo. Cada cual vaha lo que se hacía valer, el pasado no existía, y los galones, el respeto de los subordinados, y de los iguales, había que ganárselo. Por eso, todos se andaban con ojo, porque nunca se sabía con quién se la estaba uno jugando. Algunos eran sinceras, otros inventaban historias, los más no se mostraban muy locuaces sobre sus raíces, sus motivos, sus peripecias, callaban. José supo que, para ser creído, tenía que añadir algo. Mentía para darse pisto, para que le respetaran más, pero, principalmente, lo hacía para sentirse digno de la hija del coronel, de María.

—El Mesto, se llama la finca grande, cuatrocientas hectáreas lindando con el Guadiana, la mitad de regadío, buena tierra, yo sé lo que es ser señorito y quería vivir de paria un tiempesito, para luego volver y disfrutarlo más. Y otra finca más pequeña que cuando cumpla veintiuno será mía, La Garrocha, trescientas hectáreas de alcornoques y encinas, perdices y conejos y jabalíes, y caballos y reses bravas, que algunas han ido a La Maestranza y de aquí a poco irán a Las Ventas.

—Pues lo que te llegó el otro día no parecía envío de rico, Julio —probó Sánchez.

Pero él había hablado con tanta seguridad que ya estaban medio convencidos. Además, terna maneras: se notaba en cómo comía, por ejemplo, en cómo manejaba los cubiertos, jamás hablaba con la boca llena, siempre se limpiaba los labios con la servilleta antes de beber, y había algo en él, una deferencia hacia los demás, una prestancia, una elegancia natural, una gallardía al aceptar y obedecer las órdenes, que no habían pasado inadvertidas.

—Porque eso me lo mandó la guardesa, que me quiere como a un hijo, y que es la única que sabe que estoy aquí, porque a mi padre lo quiero mantener en la congoja para que luego coma de mi mano.

La aparición al trote de María, escoltada ahora por el teniente Perales, experto

jinete también, ganador de algún premio en los concursos de hípica del ejército, contribuyó a que creyeran a José, pues sus palabras sobre su supuesta riqueza, al ser las últimas, quedaron como definitivas. Perales era fuerte y alto, moreno de piel y pelo, apuesto y por lo común sonriente, excepto con sus inferiores, con los que a menudo se mostraba inflexible. Gozaba de una aureola de conquistador, de haber roto varios corazones, e incluso dejado plantada a una nieta de un almirante en la mismísima iglesia de Los Jerónimos. El teniente se quedó un momento mirándoles, y, tal como le sucediera con María, José tuvo la sensación de que su vista se clavaba en él. Ambos caballistas pasaron la alambrada por el trecho vencido, y se dirigieron al paso, el pelaje de las bestias brillando por el sudor, espuma blanca en los morros, hacia las cuadras.

—Uno que no pierde una —comentó el cabo Silvino.

—Joder —murmuró Sánchez, mirando a la pareja de jinetes, pero refiriéndose a José—. Callado se lo tema el señorito.

El teniente Perales y María giraron la cabeza, pero no en dirección a ellos, sino en la opuesta. El coronel Mantilla Robayna, con sus andares decididos y enérgicos, se aproximaba a los jinetes. Ayudó a descabalgarse a su hija, que evidentemente no necesitaba ayuda alguna, tomándola de las axilas, y sin rehuir el contacto, como quizá hubiera sido más propio de un padre para con una hija de esa edad, sino más bien todo lo contrario. María, conduciendo la yegua de las riendas, y el coronel, que ahora pasaba su brazo nervudo, aún fuerte, por su cintura, se dirigieron hacia las cuadras. El teniente Perales, desairado, desmontó y les siguió.

—Qué cabrón el tres ases de oro —dijo Sánchez—. Es un tirano. Está mochales, ese menda es capaz de matar a alguien en la paz y en la guerra por capricho, os lo digo yo, ¿le habéis mirado alguna vez a los ojos? Es un fanático.

—Y encima metiendo mano a la hija —murmuró el Tranqui.

El sargento se quitó el gorriño, con el que hacía un momento se protegiera de la luz solar, para ponérselo sobre la cabeza, y se levantó, con una presteza que, a juzgar por su reciente modorra y su no tan reciente barriga, hubiérase dicho imposible.

—¿De qué habláis, payasos? ¡Cómo os vuelva a oír hablar así de un mando, os empuro a todos, a unos por hablar y a otros por consentir! ¡Un mes en el hotel os vendría bien! ¡Se os estoy hablando! ¡Firmes!

Todos, el semblante mudado, serio, incluido José, se cuadraron. Carcelén propinó un pechazo a Sánchez, que a pesar de su robusta complexión hubo de retroceder dos pasos para no perder el equilibrio.

—¡Y tú el primero! ¡Es tu coronel! —la ira del suboficial se centraba en el sevillano, que había recuperado ya la postura de firmes—. ¡Tú qué sabes de él! ¡Tú no estuviste en Smara! ¡Tú no servirías ni para embetunarle las botas!

Le propinó otro golpe, y de nuevo Sánchez se tambaleó, y de nuevo recompuso la postura. Carcelén se volvió hacia Silvino, el Tranqui y José, que permanecían firmes, quietos como estatuas, sacando pecho, la mirada hacia lo alto, hacia algún punto

indefinido, las piernas rígidas, los brazos en tensión. Recuperó su tono afable.

—Venga, vamos, que empieza el trabajo, a la compañía escapaos.

—A sus órdenes, mi sargento —respondieron todos, y le siguieron, silenciosos.

José lanzó una última mirada hacia las cuadras. De la antigua escena, del triángulo de protagonistas, ya nada quedaba. Los alrededores de las cuadras estaban vados. O no: aparecieron un par de legionarios, llevando en brazos sacos hinchados de forraje.

—Sánchez.

—A sus órdenes, mi sargento.

Carcelén sacó la mano del bolsillo y le tendió un duro.

—Mira, mi hijo, te tomas un café, y te pones a disposición del oficial de guardia. Dos días, y la próxima vez, el doble y el triple y elevado al cubo, ¿visto?

—Visto, mi sargento —dijo Sánchez.

Y cogió el duro que Mijo le ofrecía. Ya cerca de la plaza, sus caminos se bifurcaron: Sánchez, hacia el cuerpo de guardia; los demás, hacia su compañía, para la lista y formación.

Cuatro

Donde los pinos, como una letanía, se escuchaba la voz del almuédano. Soplaban poniente, de tierra a mar, la temperatura era agradable y el cielo estaba despejado. Se habían reunido, además de José, Mijo, Japijauer, el Tranqui, el cabo primero Van der Waals, Vega y Blanc. Silvino y Sánchez, éste recién salido del arresto, estaban de guardia. Bebían vino barato, conversaban y fumaban grifa, ocultos por la arboleda. Para fumar el kif, mezclado con taba, compartían una pipa. Como sus camaradas de la 2.^a Compañía estaban de guardia, resultaba muy improbable que les empujaran, y el perro de la garita más cercana, *Hassan*, no ladraba, porque les conocía. En esa misma garita, hacía un par de meses, unos moritos habían descalabrado a Tuhami, un legionario de primera de la sección de morteros pesados. El cabo de guardia, al hacer el relevo, lo encontró tumbado, semiinconsciente, con la cabeza empapada en sangre. Por fortuna, la herida no revestía gravedad, y los chavales no se habían atrevido a subir para arrebatarse el cetme, temiendo, quizá, una treta del legía. Fuera del perímetro del cuartel, unas pocas luces delataban la presencia de las pobres casas de la Cañada de la Muerte, que los marroquíes llamaban Camellos, apenas una veintena. A unos sesenta metros de donde se hallaba el grupo, sobre un pedestal de pizarra, se alzaba la estatua ecuestre del General Franco, *Caudillo de España por la Gracia de Dios*, como se podía leer en cualquier moneda. A la estatua se llegaba por un camino de tierra y la escalinata de pizarra que ellos habían seguido hasta desviarse a la izquierda poco antes, para ocultarse en el pinar, camino y escalinata cuya única fruición era precisamente ésa, conducir al monumento y engrandecerlo. En una pared semicircular, además de la fecha de creación y en su caso de disolución de todas las Banderas, y de los escudos de los cuatro Tercios, sobre fondo verde, había una leyenda: *La Legión al Comandante Franco*. El monumento, en uno de los extremos del cuartel, dominaba la vaguada pelada y la extensión de pinos, continuación de los que crecían en el interior. Todos fumaban, excepto el Tranqui y José, los únicos no veteranos, y todos bebían de tres botellas, excepto José. Las notas finales del canto musulmán que llamaba a la oración, cansinas y desgarradas, melancólicas, flotaron unos instantes en la oscuridad y en los pinos, para luego extinguirse.

—Ya se ha callado por esta noche —dijo Japijauer—. España mi natura, África mi ventura —suspiró—, ¡A mí la botella!

Vega le pasó el vino peleón, y Japijauer bebió a morro. José se mantuvo atento un rato, para comprobar que el almuédano, efectivamente, ya no se dejaba oír. Que Mijo y Japijauer supieran descifrar aquellas llamadas, distinguir cuándo iban a terminar,

era algo que le maravillaba.

Vega formaba parte, años antes, de la patrulla de tiro, y había batido en una ocasión el récord nacional. La prueba era una combinación de resistencia, velocidad y puntería, con todo el equipo puesto, casco incluido. Los entrenamientos eran muy duros. Vega, tras dos años, lo había dejado: había cumplido treinta y dos tacos, se hacía viejo. Aquella noche, sin ir más lejos, se había quejado de la pista de aplicación, que toda la Bandera había pasado por la mañana. Y como el Tranqui hubiera hecho algún comentario despectivo de la cena, el sargento Carcelén le había confiado a José, en un aparte:

—¿Quién se queja de la comida? Cuando hay hambre, uno se come las piedras de los caminos, y si no hay hambre, ¿para qué comer? Tú nunca te has quejado de nada, mijo, y ésa es una de las cosas que desde el principio me han gustado de ti.

José se sentía orgulloso de que Carcelén, más de dos décadas en la Legión, Cruz a la Constancia en el Servicio y Medalla del Sahara, mostrara esa buena predisposición hacia él. Alguna vez le había contado que él, Japijauer, Vega y Van der Waals habían cazado a mano culebras y lagartos para alimentarse, cuando no habían podido comer camello, alubias o gacela, aquí estamos los de Smara, desdentados y con la boca podrida, pero estamos.

—Los rifeños son ni chiquitajos ni grandotes, no les gusta Hassan y hablan el *chelja*, o *sirja*, o como se diga, tienen el pelo renegrón y los ojos avellana, pero los hay con los ojos verdes y azules, con pecas y el pelo oxidado, así que fíate, que en esto de los moros no hay axiomas del Papa —decía ahora Vega, a preguntas del Tranqui—. Los árabes llevan chilaba de lana fina, de color, fez o *tarbuch*, y babuchas puntiagudas, con un cuerno al final, ¿sabes para qué?

—No —respondió el Tranqui.

—Pues porque son para el tigre, para cagar de cuclillas, en un agujero, se agarran de la punta para no caerse, ¿entiendes?, así...

Vega se acuclilló, y extendió sus manos hasta la punta de sus botas. Blanc, que estaba a su lado, le propinó un codazo, Vega perdió el equilibrio y todos rieron. Blanc, Van der Waals y el Pintas eran los que pasaban la grifa. De Blanc se decía que había desertado de la Legión Francesa por un asesinato allí cometido, otros rumores aseguraban que había huido de la mafia marsellesa. Fuera lo que fuese, era preferible reír moderadamente sus gracias, sin caer en el servilismo. A José le hacía pensar en Bernard, el *pied-noir* por el que, en cierto modo, se hallaba ahora allí: viéndole en la finca de su propiedad, Julio y él habían imaginado una vida de emociones y aventuras con un retiro dorado, y eso era, un poco, lo que José había soñado que encontraría gracias a la Legión. Pero, mientras Bernard era taciturno, hosco, reservado, Blanc era más bien un vividor.

—Para que aprendas a beber —dijo el francés, con su característico acento.

—Sé beber mejor que tú —replicó Vega, arrebatándole la botella que Blanc acababa de coger, y de un buche la vació en una cuarta parte—. A lo que íbamos,

chaval. Los bereberes llevan la chilaba parda y las babuchas chatas, y en la azotea se enrollan un trapo o una toalla. Los judíos sefarditas se ponen una chilaba oscura, o el caftán, una especie de túnica. Y luego estamos nosotros, que somos, pues ya ves, los normales. Aunque cada vez hay más mezcla en Melilla...

Pero eso era Vega hablando con el Tranqui, una de las varias conversaciones que se mezclaban en el aire con el humo y el olor dulzón de la grifa, con el aliento a vino, con las imprecaciones y las risas ahogadas, con los largos silencios de José y Van der Waals.

—Fuimos allí, con los petas que hicimos con té, tabaco, la boñiga seca de nuestro carnero y un librillo, a venderlo por la mañana, y no llegaba naide, que no había negocio. Total, empezamos a privar y a fumar, el japidei y el Oklahoma...

Las anécdotas se sucedían, se superponían, y José estaba a gusto, descansando de las fatigas del día, arropado por sus camaradas y por la noche africana, alegre porque era jueves y se había librado de la guardia y el fin de semana podría pasear por Melilla...

—A mí me gusta tajarme mucho, ¿ah? Pero yo soy bueno, bueno y malo a la vez, pero más bueno que malo, ¿ah? —Van der Waals no hablaba mucho, así que los demás solían prestar más atención cuando lo hacía él que cuando lo hacía otro. Llevaba doce años en la Legión y hablaba un español más que aceptable, aunque con acento marcadamente flamenco—. Pero ese Yusuf se va a enterar... ¿Por qué yo no puedo llevar allí a mis amigas? Está jugando con fuego, y se va a quemar...

Se refería al dueño del Matjuba, el puticlub favorito de los legionarios. El cabo primero Van der Waals, de unos cuarenta años, era muy fuerte, macizo, como un armario, con la cabeza afeitada y una perilla rubia, una frente de toro y unas manos grandes: un animal que pesaba más de noventa kilos compactos y duros. Su mirada, torva, sucia, inyectada en odio cuando bebía y alguien le buscaba las cosquillas, atemorizaba. En el Tercio, los alemanes gozaban de buena reputación como soldados. También los paquistaníes: eran sufridos, callados y valientes. Aunque había algún que otro belga, Van der Waals era el único flamenco: no servía para juzgar a todos sus compatriotas por el mismo rasero.

—Hace falta estar grillado para querer pasarse por el pedrusco al cabo primero Van der Waals.

Van der Waals dio una calada de la pipa, y continuó meditando rencorosamente sobre aquella supuesta ofensa o sobre cualquier otro asunto.

Un perro aulló lastimeramente en el otro extremo del acuartelamiento, y *Hassan* contestó, también más lastimero que amenazador. Todos callaron un momento.

—Mañana sale el Pintas del hotel —dijo Vega, tras el corto silencio—. El sábado hay que mojarlo.

—El sábado va a arder Melilla la Vieja, la Joven y la de enmedio —apoyó Blanc, con su media sonrisa.

El Pintas, compinche del flamenco y del galo, abocado a la expulsión por la regla

XXI, como decía Mijo, por empinar el codo era capaz hasta de vender su ropa, con lo cual iba directo al pelotón. Se le proporcionaba una nueva, pero enseguida le volvían los cuervos negros, como él mismo decía. Y el pelotón no era ninguna broma. De cinco de la mañana a once de la noche, siempre dispuestos para los peores trabajos, acarrear piedras o limpiar letrinas, sin beber ni fumar. A Van der Waals, hacía años ya, cuando aún no había ascendido a cabo primero, le habían obligado a andar de rodillas con un saco cargado de piedras, sobre un duro terreno cuajado de guijarros. Cuando las rodillas se le despellejaron, le vendaron y le hicieron continuar. José había visto el resultado de semejante crueldad: una enmarañada y desigual red de cicatrices. Y por hache o por be, por cogorzas o por riñas, por peleas, por lo que fuera, el Pintas era un asiduo de tan recomendable lugar. Pero esta vez se había pasado. Había abandonado una guardia, había agredido al suboficial y había roto unos cristales de un culatazo. Le habían caído sesenta días en la pelota, tres de los cuales los había pasado en el hospital por tragarse un imperdible. Era también un veterano del Sahara. Aquel año estaban disolviendo la Bandera de allá, y a muchos legionarios los recolocaban en los otros Tercios.

José se preguntaba qué hacía allí, en ese grupo: exceptuando al Tranqui y a él mismo, los demás eran veteranos, y si no todos, casi todos habían coincidido en el desierto. Y menos Japijauer y Mijo, no le daban muy buena espina. Se lo preguntaba, pero enseguida encontraba respuesta: estaba allí por el sargento Carcelén, por Mijo, porque se apreciaban mutuamente, porque era como un padre severo y cariñoso a la vez, alguien que nunca le traicionaría. En cuanto a qué hacía allí Mijo, José esperaba que algún día se lo contase, le revelara qué le unía a Van der Waals, que trapicheaba con grifa, a Blanc, un posible asesino, a Vega, al indeseable del Pintas. Aunque tampoco hay para tanto, recapacitó José. Estoy donde estoy y cada cosa se puede ver de una manera. Van der Waals, por ejemplo, era un bestia, sí, pero se acababa de enterar que terna amores con una morita del Matjuba. ¿Y quién era él para juzgarle?

—Sí, mañana arde hasta el agua bendita, que nos lo merecemos todos, y al Pintas le convidamos, que dos meses en la pelota son muchos días y muchos meses... Y por eso, mis hijos, mejor es que nos vayamos ya a la piltra... —concluyó el sargento.

Ya no quedaba vino, ni kif, otra buena razón para levantar el campamento, cosa que hicieron todos a la vez, con cierta pereza.

Únicamente al ponerse en pie se dio cuenta José de lo molido que estaba. Camino del barracón, siguiendo durante un trecho el perímetro, pasaron ante la zona invadida por chatarra, por bidones y coches desguazados. Después, las escasas palmeras, los dos o tres olivos, y luego, las construcciones. El sonido de un cencerro hirió el aire, y José volvió a acordarse de su tierra.

Cinco

Aunque agotado, pues apenas había dormido tres horas, el sábado por la mañana José estaba alegre. Había por qué: disfrutaba de un permiso hasta el domingo a retreta. Decidió salir con el segundo turno, para ahorrarse la comida, pues quería enviar algún dinero a casa. Los menos veteranos barrían el barracón para la revista. En total, limpiaban unos veinte. A él, a Sánchez y a otros dos les había correspondido el fondo, donde se disponían los bancos para las teóricas. De las paredes colgaban láminas de armamento y carteles antiguos o recientes con consignas de alistamiento: *¡La Legión te espera!, ¡Te esperamos, valiente!, ¡Tu futuro puede estar aquí!* Detrás, al fondo del todo, en el culo de la compañía, se disponían, muy apropiadamente, los aseos, con cuarenta espejos y lavabos, un meadero corrido y cuatro cagaderos para defecar en cuclillas, a la turca. Esta vez ellos se habían librado de combatir su olor natural con el del zotal y la lejía. Terminaron antes que los demás, y se pusieron a barrer el resto, la larguísima zona destinada a taquillas y literas de dos alturas, recorrida igualmente por láminas y carteles. En una de las camaretas, Blanc, Vega y otros veteranos se repartían un envío de alimentos, latas de sardinas, un chorizo, queso... Él también había recibido un paquete con comida, que había compartido con Silvino, el Tranqui, Sánchez, Mijo y Japijauer: galletas, quesos y chorizos hechos por su madre con sus propias manos. Había, además, una carta de su padre, que empezó a leer con cariño y nostalgia, pero, cuando llegó a un párrafo que se refería a Julio y a Mercedes, la guardó sin terminarla. Tenían razón en quejarse. Apenas les escribía. Se prometió hacerlo pronto, en cuanto gozara de un rato de respiro.

Al pie de todas las taquillas, abiertas para la inspección, se alineaban las respectivas mochilas de combate, siempre preparadas para salir de estampida, con su saco y su esterilla enrollados y la alforja verde con el botiquín y el paquete de curas individuales.

—Agárrate al timón, que viene el tirilla Van der Waals y se lo come todo, y si hay seis latas y seis chorizos, pues seis latas y seis chorizos...

Van der Waals, efectivamente, avanzaba por el centro de la nave hacia la camareta de sus amigos, con sus andares de luchador, los brazos un poco separados del cuerpo, los pasos lentos, cortos, medidos, las botas cayendo pesadamente sobre el suelo de cemento. José desvió la mirada de aquella imagen que, ignoraba por qué, le desazonaba, y de manera casual, o puede que inconsciente, miró la taquilla del francés. Aparte de una piel mudada de serpiente de dos metros de largo que colgaba de la barra, casi transparente, y cuyas escamas recordaban las celdillas de un panal, le

llamó la atención una fotografía algo borrosa en la que se veía a un soldado con un machete en la mano y la cabeza cortada de un negro en la otra, ante una cabaña de juncos. Le habría gustado ver la foto más de cerca, pero no se atrevió a hacerlo y pasó a la siguiente camareta, en la que jugaban a las cartas Japijauer, Carcelén, Duotang, un senegalés negro como el carbón, incluso los labios casi lo eran, y un gallego que era nieto de un premiado con la Cruz Laureada de San Fernando, la máxima distinción del ejército español. José podría reconocer a muchos de sus camaradas con sólo verles los antebrazos, por los tatuajes: el escudo del Tercio en el de Japijauer, el halcón atravesado por la flecha de Mijo, la mujer desnuda y con grandes pechos de Van der Waals... El nieto del laureado exhibía una fea quemadura: por lo visto, así se había borrado el viejo tatuaje en el que juraba amor eterno a una antigua novia.

—A ver si nos enteramos de lo que está bien claro —Japijauer había ligado tres reinas, las mostraba socarronamente y vacilaba a Carcelén—, al Japi no le gana nadie, pero a un superior le duele mucho que un inferior le gane, y éstos son los grandes problemas que tiene esta gente...

—*Carallo*, a mí también me engañó, *co demo me leve*, cuánto sabe...

La revista fue suave. Algunos de los que no deseaban o no podían salir formaron un corro en cuanto se fue el oficial de cuartel, y empezaron a hacer leche de pantera en un perolo.

Tras despedirse de sus amigos y quedar para la tarde, José dio una vuelta por las cuadras. Le gustaba ver los caballos. Echaba de menos el campo y montar. Mientras caminaba, el polvo se pegaba a sus zapatos de paseo, hacía unos minutos relucientes, y a su garganta. Se decía que en cuanto se aprobaran los presupuestos se iba a urbanizar gran parte del cuartel, encalar los bordillos, asfaltar la explanada, ajardinar con flores y setos algunas partes, e incluso a construir una piscina. La mano de obra saldría barata: *serán constructores de sus campamentos*... Mientras tanto, únicamente los alrededores de la oficina del coronel y de Plana Mayor estaban limpios de polvo y paja, con losas de pizarra y plantas. Así era más fácil tener brillantes las botas. Las caballerizas albergaban unas ochenta monturas, entre caballos, mulos y burros. Había una yegua alazana que le gustaba más que ninguna: *Arena*, se llamaba, y siempre que tenía ocasión le obsequiaba con algún terrón de azúcar que conseguía en el desayuno. La cuadra vecina la ocupaba un caballo que él odiaba, *Campeador*, porque se parecía a *Carbón*. Era de un PM, un puta madre. Mientras hablaba suavemente y palmeaba el cuello y el carrillo de *Arena*, que acababa de zamparse los cuatro terrones que le había traído, oyó un sonido de cascos a su derecha. Se volvió: era María, a lomos de su yegua torda.

—¿Te gusta *Arena*?

Él no contestó. La miraba con deseo, pero también con recelo. Estaba tenso. Si fuera la discoteca de su pueblo, alguna chulería le soltaría, pero estaba en el Tercio, y ella era...

—No voy a comerte —se burló la hija del coronel—. A mí también me gusta

Arena, pero prefiero a *Harina*, tiene gracia, cada uno por su color, y se llaman casi igual —y al pronunciar el segundo nombre, palmeó el robusto cuello de su montura con la misma mano con la que asía la fusta—. ¿Por qué no montas en la tuya y das una vuelta conmigo?

Se sintió furioso. Se burlaba de él. Presentía la trampa, el desaire si él daba un paso adelante.

—No puedo —se excusó—. Estoy ocupado...

—Ya veo... No te preocupes, yo respondo ante el coronel... mi padre...

Jugaba con él.

—Ya sé quién es usted —José no se decidía al tuteo, aunque ella sí lo empleara con él—, Pero no puedo, porque tengo una cita y me voy de paseo.

—¿Y si fuera yo quien te mandara a paseo? ¿Te gusta mirarme cuando cabalgo, y ahora que casi puedes tocarme, te asustas? Qué valiente legionario estás tú hecho...

Él se dio la vuelta, rojo de ira. Comprendió que odiaba al coronel. Le odiaba, porque le gustaría amar a su hija, rebajar esos aires que se daba. Se alejó dos pasos, pero la voz de la chica, a un tiempo autoritaria y delicada, le detuvo.

—Vuelve. No te enfades, era broma... Me llamo María, ¿y tú?

Se volvió.

—Yo, Julio.

—Eres de los que mira cuando monto, ¿verdad?

Coqueteaba.

—¿Hace cuánto tiene a *Harina*? —preguntó a su vez el legionario.

—Ocho meses.

—Está domada para el paso de escuela y para hacer *piaffe*, ¿lo sabe?

—Puede —dijo ella, por primera vez expectante, a la defensiva—. ¿Y tú cómo lo sabes?

Ella remarcó el *tú*, quizá invitándole a que abandonara el tratamiento de usted.

—A veces se le escapan ademanes, y yo tengo buena vista para los caballos, y eso que ayer no pegué ojo. Estuvimos haciendo prácticas de combate en población por los pasadizos de la ciudad vieja.

—Yo nunca los he visto —comentó ella.

Ambos se sostuvieron la mirada durante unos segundos. La hija del coronel le sonreía. Aunque se le pasó por la cabeza, no se atrevió a proponerle recorrer los pasadizos con ella, por muy incitadora y ambigua que fuera su actitud, y rompió a hablar para que aquella mirada que a él tan adentro le llegaba no se eternizara.

—Pues yo es como si no hubiera estado —dijo—. Íbamos a oscuras, subiendo y bajando sin ver nada, torciendo, y sin soltarnos del cinto del que iba delante, el primero llevaba unas gafas de visión nocturna que acaban de llegar, se ve como azul, y estuvimos a punto de perdernos, porque...

—Ya me conozco esas batallitas, me las cuentan todos los sábados y todos los domingos —le cortó ella, desdeñosa—. Y algunos viernes también. Aburren a las

piedras, imagínate a mí... ¿Serías capaz de hacer andar al paso de escuela a *Harina*?

—Claro —afirmó el legionario, resuelto.

María bajó de un salto, y sostuvo a la yegua de las bridas. Él montó, poniendo un pie en el estribo, y cuando ella le dio las riendas, salió de las cuadras al paso, seguido de la muchacha. Jinete y yegua describieron un círculo, mientras María, impaciente, le miraba. Él deseaba con todas sus fuerzas no haberse equivocado.

—Vamos, bravucón —le apremió—. Quiero verlo.

Entonces, ante el asombro y el regocijo de ella, José, aplicando ayudas, pierna izquierda y pierna derecha alternativamente, y las de mano, cuando correspondiera, hizo que *Harina* caminara al paso de escuela, deteniéndose en equilibrio un instante antes de cada nuevo paso con la mano estirada, y luego que hiciera *piaffé*, un trote sostenido de máxima elevación, semejante a un paso, tan lento era el avance, y después, ya seguro de sí mismo, feliz y envalentonado, pletórico, hizo un *piaffé* más largo, un *passage*.

—¡Bravo! —exclamó la hija del coronel, entusiasmada. Y luego, pensando que aquel legionario algo distante y algo chulo podría crecerse—: ¡Bravo, *Harina*!

José dio una vuelta más, orgulloso, disfrutando de su triunfo, y cuando vio que María le miraba por primera vez más satisfecha que altanera, casi entregada, estuvo a punto de gritar de victoria y júbilo.

—Baja ya —exigió ella.

Él descabalgó, y le pasó las riendas. La hija del coronel puso un pie en el estribo, y cuando el legionario, borracho por su exhibición, quiso empujarla del trasero con el pretexto de ayudarla a subir, le apartó la mano con la fusta antes de que se produjera el contacto. Se encaramó a la silla.

—De aquí a un mes yo también lo hago, ¿qué te juegas?

—Nada —replicó él, sabiendo que ahora podía dominar la situación, o al menos tratarla de tú a tú, le había apartado la mano suavemente, en vez de darle un merecido fustazo. Ahora podía, incluso, permitirse alguna indirecta o alguna galantería—. Un mes es demasiado tiempo para ganarte algo.

Ella sostuvo largamente su mirada. Sin contar a su madre, las únicas mujeres que hasta la fecha lo habían hecho eran putas. Esta vez fue ella quien puso fin a la situación.

—Eres impaciente, ¿eh?

Sin esperar respuesta, María hincó espuelas y partió al galope. Él la vio alejarse, y cuando quedó oculta por la granja, sintió como si todo hubiera sido un sueño, un sueño del que le sacó bruscamente la voz del teniente Perales.

—¿Qué hace usted aquí, caballero legionario?

José se cuadró.

—A la orden, mi teniente. Vine a ver los caballos.

El teniente, más alto que él, y con la ventaja de las dos estrellas de seis puntas, le miraba con suficiencia, le perdonaba la vida.

—Y a montar, ¿no? ¿Con qué derecho montaba la yegua de la señorita hija del coronel?

José sabía que debía andarse con ojo, pero al mismo tiempo, los celos, la inquietud de Perales, incrementaban su sensación de triunfo. Con calma, el oficial sacó de la pistolera su arma reglamentaria, y la montó.

Ella me lo pidió, mi teniente.

Empuñando la Star, Perales le miró inquisitivamente. José pensó que aquel hombre sería capaz de asesinar, sí, pero sólo si su acto quedaba impune. No era la ocasión, ni tenía verdadero motivo. José, pensando eso, se mantenía tranquilo.

—Nombre.

—González Blanco, Julio.

—2.^a Compañía, I Bandera —dijo el oficial, mirando los distintivos que José llevaba cosidos—. La del capitán Salinas, ¿verdad?

—Sí, mi teniente.

Perales le puso la pistola en la sien. José no temía verdaderamente por su vida, si no provocaba al oficial, pero precisamente eso, tener que soportar aquella vejación, mostrarse manso, le humillaba. El doble, con sus ojos color avellana, sus facciones atractivas, su seguridad chulesca, era el típico hombre que gustaba a las mujeres, a ciertas mujeres, al menos. También eso le fastidiaba a José. El contacto del cañón, aunque no doloroso, resultaba frío y desagradable. El teniente le empujó la cabeza con la punta de su pistola.

—Váyase. No quiero volver a verle por aquí, ¿está claro?

—Sí, mi teniente.

Perales bajó el arma y sacó la bala de la recámara. Mientras se alejaba, sin haber saludado, José supo que el odio se quedaba a sus espaldas.

Seis

Faltaban dos minutos para las cuatro de la tarde cuando la camioneta dejó a José y a otros doce legionarios en la plaza de España, amplia y circular. Bajaron en tropel, y en seguida se dispersaron, piropeando a las muchachas, que se escabullían, me vas un montón, tía, deja que te invite a algo a cambio de nada y luego ya veremos, buena pieza, qué ojitos tienes, que brillan más que el sol, bonita, salada, rabo te echaba. La mayoría de las melillenses, hijas de funcionarios o de militares de alta graduación, no tenían demasiada gana de intimar con tropa legionaria. José se quedó donde les había descargado la camioneta, observando la calle, ahora más vacía que antes de su llegada, sin saber muy bien qué dirección tomar. Se había citado con Mijo en un cafetín de una zona que empezaba a ser invadida por los musulmanes, pero aún restaban un par de horas para la cita. El Chuscos, que había hecho la instrucción a la vez que él, tiró de su manga.

—No te quedes ahí parado, vamos a quitarnos la sed, ¿no?

—¿Dónde?

José dudaba. Había bajado de la camioneta somnoliento, y ahora el sol, aunque no muy fuerte, otoñal, le deslumbraba un poco.

Sarmiento, un veterano, contestó por el Chuscos.

—¿Qué se nos da? Si en todos lados echan veneno curativo, ahí mismo...

Siguieron al veterano, que a grandes zancadas se dirigía hacia la cafetería más próxima. De los demás legías ya sólo quedaba el recuerdo, suponiendo, y era mucho suponer, que alguien les recordara. El reloj de la plaza dio las cuatro, y sonó la música de *El novio de la Muerte*. Sarmiento, animado de antemano por el pelotazo que planeaba meterse entre pecho y espalda, o por los caramillos que ya se traía puestos desde el Tercio, cantaba a voz en grito siguiendo la música del reloj, *Soy un hombre a quien la suerte / hirió con zarpa de fiera / soy un novio de la Muerte/que va a unirse en lazo fuerte/con tan leal compañera...*

Entraron en la cafetería. Tres o cuatro civiles se aburrían en la barra, y una pareja, en una mesa, charlaba acaloradamente, discutía, tomaba café. Dos señoras de mediana edad, bien vestidas, una entrada en carnes y la otra todavía de buen ver, muy pintadas ambas, tomaban un refresco y un té. Les sirvieron tres cubatas. El Chuscos y Sarmiento acabaron los suyos inmediatamente, y pidieron otros dos. Entró un militar, les saludó con una leve inclinación de cabeza, le fue devuelto de igual manera el saludo, y se apresuró a reunirse con las señoras de la barra.

—A sus órdenes, mi capitán —masculló Sarmiento, y José no supo si lo decía en

serio o si se burlaba del oficial, que no les prestó más atención—, ¿Alguien tiene un pito?

—No fumo —dijo José.

El Chuscos sacó un paquete de negros, y Sarmiento cogió dos, uno de los cuales guardó en el bolsillo de la camisa. Por su aliento, José confirmó que ya venía cocido del cuartel. El veterano sacó una fotografía de la cartera y se la enseñó. Aparecía él, rodeado por cuatro chavales, a dos de los cuales pasaba el brazo por los hombros. Estos últimos eran mulatos, el tercero rubio, y el cuarto moreno, aunque blanco. Debían de tener entre los cuatro y los catorce años.

—Éstos son mis cuatro hijos conocidos, todos desinquietos como diablos. Es la única vez que he conseguido reunirlos a los cuatro —se rió. Le faltaban tres dientes—. Fue hace tres años, cuando cumplí cuarenta, me costó lo que tema y más.

—¿Cuándo se va a poner los dientes, mi cabo? —preguntó el Chuscos, servil, obsequioso.

—En cuanto me quite la trampa que tengo, con hacer una póliza no me da ni para uno. ¡A ver, mozo, una rabia de gato legionaria!

La tarde avanzaba lenta, perezosa, anodina. José hacía tiempo. Sarmiento le parecía un pobre hombre, y el Chuscos, un gilipollas. Terminó su cubata y salió un momento a la plaza, en la que había bastante actividad, gente que iba y venía, automóviles, parejas que paseaban del brazo, madres o chachas con críos... José decidió separarse de sus compañeros, prefería ir por libre hasta su cita con Carcelén. Entró en la cafetería y dejó una moneda de cincuenta en la barra.

—Mi cubata. Me las piro.

—Un momento, compañero... Estoy sin un chavo... Además, he oído que eres rico... Estírate...

Pero José ya salía, y no se volvió. Fue andando por la avenida del Generalísimo, con sus comercios, tiendas, cafeterías y viviendas particulares. Atravesó la placita del Comandante Benítez, y subió por Gran Capitán. Según avanzaba, el caserío se empobrecía y las fachadas se encostraban. Así que ya se había corrido por el Tercio que era rico. Pues que llegara a los oídos del coronel y de María. Dejó a la izquierda la mezquita recién construida, y llegó a la plaza de los cafetines moros, de tierra, sin urbanizar y llena de desperdicios y suciedad. Tres cafetines alineados se repartían la clientela, casi exclusivamente marroquí. Se sentó a una mesa vacía, al aire libre. En la más próxima, un grupo de hombres jugaba a los naipes. Una mujer con una *kandora* morada cruzó la plaza en diagonal, diciendo algo que él no podía entender. Parecía airada. Varios de los hombres que se esparcían por las mesas rieron. Llegó hasta un anciano vestido con una chilaba blanca y un gorrito de lana, al que regañó. A José no le gustaba nada cómo sonaba el árabe. Sentía por los moros una mezcla de desdén, desconfianza y conmiseración. El anciano se despidió de sus amigos y siguió a la mujer, entre risas y chanzas. Toda la plaza despedía un hedor penetrante, denso, aunque soportable, y al que uno no tardaba en acostumbrarse. José se sentía

observado, no sabía si por ser legionario, o simplemente porque aquella gente no tenía nada que hacer. Algunos jugaban a las cartas, otros charlaban en corro, pero los había también que permanecían quietos, indiferentes, apáticos, viendo pasar el tiempo. Algunos fumaban, porros o cigarrillos, otros se contentaban con el aire maloliente. Se acercó un camarero, que llevaba un jersey de lana gris y unos usados pantalones de tela marrón. Era cojo y escuchimizado, pero en sus ojos había un brillo que no era de tristeza. José pidió un té, que le fue servido prontamente, hirviendo, dulce, de hierbabuena. Un viejo con unos zaragüelles azules, una chaquetilla, un fez de lana, calcetines y zapatos, le pidió un pitillo con un gesto. Tenía una estrella tatuada en una mano, y la frente surcada por dos profundas arrugas, como trazadas en arcilla con un estilete. Él negó con la cabeza. Con otro gesto, preguntó si alguna de las sillas estaba desocupada. Él asintió, y el viejo se llevó una de las dos sillas vacías. El legionario se sentía bien, tranquilo, a gusto, dejando correr el tiempo plácidamente, como algunos de aquellos marroquíes que, inmóviles, se sentaban en las sillas diseminadas por la placita. Pidió un segundo té moruno y vio entonces al sargento Carcelén, que debía de haber doblado por Almotamid, y se dirigía hacia él con aire seguro y despreocupado, risueño, con el bonito uniforme de sarga verde, la camisa desabotonada y arremangada, los zapatos cubiertos de polvo, los pantalones gastados, la borla del chapiri bailando a un lado y a otro con cada paso.

—Qué pasa, mi hijo, ¿te hice esperar?

—No —repuso él—. Yo me adelanté.

Fuera del Tercio se trataban con total familiaridad. Mijo se sentó y pidió un té y un paquete de cigarrillos. Allí no servían alcohol, sólo café, té y refrescos. Ocasionalmente, cervezas.

—Hoy no te voy a hablar de los escarabajos ni de las hormigas de allá —se refería al Sahara—, ni del simún, o siroco, o irifi, o *cafard*, sofocante, fuerte, con arena en suspensión, que vuelve loco... Ya que tomamos té, te voy a hablar del té, allí se bebe muy azucarado, en tres tomas: la primera, amarga como la vida, la segunda, suave como la muerte, y la tercera, dulce como el amor...

A José le placía que el sargento Carcelén hablara, escuchar sus anécdotas, sus sueños, sus viejas historias, su nostalgia por el Sahara, por el desierto, por sus espacios amarillentos o negruzcos y sus noches estrelladas y sus silencios inmensos, que era en realidad su nostalgia por la juventud perdida...

—¿Te he hablado alguna vez de ella? —le preguntó, tras un prolongado silencio.

—No —dijo el más joven, mirando el halcón traspasado por una flecha en el brazo del más viejo.

—Allí, cuando las mujeres tienen sus cosas, dicen que tienen la luna, y se pintan el párpado inferior con un tinte amarillo, hecho con la semilla del zarbaón. Si no, se lo pintan de azul, con polvo de *cahela*, o rojizo, con el *guemara*. El pelo lo ennegrecen y limpian con *lehuad*, una hierba aromática. Eran muy coquetas, esas mujeres del desierto... —otra vez era el Carcelén típico, más melancólico que

risueño. Dio un sorbito del té que le acababan de traer, y lo paladeó antes de tragarlo —. Se perfuman con *zalabam*, como un incienso, para que te hagas una idea y sepas de qué te estoy hablando. Los dientes se los cuidan mordiendo ramas de *eyederj*... El pelo se lo recogen en trenzas con cuentas de colores, y se cuelgan amuletos de plata. Se tiñen los cabellos, la cara, las manos, los pies, con *henna*, con carbones, con hierbas, se visten con una tela azul de pies a cabeza... ¿Y sabes una picardía que te cuento, que ya no eres un crío? —el sargento le guiñó un ojo—. No usan ropa interior...

Un moro de gesto adusto y poblado mostacho negro, enfundado en una gruesa chilaba de lana marrón, se acercó para ofrecer kif. Llegó rápidamente a un arreglo con el sargento, y éste empezó a liarse un peta.

—Hoy paso de pillársela a Van der Waals, que me tiene hartito...

Mijo calló por un rato. El joven bebía la infusión a pequeños sorbos, y el mayor apuraba su cigarrillo con hondas chupadas y aire soñador, pensando, probablemente, en su amor saharauí. En la mesa vecina, hada un instante ocupada por seis moros, se sentó un español de unos setenta años, con el rostro curtido y los brazos cubiertos de tatuajes. Tosía como si padeciera asma, y al respirar fatigosamente exhalaba un sonido de fuelle. José tuvo ganas de preguntar a su amigo si creía que se Untaba de un viejo camarada, pero se contuvo. También había tenido ganas de preguntar por ella, y tampoco lo había hecho. Intuía que ése era uno de los motivos por los que el sargento le apreciaba y le ofrecía su amistad, porque sabía callar, porque no hacía excesivas preguntas.

—Bueno, vamos a levantar el campamento, Julio, que aquí no viene nadie más...

Él se metió en el cafetín para pagar, sin hacer caso de las protestas de Carcelén. El camarero tullido, sonriente, cogió el billete que José le tendía.

—Marruecos bien, Hassan fuerte, bueno... Hispania pior que Marruecos...

Él no entendió a qué venía eso, pero no se ofendió: el cojo parecía buena gente. Afuera, se lo comentó a Mijo.

—No sé —respondió éste—. Sólo sé que son muy chivatos, y como hablen mal de Hassan, cuando vayan para allá, les trincan... Lo nuestro es dictadura, pero lo suyo es peor... Lo mismo quería que alguien le oyera decir eso. Las cárceles moras son de uno cincuenta de alto y una losa de dos palmos por dos palmos, y ahí hay que estar todo el día de pie hasta para cagar y mear y dormir, y les limpian con una manguera, mucho peor que nuestra pelota, dicen que es mejor morir que pasar dos meses ahí...

Cuando abandonaban la placita, se les unieron el Inglés y Vega.

—Hoy montamos una buena en el Matjuba, ¿eh, *myfriends*, mis amigos? Que el Pintas se lo merece.

En realidad, el Pintas era para el Inglés una disculpa como otra cualquiera. Fueron subiendo, alejándose a cada paso del centro. En las cuerdas tendidas de los patios y azoteas las ropas civiles y militares se mezclaban. Una mora, asomada a un balcón,

les vio pasar en silencio. José se fijó en su cara, y como la encontró fea, dejó de mirarla. Vega y el Inglés les antecedían en veinte o treinta metros. El Inglés había sido mercenario en Biafra, y se decía que había huido con la paga de sus compañeros y buscado refugio temporal en la Legión. Su sueño era escapar a Tahití y disfrutar de sus ahorros. Tenía un bigote ralo y rojizo, y unos ojos casi transparentes, descoloridos, tirando a azules o grises. Había un vacío en su mirada que daba miedo, o cuando menos inspiraba desconfianza.

Melilla estaba creciendo anárquicamente, a base, principalmente, de musulmanes. Sus casas de volúmenes cúbicos ofrecían a la vista diferentes colores: ocres, rosas, blancos, amarillos, grises... Se habían diagnosticado algunos casos aislados de cólera, y se hablaba de la necesidad de cerrar su territorio, ahora abierto, con una alambrada, y de controlar el paso con pozos de tiradores.

Un joven les chistó, seguramente para ofrecerles hachís. Siguieron sin hacer caso. Unos chavales jugaban al fútbol, utilizando como postes para las porterías garrafas de plástico y bidones oxidados. Uno de ellos, de diez años o poco más, fue corriendo a su encuentro.

—Taba —dijo, con los dedos índice y corazón extendidos.

El sargento sacó el paquete y le tendió un pitillo.

—Toma, muérete...

Una gaviota se posó en las almenas de una cercana azotea, para reemprender el vuelo seguidamente. Pasaron al lado de un hombre que, con el cuerpo bajo el coche, un viejo Seiscientos, se afanaba en arreglarlo. Una radio en el polvoriento camino desprendía una música que amenizaba su solitaria tarea. En el suelo se esparcían, cubiertas de negra grasa, diversas piezas y herramientas. En un descampado, dos mujeres con finas chilabas de telas de vistosos colores, que el aire hacía ondear, recolectaban hierbas en un saco. Junto a ellas, en bicicleta, portando, atadas a la parte posterior del vehículo, veinte o treinta garrafas vacías, pasó un hombre que correspondió al saludo de las mujeres alzando una mano. Reinaba por el barrio un ambiente de calma, de jornada festiva.

—Se ha nublado un poco —observó José.

—Pero no lloverá —respondió Carcelén—, porque el Gurugú no se ha puesto la chilaba.

La pendiente era cada vez más pronunciada. Empezaron a subir escaleras. A la derecha se veía el cementerio, y a la izquierda, casas de todos los colores, colgadas de las barranqueras. Continuaron ascendiendo por un barrio residencial, humilde y tranquilo.

—¡Yau! —gritó el Inglés, que solía disfrutar con las caminatas—. ¡Estamos cumpliendo con el espíritu de marcha!

—¡Yiuu! —le secundó Vega—. ¡Vamos de marcha! ¡El Pintas lo merece!

El Inglés se sacó una pipa de la bota, y sin detenerse, comenzó a llenarla de kif. Llegaron a un bar. Era la Asociación de Vecinos de las Canteras del Carmen. En las

mesas, unos hombres jugaban al dominó, y diez o doce mujeres, de diferentes edades, moras y cristianas, al bingo, con piedras y cubiletes. Pidieron unos cubatas, para seguir entonándose. Una muchacha, joven y de desarrollados pechos, rozó a José como quien no quiere la cosa al ponerse en la barra. Mijo se rió.

—¿Has visto? Le gustas.

La joven, azorada, apartó la vista de José.

—Pero ella a mí no —replicó él.

—Ah, los jóvenes, qué tontos sois... Eres un potro, chacho, que si fueras rocín viejo irías tras ella y darías gracias al Cielo por la oportunidad que te brindaba... Con el tiempo se aprende, Jubo, todo en la vida tiene valor, pero el del amor de una mujer que no sea una perdida, ése no se puede medir ni pagar con oro... La de oportunidades que desaproveché yo cuando era como tú, y ahora... ¡Ahora, no dejaría pasar una! Pero eso, los jóvenes, qué vais a entender...

Hacía calor dentro. Los cuatro legionarios sacaron unas sillas de madera y se sentaron al sereno, viendo, abajo y lejos, las luces del puerto. Una mujer voceaba los números, la bomba, el 32, la lechuga, el 59, pareja de sietes, la palmera, el 85... Sentados en el bordillo de la acera, irnos niños hablaban del verano y las vacaciones. Los legionarios metieron las sillas, pagaron las consumiciones y continuaron subiendo. En un descampado una quincena de mocosos jugaban a policías y ladrones, y tres o cuatro apedreaban una señal de tráfico.

—Hijosputa, aprenden de chicos...

En varias casas había mujeres a la puerta, charlando, de pie o sentadas. Llegaron a un alto desde el que se volvía a dominar buena parte de Melilla, y distinguieron una luz roja al otro lado de la vaguada.

—¡El Matjuba! —exclamó Mijo—. Seguro que el Japi lleva ya allí dos horas apalancado, privando.

Se dirigieron hacia la luz, entre callejuelas, pasadizos y escaleras laberínticas. Un chucho encadenado les ladró. Abundaban los gatos. Después de bajar, tuvieron de nuevo que subir. Por fin llegaron al Matjuba, que significa «novia», y entraron. Corrieron el telón. En una gran sala, con una larga barra, muchas mesas y un pequeño escenario, unos cincuenta legionarios que bebían, cantaban y reían, alternaban con un número no demasiado menor de mujeres, marroquíes en su mayoría. El ambiente estaba cargado, lleno de humo. Algunos hombres, solitarios, ensimismados, parecían no tener ojos más que para el vaso o la botella que sujetaban con una mano, sus pensamientos vagando por quién sabe qué lugares. Había tres chicas que servían las copas, y un solo camarero, gordo y calvo. Un moro de unos treinta y pico años, apuesto y delgado, moreno, con bigote, los pómulos marcados, vestido con chaqueta y pantalones negros, zapatos del mismo color y camisa blanca con gemelos de plata, sentado estratégicamente en un extremo de la barra, parecía controlar el local. Gruesos anillos de oro y plata adornaban sus dedos.

—Ahí está Yusuf, tan elegante como siempre —se mofó Vega.

Inmediatamente se les arrimaron cuatro chicas, y cada una se dirigió a uno. A él le tocó la más guapa. Mijo se deshizo de la suya, le guiñó un ojo, y se fue al encuentro de Japijauer, que formaba parte de un amplio grupo en el que se incluían, además, Van der Waals, Sarmiento y otros muchos. Cerca, Blanc compartía mesa y botella de champán con dos señoritas y otro legionario. El Inglés metía la mano por debajo de la camiseta de la lumi que se le había pegado, le acariciaba los senos como si tal cosa mientras hablaba. La chica que había escogido a fosé, recién llegada, no hablaba español, sólo marroquí y un poco de francés, así que para entablar una conversación con ella lo llevaba claro. Se llamaba Nora. Al saludarse y besarse, en el segundo beso, ella apartó un poco la cara, y le rozó suavemente con la mejilla. Olía agradablemente, y tenía buen tipo, la dentadura blanca y sana, una nariz correcta, los ojos oscuros, almendrados y brillantes, los labios finamente dibujados. Procedía de Fez, y era la primera mora realmente bella que José veía. Sonó un fandanguillo, y el Inglés se puso a bailar y los demás a jalearle y a dar palmadas, y las chicas a reír. Era una canción melancólica, que hablaba de amor y abandono, pero nadie reparaba en la triste letra, fosé pidió un cubata, y un whisky para Nora. Las consumiciones femeninas costaban el doble que las masculinas. José vio fija en ellos la mirada del chulo, que seguía en su posición en el otro extremo de la barra. La juzgó hostil, y aunque decidió que serían imaginaciones suyas, pues aparentemente no había motivo para ello, evitó mirarle. Nora se juntaba a él, le acariciaba la mano, y él, que había bebido rápidamente y ya había pedido una segunda copa, la encontraba hermosa y deseable. El pelo rizado, teñido con *henna*, le caía sobre los hombros. Las uñas las tenía pintadas de rojo. Se miraban sin hablar. De pronto, la muchacha acercó sus labios, le besó en la comisura de los suyos, y tiró de su mano. Él la siguió. Traspasaron la cortina de la entrada, y creyó que salían, pero ella torció a la derecha, y se metieron por una puerta en la que antes no había reparado, subieron por una escalera mal iluminada, y accedieron a un pasillo en el que se abrían cuatro puertas, dos a cada lado. Hada ya mucho tiempo que José no estaba con una mujer. Nora era la primera puta del Matjuba con la que se iba, y lo hacía porque estaba borracho y porque era la primera que le gustaba, pues además de guapa, resultaba también dulce y agradable. Entraron por la única puerta que estaba abierta, para encontrarse en una habitación estrecha, con una cama, una mesa, una cómoda, una silla y una alfombra. Nora le desnudó, y él se dejó hacer, intentó besarla en la boca, pero ella no se lo permitió. Follaron rápidamente, porque él llevaba ya media hora empalmado y ninguno quería otra cosa. Sin embargo, permanecieron luego un rato echados en la cama, cariñosamente abrazados, soñolientos. José agradeció aquellos minutos de calor, el tiempo que Nora le regalaba, sin duda porque también se encontraba a gusto, y que hacía que aquel acto no fuera bajo, degradante. Entonces alguien golpeó la puerta e intercambió con Nora unas palabras en árabe que él no entendió. La muchacha le indicó con gestos que habían de irse, y comenzó a vestirse apresuradamente. Él preguntó cuánto tenía que pagar. No se entendían. Ella, riendo,

tomó su cartera, y le mostró lo que cogía: tres billetes de cien. Él añadió otro, y ella, tras darle un furtivo beso en la boca, se lo guardó separado del resto. Nada más abrir la puerta, José recibió un empujón, y un legionario completamente pasado, seguido por una mujer gorda, entró en el dormitorio y se desplomó en la cama.

—Pajarito mío —decía el legionario—. Ven aquí, pajarito mío, pituu, pituu...
Salam aleiqui, pituu, pituu...

La mujer reía a carcajadas. Ellos bajaron las escaleras, Nora le dijo algo que no entendió, le acarició la mano, y entró antes que él en el salón principal del burdel. José vio que se dirigía hacia la mesa de Van der Waals, junto a la que el Pintas, borracho como una cuba, canturreaba, entre el jolgorio general:

—*Legionario, legionario soy, / Y mi niña dice, cuando a verla voy, / ¡Niño mío!, yo quiero ser la primera / Que agarre la bandera...*

Y en el último verso, trastabillando, se abrazó a una mujerzuela que pasaba a su lado.

—...*ganada por la Legión* —concluyó, y levantó a la mujer, entre los vítores y las risas de sus camaradas y de las prostitutas del local.

José, absorbido por aquella vorágine, sin haber asimilado todavía su mercenaria aventura con Nora, se acodó en la barra. Se disponía a pedir un cubata, pero no le hizo falta: le llegó resbalando. Se volvió, y vio a Mijo y a Japijauer, que, abrazados entre ellos y a sendas putas, le saludaron. Más allá, Nora parecía rendir cuentas a Van der Waals. José agradeció levantando el vaso, y dio un trago. En aquella atmósfera, ebrio, desconcertado, mareado, recordó las palabras del fundador, Millán Astray. *No importa que beban fuera de los actos de servicio, pues la campaña, siempre aislados, no ofrece demasiadas distracciones; el juego se perseguirá, pero no se castigará. Simplemente se romperán los medios de jugar y el dinero que esté a la vista irá a mejorar la comida de todos. Y si los legionarios buscan el amor que se vende, porque no tienen el amor que se da, no importará demasiado a nadie.* A su lado, mi viejo legionario, un subteniente con una barba blanca y tupida, de Papa Noël, se negaba a mover los músculos de su brazo, tatuado con una cabaretera de pelo rizado.

—Vinga, Papito —le suplicaba una mujer con quejumbrosa voz empapada en alcohol, cuarentona, fofa y exageradamente pintada—. Saca a bailar a la Rizos, qui mueva las caderas, Papito...

—Hoy no quiere salir —respondía el subteniente, con gesto hosco, inflexible, sin mirarla siquiera—. No.

—Por favor, Papito... Por favoor...

—*¡Safi!*

El viejo legionario descargó un puñetazo en la barra que hizo que los vasos y botellas próximos saltaran. La prostituta dio un respingo, se calló, y acarició la mano del viejo, sumisa como una perra. José cogió su vaso y se acercó a Japijauer y Mijo, que le presentaron a sus acompañantes.

—Estas señoritas bellezas atienden a Fatma y a Wisa.

José iba a besar a las mujeres en la cara, pero ellas le ofrecieron sus manos.

—¡*Oh la, la!* Si son dos damiselas, el Japidei y el Arkansas —celebró Japijauer el gesto, ladeando la cabeza como ciertas aves—, ¡Eh, tú! —se dirigía ahora al camarero—, ponme cuatro granadas de mano.

El camarero puso en la barra cuatro latas de cerveza.

—Son más caras que las botellas, pero la novedad se paga, y con las señoritas de categoría el Japi no repara en gastos. Fatma, dile a nuestro colega qué le pasa al camarero en la cabeza...

—Ni la Virgen de Fatma hace qui crizca el pelo...

Carcelén y el Japi, los ojos enrojecidos por el alcohol y la grifa, reían.

—¿Sabes qué hacíamos en el Sahara con las cervezas? Las enfriábamos por cajas enteras con los extintores, y luego, en las revisiones de material, qué mosqueos...

El Pintas se acercó, con el chapiri en la mano, repleto de monedas y billetes. Tenía ojeras, era bajito y delgado, todo nervio. Una cicatriz le cabalgaba el rostro, ya de por sí feo. En su pecho asomaba la frente y las orejas de la cabeza de un tigre.

—Camaradas, el Pintas se da el piro Edelmiro... Ya no aguanto más el rollo ese de la pelota, que voy a hacer alguna barbaridad si me vuelven a meter... Así que el Pintas celebra esta noche su fiesta de despedida, ya me cuidará aquí Van der Waals mi parte del negocio... Y esto, para que se sirvan una contribución...

El sargento y el Japi introdujeron unos billetes en el gorrillo, que el Pintas acababa de plantar delante de sus narices. José se hizo el sueco. No quería nada con el Pintas.

—Nos veremos, ¿no, camaradas? El mundo es un pañuelo... Adiós, Hijos de la Noche...

El Pintas se abrazó efusivamente a Mijo y a Japijauer. Después, a José, y, tras vacilar un instante, a Fatma y a Wisa, con igual o mayor efusión, si cabía, que la reservada para aquéllos a los que había llamado «Hijos de la Noche», algo que en ese momento pasó inadvertido a José, dados el escenario y la hora. Acto seguido, el Pintas se giró para continuar con sus despedidas y su colecta. Pero se detuvo enseguida, y se le achinaron los ojos.

—¿A eso llama el joputa controlarme a la compañera?

Agarró una botella de cerveza y fue directo hacia Blanc, que besuqueaba y metía mano a la mujer con la que bailaba. Antes de llegar a la pareja, un legionario, previendo la que se avecinaba, se interpuso, en mala hora: el Pintas le estampó la botella en la cara. Se armó una trifulca, alguien retiró al herido, que iba dejando un reguero de sangre a su paso, y entre tres legías, uno de ellos un negro gigantesco que se habría bastado por sí solo, sujetaron al Pintas hasta que se calmó, mientras Blanc, que había interrumpido su baile con la novia del Pintas, gritaba, botella de champán en mano:

—¡Fiesta! ¡*Cigarettes, whisky et petites pépées!* ¡Fiesta y alegría!

El chulo del burdel, Yusuf, el que antes mirara mal a José, ordenó al camarero

calvo que subiera al máximo la música, y a las seis o siete muchachas que tenía más a mano que salieran a bailar al escenario. Las chicas subieron a la tarima, y empezaron a mover los hombros y las caderas, a acariciarse con fingida lascivia y levantarse lujuriosamente la melena, ante el regocijo de los presentes. Toda la pared del escenario estaba recorrida por irnos espejos de cuerpo entero, y las bailarinas, de espaldas al público, admiraban sus propios movimientos. Los ánimos se apaciguaron de inmediato. Los legionarios miraban embobados las evoluciones de las muchachas, palmeaban, proferían piropos y ordinarieces, y las mujeres, frente a los grandes espejos, ensayaban contorsiones y caricias, fingían con los ojos cerrados alcanzar el éxtasis, mientras el francés y el Pintas se fundían en un abrazo, y Van der Waals y Yusuf parecían discutir agriamente. José distinguió entre las muchachas a Nora, que se acariciaba los pechos, los costados, las caderas y las piernas, contoneándose al ritmo de la música. Vio cómo Van der Waals se acercaba a ella, la bajaba de la tarima con un brusco tirón, y se la llevaba hacia la salida, o, más probablemente, hacia uno de los dormitorios. Nora pasó ante él, le dedicó una mirada que inspiraba pena, y Van der Waals, quién sabe si involuntariamente, por el colocón que llevaba, le dio un golpe con el hombro que le lanzó contra la barra y le dejó sin respiración. Cuando ella y el belga desaparecieron, José se los imaginó en la cama. Asqueado, terminó la bebida de un trago y, sin despedirse de nadie, salió a la calle.

Siete

Callejeó en solitario la embriaguez, bajando hacia la Ciudad Vieja, pensando en Nora, añorando a Mercedes y maldiciéndose por ello, imaginándose a María, sin hacer caso de la gente con la que se cruzaba. No eran aún las diez de la noche, y la ciudad se movía, respiraba. Subió hasta el faro, y contempló un rato el cielo, y el mar, que batía suavemente con su insistencia de siglos contra las rocas, al pie de las murallas. La cara ensangrentada del legionario agredido por el Pintas se le había quedado grabada. También el encontronazo con Van der Waals. Había notado siempre en el flamenco una animadversión hacia él, pero nada especial: Van der Waals se la tenía a todo quisque. Como diría el Japi, estaba peleado con el mundo. Había pensado pernoctar en Melilla, pero había gastado por encima de lo calculado y ahora más bien pensaba que iría al cuartel. Volvió la cabeza y vio, una cincuentena de metros más allá, a su izquierda, hacia las cuevas del Conventico, una figura solitaria y femenina que antes no estaba y que, como él, se apoyaba en la muralla. La brisa hacía que se estremeciera su cabello, largo y oscuro. Su corazón empezó a palpar. ¿Sería posible tan buena estrella? Se dirigió hacia la mujer. El hallarse fuera del Tercio, y algo ebrio todavía, le proporcionaba valor. La muchacha continuaba mirando el mar y la engañosa serenidad de las estrellas, volcanes de fuego. Cuando estuvo a unos pasos de ella, ya seguro de su identidad, se detuvo.

—Buenas noches, María.

Ella se volvió, sin sobresalto, como si ya supiera que José iba a abordarla.

—Buenas noches, Julio.

La familiaridad con que le trataba le animó aún más. La luz de un farol que colgaba de una pared iluminaba sus facciones, y él se olvidó de Mercedes, de Nora y de todas las demás mujeres que alegraban y llenaban de preocupaciones y desvaríos la faz de la tierra.

—¿Qué hace usted sola?

—Puedes tutearme —dijo la hija del coronel—. Es nuestro segundo encuentro, y yo lo hice desde el primero.

—Gracias. ¿Qué haces sola? —y el legionario experimentó un íntimo placer al tutear a María por segunda vez, y en esta ocasión, por petición de la interesada.

—¿Y quién le dice que estoy sola, señor Sabelotodo?

—Es lo que veo —dijo él, sin perder la compostura.

—Tiene usted razón: es lo que hay. Acabo de reñir con mi novio.

Acompañó sus palabras con una sonrisa que parecía desmentir lo que afirmaban.

O disimulaba su contrariedad, o el tal novio no le importaba un rábano.

El legionario se puso a su lado, separados apenas por dos cuartas, y se acodó en la muralla. Le desconcertaba que María hubiera empezado a tratarle de usted justo cuando él había abandonado el tratamiento. ¿Otra vez jugaba?

—Lo siento —dijo cínicamente.

—No lo sienta. Ya lo siento yo por los dos, o sea: nada —le miró directamente—. Era un cretino que le gustaba a mi padre, no a mí.

—Tú también puedes tutearme, María —dijo él—. No perdamos las buenas costumbres.

—Es verdad —dijo ella—. De repente me he puesto tan metafísica...

Hubo por un instante tanta tristeza en sus palabras y en su actitud, en su manera de entrelazar los dedos de ambas manos y estirar los brazos, que enamoraba. Fue sólo un instante, pero un instante que caló hondo en el corazón del legionario, como una afilada aguja guiada por pulso firme.

—¿Qué hay abajo?

—Una calita —contestó la hija del coronel—. La cala de la Trápana. Pero no se puede bajar, no hay camino. Sólo se puede llegar en barquita. Es preciosa.

Él se asomó. La bajada era difícil, pero no impracticable: las había conocido más arriesgadas.

—¿Y qué haces aquí?

—Hago tiempo. Tu tres ases de oro sólo me deja salir hasta las once, y no voy a ir antes con él, por muy sola que esté.

A él le hizo gracia que ella usase el lenguaje cuartelero para referirse al coronel.

—Ahora estás conmigo.

—¿Contigo? —resopló, altiva—. Sigo sola. Estaría contigo si hiciéramos algo especial; si no, es lo mismo que estar sola.

Le miró con coquetería. El legionario no sabía si ser cauto o lanzarse.

—¿Especial como qué?

—Dímelo tú.

—¿Bajamos?

Ella se asomó. Le divertía la idea.

—Si me pasa algo, una simple herida, date por fusilado —bromeó.

—Te puedo cargar a la espalda. He bajado pendientes mucho peores con pesos mayores.

—Tú no saltes cuánto peso —dijo la hija del coronel, como orgullosa de que hubiera muchas cosas que él aún no supiera—. Y ni se te ocurra agarrarme. Voy a bajar sola, y sólo podrás cogerme la mano, nada más. ¿Aceptas?

—Sí —dijo él.

—Has hecho un trato —dijo ella, apuntándole con el dedo.

Recorrieron la muralla buscando el punto menos escarpado, y se decidieron por uno del baluarte de la Concepción que daba a la ensenada de los Galápagos. Bajaron

lentamente, con mil precauciones, el legionario primero y María detrás, siguiendo el camino que él iba eligiendo. La luna, casi llena, facilitaba el descenso. El legionario resbaló una vez, pero tenía el cuerpo inclinado hacia la pared rocosa, y no se precipitó al mar. María le tomó la mano, asustada, mientras escuchaban cómo algunas piedrecitas rodaban hacia la cala, chocaban, rebotaban, brincaban, arrastrando otras en su caída, y el legionario ya no la soltó. Llegaron al final, de un brinco. Ella se desprendió de su mano como si quemara en cuanto sus pies tocaron la arena. En total habían sido unos treinta metros de bajada.

¡Qué emocionante ha sido!

Bordearon el baluarte de la Concepción, caminando entre las rocas, hasta que llegaron a la cala de la Trápana. Se sentaron en una roca que sobresalía en medio de la arena o, más exactamente, en medio de las miríadas de minúsculas Conchitas. Las estrellas eran botoncitos de oro y plata, a un sastre del cielo se le había caído la botonadura, y las nubes eran jirones que había que remendar, aquel pobre sastre del cielo iba a tener muchos quehaceres aquella noche.

—¿No te da miedo estar aquí conmigo?

—¿Miedo? —María se rió, una risa franca y espontánea que al legionario le gustó—. El que tendría que tener miedo eres tú. ¿Sabes de qué tenía yo miedo, cuando tenía nueve años?

—No. ¿De qué?

—De que se me cayera el dedo pequeño del pie, porque en el colegio una niña mayor me dijo que iba a desaparecer por evolución. Creía que se me iba a caer en cualquier momento...

María rió. Parecía alegre, excitada. Tal vez estuviera feliz de haberse desembarazado del novio impuesto o al menos favorecido por su padre. A lo mejor le gustaba él... El legionario miró el firmamento, en el que mil estrellas rutilaban, pequeñas, temblorosas, valientes, y se preguntó cuál de todas ellas era la suya, su buena estrella, la que le brindaba aquella segunda oportunidad...

—¿Por qué te alistaste en la Legión?

Él sentía deseos de pasar su brazo por su espalda, pero era consciente de que precipitarse podría asustarla, como un gesto demasiado brusco asusta a un animal.

—¿Eres pobre como una rata, o has matado a alguien? ¿Por el amor de una mala mujer traidora y cruel?

Sintió el impulso de sincerarse, pero como un fogonazo, como una repentina inspiración, supo que si lo hacía, si contestaba afirmativamente a cualquiera de esas tres preguntas, María le desdeñaría para siempre, sin vuelta atrás. No debía hablar de Mercedes, ni de Julio, ni de su rencor de clase. Era rico, ¿acaso no corría ya el rumor por el cuartel?

—No —articuló, con una voz clara y firme, serena—. Una disputa con mi padre. Cuando él me pida perdón y yo cumpla mi compromiso aquí, volveré allá, a Huelva. Tengo dos fincas, una de ochocientas hectáreas y otra de quinientas, con reses bravas

y caballos. Conducimos los toros con garrochas, algún día te enseñaré.

—¿Por eso supiste lo de *Harina*? ¿Tenéis caballos domados?

—Sí. El cortijo está en una dehesa, rodeado por montañas. Tiene ocho dormitorios y cuatro baños con bañeras de mármol. En la chimenea del salón principal se puede asar una vaquilla entera.

Le divertía oírse a sí mismo no solamente apropiándose de la riqueza de Julio, sino exagerándola. Desde aquella tarde en la que vieran montando a la hija del coronel, no le bastaba con el nombre; quería poseerlo todo, aunque únicamente fuese de manera imaginaria. Porque las riquezas, los bienes materiales, otorgaban a sus propietarios no sólo las ventajas obvias y fácilmente deducibles, sino, además, un aura, un prestigio social y espiritual, y de ese bien intangible era del que José pretendía adueñarse ahora.

María le creyó: había advertido en su voz un tono de nostalgia que hacía parecer muy ciertas sus mentiras.

—¿Y tú? ¿También eres rica?

—¿Rica? Ni rica ni pobre. Mi padre es de la rama pobre de la familia, pero soy hija única, y su sueldo de coronel sobra para dos. Mi madre murió al nacer yo.

—Lo siento —dijo él, y cogió una de sus manos, y la estrechó entre las suyas—. No lo sabía.

Ella retiró suavemente su mano.

—Además, a mí el dinero no me importa.

Por primera vez, y sólo por un instante, el legionario la desprecia: sospechó que era como él, que mentía, que odiaba la pobreza. Y eso era lo que le obligaba a él a convertirse en un impostor, en un ser despreciable, en un hombre que renegaba de sus orígenes y en un hijo que se avergonzaba de sus padres.

—En la boda de mi hermana —José se estaba embalando, ni siquiera tenía hermana—, hicimos en El Mesto una fiesta para quinientos invitados, con camareros, vino a raudales, piñatas, farolas, fuegos artificiales, carreras de caballos, tientas, champán francés y caviar... Tú te llevarías bien con ella —probó una aproximación por ese flanco, ahora que había desaprovechado la de ser también hijo único, al haberse inventado una hermana—, Pero no me importa prescindir temporalmente de todo eso. Creo que el orgullo y el valor de cada uno valen más que todas las riquezas del mundo.

—Qué bonito eso que acabas de decir —se burló la hija del coronel. Y ya en serio, casi grave, solemne—: ¿Crees en el amor, entonces?

—Sí —dijo, resuelto.

—Yo también.

María se levantó, recorrió unos metros con la vista en el suelo, se agachó, y volvió con una Conchita de caracol, blanca y perfecta. Se la ofreció. No tenía ningún valor, las había a puñados, pero él interpretó que ella se la entregaba como prueba o promesa de su futuro amor, y entonces la Conchita era, a sus ojos, única y preciosa.

Cuando ella extendía la mano, con la Conchita en la paha, y una expresión muy seria, casi infantil, el legionario la tomó de la cintura y la besó en la boca una, dos veces. A la tercera, María apartó los labios.

—Tengo que volver. Son casi las once.

Él se guardó la Conchita en la camisa, feliz, e hicieron el camino a la inversa. Subir era más fácil que bajar. Ahora María le precedía, y el legionario se aprovechó: la sostuvo un par de veces por el trasero bastante más tiempo del imprescindible, y en otra ocasión metió su mano por debajo de la blusa, tocando su costado. El contacto de su carne caliente le excitó. Aún no se creía del todo lo que estaba sucediendo. María llegó arriba, se encaramó al pretil de la muralla, y en lugar de tenderle la mano para ayudarle, le soltó una bofetada. Instintivamente, José reaccionó a tiempo, y pudo agarrarse a una mata y luego a un saliente sin perder el chapiri, que llevaba en la mano. Mudo de sorpresa, todavía con el susto en el cuerpo, pues lo más normal habría sido perder el equilibrio y matarse, dio un salto y pasó al otro lado de la muralla. No tuvo ni tiempo de mostrar su indignación, pues la hija del coronel ya exhibía la suya:

—¡A mí nadie se atreve a tocarme! —María echaba fuego, rechinaba de furia. Él todavía no se había repuesto de la sorpresa—. ¿Es que no sabes quién soy?

—La melillense más guapa del mundo —dijo el legionario, mirándola fríamente a los ojos.

—No. La hija de tu coronel, imbécil.

Ella aún estaba rabiosa. Él se caló el gorriño, e iniciaron la bajada para salir del primer recinto. Rebasaron la puerta de San Carlos en silencio. Caminaban sin hablarse, aunque uno pegado al otro, hacia el Casino Militar. Estaban juntos, como si nada, y sin embargo, la situación era muy extraña: apenas se conocían, acababan de besarse, y por muy poco no eran una homicida y su víctima. Antes de pasar frente a la comandancia de la Guardia Civil, ella se adelantó unos pasos.

—A lo mejor hay alguien que me conoce —explicó—, y más vale evitar habladurías.

Se detuvieron a veinte metros de la entrada del Casino, en una esquina, ocultos por unas sombras.

—Has estado a punto de matarme —dijo él.

—Así aprenderás. Habías hecho un trato.

Él la asió violentamente de un brazo, la atrajo hacia sí y la besó. Ella no rehusó el beso, pero se separó con energía. Miró en su derredor, comprobó que nadie les había visto, y se tranquilizó.

—Un beso también es un trato —dijo él—. Por lo menos, para los que creen en el amor.

—Más te vale que por ahora nadie se entere de esto —dijo ella, sin aludir a lo del trato—. No te recomiendo entrar conmigo.

—¿Cuándo volveremos a vernos?

—Yo voy a seguir yendo a montar a *Harina*. Tú verás, Julio.

María se dio la vuelta, y entró en el Casino Militar, seguida por la mirada del legionario. José pasó por delante del edificio, después de aguardar medio minuto. A través del ventanal vio al coronel bebiendo, y luego levantarse y saludar a su hija con dos besos. Inmediatamente, el teniente Perales se acercó a presentar sus respetos a la muchacha. José permaneció un instante presenciando la escena, celoso, impotente. El teniente volvió la cabeza, y le distinguió. Oficial y soldado se miraron durante unos segundos. Sin la pistola y los galones no serías tan bravucón, pensó José, con rabia. Apartó la vista y se sumó al bullicio callejero, al ir y venir de la gente, al tonto ajetreo, ilusionado, casi eufórico, sin poder creer del todo lo que en aquellas últimas horas le había acontecido. Únicamente Perales hacía sombra en aquel sol de felicidad.

Ocho

Diciembre era un buen mes. El sábado se había celebrado el Festival Artístico Legionario, en honor de la Inmaculada Concepción, patraña de la Infantería, y en el comedor de tropa habían actuado las bellísimas chiquitas del *ballet* La Alazana, de Málaga, que habían interpretado *La leyenda del besa*, *Farruca*, *Carretas del Rocío* y otras, muy compuestas y arregladas, con sus peinetas, moños, faldas, coletas y chaquetillas. El ilusionista Larabad había hecho divertidos trucos con sus hábiles manos, sus pañuelos, e incluso una paloma que se sacó de la chistera, pero pese a sus esfuerzos, se retiró entre apremios y abucheos: todos esperaban a las estrellas Mónica y Manon Pigall (supersexy), que calentaron el festivo ambiente sin que la cosa pasara a mayores. El cartel anunciador se lo había agenciado el Tranqui. Teniendo en cuenta las trompas de campeonato, la leche de pantera, el tonel de vino de cinco hectolitros que el capitán de cocina había sacado y entre varios habían llevado rodando hasta la explanada, las incontables jarras de cerveza y que eran alrededor de dos mil hombres, había sido una jornada tranquila: algún que otro arresto, alguna que otra pelea, alguna que otra lesión, alguna que otra intoxicación etílica, nada grave. Por la noche, iluminados por las llamas de una gran hoguera, cada legionario había hecho patria: unos gallegos cantaron el *Ondiñas veñen* y unos asturianos *Asturias, patria querida*, unos andaluces se marcaron unas sevillanas, uno haciendo de hombre y otro de mujer, y unos vascos entonaron en eusquera una canción de su tierra.

Pero el día solemne era el 8, el de la Inmaculada. Por la mañana todas las unidades estuvieron limpiando el acuartelamiento durante una hora. Formaron en la explanada, preparada y engalanada con banderas, guiones, banderines y gallardetes, ante numeroso público civil. Hacía fresquito para estar en mangas de camisa, soplaba un ligero viento del Gurugú. A las once en punto se iniciaron los actos, presididos por el coronel. Destacó el discurso del páter, vestido de negro como un pajarraco, en expresión de Sánchez. Versó sobre el credo legionario. El teniente párroco aseguró haberlo leído con atención, y haber meditado largamente sobre él. Dijo que era un espíritu de vida, de valor y de amistad, y que había en él frases que un filósofo podría encontrar contradictorias, un filólogo inadecuadas, y un hombre común, desorbitadas o simplemente ininteligibles. Y todos tenían razón, porque el credo legionario, como el cristiano, no era una fórmula filosófica, ni un modelo de gramática y sintaxis, ni un discurso propagandístico: era una fórmula de vida. Tenían hecho juramento de no abandonar jamás a uno de los suyos, hasta, si fuera preciso, morir todos. ¿Cabía mayor valor, mayor amistad? Los casi dos mil legionarios escuchaban firmes, graves,

inmóviles como postes, semblantes de cobre curtidos por el sol y el viento y las penurias, mientras los altavoces escupían las palabras del sacerdote, que se exaltaba, emocionado por su propia oratoria. Los legionarios decían que lo más horrible era vivir siendo un cobarde, y tenían razón: la cobardía era la negación de la personalidad y del individuo. Un cobarde era un pelele, un juguete y un don nadie.

—Cuando decís «con razón o sin ella defenderemos al legionario que pide auxilio» puede parecer irracional, pero no es así. El legionario que pide auxilio puede o no tener razón, pero vosotros, socorriéndole, siempre la tendréis...

Después habló de la vida, y del grito legionario de «¡Viva la muerte!». ¿Por qué llamaban a la muerte su leal compañera? El páter había meditado largamente, y había llegado a una conclusión: porque amaban la vida, la del amigo, la del compañero, la del semejante, los legionarios donaban su sangre para los hospitales, eran novios de la muerte porque su muerte era vida para muchos. Y María, dijo, también era símbolo de vida. Ella, Madre de Cristo, Camino de Verdad y Vida, con la muerte de Su Hijo aceptada con amor y resignación, nos daba a nosotros la vida... José, que hasta ese momento había seguido la alocución del cura con atención e interés, pese a los molestos chirridos que a veces dejaban escapar los altavoces, provocando en sus oídos un desagradable zumbido, se distrajo en cuanto oyó el nombre de María, en quien, en realidad, no había dejado de pensar ni un instante, aunque desde el encuentro en la ciudadela hubieran transcurrido ya dos semanas. Pero hoy vendría, acudiría al banquete de los jefes y oficiales, y antes se pasaría por las cuadras, su corazón lo presentía. Tenía que ser hoy, dos semanas era mucho tiempo, demasiado al principio de una historia, se repetía José, ansioso, preocupado.

Cuando acabó el capellán, se rindió honores a los muertos. El Coronel Jefe del Tercio depositó una gran corona de laurel a los pies del Cristo. A continuación, pronunció un discurso breve y apasionado. El coronel estaba próximo a cumplir el medio siglo, pero se mantenía apuesto y gallardo. Su pelo blanco no era signo de vejez, pues había encanecido muy joven, en los meses que siguieron a la desafortunada muerte de su esposa. Afirmó que para ser legionario había que ser idealista, y que el que no sentía ese romanticismo, ni quería, ni podía, ni debía vestir de verde. Los legionarios le escuchaban con respeto y admiración. Estaban orgullosos de su jefe, porque le habían visto compartir fatigas y penalidades en las maniobras, y porque venía precedido de una fama de valor y justicia ganada en el Sahara. José ya no sabía cómo mirarle: era el padre de María, e ignoraba si se convertiría en aliado o enemigo. María había sido clara: mejor que por ahora no se enterara de nada, y el significado de aquello parecía evidente. Terminada la alocución, se repartieron los premios de los campeonatos de la Inmaculada, se cantó el *Himno legionario* y se dieron los gritos reglamentarios, tres vivas a España, a Franco y a la Legión. Las Banderas abandonaron la explanada desfilando a velocidad legionaria, braceando energicamente, el gesto adusto, seco, el mentón hacia arriba, entre los aplausos y vítores de los entusiasmados paisas. En el barracón, un sargento de su compañía, Abe

Malúa, confió a José una carta para Velasco, el tirilla que estaba en el botiquín por heridas producidas al caérsele una granada de mano a los pies. José se había ofrecido, para separarse así de sus camaradas. Deseaba ir solo a las cuadras, y cuanto antes.

El botiquín estaba en el patio del Cañón. Allí se practicaban pequeñas curas e incluso operaciones menores, pero si se producía un percance grave, los afectados eran evacuados al hospital de la ciudad. Además, se confeccionaban los papeles de calorías, para el rancho diario de la tropa. Se cruzó con el teniente médico, que salía. Le saludó marcialmente, como le habían enseñado, como diciendo: Yo puedo obedecer más de lo que tú me puedes mandar...

El tirilla estaba en la enfermería, en una cama, leyendo un ejemplar atrasado de *La Legión*. José le entregó la carta. *Si nos piden un imposible, se hace rápidamente. Si nos piden un milagro, tardamos un poco más*, rezaba un papel rotulado a mano, pinchado en la pared mediante tres chinchetas. Había cinco enfermos o lesionados más. En la salita de curas, con la puerta entreabierta, vio a un legionario médico limpiando una fea herida a un legía desconocido. Se despidió del tirilla, y safio a toda prisa. Rodeó las compañías por la trasera, y llegó a las cuadras sin ningún contratiempo, tras sortear algunos pozos y cultivos de la granja. Olía a cerdo y a ganado equino por toda la zona, a paja y a excrementos, pero era mi olor que le agradaba. Se cruzó sin prestarles atención con dos o tres PM y con un par de mozos encargados de las caballerías, que iban por agua con dos cubos cada uno, y fue directo a los establos. Su buena estrella seguía brillando: María se hallaba en el de *Harina*, uno de los más próximos a la entrada. Acariciaba la noble cabeza de la yegua, que comía granos de avena de su mano, ronchando. Estaba vestida completamente de blanco, y los pantalones, ceñidos, marcaban sus bragas. Ella se volvió al oír sus zancadas apresuradas.

—Creí que no ibas a llegar nunca.

Le miraba desafiante, chula, segura de su atractivo, del poder que ejercía sobre el otro sexo.

—¿Me esperabas?

Dos nuevas zancadas y se puso a su lado.

—Sí —María continuaba acariciando su yegua—. Tenía curiosidad por comprobar si de día, y en el Tercio, eras tan bravucón como la otra noche.

Él la tomó de la cintura.

—Quieto —dijo ella, e intentó desasirse, sin demasiado éxito y quizá sin demasiada convicción.

El legionario creyó que iba a abofetearle, pero María no lo hizo. Entonces, la atrajo hacia sí, y se disponía a besarla, cuando en el otro extremo de la cuadra se oyeron voces. María se alarmó.

—Es mi padre —dijo—. Rápido.

Más tarde, el legionario pensó que María podría haberse separado de él sin que hubiera sucedido nada, pero entonces le pareció lógico que ella le arrastrara hacia mi

establo vacío, enfrente del de *Harina*, y más hacia el fondo de las cuadras.

—Ssssh...

María se había llevado el índice a los labios. Entornaron la puerta y se acurrucaron en una esquina, muy oscura. Él la sujetaba debajo de la axila, y empezó a acariciar su costado, donde nace el seno, y la cara interna del brazo. El legionario notó que María empezaba a excitarse, a perder el control. La proximidad de su padre, que avanzaba hacia ellos charlando con unos invisibles interlocutores, le impedía resistirse, y se rendía, sucumbía al ahogo y al deseo, la boca entreabierta, respirando entrecortadamente. Él supo que podría hacerla suya en el montón de paja de aquella cuadra en cuanto desapareciera el peligro. El coronel, un comandante y el teniente coronel de la II Bandera pasaron ante ellos, y se detuvieron junto a *Harina*.

—Qué raro —oyeron—. He debido de cruzarme con ella. ¡Benítez!

—A la orden de usía, mi coronel.

Oyeron una carrera que acababa en un taconazo. María se pegó todavía más a José.

—¿Has visto a mi hija?

—Estaba aquí hace cinco minutos, mi coronel.

—Si la ves, le dices que me busque en el bar de oficiales.

—A la orden de usía, mi coronel.

Benítez y los tres jefes salieron de las caballerizas. María jadeaba y le mordía en el cuello. Tal vez la situación, el riesgo, habían contribuido a excitarla tanto como sus caricias. El legionario puso su mano entre las piernas de ella, la frotó con la palma de su mano mientras la besaba, la levantó y la echó sobre el montón de paja, sin preocuparse de que hubiera boñigas o no, ni de sus golpes y arañazos, que pronto se convirtieron en caricias y susurros. Fornicaron entre jadeos, con prisas, sin quitarse las botas, con los pantalones bajados a medias, envueltos en el penetrante olor de las caballerías, de sus excrementos y meadas, del forraje, del heno y de la paja, de los puercos cercanos, e incluso del carnero y del pobre mono Sebastián *pasa mucha hambre*. No era una conquista de amor, porque todavía no la amaba: era una conquista de clase, una ascensión en la escala social. Follándosela, se vengaba de Julio, de las chicas que le habían despreciado por no tener un duro, de los oficiales de carrera, de su baja extracción, de todo y de todos.

—Eres un animal —dijo ella, cuando él se apartó, satisfecha, mojada y algo confundida o avergonzada.

—Y tú eres como la Virgen del Pecado, no de la Inmaculada —repuso él, subiéndose los pantalones, sudoroso y feliz, salvaje—. Hoy no es tu santo, porque eres pura y animal a la vez.

La levantó de un brusco tirón, y la besó.

—¡Basta! —protestó ella—. Déjame, tengo que irme.

O sí, sí lo era: ya había empezado a amarla...

—¿Quieres ver los pasadizos conmigo?

—¿Cuándo?

—El sábado, mi niña.

—Vale. A las cinco, en Radio Nacional.

—¿Es un trato?

Ella movió afirmativamente la cabeza. Sólo entonces la soltó él. La vio irse, otra vez majestuosa y altanera, erguida, aunque en esta ocasión una fea mancha de boñiga profanaba los pantalones blancos de amazona, bajo los cuales seguía marcándose la línea de sus bragas. Aguardó un minuto para abandonar las caballerizas sin levantar sospechas, pero no llegó muy lejos. Nada más franquear la salida, recibió un golpe en la cara, que hizo brotar la sangre de sus labios y le devolvió a las cuadras. No tuvo tiempo de defenderse. Llovían sobre él puñetazos y patadas, y bastante tenía con cubrirse. Los dos agresores estaban encapuchados. Uno de ellos, el más corpulento, le agarró del cuello de la camisa y le empujó contra la puerta de madera de un establo. El caballo que había en su interior se removió inquieto, piafando, y cerca de los oídos de José, que sintió el aire caliente, resonó un nervioso y fuerte relincho. José conectó un rodillazo al que le agarraba del cuello que no le alcanzó de lleno en los testículos, pero que al menos impidió que el cabezazo que el otro le lanzó fuera totalmente efectivo. Mientras, el segundo encapuchado le propinó una patada en el muslo, y un puñetazo que le calentó la oreja. El corpulento le golpeó en la tráquea y le cortó la respiración. Ensangrentado, José se mantenía en pie porque el otro le sujetaba.

—Así aprenderás a estar en tu sitio —la voz del segundo encapuchado, distorsionada, no le resultaba reconocible—. ¡Vamos!

El primer encapuchado, el más robusto, le dio un puñetazo en la boca del estómago antes de marcharse, y le dejó caer. Para cuando José se levantó trabajosamente, sus agresores ya se habían esfumado. Tenía un ojo hinchado, el labio roto, la cara enrojecida. Le dolía la espalda, las piernas, el cuello, los huesos. Recogió su gorriño, cubierto de polvo y paja. No podría jurarlo, pero creía haber reconocido por el tatuaje en el antebrazo al corpulento: Van der Waals. Había visto, además de la chica azul desnuda, un galón de cabo primero. Pero todo había sido demasiado rápido y confuso, y muy bien pudiera ser producto de su imaginación. Y el otro, jugaba José a las adivinanzas, el otro podría tratarse del teniente Perales. Ya levantado, pero todavía recuperándose de la paliza, limpiándose la sangre con un sucio pañuelo, vio entrar a un PM, que le miró con severidad, como si hubiera cometido alguna falta.

—¿Qué ha pasado aquí?

José no contestó. Era un cabo.

—No quiero líos en las cuadras, vuestras diferencias las solucionáis fuera, que para eso están los tigres y las duchas. Te ha dado una coz un caballo, ¿visto? *Campeador*, que es un poco nervioso, ¿visto?

—Visto, mi cabo.

—Pues venga. Y no quiero volver a ver tu jeta por aquí, que no tienes nada que hacer.

Dolorido, José abandonó la cuadra. No iba a renunciar a María por aquello, pero quedaba avisado. No podrían apartarle de ella. Era suya, y él de ella. ¿No se hacían así los tratos? Hacían falta muchos Van der Waals y muchos Perales, muchos encapuchados y muchas palizas para que renunciara a lo que se había ganado en buena lid.

Porque él no había nacido para que le pisotearan, ni para agachar la cabeza: él no había nacido para ser limpiabotas.

Nueve

Cuidadosamente lavado y afeitado, el cuello de la camisa planchado, la guerrera sin mácula, la raya del pantalón impecable, los zapatos brillantes.

—¿Cómo estoy, mi sargento?

—Matizado, mijo. Si no fuera por el ojo un poco afuneralado...

Un cabo le condujo a la salida, junto con otros cuatro legías.

—A la orden de usted, mi suboficial de guardia, ¿da su permiso?

El sargento de guardia les pidió los pases, pasó revista a su policía y no puso pegas a ninguno.

Una vez en Melilla, lo primero que hizo José fue comprar un caro perfume en La Levantina. Como le sobraba tiempo, vagabundó unos minutos por la ciudadela. Recorrió unos callejones muy estrechos, bordeó una mezquita, a cuya puerta se alineaban varios pares de babuchas. Un musulmán barbado se lavaba los pies. Se tomó una caña en el bar Sevilla. Anduvo por la pequeña calle de los bazares, donde hacía poco estuviera el mercado, Bazar Naguib, Monsieur Amselen, Hassanito, Tuhami, Tokio, que cuando estaban cerrados semejaban garajes, por sus puertas de colores brillantes, de chapa. *Abierto 48 horas*, rezaba un cartel en uno de ellos, seguramente propiedad de un andaluz exagerado. Radio Nacional quedaba enfrente de la comandancia. No entendía por qué el día de La Trápana ella había querido caminar precediéndole, y ahora le citaba allí. Quizá ya no temiera que les viesan juntos, o tal vez fue el primer lugar que le vino a la cabeza estando segura de que él lo conocería. Por sorpresa, unas manos menudas y suaves le taparon los ojos. No la había sentido llegar. Se volvió, y se sonrieron. María llevaba un traje azul oscuro, con la falda por encima de las rodillas, y unos zapatos de tacón, que la elevaban hasta igualarles en altura.

—¿Estoy guapa?

—Mucho, mi niña.

—¿Y eso? —le tocó delicadamente el cardenal.

—Nada, un golpe con el chopo en la instrucción.

Caminaron por Duque de Almodóvar, y dudaron si sentarse en una cafetería de la plaza de España y picotear algo. Decidieron pasear por el parque, cuya entrada presidían dos estatuas de Guzmán el Bueno. El escudo era un cesto del que salían seis serpientes, tres para cada lado. El legionario se enteró de que María tenía dieciocho años. Otras cosas no quedaban tan claras...

—He tenido cuatro novios, no, tres. Bueno, y dos historias...

Se contradecía. Él sospechó en ese instante, ante el drago frente al que se habían detenido, que nunca podría saber a ciencia cierta cuándo ella diría la verdad.

—Parece que tiene muchos brazos, ¿a que sí? Como si fuera un candelabro...

Dieron la vuelta. El parque era pequeño, pero los ficus y las palmeras se elevaban grandes y hermosos. Él saludó a un oficial y a un suboficial de regulares con los que se cruzó, y ella a un par de conocidos.

—¿No tienes miedo de que te vean conmigo?

—Si es sólo andando, no. ¿Sabes que mi padre ha dicho que eres un legionario de tercera? —y luego, tras ver que fruncía el ceño—: Era broma, era para ver cómo reaccionabas... No le pienso contar nada, por ahora y por tu bien. Lo haré poco a poco...

Se sentaron a unas mesas, y pidieron unas bravas y dos cañas. En la radio del kiosco se alternaban canciones en español, como *Marionetas en la cuerda*, con otras en inglés, italiano o francés, y con anuncios de colonias o de tónicos para el cabello. Entonces él sacó el perfume francés que había comprado para demostrarle que no era un animal. Casi un quinto de sus ahorros. Ella se quedó encantada, y no espero a echarse una gota en la muñeca para oler la fragancia. Al legionario le sorprendía la tranquilidad de aquella tarde: aquella muchacha con la que conversaba como si nada era la misma a la que se había tirado en las cuerdas del cuartel, entre paja y boñigas. Y después de que casi la hubiera despreciado, por la facilidad de la conquista y por la brevedad del acto, esta segunda fase, complementaria, esta cita, hacía que empezara a encariñarse, a prendarse verdaderamente de ella. En la mesa contigua, un perro canijo ladraba. Compraron a un moro unas almendras tostadas y saladas. Sonó *Starry, starry night*, de Don McLean, y el legionario recordó la noche en la Trápana y se sintió optimista. Se lo comentó, y María estuvo de acuerdo: había sido una noche estrellada y muy bonita, una noche feliz. Aquella música, aquel paseo, aquellos primeros recuerdos comunes, aquella placidez, pugnaban en el corazón y en la mente del legionario por desbancar su odio de clase, la consideración de que la hija del coronel era una putilla que había tenido varios novios y a la que se había follado a las primeras de cambio...

Se acercó un segundo moro a venderles almendras, sin importarle que tuvieran un cucurucho sobre la mesa. Negaron con la cabeza.

—Son la pera —dijo ella—. A mí una vez me quisieron vender un mono del Gurugú. Aunque está prohibido, se hace la vista gorda, pero ¿para qué querría yo un mono?

—Ahora me tienes a mí.

—¡Exacto! —ella rió, mostrando su dentadura fuerte y feliz—. ¿Cuánto? Mil. Venga. Yo tenía curiosidad por verlo, y me trae un perro chico, como el pesado ese que ladraba antes. Eso es un perro. ¿Un perro? ¿No mono? —María gesticulaba, imitando al marroquí, y el legionario disfrutaba—. Cómo va a ser eso un mono. ¿No mono? ¿No mono? ¿Perro? Luego intentó venderme un burro por cien dirham.

Se rieron.

—A mí me dan un poco de pena, pero también de asco —dijo ella—. Son sucios.

—Pues si vieras algún español que hay en mi barracón... —dijo él.

—A mi padre le gustaban mucho los del desierto. Dice que una vez que te los ganas son valientes y leales, y que es una traición entregarles a Marruecos. Aunque cuando estábamos allí decía que no te podías fiar, y que simplemente estaban del lado del más fuerte. En el Sahara ni se le reza al sultán ni se paga tributo —concluyó.

—¿Y si vamos a ver las cuevas del Conventico?

Pero la hija del coronel se negó, prefería ir a algún bar. Desechó el Tropical Rudi, porque era demasiado elegante y podía encontrarse con personas de su entorno. Fueron al Rincón Casa Sadi, en un callejón de Ejército Español. Al fondo, fuera del bar, en una esquina, se asaban unos pinchos morunos sobre las brasas de una parrilla. Unas escaleras comunicaban el callejón con la calle paralela a Ejército Español. Excepto ellos, la clientela era mora. Pidieron unas cañas y unos pinchos.

Ahmed, un morito de unos siete años, corría por la calle, y al pasar ante el callejón se detuvo, algo desconcertado al ver a José en compañía femenina. El legionario le saludó y le llamó. El niño, sonriente, con su pobre ropa sucia y gastada, acudió a la mesa.

—Mira, María, éste es mi amigo Ahmed.

Ahmed sonreía con toda su boca, con todos sus ojos. Era la imagen de la alegría inocente, de la infancia. El legionario se introdujo la mano en el bolsillo y le dio dos duros. El crío se los guardó, e hizo un gesto con la cabeza para agradecerlo.

—Ya puedes irte, Ahmed.

Ahmed se fue corriendo.

—Me dan pena los niños —dijo el legionario—. Los mayores que se jodan, pero los críos... No puedo dar limosna a todos, así que he adoptado a uno, a Ahmed...

—No era muy hablador, que digamos. ¿Le cortaba que estuviera yo?

—Es mudo.

—Ah... Pobrecito.

Ella no estaba acostumbrada a beber, y la cerveza se le había subido a la cabeza. El legionario propuso nuevamente ir a los pasadizos, y en esta oportunidad María, achispada, aceptó. Él pidió la cuenta, y ella no hizo ni ademán de pagar. En realidad, había salido sin un sólo céntimo. El legionario comprendió que si no iba con tiento gastaría sus ahorros de meses en tres o cuatro salidas y en tres o cuatro regalos. Pero tampoco había de qué quejarse: más cara le había salido la otra putilla, Nora. El escaso dinero que pensaba mandar a sus padres, envió que siempre postergaba porque le parecía poco, ahora no le parecía tan poco, y lo veía en el aire, volando, aunque no precisamente hacia las habitaciones de servicio del cortijo.

Dieron un paseo hasta la ciudadela. Había oscurecido ya, y la noche, aunque algo fresca, era serena. A él le habría gustado cogerla de la mano, del talle, aproximar sus caras, besarla, pero sabía que no podía hacerlo en público. Entraron por la puerta de

los Carros, y subieron hacia la de Santiago. En el segundo recinto, se detuvieron en una explanada, frente a la ensenada de los Galápagos. Los edificios, antiguos, estaban medio arruinados.

—Si esto se restaurara y ajardinara... Fíjate aquí un restaurante, o una heladería, con estas vistas...

Al pasar por la capilla de Santiago, María le explicó que aquella pequeña bóveda de nervios cruzados, que el legionario consideró insignificante, era el único gótico de África.

—Es tristísimo —se lamentó ella—. Fíjate, hecho una guarrada, sin cuidar, con unos cables allí mal puestos, medio cayéndose...

Él no entendía por qué aquellas cosas eran tan tristes e importantes, a él le parecían tristes la pobreza de Ahmed, los temblores de los viejos, los mendigos sin piernas, pero asentía: si ella lo decía, estaba dispuesto a creer que también esas cosas lo eran...

Melilla la Vieja, a pesar del aire, la humedad y el tiempo, a pesar de la desidia y el desinterés de las autoridades, seguía siendo hermosa e impresionante, con sus pasadizos, torres, túneles, baluartes y fosos, herencia de su atribulada historia. Pasaron ante la iglesia de la Purísima y llegaron a la entrada de las cuevas del Conventico. Un candado cerraba la pequeña puerta metálica, oxidada.

—¿Y ahora, qué? —preguntó ella, como diciendo: Si algo quieres, gánatelo, demuéstreme que vales, que tienes recursos. Y si no... ¡Y si no, tú te lo pierdes!

Él sacó de su bolsillo una horquilla y una linternita. Hurgó medio minuto en la cerradura, y el candado saltó. Empujó la puerta.

—¿Y si le digo al coronel las cosas de chorizo que sabes hacer?

—Le parecerá bien. A un legionario no le puede detener un candado.

Antes de decidirse a entrar, ella le miró unos segundos, y él sostuvo la mirada.

—No podemos hacer lo del otro día.

—¿Por qué?

—Porque es pecado, y me da vergüenza confesarlo —dijo la hija del coronel—. Y los pecados que no se confiesan te mandan al Infierno.

Pero, después de tal aseveración, entró. Cuando él lo hizo, tras ella, dejó la puerta cerrada, sujeta por el candado abierto. Avanzaron en silencio, sirviéndose de la débil luz de la linternita, cogidos, ahora sí, de la mano, entre aquellas estrechas paredes de roca, por aquel dédalo de pasadizos de polvo y tierra que habían salvado a los melillenses de asedios y cañonazos y que bajaban y momentáneamente subían, se bifurcaban, sin miedo a perderse: bastaría con ir siempre hacia arriba, al revés que si buscaran el mar, para hallar la salida. Se detuvieron en una sala redonda, en la que unas aspilleras se abrían al Mediterráneo. Aquéllo si que era estar solos, a salvo de miradas indiscretas. No había nadie más en el mundo.

—Mira, el mar —dijo él—, Huélelo.

La atrajo hacia uno de los estrechos vanos, por el que ambos miraron. Sus narices,

sus mejillas, se rozaban.

—Ahí abajo está la Trápana —informó ella.

Él pasó su mano por su espalda, y empezó a acariciarla bajo la axila, sin decir nada. Un silencio cómplice y pecaminoso les envolvía y ahogaba. La hija del coronel se dejaba, y su respiración se iba haciendo más anhelante. El legionario apagó la linternita, sin que María se opusiera, y la guardó en un bolsillo. Después, metió la mano que había quedado libre bajo la falda de ella, y la besó violentamente, mientras frotaba su seno y sus bragas.

—Te quieres aprovechar, bestia...

Pero estaba húmeda, olía a mujer y a perfume, y el puñetacito que le asestó, en el hombro, tenía más de provocación o de hipócrita salvar las formas que de verdadera defensa. La derribó sobre la tierra, y se bajó los pantalones mientras ella se quitaba como podía los zapatos y las bragas, y se tumbaba boca arriba, jadeando, esperándole.

—Dime qué soy...

—Eres... la melillense... más guapa del mundo...

El legionario la besaba en la cara, la mordisqueaba en el cuello, en la oreja, susurraba en sus oídos, le echaba su aliento. Entró en ella.

—No, dime qué soy...

—Eres la hija del coronel...

María le golpeó varias veces en la espalda con fuerza, pero para el legionario fue poco más que una caricia.

—No, no... Dime qué soy yo...

José arremetía contra ella, daba continuos y violentos caderazos sin preocuparse del placer de María, atento únicamente a consumir cuanto antes su propia satisfacción.

—Dime quién soy yo...

Pero él ya se estaba corriendo, y María casi sollozaba. Se separó, y quedó de rodillas ante aquella Virgen del Pecado a la que ya amaba y despreciaba a partes iguales, como se amaba y despreciaba a sí mismo. Ella, a gatas, buscaba sus bragas.

—Deberías hacer como las saharauis: no llevan ropa interior, y así evitan estos problemas —dijo, despectivo.

Él alumbró el suelo, con la linternita, y María encontró la prenda. Se puso en pie y sacudió las bragas para quitarles la arena. Se las puso, y para no perder el equilibrio, tuvo que apoyarse en el recio hombro de José, que se sacudía los pantalones.

—Esto sí que es echarse un polvo, ¿verdad, mi reina?

La bravuconada del legionario hizo que la hija del coronel se sintiera humillada. Le propinó una sonora bofetada, que a él le supo a hembra y a miel.

—No te voy a consentir groserías, entérate. Y por cierto, no soy melillense. Soy castellana.

Buscaron la salida, en la duda siempre adelante, siempre hacia arriba, ayudados por lo que recordaban y por el halo amarillento que la linternita despedía.

—Hemos cometido otro pecado —decía ella—. Iremos al Infierno... Pero yo ya he hecho un pecado mucho más grande, así que me da igual...

—¿Qué pecado has hecho?

Aunque hablaban en susurros, sus voces retumbaban, se expandían: seguramente había fantasmas que les estaban escuchando...

—Ya te lo contaré algún día. Un pecado grande, mucho más grande todavía que esa cosa que hemos hecho tú y yo...

María susurraba, y su vocecita parecía la de una niña asustada. Sin embargo, el legionario creyó que le tomaba el pelo, se divertía a su costa, y no indagó más. Encontraron la salida sin ninguna dificultad. Salió él primero, tras asegurarse de que no había nadie en la calle, y luego ella, rápidamente. Cerraron la puerta y bajaron hacia el Casino Militar, pues daban casi las once.

—He quedado a menos diez con Margarita, en el túnel de San Fernando. A mi padre le he dicho que había quedado con una amiga.

Margarita les esperaba en la puerta de los Carros. Era delgaducha, morena, sin ninguna gracia especial. María les presentó, y el legionario y la amiga se besaron en las mejillas.

—Encantado, señorita —dijo él, demasiado ceremonioso, militar.

—¿Qué habéis hecho?

—Dar una vuelta por el parque, y luego por la ciudadela —dijo María—. Nada del otro mundo.

Él las acompañó un trecho y se despidió de María con un beso en la boca, que ella rechazó a medias. En cambio, al despedirse de Margarita, ésta le rozó con los labios. Decidió volver al cuartel andando y en autobús, nada de taxi. Estaba desconcertado y feliz. ¿Irían al Infierno por follar por gusto y sin estar casados? Bah, beaterías, él no creía en curas ni en nada de eso. Qué diferente había sido recorrer aquellas galerías y pasadizos con ella, en lugar de con la Compañía, la 2.^a de la I Bandera del Tercio Gran Capitán. Y así se sentía, mientras repetía una y otra vez en su cabeza las secuencias de aquel segundo encuentro amoroso o sexual: como un gran capitán.

Diez

Era Navidad, aunque no hubiera ni asomo de nieve era Navidad, más borracheras, más santas misas, más discursos patrióticos y legionarios del coronel, más juegos y pependencias, mazapán y turrón de postre.

José entraba de retén por la noche. Los de la PM habían desfilado a caballo. Los cuarenta legionarios de la Banda de Música les habían obsequiado con varias marchas. El concurso de belenes, diecisiete, uno por compañía del Tercio, había resultado un éxito. El de la 4.^a estaba dentro de un gorrillo legionario, el de la 8.^a, en el interior de una maqueta del fuerte de Rostrogordo, con el portal formado por la pica, la ballesta y el arcabuz. El de la 12.^a Compañía, que, como las demás compañías de la III Bandera, había traído su belén desde su acuartelamiento, el Pajares o el Valenzuela, cerca del puesto de Beni-Anzar, con un juego de luces y funcionamiento mecánico del molino y la noria, había resultado ganador del premio, una metopa, tras largas discusiones: la compañía de Plana Mayor había hecho, en lugar de un belén tradicional, un belén viviente, con las escenas de la Anunciación (la Virgen María no había sido su Virgen del Pecado, sino la esposa de un teniente coronel, que hacía una Virgen cutre, gorda y ajada, pero el coronel se había negado al honor de que su hija se expusiera a la vista de todos, aunque fuera encarnando a tan castísimo personaje, y el siguiente en rango había sido el teniente coronel Ramírez Sotomayor, que había cedido a su consorte con gran gusto suyo y disgusto de la tropa legionaria), la proclama de Herodes, la huida a Egipto en burro (mijo, esto lo vi yo calcadito, en Smara, pero con camello en vez de pollino), y la adoración de los Pastores y los Reyes, el cabo Smith *pasa mucha hambre* haciendo un más que digno Baltasar. Había sido emocionante y divertido, las equivocaciones, la cogorza de Herodes, un subteniente curtido y tatuado, que ni para la ocasión se había quitado las siniestras gafas de sol, habían causado risas y chanzas, pero la solemnidad del acto había sido respetada, y el esfuerzo apreciado. El capitán de Plana fue profusamente felicitado, aunque no ganó por considerar la mayoría del jurado demasiado experimental su propuesta, no era algo físico que se pudiera exponer.

Muchos de los legías que tenían permiso se quedaron a la comida y a la fiesta *folk* y *ye-ye*, con la *vedette* Rosana, que cantó, entre otras joyas, *El vals de las mariposas*. El jamón de la cucaña engrasada se lo había llevado Naranjo, cómo no, el Choto, un atleta, el mejor en la pista americana, el más rápido en 1.500 y en diez kilómetros a campo traviesa, un auténtico becerro. A la tarde, el Japi, secundado por Blanc, por Sarmiento y por un par de veteranos de otra compañía, con los bolsillos llenos de

perras gordas, había ido en *jeep* a comprar un borrego al moro que pastoreaba en los campos de Rostrogordo. El pastor era primo del chulo del Matjuba, y por eso le habían elegido como víctima de la pesada broma. Cuando el moro estaba contando la calderilla, que no cubría ni la tercera parte del precio, los legionarios se largaron en el *jeep* con el animal. Lo sacrificaron, destriparon y asaron cerca de la granja, en un terreno pedregoso y polvoriento, como gran parte del cuartel. Mijo y José fueron invitados. Al Sopas y a otros dos suboficiales, que habían despistado de cocinas un par de garrafas de vino, les hicieron creer que se trataba del mismísimo Nerón, la mascota de la I Bandera. Tras descubrirse la tomadura de pelo, se unieron al festín.

—Sabe a cartón —se quejó el Japi—. Desde que dejan la leche, sólo comen cartón y papeles, los hijosputa, y éstos son los grandes problemas que tiene esta gente.

—¿Qué tal con la chiquita, mijo? No me contaste nada.

José, tras un segundo de titubeo, recordó a Nora, la muchacha del Matjuba.

—Estaba un rato buena.

—Yo tuve una novia en el Sahara, Julio, una mujer de verdad, aunque ahora ya sólo me quieren las putas y la muerte. ¿Has estado alguna vez en Tenerife? ¿En la isla chicharrera? Llegas allí como un general, en avión, como un águila real, y ves el Teide, que se eleva potente y majestuoso... Pues ella, tumbada, como dos Teides sus pechos, tan firmes, lo mismito que dos Teides... Pero te aburro...

José no se aburría, y entendió que el sargento no quería seguir contando sus batallas, desgranando sus recuerdos, pétalos que el viento se llevaba uno a uno, mostrando las heridas que la vida y el tiempo habían inferido en su corazón. Se separó del grupo y merodeó por las cuadras, visitó a *Arena* y a *Harina*, y extrañó a María, a quien llevaba algunos días sin ver. Ni siquiera se le había ocurrido pedirle el teléfono, para llamarla a su casa cuando estuviera bien seguro de que el coronel se encontrara en el Tercio. El cabo de la PM que había visto a José recién recibida la tunda había enganchado a dos legionarios reclutas para que trajeran agua y forraje para las monturas, y les increpaba, los reclutas firmes, el cabo gritando a escasos centímetros de sus caras.

—¿Que sois pocos? Me tenéis mosqueao y quemao, y además dos veces de cada cosa, venir a protestar otra vez y os doy una hostia que os doblo, y así ya no seréis pocos... ¡Venga, cagando leches!

José decidió que sería mejor abrirse. Fue a la cantina del legionario, a ver si se encontraba con alguien. El Tranqui estaba en la barra, bebiendo pausadamente una cerveza Mahou. A su lado había un cabo primero, que al día siguiente salía de servicio de captación de reclutas (José se sabía muy bien el rollo, las películas que contaban, las fichas de filiación, los contratos de enganche, la chulería del capitán, escogido de entre los más bizarros del Tercio, ¡*podéis llegar a capitanes!*). Mientras el Tranqui y José charlaban, éste vio la fotocopia con la orden de busca y captura del Pintas, en una pared, sobre las botellas de licores. Cuando regresaron al barracón, se

enteraron de que a Sánchez le había zurrado en los servicios de la compañía un veterano de otra.

—Lo que tiene que hacer es meterse en la pelota, ponerse cachas y cascar a ese mal nacido cuando salga —opinó Silvino.

Sánchez estaba en el botiquín, con el rostro tumefacto y unos algodones manchados de sangre en las fosas nasales.

—¿Quién te cascó? ¿Unos encapuchados?

—Sí, el Espaidermán y el Capitán América, ¿no te jode? —ni en aquel penoso estado abandonaba el sevillano el humor—. ¿Por qué?

—Por nada —dijo José.

Del botiquín fue a los tigres. Los legionarios jugaban, charlaban, fumaban, bebían en corrillos, alguno descansaba o leía, recostado en la litera. Seis veteranos, entre ellos Blanc, Van der Waals y Vega, competían con los ojos vendados en armar y desarmar el cetme con mayor celeridad. Mientras cagaba, José oyó hablar a Prieto y a Borrero, los universitarios de la compañía, que se estaban afeitando.

—Prieto, Prietito... Parece mentira que tú digas eso, qué va a ser la rueda el mejor invento de la Humanidad, por mucho que las cosas salgan rodadas con ella... El mejor invento de la Humanidad es la bombilla, que ilumina nuestros actos como el mismísimo Señor, y que permite que nos afeitemos sin cortarnos y no asustar así a nuestras dulces Laura y Beatriz...

Los antiguos estudiantes, algo achispados, se reían, bromeaban. José ignoraba por qué se habían alistado, pero había oído que lo habían hecho por el periodo mínimo, dos años, y que en cuanto lo cumplieran, volverían a la universidad a acabar sus carreras, Filología uno, Periodismo el otro. Para José, estaban un poco locos.

—¿La bombilla? ¿Serás borrego, Borrero, Borreguito? ¿La bombilla, patán? ¡Te daba así...! El mejor invento de la Humanidad, entérate tú y que no se enteren nuestras damas, son las mulatas... ¡Eso es un invento, y lo demás tonterías! ¿Que no? —sus voces se alejaban, se perdían—, Tú viaja conmigo y verás, pero claro, en el ecuador tú te fuiste a Torremolinos, so pringado...

Mientras cagaba en cuclillas, mientras les oía, le entró nostalgia por la vida universitaria y leída, por esa vida que nunca había tenido y que jamás conocería. Tras tirar de la cadena y salir del cagadero, vio, en un lavabo y en su espejo correspondiente, las manchas de sangre de Sánchez, que nadie había limpiado todavía.

Once

Por fin había conseguido hablar con María, muy fugazmente, el miércoles. O mejor, ella con él. José pasaba cerca del cuerpo de guardia, y vio al coronel y a su hija, que entraban al cuartel. Cambió de rumbo y fue hacia ellos, saludó al coronel, sin detenerse, y ella, que se había rezagado a propósito, simulando interesarse por la estatua de la niña ofreciendo un ánfora a un legionario, pronunció quedamente un telegrama:

—Hernández, sábado, cinco.

Él, andando, y como si se lo dijera al legía de la barrera, exclamó:

—¡Entendido!

Porque todavía nadie, excepto Margarita (y quizá Van der Waals y Perales, suponiendo que fueran los encapuchados), sabía de sus relaciones. Como el sábado no era día cinco, el mensaje significaba verse el sábado próximo, el último día del año, a las cinco, en el parque Hernández, el mismo de la otra cita. En Melilla existía otro, el Lobera, pero era más chico y a María le gustaba menos. Y efectivamente, allí se encontraron la tarde del treinta y uno de diciembre.

La hija del coronel vestía en esta ocasión una falda más larga, hasta las rodillas, una blusa blanca y una chaqueta azul marino, de lana fina. Se había echado el perfume que él le regalara, y olía maravillosamente bien.

—¿Has hecho como las saharauis? —preguntó el legionario.

—Atrévete a comprobarlo y verás —respondió ella.

Fueron al Club Marítimo, a ver los yates y las barquitas que allí fondeaban.

—Podrías comprarte un yatecito de ésos... ¿Sabes navegar, Julio?

—Soy hombre de tierra, no de mar.

Entraron en el bar Virgen del Puerto, y pidieron rape adobado y una ensalada. Cuando lo trajeron, María pidió también unas gambas a la plancha. Él había intentado que ella bebiera cerveza, pero se había negado, y bebía Coca-Cola. Entró un pescador moro calzado con unas sandalias medio rotas. Llevaba unos pescados sujetos con un fino alambre, tres meros en una mano y dos doradas en la otra. Ofreció el mero por cuatrocientas pesetas, el dueño rebajó a trescientas, y el pescador, con aire cansino, se dio la vuelta y abandonó el bar.

—Acaban de inaugurar una *boîte* que está muy bien —informó ella.

—¿Una बात?

—Una sala de fiestas —María golpeó impaciente la mesa con los nudillos.

—¿Cómo se llama? —inquirió el legionario, para hacer como que le interesaba la

conversación, y para que ella no diera importancia a su desconocimiento de la sofisticada palabra, *boîte*.

—Bonanit. Cuando lo nuestro sea oficial, te dejaré que me lleves allí.

Cuando lo nuestro sea oficial, pensó él... La hija de un coronel con un legía pobre como una rata, hijo de guardeses, de una humilde mujer que ni siquiera sabía leer... Cuando aquella putilla ambiciosa acostumbrada a una vida fácil y cómoda lo descubriera, cuando supiera que se llamaba José y no Julio, ni le miraría a la cara...

—Vamos —dijo, para que no se le notara la súbita melancolía que empezaba a invadirle.

Había sobrado algo de comida. Un pobre pidió al camarero, cuando se aprestaba a retirar los platos, que le permitiera terminarlos. El camarero accedió. María se volvió, mosqueada.

—Déjale, hombre... —intercedió el legionario, anticipándose a su protesta—. Tiene hambre...

Fueron a una heladería, La Ibicenca, y pidieron irnos batidos. Un morito les ofreció unos chicles de *peppermint*.

—Un paquete, cinco pesetas... Cuatro paquetes, cinco duros...

Le sonaba haber visto al niño con Ahmed, y le compró un paquete.

—Qué morro, vendía más caro si le comprabas más... Son la pera...

Como ella se quejó de que estaba muy liada, el legionario se interesó por la causa. María le explicó que, además de las clases de mecanografía, dibujo y cocina, se había apuntado a unos cursillos de economía doméstica. El legionario la miró casi con arrobo: ¡qué buena ama de casa iba a ser! María, además, impartía algunas tardes clases gratis a niños cuyas familias no podían costear sus estudios. A él le chocó la contradicción: ese altruismo con los niños, y en cambio, esa oposición a que un pobre se comiera sus sobras. Pero como no tenía ganas de discutir, no lo comentó.

Se dirigieron a la Bodega Madrid. De camino se cruzaron con Ahmed. José le saludó cariñosamente, y le dio las monedas sueltas que llevaba. Ahmed se abrazó a su pierna, como si fuera su hijo. No se soltaba, y hubieron de detenerse.

—Qué pesado... —se impacientó María—. ¡Suéltale, niño!

Pero Ahmed sólo miraba al legionario, con sus ojos alegres, brillantes, muy oscuros. José habría deseado ser rico, ahora no sólo por él y María, sino también por aquel desdichado niño que se aterraba a su muslo. El legionario acarició la cabeza del chaval. Tenía el pelo sucio, áspero, duro.

—Suéltame, Ahmed... Vamos, que tengo que irme...

Con ternura, pero también con firmeza, se desprendió de su cálido e infantil abrazo.

—Adiós, Ahmed.

Ahmed le miró por un instante con toda la tristeza del mundo, la tristeza inocente e insondable de la infancia. Después, le sonrió, le dedicó un animoso gesto de despedida con el brazo, y salió corriendo en dirección contraria a la que llevaban

ellos, tal vez en busca del niño de los chicles. El legionario se acordó de las chucherías.

—¡Eh, Ahmed! ¡*Ashi, ashi Ahmed!*

Ahmed se detuvo, y él, sintiendo la impaciencia de ella, se plantó en unas pocas zancadas ante el niño. Metió la mano en el bolsillo, sacó el paquete, y le dio dos chicles de *peppermint*. Le obsequió también con varios sacis que tenía en el bolsillo, unos caramelos de eucalipto a diez céntimos la unidad. Ahmed le sonrió y salió corriendo, feliz. El legionario se reunió con María.

—Vas a coger piojos —vaticinó la hija del coronel.

—¿No decías que dabas clases a niños necesitados? —se revolvió él, ahora sí.

—Ya, tonto —dijo ella, arrepentida, o simplemente cediendo terreno, sorprendida por el mosqueo de él—. Es que me fastidia que me quiten tiempo de estar contigo, tenemos tan poco... —y se apretó contra él por unos segundos, mimosa.

En la Bodega Madrid estaba libre una de las mesas sobre toneles, y la ocuparon. Pidieron sepia a la plancha, y cuando el mozo la trajo, María pidió además unos calamares fritos.

—Tienes buen saque —comentó él.

—¿Te molesta?

—Qué va, mejor, así estarás más hermosa.

Tampoco en esta ocasión había querido cerveza. Un pesado se acercó por tercera vez a ofrecer unas camisetas y unas gafas Ray-Ban chanchi pirulí. Por tercera vez le dijeron que no las querían.

—*Gualo, gualo majandishi...* ¿Ves? Son como moscas, siempre revoloteando. ¿A ti te gusta el fútbol?

—No especialmente —dijo él.

—Juega el Melilla con el Hércules el próximo miércoles, de copa. Me han invitado a ir.

—¿Quién?

—Uno.

El legionario se sintió celoso.

—¿Y vas a ir?

—Ya veremos. No creerás que eres mi único pretendiente.

El legionario la miró: no, no lo creía. Terminaron los calamares. Él pidió otra cerveza, y ella otro refresco. Un señorín leía una revista de sociedad en la mesa de al lado, mientras bebía una Fanta y un Cinzano, rojo como la sangre. Inclinado a sus pies, un limpiabotas hacía su trabajo. Su cajón estaba lleno de calcomanías de los Conguitos.

—Podríamos ir a una pensión —propuso el legionario.

—Ya estamos, sabía que lo ibas a decir —saltó ella—. Por lo menos esta vez me ofreces un colchón. ¿Es que es eso lo único que quieres conmigo?

—No, pero... —vaciló. Ya sabía que lo de negarse a beber cerveza significaba

algo. Quería más cosas, claro, pero eso era lo que diferenciaba su relación de cualquier otra—. Nos vemos tan poco, que...

—Ya, y entonces acostarnos, sí, como si nos viéramos mucho, pero ir al cine y lo demás, no, ¿no?

La hija del coronel estaba radiante, magnífica, y por eso le dolía más. Y era injusta... ¿Es que acaso no habían ido de paseo, es que no habían tapeado? Ahora se hacía la estrecha, pero él había gozado de ella en una cuadra maloliente, en unos pasadizos sucios y oscuros.

—No es lo mismo, María, tú lo sabes...

Claro que lo sabía, y él sabía que las mujeres exigen eso, los dos sabían tantas cosas, y estaban aprendiendo muchas más, a marchas forzadas...

—Y tú no sé si sabes que hay siete cines en Melilla...

Fueron al Nacional, un programa doble, una película española y otra extranjera, francesa, con Alain Delon. Él quiso sacar entradas de gallinero, para meterle mano, pero ella exigió del patio de butacas. Muchos entraban con bocadillos, pero ellos ya habían comido bastante. En la cola para sacar las entradas, unos cuantos puestos más adelantado, estaba el ex de María. Ella le señaló.

—Mira, ése es el niño que le gustaba a mi padre, porque es medio mariquita, no me hacía nada.

Era un chaval de unos veinte años, imberbe, algo aniñado, alto y muy delgado. María les comparó mentalmente, orgullosa: Julio era un hombre, y el otro, un crío. El legionario, bronceado, fuerte, acostumbrado a una postura siempre erguida, sin un gramo de grasa, era muy atractivo y muy varonil, estaba ya hecho, mientras que el otro...

—No voy a darle ni la limosna de mirarle —dijo María, agarrando al legionario del brazo.

El chaval se volvió y les vio, pero no se decidió a acercarse a saludar a María. Sacó sus entradas y se escabulló con un amigo.

En el cine, José quiso comprobar lo de la ropa interior. Tocó el muslo de María, suave y cálido, compacto, y cuando rozó el borde de las bragas, ella le apartó la mano con firmeza y la puso sobre el reposabrazos de la butaca. Él no insistió, aunque la besó y le manoseó un costado. María le dejaba un poco, y luego se lo impedía.

—Deja de revolotear, Mosca —murmuraba ella.

—Pero qué dura eres, Hueso —susurraba él.

José intentaba seguir la película, pero estaba a la vez tan pendiente de su pareja, de sus reacciones, que a ratos se despistaba, y luego había cosas que no entendía. Cuando le preguntaba a María, ella, con paciencia y en rápidos susurros, se lo aclaraba. Olía a bocadillos de calamares, de chorizo, de queso, y aunque se hallaran rodeados de mucha gente, la oscuridad y el anonimato permitían que José disfrutara de la compañía de ella casi tanto como si estuvieran a solas.

Tuvieron que salir del cine a la mitad de la segunda película, porque ella debía ir

a su casa antes de las diez, para la cena de Nochevieja. Se había citado con Margarita en la puerta del Nacional, pero como su amiga no se presentó, él la acompañó.

—¿Qué haces ahora? ¿Vas a ir con tus compañeros a uno de esos cafetines?

Se refería a los de la placita, él le había hablado alguna vez de ellos. Del Matjuba, ni media palabra.

—Sí, a ver si me los encuentro y despido el año con ellos. ¿Y tú?

—¿Yo? Al Casino Militar, claro. Y quién sabe, igual, con suerte, al Bonanit. Y a esos cafetines, ni se te ocurra llevarme a mí. Porque por si aún no te has dado cuenta, no soy un legía...

En el portal de ella postergaron un poco la despedida, les apenaba separarse tan pronto en una noche tan especial como aquella.

—¿Me prometes que a las doce en punto pensarás en mí?

—Te lo prometo, María. ¿Y tú en mí?

—¿Acaso lo dudas?

Él la cogía de las manos, pero no se atrevía a besarla, por si les veían. No importaba: ya la había besado varias veces mientras estaban viendo las películas, en el cuello, en la boca y en las manos... Pero, de pronto, el legionario cedió a un impulso repentino, la estrechó entre sus brazos y la besó.

—Feliz Año, mi niña.

—Feliz año, Julio.

Ella le miraba modosa, cortada pero disponible. Lástima que las circunstancias no acompañaran. A él le costaba creer en su buena estrella, o a lo mejor era la herradura de la palmera de El Mesto la que le estaba procurando tanta suerte...

—¿Cuál es tu piso?

—Ése. El tercero.

Alzaron la vista, y vieron un visillo correrse.

—Nos han pillado —dijo María—. Mejor me voy corriendo.

—¿Tienes miedo?

—Yo no. ¿Y tú?

—Tampoco.

Mañana estaré sin un chavo, pensó el legionario, estaré más pelado que un huevo duro.

—Lo siento —dijo—. Tengo servicio. ¿Pensarás en mí a las doce?

Ella se soltó, y entró corriendo en el portal. José se consoló pensando que volverían a estar juntos a las doce, aunque sólo fuera en el pensamiento.

Doce

No fue a los cafetines, que ya estarían cerrando, sino al Matjuba. Engalanado con espumillón, el burdel, o el cabaré, como gustaban de llamarlo los legionarios, vivía una de sus noches gloriosas, con cuarenta o cincuenta chicas de alterne que pululaban y ofrecían sus encantos, y unos ciento cincuenta legionarios que jugaban, bebían, blasfemaban, reían, farfullaban, pendenciaban. Había una orquesta sobre la tarima, y una cantante con lentejuelas y ajustado vestido plateado que recibía aplausos, piropos y ordinarièces a manos y bocas llenas. Nada más entrar, José se vio inmerso, arrastrado por el torbellino. Carcelén y el Japi ocupaban una mesa, con otros seis o siete. José se abrió paso hasta allí, apartando putas, esquivando a legionarios mamados, y le hicieron un hueco. Un brigada al que él no conocía, con largas barbas castañas, como raíces, ojos marrones, con un brillo infantil a pesar de estar enrojecidos por la grifa y la bebida, y con un tatuaje de una calavera y dos tibias cruzadas, celebraba la reciente obtención de la Cruz a la Constancia, pensionada con cuatro mil pesetas anuales; poca cosa, pero llevaba tiempo esperándola y estaba feliz.

—Pídete lo que quieras —le dijo el Japi—, que en esta mesa la primera es de gratis y hay que entrar en el año con buen pie.

—Un cubata a su salud, mi brigada.

Se lo sirvieron enseguida. José estaba feliz de aquella doble vida: María por un lado, y sus camaradas por otro.

—¡Mañana tendré veinte gatos en el estómago! —vociferaba el suboficial, entre las risotadas generales—. ¡Y pasado mañana me caso y dejo de vivir por lo criminal!

Yusuf, el chulo, condujo a una chica marroquí a la mesa, para mostrársela al legionario que se sentaba al lado de José, un veterano barrigudo que hasta ese momento no había abierto el pico. Se limitaba a beber y fumar.

—¿Ista le gusta?

El legía miró desdeñoso a la muchacha, que sonreía tímida, insegura.

—Quiero una que tenga más volumen, Mojamé, que ésta que me traes tiene unas téticas más escurridas que una perra. ¡Yo quiero una como ésa!

El legía se volvió, y dio un azote a Nora, que pasaba en ese instante junto al grupo. Nora se volvió, y al reconocer a José su rostro se iluminó con una bella sonrisa, pero no interrumpió su camino.

—Isa no mía —dijo el chulo, seco, malhumorado, y se fue con la pobre muchacha que había traído.

—¡La otra nueva sí que tiene una metida! —farfulló el vecino de José—. ¡Cuándo

la veo me da el siroco!

El Japi se levantó por un cubata, y él le acompañó a la barra. Mientras esperaban a ser atendidos, pues el camarero calvo y las cuatro chicas no daban abasto, José preguntó a su compañero por qué el chulo había dicho que Nora no era suya.

—Pues porque aquí hay un conflicto —le explicó Japijauer—. El cabaré es del Mojamé, toma rima Arkansas y japidei, pero el cabo primero Van der Waals ha empezado a ordeñar a la vaca en plan parásito chupatintas, ha infiltrado ya aquí en plan comando como si dijéramos cinco chochitos que le rinden a él, esa Nora es la última, y eso es lo que pasa, que son los problemas que tiene esta gente, pero de ahí a comparar a la chiquita con el siroco...

El Japi tenía un colocón sobresaliente, sus ojos acuosos enrojecidos y achinados, el aliento apestoso, el pulso temblón, pero no se trabucaba al hablar, y lo tenía que hacer a gritos, para sobreponerse al follón general.

—Cuando nos entraba el siroco, algunos nos emborrachábamos, menos otros, que se suicidaban, o les daba por meterle un pildorazo a un oficial hijoputa o a uno legal, que lo mismo daba... Te hablo del cuartel de Smara, por ejemplo, o de Edchera, veintidós kilómetros al sudeste de El Aaiún, de Fuerte Chacal, ojo, con una compañía nómada. Si el siroco te pillaba en tiendas, de marchita, había que meterse dentro, con las gafas y la siroquera puestas, toma nota, de pie, sosteniendo los palos de la tienda para que no se la llevara la cabronaza fuerza de viento... Había cabarés por ahí también, ya lo creo que los había, porque a los hombres nos priva meter, y eso es lo que pasa, chavea, eso es lo que pasa y el que le dé más vueltas más tonto que es...

Todavía no habían logrado que les sirvieran. José recibió un fuerte empujón. Se volvió. Un legionario curda, probablemente en busca de camorra, le miraba con los ojos inyectados en sangre.

—Ábreme paso o te abro en canal, vive Dios.

José se hizo a un lado, y el legionario, dando tumbos, pasó junto a él. A un metro de José, dos cabos emborrachaban a un alférez de la IPS, Instrucción Preliminar Superior, siglas que los legías leían al revés, Sin Puta Idea, un desgraciado que había caído por allí solo, y al que obligaban a beber.

—No quiero más...

—¿Te vas a negar a beber por Valenzuela?

El alférez miraba a los cabos, cogía la copa y se la llevaba a los labios. A su lado, una puta se pegaba a él, como un buitres que acecha el desplome de un animal herido o enfermo.

—¿Sabes lo que es un colonial? —vociferaba el Japi entre el estruendo.

José negó con la cabeza. Vio una botella de cerveza que volaba desde quince metros más allá hacia algún objetivo lejano, y un instante después distinguió entre el barullo el sonido del cristal al romperse.

—Pues un permiso de dos meses para los que estábamos en el desierto, que si no, no lo aguantaba nadie y nos poníamos a matar oficiales y jefes, volvías más seco que

una mona pero contento, el japidei y el Arkansas y el Oklahoma incluido y luego, a ahorrar un poquillo otra vez, porque, como dice Mijo, el tiempo pasa escapao...

Por fin les sirvieron. El Japi había pedido el doble, para no tener que volver en un rato, y le invitó.

—Nosotros también por Valenzuela —dijo el Japi, alzando su copa—. ¡Por Laurita Valenzuela!

Y bebieron alegremente. Nadie prestaba demasiada atención a la cantante, que se desgañifaba sin gran éxito, pues los altavoces fallaban. Un grupo de legías había hecho mi hueco separando mesas. Habían conseguido una manta de alguna parte, probablemente de una de las habitaciones del burdel, y lanzaban por los aires al IPS, mientras cantaban *El novio de la Muerte*. El alférez volaba, y aterrizaba en la manta y en su propio vómito, para volver a salir disparado. Cuando dieron por finalizado el manteo, un cabo gigantesco, un gastador, le agarró del cuello de la camisa y se lo llevó como si fuera un saco hasta depositarlo en un rincón del prostíbulo, junto a un sillón en el que un legía con los pantalones desabrochados se estaba beneficiando a una de las putas, de la que sólo se veía las piernas al aire, dibujando una V. José se sentó junto a Mijo. Hablaban de un legionario que había muerto en unos ejercicios de tiro, en Ronda.

—Somos como la aguja de un reloj, mi hijo —Carcelén también estaba bebido, como el propio José, a esas alturas—, volvemos al sitio de donde salimos, y antes de que nos demos cuenta ya estamos cerrando el círculo, ya nos queda menos tiempo por vivir que vivido, no hay nada que hacer...

José palmeó en la espalda a su sargento. Él no se sentía melancólico ni deprimido, sino alegre y optimista. El subteniente de las barbas blancas que José había visto ya en alguna oportunidad, el de la Rizos tatuada, el Papa Noël arrugado, duro y seco como una vieja correa de cuero, había subido al escenario y arrebatado rudamente el micrófono a la cantante. Se dirigió hacia el centro del salón, empuñando el micrófono con una mano y una botella de whisky mediada con la otra, mientras la cantante, intimidada o harta, hacía mutis.

—¡Atención, atención!

Debía de ser alguien conocido y respetado, pues consiguió que el estruendo bajara de intensidad.

—¡Atención! ¡Camaradas, en estos segundos inmortales despedimos el año! ¡Feliz Año, camaradas!

—¡Feliz Año! —chilló la mayoría, alzando vasos y botellas.

José cerró los ojos, y pensó muy fuerte en María, mientras sus compañeros lanzaban los tres vivas a España, a Franco y a la Legión, con gritos ensordecedores. El Papa Noël bebía de la botella, y reclamaba la atención con la mano del micrófono.

—¿Estamos todos?

—¡Estamos! —contestaron a una los legionarios que se hallaban en condiciones de hacerlo, todos en pie desde los tres vivas.

—Cual legionarios...

—¡Cumplimos!

—A las mujeres...

El maestro de ceremonias dibujó en el aire una silueta femenina.

—¡Amamos!

José volvió a cerrar los ojos, y a imaginarse a María. Seguro que también ella estaba pensando en él... Las prostitutas presenciaban el espectáculo entre divertidas e impresionadas.

—Pero ante todo...

—¡Bebamos!

Todos dieron un trago, excepto los que se hallaban fuera de combate, sentados o desplomados en algún sillón. José buscó a Nora con la mirada, sin éxito.

—Ah, cuánto ha que no bebíamos...

—¡Agua! —vociferaron todos.

—¿Bebió nuestro padre Adán?

—¡Bebió!

—¿Y nuestra madre Eva?

—¡Ah, cuán borracha era!

El Papá Noël legionario se hacía oír sin ninguna dificultad, pues todos estaban ya a lo mismo, pendientes de aquel rito, y las respuestas tronaban, ensordecían, emborrachaban tanto como los diferentes líquidos que llenaban primero vasos, copas y botellas, y luego bocas y estómagos.

—El que bebe...

—¡Se emborracha!

—El que se emborracha...

—¡Duerme!

—El que duerme...

—¡Sueña!

—¡Papito! ¡*Chibani*!

La prostituta que José viera en la anterior ocasión rogar al Papa Noël que hiciera contorsionarse a la Rizos, el tatuaje de la bailarina desnuda en su brazo, se acercaba borracha, feliz del protagonismo de su amante. Con los brazos abiertos, pretendía tocarle.

—¡Espérame en la barra, que esto son cosas importantes!

El *chibani* apartó de un manotazo a la mujer, que tropezó y cayó, derribando una silla, entre las carcajadas de los presentes. Un legionario, galante, la ayudó a levantarse, y con un azote y un empujón la envió hacia la barra.

—Sigamos... ¿Por dónde íbamos?

—¡El que sueña! —gritó uno.

—El que sueña... —recuperó el viejo el hilo.

—¡No peca!

—Y el que no peca...

—¡Va al Cielo!

—Puesto que al Cielo vamos...

—¡Bebamos!

Todos bebían, enardecidos. El viejo suboficial se pimpló un cuarto de botella, entre los vítores y las risotadas de los presentes, el micrófono y los altavoces haciendo audible el gluglú por todo el lupanar, y se pasó el dorso de las manos por los labios.

—Ah... Cual líquido infernal que te crías entre matas y al hombre más cabal haces andar a cuatro patas...

Un legionario pasó a su lado, andando efectivamente a cuatro patas y ladrando, y el viejo gastador le pateó el culo, entre el regocijo y el alborozo general, sin por ello interrumpir la perorata.

—Por ellas, por las más bellas, por las del culo ancho y el cuello estrecho, por las que nos brindan sus labios desinteresadamente, aunque estén llenas de telarañas, por ellas... ¿Por las mujeres? —tronó.

—¡No! —clamaron todos, enfervorizados—, ¡Por las botellas!

José distinguió a Nora, en una esquina de la barra, que le miraba y le hacía señas para que se aproximase. Empezó el segundo cubata al que le había invitado Japijauer.

—Si Dios borracho nos mantiene...

—¡Será porque nos conviene!

—Hágase su voluntad...

El viejo de las barbas de nieve bebió varios tragos. Un legionario enorme, totalmente borracho, se desplomó cerca del escenario, y entre dos lo arrastraron y lo dejaron apoyado en una pared.

—Cuando Dios llamó a Gabino, no dijo: ¡Gabino, ven!, sino...

—¡Ven Gabino!

—Antes que nos conociamos...

—¡Bebíamos!

José, confundido por el alcohol, una niebla en su cabeza, fue hacia Nora. Quería hablar con ella, desearle feliz año, y aunque amara a María, todavía deseaba a Nora, María le estaba sorbiendo el seso, pero Nora era hermosa y él estaba borracho, y Nora necesitaba su ayuda, le hacía gestos, él la veía indefensa, la sentía indefensa y deseaba expresarle sus buenos sentimientos hacia ella...

—Ahora que nos conocemos...

José caminaba penosamente, pisando cristales, líquidos derramados y alguna pota, dando tumbos y haciendo eses, y no sólo para ir sorteando a los legionarios que, la mayoría en un estado similar al suyo, se interponían entre él y la muchacha marroquí. Se tropezó con una roca, con un Gurugú, que ni se inmutó: se limitó a apartar a José como si fuera un mosquito. El cabaré daba vueltas, y él ya no buscaba a Nora, buscaba un taburete en la barra para sentarse y descansar de aquella noria

mareante.

—¡Bebemos! Bebamos hasta que nos conozcamos y de culo nos caigamos... Por ellas... ¿Por las mujeres?

—¡No! ¡Por las botellas!

—A proa, a popa, a babor, a estribor, rumbo y no a la bodega. Ni arriba, ni abajo, ni al centro... ¡Adentro! ¡Viva España!

¡Viva!

Todos gritaban, lanzaban vivas atronadores y brindaban. José alcanzó la barra, y se sentó en un taburete. Nora fue hacia él, y apretó sus tetas contra su costado, mientras le acariciaba una mano y le sonreía tentadoramente. José la miró, falto de voluntad para resistirse, pero también para levantarse. Se habría ido con ella, con Nora, sí, pero también con cualquier otra que le tomara de la mano y le arrastrara. Intentó pensar en María, pero no pudo. Ante sus ojos velados, borrosos, apareció Van der Waals, que separó sin ningún miramiento su mano de la de Nora, y abofeteó sonoramente a la desdichada joven. José se levantó. Nora sollozaba y chillaba, pero sus chillidos y súplicas se perdían en la algarabía del burdel y en la indiferencia de los presentes. Van der Waals le miraba cruelmente, sonreía, le hacía un gesto con una mano de que se acercara, mientras que con la otra retorció la muñeca de la muchacha, que se doblaba de dolor y que se vio obligada a arrodillarse.

—¡Ven! —le provocaba el flamenco—. Tú gustas a las mujeres, ¿ah? A la mía y a la del teniente, ¿ah? Ella dice que contigo gratis, ¿ah?

José iba a dar un paso adelante para enfrentarse al belga, cuando una mano le detuvo agarrándole enérgicamente del brazo. Oyó la voz de Carcelén a un par de centímetros de una de sus orejas:

—Si en algo aprecias tu pellejo, quédate aquí parado, Julio.

El cabo primero se llevó a la marroquí hacia el telón de la entrada, hacia una de las habitaciones. José odió a Van der Waals con toda la intensidad que le permitía su estupor alcohólico.

—Si no ahora, te rajaría en cualquier ocasión... No te enfrentes a él, mijo, a no ser que la ventaja sea toda tuya...

La voz del sargento fue lo último que oyó. Todo giraba, se le nubló la vista y le temblaron las piernas. Sintió que las rodillas se le doblaban, y que caía. No supo cómo, pero amaneció en el cuartel. Despertó descalzo, y con la camisa y los pantalones manchados de vómito a los pies de la litera. Carcelén nunca le habló de ello, y él no preguntó. Prefería olvidar.

Trece

Era una húmeda mañana, la del lunes siguiente a la noche de Fin de Año y la trompa en el Matjuba. A José le habían sacado de la formación y el cabo de guardia le escollaba al despacho del coronel. José no sabía a ciencia cierta si el sábado había cometido alguna tontería que no pudiera recordar, pero sí recordaba, en cambio, el visillo corriéndose en la ventana del tercer piso, y él y María abajo, sus labios todavía próximos. Subió detrás del cucales la escalera de piedra. Al pasar ante el despacho del teniente coronel de la I Bandera, la suya, echó un vistazo al interior, pues le gustaba ver la cabeza de jabalí disecada que pendía de la pared, sobre el sillón del jefe, en alusión a su bandera; sobre fondo negro, la rama de roble mordida por jabalíes de la casa de Borgoña. En la Sala de Banderas, un tallista portugués, ahora legionario, remataba el armario destinado a guardar los guiones de gala de la I y II Banderas. A José, de todos los guiones de la Legión, el que más le atraía era el de mando del Primer Tercio, por su reverso: el escudo de Don Juan de Austria, Alí Bajá encadenado. Llegaron al despacho del coronel jefe del Tercio. La puerta estaba abierta. El coronel, sentado, se inclinaba sobre un gran libro.

—A la orden de usía, mi coronel, ¿da su permiso?

—Adelante, cabo —el coronel alzó la vista.

El cabo entró, seguido de José. Ambos se cuadraron.

—Aquí está el caballero legionario Julio González Blanco. ¿Ordena alguna cosa más?

—Puede retirarse, cabo. Espere fuera y cierre la puerta.

El cucales dio un sonoro taconazo y se retiró. José permaneció firme, tenso, a la expectativa.

El coronel le observó con sus ojos azules, fríos, tan diferentes de los de María no sólo en color, sino también en expresión.

—Este libro lo acaba de traer un legionario de Cadaqués. Está dedicado al Tercio Gran Capitán de la Legión, de la mano del propio Dalí.

Le mostró la dedicatoria. José distinguió el dibujo de un caballo y una estrella fugaz. ¿La de mi buena suerte?, se preguntó. ¿La de mi buena suerte, que se va escapada? También una fecha y una firma.

—¿Sabe usted quién es Dalí?

Los padres de Julio tenían una colección de genios de la pintura española, y uno de ellos era Dalí. De chico, a José le había gustado mirar las lujosas ilustraciones en color de aquellos libros.

—Un pintor, mi coronel.

—¡Un genio!

El coronel cerró bruscamente el aparatoso volumen, y lo colocó encima del Libro de Oro de la Legión. Se levantó y se puso los guantes blancos. Empuñó su bastón, quizá porque lo necesitara para sentirse seguro, dominante.

—Aquí hay gente a la que le gusta la vida militar. Otros han venido para huir de la pobreza, o porque no se adaptan a la vida civil, o por despecho; también los hay que perdieron el mando militar y pretenden recuperarlo. Hay alguno que otro huído de la justicia...

El coronel le miró un momento intensamente, estudiándole, y por un instante José sopesó la posibilidad de que María le hubiera referido lo del candado.

—Incluso hay curas que torcieron el camino, suicidas que no tienen el valor necesario para quitarse la vida... ¿A qué grupo pertenece, caballero legionario?

—A ninguno de éstos, mi coronel.

El padre de María, preso de un súbito acceso de furor, fue a dar un bastonazo sobre la mesa, pero se lo pensó mejor, se dominó en la última décima de segundo, y el bastón aterrizó suavemente sobre el chapiri de sutás dorado y tres estrellas de ocho puntas. Enganchó el gorrillo con la punta de plata del bastón, lo lanzó al aire, y lo agarró con la mano libre.

—De alguno será, caballero legionario, de alguno será. Sígame.

Su superior se caló el gorrillo legionario y salieron al patio. José se cuadró de nuevo.

—Puede descansar, caballero legionario.

José obedeció. Desde el patio del despacho del coronel se abarcaba gran parte del acuartelamiento. Se veían, además, el mar, Melilla la Vieja y la Nueva, el puerto, la Farkhana, ya en territorio marroquí, y el Gurugú. El Tercio recordaba un hormiguero.

—Mire todos esos valientes legionarios... Los hay jóvenes, viejos, gordos, flacos, extranjeros, españoles, morenos, incluso árabes, con barba, sin barba, los hay que vienen aquí sin saber leer, sin haber hecho la Primera Comuni3n, los hay cristianos, ateos, musulmanes... Aquí sólo perseguimos a los chivatos, a los maricones y a los chorizos... ¿A qué grupo pertenece, caballero legionario?

—A ninguno de los tres, mi coronel.

El padre de María se golpeó nerviosamente con el *debúsh* en la palma de su mano izquierda, antes de señalar el Gurugú.

—¿Ve ese monte, el Gurugú?

—Sí, mi coronel.

El jefe entró en su despacho. José permaneció inmóvil, en su posición.

—¡No se quede ahí como un pasmarote, caballero legionario!

José entró en el despacho, sabedor de que, de haberse adelantado a la orden, habría sido reprendido. Se puso firme. En la salita, presidida por la bandera de España y la del Tercio, convivían una profusi3n de metopas y de fotografías de los

primeros tiempos de la Legión. Su superior apuntó con el bastón saharauí la vitrina que albergaba una maqueta de unos legionarios muertos y heridos resistiendo en un búnker.

—Eso es los últimos minutos del blocao de la Muerte, el Malo, en las estribaciones del Gurugú, apenas a diez kilómetros de donde nos encontramos ahora. Como usted sabrá, murieron el cabo Suceso Terreros y catorce caballeros legionarios voluntarios. Sabían que, si se quedaban, morirían sin remisión, pero resistieron heroicamente hasta la última gota de sangre para salvar a sus camaradas. Al despedirse, uno entregó su poco dinero a la Cruz Roja, otro una medalla para su madre, otro... —el coronel demoró intencionadamente la continuación de la frase— una carta para su novia... ¿Sabe cuál es la única novia que dura toda la vida, caballero legionario?

En el despacho había cuatro cuadros, todos copias. Uno era de Franco, la eficacia. Otro de Valenzuela, el valor. Un tercero de Millán Astray, ya tuerto y manco, la mística, copia del de Zuloaga. Y el cuarto, El novio de la Muerte, en el que un legionario jugaba al ajedrez. Al final de la partida le espera la Muerte, con un velo blanco de novia.

—Sí, mi coronel —dijo, mirando el cuadro—: la muerte.

José, aunque desconocía si aquello era una velada amenaza, no sentía miedo. La escena le parecía demasiado irreal, como soñada o imaginada. Todo era real, sí, pero él no podía sentirlo así, y por eso estaba sereno, tranquilo, entero.

El coronel se había quitado el gorriño. Era más alto que José, y se mantenía en forma. Todas las mañanas corría diez kilómetros a buen ritmo. Pero lo que de verdad imponía era su empleo. Sin las tres estrellas de ocho puntas, los tres ases de oro, aquel hombre no le haría temblar. Ni aquél, ni ninguno. Ni siquiera estaba temblando ahora.

—Mi hija, María, ha dejado al petimetre con el que salía, un tonto que tenía más horchata que sangre. Como podrá comprender, yo estoy contento —José dudó de la veracidad de tales palabras, recordando las de María—. Espero que esa decepción le haya quitado los pájaros que las muchachitas de su edad tienen en la cabeza, y espero que nadie le meta otros. ¿La considera su novia, caballero legionario?

—La he visto dos veces, mi coronel —contestó José prudentemente.

Su jefe estalló, y según iba hablando, iba enrojeciendo de ira.

—¡La sangre derramada en Edchera, en Tizzi-Azza, en el blocao de la Muerte! ¡Dios, si mi santa mujer que en paz descansa y Dios la guarde en los Cielos me hubiera dado un hijo sangre de mi sangre! ¡Pero me dio una hija, trozo de mi corazón, y quién se case con ella ha de ser como el hijo que yo hubiera engendrado! ¡Y tú no eres ese hijo, porque por tus venas no corre auténtica sangre legionaria!

—Con permiso, mi coronel... Usía aún no me conoce.

El padre de María, con el rostro encendido de furia, le golpeó violentamente con su bastón en el costado. Aun así, José se mantuvo impávido, sin pestañear.

—¡A un hombre basta con mirarle a los ojos para conocerle! ¡Usted se ha enganchado por el tiempo mínimo! —un segundo bastonazo, éste en el muslo y más fuerte, hizo que José, pálido de dolor y de rabia, se mordiera los labios para reprimir un lamento o un insulto—. ¡Usted no ha participado en ninguna competición legionaria!

Por fortuna, en ese momento alguien llamó a la puerta.

—¡Adelante! —rugió el padre de María.

Era Sánchez. Se puso firme de un taconazo.

—A la orden de usía, mi coronel. El capitán Salinas quiere saber si el caballero legionario González Blanco va a estar mucho más con usía, mi coronel.

El Jefe del Tercio observó al recién llegado severamente, aunque también con curiosidad.

—¿Usted tiene sangre legionaria, caballero?

—Sí, mi usía.

A pesar de la tensión, o precisamente por ella, y del dolor en costado y muslo, José hubo de morderse los carrillos para no reírse. ¿Qué hacía su amigo?

—¿A usted le parece excesivamente rigurosa la disciplina que impera en el Tercio? —le interrogó el padre de María, pasando por alto el error en el tratamiento recibido.

José se intranquilizó nuevamente. Ignoraba dónde quería ir a parar su superior. De todos modos, cualquier cosa sería mejor que el interrogatorio que había empezado sobre María, y que la inesperada aparición de Sánchez había interrumpido.

—¿Con el debido respeto y con total sinceridad, mi usía?

—Sí.

—Pues con el debido respeto y con total sinceridad, me parece que hay poca, una mierda, vamos.

Esta vez Sánchez no empleó ni siquiera mal el tratamiento de usía. José estaba atónito. Con el semblante congestionado por la ira, el coronel dio en los muslos un bastonazo a Sánchez, cuyo rostro se crispó por el dolor.

—¡Cabo de guardia!

Furibundo, el padre de María asestó un segundo golpe a Sánchez, al tiempo que el cucales entraba como una exhalación.

—¡Llévese a este merluzo al calabozo! ¡Un mes de trabajos forzados le harán cambiar de opinión!

—¿En régimen especial, mi coronel?

Sánchez apretó los dientes, y José miro con infinito desprecio al cucales.

—No es necesario. ¡Un momento, cabo! —se volvió hacia José, todavía furioso—. ¿A usted qué le parece la disciplina que hay aquí?

—Justa si usía la impone, mi coronel.

El jefe pareció calmarse. Continuaba habiendo cólera en su mirada, pero ahora era una cólera fría, azul.

—Pues elija entre cuatro semanas en las Chafarinas o una en trabajos forzados.

El coronel tenía fama de ser un superior justo, aunque exigente e inflexible, que trataba con equidad y respeto a sus inferiores. Seguramente porque hasta ahora ninguno, a pesar de que muchos jóvenes oficiales hubieran intentado acercamientos, había obtenido nada de su hija. El pelotón era más duro, pero cuatro semanas en los islotes, jugando al fútbol contra los pescadores, friendo gatos y conejos en un caldero y arreglando la iglesia, se harían inllevables. Sobre todo, sin ver a María. Por si le faltaban motivos para ennoviarse, ya tenía uno más: joder a aquel hijo de puta.

—Una semana en la pelota, mi coronel.

—Usted mismo se ha arrestado —dijo el padre de María, como si fuera Jesucristo y su subordinado Judas—, Puede llevárselo, cabo.

Salía del despacho, cuando el coronel le llamó.

—¡Caballero legionario González Blanco!

—A la orden de usía, mi coronel.

—Aun no me ha contestado. ¿A qué grupo de todos éstos pertenece?

El castigo ya estaba impuesto, el mando ejercido. Por unos segundos eran un hombre frente a otro, nada más. La mirada azul como el cielo del coronel no valía más que la mirada marrón como la tierra del soldado, que se tomó su tiempo antes de contestar.

—A ninguno, mi coronel. Soy hijo de terrateniente y disputé con mi padre —saboreaba cada sílaba, cada palabra, disfrutaba del íntimo triunfo de los que, derrotados, no se rinden—. Cuando nos reconciliemos, tendré tierras y seré digno de cualquiera.

—Caballero legionario —dijo el coronel—. Es un grave error pelearse con el padre de quien sea... En la guerra, hay que saber elegir no sólo los aliados, sino también los enemigos... Retírese.

Camino del cuerpo de guardia, Sánchez, con el rostro aún amoratado, explicó que hacía diez minutos que le habían dado de alta en el botiquín, y que quería ponerse cachas y zurrar al hijoputa que le había machacado la cara. A José, lo de Sánchez le hizo gracia. Lo que le esperaba, ninguna.

Catorce

Durante la semana en la que José estuvo hospedado en el hotel, la media de legionarios castigados, pues se producían frecuentes altas y bajas, era de unos treinta, todos sin excepción con la cabeza rapada. Entre ellos no se contaba ningún oficial, pero sí algún suboficial, al que habían arrancado los galones e, igual que a los demás, la borla del chapiri. El tabaco y el alcohol estaban terminantemente prohibidos, lo cual no preocupaba nada a José. Otros, en cambio, no probar una gota de vino era lo que peor llevaban. Hacían gimnasia y trabajos en el cuartel, siempre vigilados por alguien de la guardia, hasta caer rendidos. Dormían en un barracón húmedo y apartado, a corta distancia del vertedero de bidones y coches desguazados y de las cochiqueras, sobre una esterilla, sin colchón. Había seis en régimen especial, que dormían en calabozos individuales. Algunos días no les sacaban ni para hacer sus necesidades, y les alimentaban a través de unas rejillas. A todas partes iban a paso ligero y les regaban una vez cada dos días, con agua fría, el manguerazo. Incluso dentro del hotel, el rigor podía extremarse.

Blanquearon garitas, barrieron un trozo de campo con una escobilla tan corta que tenían que agacharse, durante tantas horas que al ponerse derechos les entraron calambres y dolores. En otra ocasión, en lugar de blanquear hubieron de quitar la cal que alguien había aplicado por error en una pared de uno de los hangares de los carros de combate. Se quitaba rascando con un cepillo empapado en vinagre. Comían lo mismo que los demás, tres platos, postre y café, pero un par de días, porque el oficial o el suboficial de guardia se había enojado, lo hicieron unidos a los de régimen especial, a paso ligero. Nunca olvidaría el menú de la primera vez: estofado de patatas con carne, huevos fritos con *bacon*, merluza en salsa verde, ensalada del tiempo, agua, pan y café sin coñac. Había un elemento que acumulaba ya seis meses de pelotón. Entre otras cosas, le habían pillado pasando grifa. Cuando se le preguntaba que qué tal, respondía invariablemente que, dentro de lo malo, lo peó, y así le llamaban, Dentrodelomalolopeó. Algunos necesitaban una idea para resistir, para tirar adelante. Había uno de Valencia que tenía una obsesión: tumbarse en cuanto saliera a una puta en el descampado lleno de escombros y de montones de arena, cerca del puerto, en el que se reunían las parejas para arrullarse en los coches o los jóvenes para fumar canutos.

También José tenía una idea fija: María. Y esa idea tomó forma y color un día en el que estando fuera, acarreado losas de pizarra, apareció montada en *Harina*. Se acercó al grupo de legionarios castigados, hizo que la yegua caminara al paso de

escuela, ante el asombro y el deleite de los presos, y sobre todo de José, que sabía que la exhibición le estaba dedicada. María le miraba con aire de triunfo, soberbia, y José la bendijo y tuvo que hacer uso de toda su voluntad para no correr a su encuentro y besarla. María, después de hacer que la yegua piafara, arrojó un canto y se alejó al galope. Él siguió con la vista y con el corazón la trayectoria de la piedra, pues intuía que era un mensaje, y no un capricho. En la primera oportunidad que tuvo, se separó del grupo, y tras un minuto de búsqueda, la encontró, entre otras muchas: un canutillo de papel atado la diferenciaba. Lo desenrolló, lo guardó en la bota, y se unió a sus compañeros. Aquella distracción le costó dos puñetazos en el pecho, un aviso, poca cosa. Un día antes uno de los de régimen especial había recibido una contundente tunda, patadas en las costillas, en la cabeza, en los testículos, que le había dejado inconsciente. El caso era tenerles ocupados, reventados y acochinados, haciendo cierto lo de que cuando el diablo no tiene nada que hacer mata moscas con el rabo. Y el diablo era el encargado de vigilarles. Uno de sus compañeros, el Oxidao, tenía fama de estar en el Tercio por una ninfómana, o por una mujer que, liada con él, se acostaba con otros para completar sus ingresos. Según le habían contado, el Oxidao se había alistado para huir de ella, pero recibía mensualmente una carta, y entonces se emborrachaba y se peleaba. Una noche, se dirigió a José.

—¿Y a ti por qué te han entrullado, chaval?

—Por follarme a la hija del coronel.

El otro lo encontró gracioso, sin poder sospechar que ése era el único y auténtico motivo de su arresto. Los había por abandono de guardia, por pérdida o sustracción de material, por fumar porros en la garita, por mil razones, pero nadie le había soltado nunca al Oxidao una fantasmada así.

En una ocasión, oyó exclamar al oficial de guardia, que repasaba los historiales de los clientes del hotel:

—¡Aquí hay más borrachos que en Bir Enzaran!

Pasó allí la noche de Reyes. Ese día se les trató con menos rigor. Sin embargo, a él, a Sánchez y a otros cuatro, al día siguiente, dos antes de que acabara su castigo, les pillaron escaqueados, calentándose al solecito cuando deberían estar limpiando las letrinas, y les aplicaron el castigo del alambre: un saco con la mitad del peso de cada uno en piedra, sujeto con alambres, como si fuera una mochila, y a correr. Los hilos metálicos se les clavaban en los hombros, en la espalda, en las axilas. José creyó desmayarse, y por primera vez en varios años rezó a la Virgen y a Dios. Con Sánchez no tuvo tiempo de hablar mucho, porque a menudo estaban separados, y cuando les reunían, estaban reventados y necesitaban aprovechar las pocas horas de sueño de que podían disfrutar. Se llevó una sorpresa cuando al tercer día vio llegar al Pintas, con la cabeza rapada, entre vítores y aplausos rápidamente acallados. Aquel desastre había tenido razón en el Matjuba: *Nos veremos, ¿no, camaradas? El mundo es un pañuelo...* Estuvo dos días seguidos con el alambre, y el siguiente en el calabozo, recuperándose. No tuvo, pues, mucha oportunidad de hablar con él, y en cualquier

caso no lo habría hecho: no le gustaba su mirada atravesada. En general, sin embargo, incluso aquellos legionarios eran buenos compañeros.

Nunca habría imaginado José que una semana pudiera prolongarse tanto. ¿Cómo serían allí uno, dos meses? Necesitaban una idea, una obsesión, y eso podía enloquecer. Siete días no eran tantos, y además, él tenía la idea más reconfortante de todas: María, su Virgen del Pecado, Camino de Verdad y Vida. Por lo que conocía de ella —y cada vez sentía conocerla más, incluso aunque no la viera— apostaría a que su padre había cometido un error de cálculo, y que aquella segregación, aquel suceso, aquel inmerecido castigo, haría que María se apegara más a él, se encaprichara definitivamente, se obstinara. En cuanto a él mismo, si el coronel había pretendido doblegarle, hacerle desistir, había conseguido justo lo contrario: tenía a María más metida que nunca entre ceja y ceja. Aquellos bastonazos, aquel castigo, había de cobrárselos caros. Todas las noches, incluidas las dos del alambre, José había leído y releído la nota que María le enviara atada a la piedra, hasta aprendérsela de memoria. *Julio, te quiero mil veces, te quiero como a mi vida y me muero de ganas de verte. Estoy enojadísima con papá, le he dicho que ha cometido una vileza y una injusticia, y estoy segura de que no volverá a castigarte sin motivo. Te mando un puñado de besos. Resiste pensando en mí como yo pienso en ti. Hasta muy pronto. María.*

Había apuntado, además, su número de teléfono. Aun leída mil veces, aquella nota nunca perdía su dulzura, y lo único que le atribulaba, tribulación que procuraba desterrar de su mente, era ver escrito el nombre de Julio en lugar del suyo verdadero.

Quince

El Tercio estaba formado en el patio de armas. Los castigados al pelotón, entre los que José ya no se incluía, formaban a un lado. El cielo había adquirido una tonalidad gris, y el Gurugú se había puesto la chilaba. Ni un músculo se movía: tallados en piedra, la mirada alta, puesta a lo lejos, arrogantes y altivos, la formación legionaria parecería una fotografía, si no fuera por la ligera brisa que hacía temblar los banderines y guiones con sus corbatas y distinciones, la tela de la holgada pernera de algún pantalón... Cruzaron el patio los guiones y banderines de las dos Banderas, mientras se escuchaban los sonos del himno, *Legionarios a luchar, legionarios a morir*. Se rindieron honores a los muertos, y se cantó el Himno a los caldos con la gravedad acostumbrada. Sus versos penetraban en el corazón de los legionarios: casi todos habían perdido, de uno u otro modo, a algún compañero... *Cuando la pena nos alcanza / por el compañero perdido / cuando el adiós dolorido / busca en la fe su esperanza...* Después del minuto de silencio y de las salvas de los gastadores, del olor de la pólvora, cuando ya los jefes y oficiales se disponían a conducir a sus hombres a las compañías, el coronel, sin importarle la fina lluvia que empezaba a caer, sorprendió a todos con un discurso.

—Jefes, oficiales y suboficiales, caballeros legionarios todos: la Historia nos enseña, primero, que la superioridad táctica no es eterna, y segundo, que la preponderancia técnica, física y moral no se hereda y mantiene, sino que hay que ejercitarla en el día a día. Instrucción difícil, guerra fácil. Instrucción fácil, guerra difícil. La falange tebana fue descrita por los generales romanos, impresionante, compacta...

Con el rabillo del ojo, José miraba a sus camaradas, rígidos, tensos. Nadie giró el cuello para seguir el torpe vuelo de un saltamontes, inusual en aquellas fechas, que aterrizó en la cara de un legionario con el brazo escayolado, dos puestos más a la derecha de José, en la fila de delante. El legionario se mantuvo imperturbable. El saltamontes avanzó unos centímetros por su rostro rasurado, y dio otro salto que le alejó de la formación, y, quizá, de la lluvia.

—Ochenta y tres años después, en Cinoscéfalos, las Cabezas del Perro, unas colinas, Flaminio derrotó a Filipo V: seis siglos de supremacía de la falange han terminado. ¿Por qué? Simplemente, la falange, monolítica y rígida, que confiaba todo al choque primero, ha sido superada por la legión, tácticamente más evolucionada, organizada en tres líneas separadas que...

El coronel, con sus guantes blancos y su inseparable bastón, su rostro curtido y

fino a un tiempo, envolvía a sus hombres con su voz, enérgica, convincente, sin fisuras. Sólo él, José, sólo él, lo habría jurado, le despreciaba, le despreciaba y le odiaba, ya no podría creer una sola palabra que saliera de aquellos labios que, y la idea se le acababa de ocurrir en toda su crudeza, ansiaban besar los de su hija, rozar sus senos.

—Bien, ¿qué ocurre siglos después? Numancia, *terror Romanorum*. Los generales romanos Metelo, Pompeyo, Populio y Mancino sufren derrota tras derrota. ¿Qué es Numancia? ¿Una ciudad poderosa? ¿Cartago, que sucumbió? ¿Tarento, Corinto? No, un poblado de arévacos de ocho mil defensores, contando mujeres, niños y ancianos. ¿Cómo es que necesitaron a sesenta mil soldados y al mejor general, Publio Cornelio Escipión Emiliano, el que aniquiló Cartago, y aun así, rendirla por hambre? Pues porque estas legiones ya no eran las disciplinadas legiones de antaño...

La lluvia, fina pero terca, iba calando en el uniforme de los legionarios, como la arenga de su jefe en sus espíritus. José procuraba seguirla, pero veía al coronel y pensaba en María, se le haría extraño que aquel hombre hubiera engendrado una criatura tan hermosa, tan deseable, tan distinta. ¿Odiaría a María, por ver en ella a su padre? ¿Amaría al padre, por ver en él a la hija? Ni lo uno ni lo otro: las cartas estaban ya jugadas, José sabía que entre su suegro y él nunca habría verdadera paz, una tregua sería lo máximo a lo que podría aspirar, y que él siempre amaría a María, que en los momentos más difíciles le había prestado su apoyo... Él no había escogido al coronel como enemigo, había sido al revés, y a lo mejor se arrepentiría. El coronel toqueteaba a su hija al bajarla de la montura, él lo había visto, era un perturbado, un enfermo, tal vez ése fuera el pecado al que ella había aludido: pues bien, él la salvaría...

—Se necesitó a Escipión, un elegido, para reorganizarles y adiestrarles, hacerles cavar fosos, para que se manchasen de barro los que no querían hacerlo con sangre, levantar empalizadas, endurecerlos, acostumarlos a las marchas, suprimir las camas, eliminar el aseo... con agua caliente, ojo, que alguno ya se frotaba las manos...

Algunas risotadas sacudieron la formación, para apagarse rápidamente. José no se reía: nada de lo que dijera aquel hombre podría hacerle gracia.

—Y esto es lo que nos enseña la Historia... El milenario Egipto, vencedor en Kadesia, 1243 antes de Cristo, sobre los enigmáticos hititas en una batalla de miles de carros, con tácticas semejantes a las actuales para carros de combate, Stalingrado, por ejemplo, se vio un día sojuzgado por Roma, Roma por los bárbaros, los Tercios españoles derrotados en Rocroi ya no eran los que un día mandara el glorioso Duque de Alba, divididos en arcabuceros, piqueros y rodeleros, que superaron a la infantería suiza, los que organizara el Gran Capitán Gonzalo de Córdoba, aquel que gritó, cuando le anunciaron el desastre de la voladura de la pólvora de su ejército y ver la llamarada: ¡Ánimo, amigos míos! ¡Ésas son las luminarias de la victoria!

Ahora llovía con más intensidad, pero nadie murmuraba. José pensaba en su próxima cita con María. La había llamado desde el cuartel, se verían el fin de semana. Él le había pedido que fuera sin ropa interior, y ella no se había enfadado. Se había limitado a contestar: Ya veremos... ¡Ah, si su padre supiera!

—Y ya concluyo... Es una regla sin excepciones: la raza que se aburguesa, sucumbe —el coronel alzó los brazos al cielo—. ¡Las luminarias de nuestra victoria son nuestra disciplina y rigor! ¡Traed a Muley el pastor! —exclamó teatralmente.

Un cabo primero de la guardia condujo ante el Jefe del Tercio al moro al que el Japi y sus amigos habían mal pagado el cordero con unas perras chicas. Sólo entonces reparó José en Muley, al que habían mantenido apartado, en un segundo plano, para que su aparición resultara más impactante.

—Este hombre se queja de que le han estafado, de que le han robado un cordero. No es la primera vez que esto ocurre. Es mi deseo que estos sucesos no se repitan, y para ello es necesario un castigo ejemplar, para que los musulmanes que nos rodean sepan que en la paz y en la guerra la Legión es rigurosa y fuerte, sí, pero no injusta y arbitraria. ¡Muley, señala al culpable!

Mientras el moro se acercaba a las filas legionarias, el coronel, fuera de sí, chilló:

—¡Hay un ser y un estar legionarios! ¡Aquí se legionea, no se vive!

El patio ya no era un mar de polvo, al menos esa ventaja traía la lluvia. El silencio se podría cortar con un cuchillo. Pero pronto se convirtió en un apagado rumor. Muley, con una chilaba marrón de gruesa lana y un turbante descolorido y viejo, iba pasando velozmente entre las filas de legionarios, soportando amenazas e insultos proferidos entre dientes. Por primera vez desde que estaba en la Legión, José palideció. Olía la trampa. El moro iba a identificarle, iba a acusarle falsamente, y él sería castigado. El coronel tendría razón esta vez, y su hija nada podría recriminarle. Sería el dedo delator de un pobre pastor, comprado o amedrentado, y no su *debúsh* saharauí, su bastón para guiar el camello, quien le señalaría ante todos, el Tercio al completo como testigo... El desdichado Muley se acercaba, y con él el sordo rumor de improperios, por oleadas, como viento en el trigo, se acercaba mirando valerosamente a la cara a los legionarios, que no pestañeaban, que le mostraban su desprecio, Muley avanzaba sin detenerse ni un instante ante ninguno, la lección bien aprendida, la posición de José en la formación memorizada, hecha repetir una y otra vez por el coronel, avanzaba y ya se encontraba apenas a quince pasos. José, como en un mal sueño, impotente, indefenso, esperaba el momento fatal, la acusación, el dedo estirado, la imputación de un insignificante delito no cometido por él, la vergüenza y el escarnio, el ejemplar correctivo que el coronel ya tendría decidido y proclamaría a los cuatro vientos, allí mismo y en ese mismo instante. El moro se detuvo por primera vez, ante él, y a José le dio un vuelco el corazón. El sordo rumor de blasfemias e improperios que había acompañado a Muley se extinguió, y fue sustituido por un silencio horrible y expectante. José oyó al Tranqui

—Turcal de mierda, como acuses a mi amigo te rajo.

Y se lo agradeció profundamente. Muley le miró a los ojos, el ceño adusto, la mirada dura.

—*Salam aleik*. Tú bueno. Tú ayudas Ahmed mi sobrino. Yo acuso a otro, no coronel.

El pastor siguió el reconocimiento, y de nuevo la marea de odio le precedía, le rodeaba, le envolvía. José recordó el proverbio árabe: *Yo, contra mis hermanos; yo y mis hermanos, contra mis primos; yo, mis hermanos y mis primos contra todos*, y se alegró de su buena estrella, de la herradura colgando de la palmera de El Mesto, de la providencia, de haber adoptado a Ahmed, y de que Ahmed perteneciera al clan de Muley el pastor. José miró hacia el coronel, quien, hasta entonces muy tranquilo, se removía, inquieto, daba pasitos de aquí para allá, se golpeaba con el bastón en su mano izquierda abierta. El moro cambió de fila, se detuvo ante Van der Waals, y le señaló:

—Iste es, mi coronel. Iste robó borrego.

Van der Waals se abalanzó sobre el moro, le agarró del cuello y le derribó, pero entre un cabo y dos legionarios de la guardia le obligaron a soltar a su presa. Era tan descomunal la fuerza y la furia del belga, que para reducirle hubieron de usar las culatas de sus fusiles. José sabía que el moro había mentido y que, probablemente, se había jugado la vida con esa mentira.

—¡Jefes, capitanes! —gritó el coronel, chasqueado—. ¡Retiren sus unidades!

Los hombres que vestían la sarga verde, desfilando de manera ordenada, empapados, traspasados por las gotas de agua, por la lluvia que no cedía, comenzaron a despejar el patio. Braceaban golpeando el aire con energía, sacando pecho, la barbilla apuntando al cielo, la mano izquierda al cinto los que no portaban armamento, al son de los tambores y cornetas, cornetas que, cuando no eran usadas, los legionarios de la banda de música volteaban como expertas y rudas *majorettes*...

Dieciséis

Era día de paga. José, mientras se cambiaba las prendas mojadas por otras secas, deducía que el motivo de la falsa imputación a Van der Waals era el Matjuba, las putas que el flamenco estaba metiendo en el burdel, sangrando de ese modo al chulo, a Yusuf, el primo de Muley el pastor. Seguramente aquello no acabaría así. Quizá Muley había cometido un grave error, que él y su clan habrían de pagar caro. Había escampado. El protagonista de esa segunda parte de la mañana fue el mono *Sebastián pasa mucha hambre*. El simio era una celebridad en el Tercio. En las grandes ocasiones desfilaba, uniformado y con galones de cabo, a lomos de la otra mascota, el carnero, *Nerón*. Aquella mañana, después de que un legionario, chorizo en la vida civil, abriera la caja de caudales, pues el capitán cajero había olvidado las llaves, Smith, el cabo jefe de la escuadra de gastadores, fue a Mayoría, a cobrar las sobras, como todos. El mono metió mano en la caja y escapó con un fajo de billetes, ante el regocijo de los presentes y la desesperación del capitán cajero. El simio salió al exterior y subió al tejado de una compañía, de la que el capitán quería bajarle a tiro de pistola, cosa que Smith impidió, mientras *Sebastián pasa mucha hambre* lanzaba al aire los billetes, y los legionarios se empujaban en su afán de conseguirlos. El propio José obtuvo así, como propina del generoso simio, tres de cien. El coronel, avisado por el alboroto, se personó, y ordenó que se prendiera viva a la mascota y se la fusilara al día siguiente en la plaza de Armas. Pero la cosa no llegó a tanto. Smith se presentó esa misma mañana al coronel, con el mono uniformado de cabo, y como éste saludara al Jefe del Tercio llevándose la mano al gorro, la pena le fue conmutada.

A Van der Waals, por el contrario, no se le conmutó nada: le había caído un mes de pelotón, pese a las protestas del Japi, Blanc y los otros, que reconocieron ante el coronel la autoría del robo del borrego. Pero el coronel dijo que eso era una especie de Fuenteovejuna y que no se lo tragaba. Agradeció, de todas maneras, el noble gesto legionario de aquellos que se inculpaban para librar a un cabo primero del castigo.

Con la paga en los bolsillos, con el celebrado incidente del mono, que había hecho desternillarse de risa a todos menos al capitán cajero, con los pases para el fin de semana, se respiraba en el cuartel una atmósfera extraordinariamente festiva y relajada. Y de entre todos los legionarios, él, José, aunque también tenía sobrados motivos de preocupación, era el más feliz: se había librado de milagro del peligro que sobre él se cernía, aunque sólo fuera momentáneamente, y María le esperaba.

Salió del Tercio Gran Capitán contento y alegre, con el pecho explotando, sintiendo que podría conquistar el mundo, desconocedor de que era el mundo el que

ya había empezado a derrotarle a él.

Diecisiete

Al encontrarse, él de militar y de paseo, ella de mujer y de fiesta, se habían escondido en un callejón y se habían besado apasionadamente. María le quitó el gorriño, para verle la cabeza. José, con el pelo cortísimo, casi al cero, tenía un aspecto más fiero. Ella le pasó la mano por la nuca, a contrapelo, y el tacto le daba a la vez gusto y repelús. El legionario empezó a meterle mano, allí, debajo de la axila, donde sabía que se excitaba, y debajo de las faldas, para comprobar, defraudado, que otra vez se había puesto ropa interior. Ella se apartó bruscamente, temerosa de perder totalmente el control:

—Deja de incordiar, Mosca. ¿Pero por quién me tomas?

—Qué dura eres, Hueso.

—¿Qué te pensabas? ¿Que iba a venir sin nada debajo?

María le miraba como si estuviera loco, y el legionario se avergonzó, pero un sexto sentido le decía que era mejor que no se disculpara, que no pidiera perdón.

—Después del pelotón, me lo merezco...

—Qué tonto eres —ella puso morritos—. Pero si quieres, hoy iremos a una pensión —le sonrió—, Pero antes, voy a presentarte a mi padre. Está en el Casino.

—Ya le conozco —objetó José.

No dijo nada de los bastonazos, porque no era un chivato. Esas cosas se lavaban dentro. Y si se trataba del coronel, no se lavaban en ningún lado.

—Sí, pero ahora es distinto.

Él no estaba seguro de que fuera una buena idea, pero ¿acaso podía negarse?

Camino del Casino, oyeron un chirrido de frenos, un encontronazo y un aullido. Al doblar una calle, se toparon con un perro que se arrastraba lastimosamente, con el espinazo partido. El conductor se había desentendido del asunto, se marchaba ya. Algunas personas miraban al perro compadeciéndose, pero sin saber cómo actuar.

—Ay, pobre bicho, hay que matarle para que no sufra —se lamentaba una mujer.

María se aferró al legionario, angustiada.

—¡Haz algo, no te quedes ahí parado!

Pero la mujer tenía razón: no se podía hacer nada, salvo ahorrarle sufrimientos. José agarró la cabeza del can por el hocico y la nuca, y le dijo a María que no mirara. Ella cerró los ojos, y él, con un brusco giro, le partió el cuello. Sonó un seco crujido, y el animal, inerte, cadáver ya, quedó tirado en el suelo. La hija del coronel se abrazaba al legionario, lloraba. Se alejaron en silencio, y llegaron al Casino Militar. José se destocó, antes de entrar.

Había varios militares en el bar, jefes y oficiales, jugando a las cartas, fumando puros, tomando café o copas de coñac, leyendo el periódico, o, simplemente, de tertulia. El coronel estaba en la barra, con una copa de licor. Detrás de él, el teniente Perales hablaba a gritos con un capitán y otro teniente, en presencia de dos jovencitas, contaban anécdotas, se tiraban faroles, bravuconeaban, se reían, en una fanfarrona exhibición de machos en celo que desagradó a José. Cuando ellos entraron, muchas cabezas se volvieron. No era lugar para la tropa. José volvió a dudar de la bondad de la idea, pero María, sin inmutarse, avanzó al encuentro de su padre.

—Papá, éste es el amigo que te quería presentar. Se llama Julio, y es del Tercio. Creo que ya os conocéis. Tiene tierras.

—A la orden de usía, mi coronel —saludó José, mientras pensaba si esa alusión a las tierras la había deslizado María porque consideraba que predispondría positivamente a su padre, o si sería porque era fundamental para ella.

El coronel le estudió con sus helados ojos azules, que a veces podían adquirir el brillo y la pasión del fuego, sin levantarse, y sin ofrecerle la mano. José tampoco lo hizo. Adelantar el gesto le correspondía al otro, pues era superior en rango.

—Así me gusta, caballero legionario —José creyó advertir un ligero tono pastoso en la voz de su Jefe, como si llevara ya varias copas de licor—. Castigo impuesto, castigo cumplido. El coeficiente moral de la tropa nunca debe ser sobrepasado.

José guardó silencio. Casi todos los grupos habían interrumpido sus conversaciones o sus actividades, excepto el de una mesa de una esquina, constituido por unos oficiales que jugaban ruidosamente al dominó. José agradeció mentalmente aquella despreocupación por lo que en la barra acontecía, aquel ruido.

—Las cosas que no se hacen pierden la oportunidad de haber sido las primeras —el padre de María hablaba lentamente, y aunque le miraba a él, parecía que su mirada iba más allá, le traspasaba, se perdía en el infinito—, Pero las que se hacen, corren el riesgo de ser las últimas...

A espaldas del coronel, que le tapaba de la vista de María, pero no de la de José, el teniente Perales, burlón, le hizo un gesto amenazador, como si disparara con una pistola, y soplara el humillo del cañón: estás muerto...

—Yo no pienso en el futuro, coronel —dijo José—, Las cosas, cuando se acaban, se acaban, y entonces da igual que hayan durado diez días que diez años.

El teniente se sumó a la reunión.

—¿Qué tal, González? ¿Recuperado ya de la cox del burro?

José no se dignó en contestar a la burla. María se iba con él, no con ese cabrón. Que se jodiera y bailara. En tales circunstancias, podía aguantar cien mil burlas, cien mil coces más. Aquella frase significaba que, efectivamente, Van der Waals y Perales eran quienes le habían propinado la paliza. El teniente estaba tan seguro de su posición que no le importaba desvelarlo. Bien, José quedaba enterado.

—Adiós, papá. Adiós, Fernando —intervino María—. Lo siento, pero hoy tampoco puedo ir contigo al cine.

El rostro del teniente Perales, aunque manteniendo la sonrisa, adquirió una fea expresión. José dudaba de que humillarle así fuera una buena táctica; María se excedía, jugaba, hería, y podrían quemarse todos en la misma hoguera.

El coronel examinaba a José, estudiaba su expresión, calibraba su temple, le imaginaba en situaciones límite.

—Puede retirarse, caballero legionario —dijo, tras unos tensos segundos—. María, a ti te veo a las diez en casa.

—A la orden de usía, mi coronel.

José, que en la corta entrevista se había mantenido firme, dio un taconazo, giró, y salió acompañado de María, mientras a sus espaldas el bar del Casino Militar recobraba poco a poco su anterior animación.

—Bueno —dijo María, sonriente—. Esto es lo que hay. ¿Y eso de la coza?

—Te ha recortado una hora —cambió de tema él, calándose el chapiri.

—Entonces no hay tiempo que perder —replicó ella, y le miró, mordiéndose el labio inferior, provocativa.

Resolvieron ir a una pensión y no a un hotel del centro, para que no les pidieran la documentación ni les reconocieran. Para mayor seguridad, decidieron que María se disfrazara de mora. Lo de la pensión tenía una ventaja adicional, que él valoró, aunque no comentó: era más barata. Callejearon para localizar la ropa que pretendían. Vieron por fin una chilaba de mujer y unas babuchas oreándose en un patio. El legionario se encaramó a la tapia, desde la que quitó las pinzas, agarró chilaba y babuchas, y bajó de un salto a la calle. Una mujer salió en pos de él y le increpó, pero ellos ya se perdían, entre risas, en otra callejuela. Un par de manzanas más allá, en un callejón escondido y sucio, en el que una gata recién parida daba de mamar a sus gatitos, la hija del coronel se cambió el calzado, disimuló sus zapatos en el regazo, y se puso la chilaba por encima de su traje. María quiso acariciar a la gata, pero ésta le lanzó un zarpazo, y desistió. Con la capucha subida, la cabeza humildemente inclinada y en sombra, unos mechones negros cayendo sobre su frente y sus ojos, ocultándole media cara, María podría ser cualquier mora guapa. Entraron en una pensión que habían visto mientras buscaban el disfraz, y por cuyo pobre aspecto supusieron que no les exigirían el libro de familia, y pidieron una habitación para una noche. José pagó con los billetes que *Sebastián* arrojara al aire, y eso, la engañosa impresión de que aquello le salía gratis, aumentó su sensación de poderío y bienestar. La habitación era modesta, pero estaba limpia, o al menos no había chinches ni cucarachas a la vista. El legionario vio un largo pelo negro sobre la almohada, y lo quitó antes de que María reparara en él. Ella se despojó de la chilaba, y José la abrazó. Empezaron a besarse, y aunque ella protestaba, porque quería ir más despacio, acabó calentándose también. Se desnudaban, se rozaban y frotaban, se deseaban. Hicieron el amor, y él se corrió antes de que ella alcanzara el orgasmo.

El legionario tenía las marcas de los alambres en los hombros y bajo las axilas. Ella le acarició tiernamente en aquellas heridas.

—¿Qué te han hecho, corazón?

—Parezco un burro viejo —respondió él.

De nuevo se abrazaron, se besaron, se tocaron. Él quedó tendido boca abajo, ella restregaba sus tetas contra su culo, subía, contra su espalda, su sexo le mojaba y él se dejaba hacer, se excitaba, ella gemía, parecía un animal, él se dio la vuelta, excitado, sorprendido, se incorporó y la puso a ella a cuatro patas, y empezó a masturbarla. Ella gritaba, su rostro demudado, deformado por el goce, se volvió, le agarró una mano, frenética, y en el paroxismo del placer y la excitación, le exigió:

—¡Pégame!

Y, con la mano de él cogida, se azotó en el culo. Él no supo cómo reaccionar, y el azote que le propinó fue casi una caricia. Ella volvió nuevamente la cara, furiosa, salvaje, despectiva:

—¿Eso es pegarme? ¡Así!

Y le cogió la mano, y le hizo golpearla.

—Soy una puta —dijo ella—. Soy una zorra... Dímelo... Dime qué soy...

Él, tímidamente, entró en el juego: le dio unos cuantos azotes, nada violentos, pero más decididos que el primero, ella era la yegua y él era ella, su mano era la fusta, las caderas y el culo de ella las ancas y los flancos de *Harina*, él el jinete a sus lomos, y ella gritaba, gemía, sudaba, un ronquido recorría su pecho y salía por la boca, como un sordo rumor de géiser, como un estertor, pero no de agonía, sino de placer y de pecado.

—Eres una zorra... Cómo te gusta, ¿eh, puta?

—Sí, sí, sí...

—¿Quieres que te folie, guarra?

—Sí... Fóllame, fóllame... Mi padre es un cabrón... Me pega porque me dice que soy una puta...

Intentó metérsela, y a la segunda lo consiguió: su coño, empapado, viscoso, era como un embudo, como un imán. Él empezó a dar caderazos, mientras la agarraba del cuello y los hombros, y a cada embestida la atraía hacia sí, para no salirse.

—Tu padre te pega con razón, porque eres una guarra, ¿me oyes? Guarra...

De pronto, el legionario vio una cucaracha, que correteaba velozmente, atravesaba la habitación y se quedaba pegada a la pared, apenas a dos metros de sus ojos. El legionario, sin dejar de dar caderazos, hipnotizado, no podía apartar la mirada del repugnante bicho, que parecía acecharles desde su maléfica negrura.

—Eres tan guarra que te gusta que te la metan entre cucarachas, como esa que está ahí, mirándonos... —le dio unos azotes—, Di qué eres, guarra... Dilo, so puta...

La cucaracha corrió bordeando la pared, y se detuvo detrás de la pata de la mesita, en un rincón, haciéndose invisible.

—Soy una puta... Una guarra...

La hija del coronel gritaba tanto, era un escándalo, los orgasmos, seguidos, intensos, uno tras otro, se retorció, que él tuvo vergüenza de que les oyeran, y le tapó

la boca, pero ella le mordió, y él retiró la mano. Cuando él se corrió, experimentando un corto pero intenso placer, se apartó, y se abrazaron, sudorosos y exhaustos. María le besó dulcemente, feliz, satisfecha, agotada, y José aceptó ese beso, más por compromiso que por verdadero deseo.

—Qué perro eres, qué perra me pones —dijo ella, en los últimos jadeos y ronquidos, ya en la agonía del éxtasis, ya en la retirada de la hembra, ya retornando a la civilización.

—Tengo sed —dijo él, maravillado, sudoroso, casi febril.

Ella se levantó, y le trajo un vaso de agua.

—¿Era verdad que había una cucaracha?

—No —mintió él.

—Qué imaginación tienes...

Ya había pasado todo. Pronto, mañana, o para qué esperar a mañana, dentro de unos minutos, puede que ya mismo, puede que incluso antes de que él hubiera apurado el vaso, ella volvería a ser la misma, dominante, altiva, mandona, ella, que antes gemía y se retorció como una culebra, que goteaba, que suplicaba, su esclava por unos momentos, ella, que le habría concedido cualquier favor, firmado lo que fuera, aceptado el peor insulto, la más sucia y humillante afrenta, volvería a ser la hija del coronel, la dueña y señora, nacida para ser obedecida y respetada, futura esposa de un general, madre de tres capitanes. La transformación había concluido. Aún quedaba el agradecimiento de hembra contentada, ahíta, satisfecha. ¿Y mañana? El legionario se dijo que tendría que aprender eso: el sexo era un paréntesis en su vida. Ella podría perder la cabeza veinte minutos, pero no las riendas de su existencia.

Se vistieron, asustados y felices. Él fue al baño, y le pidió que le limpiara los zapatos.

—Yo no limpio los zapatos a nadie, ¿qué te has creído? Búscate un limpiabotas, si tú no tienes tiempo.

Más que contrariarle, en el fondo, el que ella fuera tan orgullosa como él le gustaba.

Antes de abandonar el cuarto, ignorantes de cuándo podrían volver a hacerlo, se abrazaron y se besaron, ella de nuevo con las babuchas y la chilaba, y el legionario pensó un instante en Nora, pero fue sólo eso, un instante. Él la acompañó en silencio a su casa, tras dejar la ropa y el calzado robados junto a unas cajas de cartón llenas de basura, en una callejuela solitaria. Se despidieron antes de llegar al portal. Acordaron verse por la mañana, en esta ocasión en el parque Lobera, a las once. María, cuando ya se iba, se volvió, y le dedicó una mirada extraña, cargada de significado y de sobreentendidos, una mirada agradecida y a la vez algo desconfiada, pero preñada de esperanza y de amor.

El legionario regresó a la pensión, y empleó allí la noche, sin echar de menos a sus compañeros ni las borracheras en el Matjuba. Buscó la cucaracha, que continuaba en el mismo rincón. Apartó la mesa. El asqueroso insecto echó a correr, y el

legionario lo aplastó de un pisotón. Se limpió la suela del zapato, y tiró los restos del bicho por el retrete. Después, se desnudó y se metió en la cama. Quería descansar, y reflexionar. Quería volver a disfrutar, ahora sólo con el recuerdo, de aquellas horas pasadas en compañía de María, en aquellas sábanas que conservaban algo de su olor. Y por otra parte, no quería gastar más dinero. Antes de dormir, se masturbó pensando en ella.

Dieciocho

María compareció una hora tarde a la cita de la mañana dominical, pero cuando le vio, sonrió feliz. El legionario pensó que era la segunda vez que una mujer le miraba de esa manera, con amor como de animal herido, con sorpresa, con temor y con esperanza a un tiempo. Y las dos veces había sido la misma mujer, María, y en el espacio de apenas catorce horas.

—Cómo te odio, Mosca —le saludó.

—Yo también te odio, Hueso.

Y se miraron tiernamente.

El parque era pequeño, pero agradable, y estaba relativamente limpio y cuidado. Ella habló un poco de su padre, para tranquilizarle. Le aseguró que sabía muy bien cómo tratarle, que le dominaba, porque él le adoraba a ella, ella quería a los dos, al coronel y al caballero legionario, de diferente manera, y que no había nada que temer, porque ella sabría manejar la situación. Su padre, al fin y al cabo, argumentaba ella, no era un monstruo. Simplemente, temía perder lo que más amaba en el mundo, ella, su hija, todo lo que le había quedado al morir su esposa. El legionario preguntó si era verdad que le pegaba.

—Hace un año que no me pone la mano encima —respondió María.

Mientras paseaban, él pensó en la ambigüedad de la frase, poner la mano encima, y una vaga inquietud le volvió, una idea loca que rápidamente desestimó: ¿se habrían acostado alguna vez padre e hija? La misma idea que le había asaltado en la formación, cuando el coronel le había preparado la trampa de Muley el pastor. Nuevamente miraba a su hija con una atormentadora mezcla de desprecio y amor.

María desvió la conversación, y él prefirió no hurgar más. Seguramente eran tonterías tuyas, celos perversos.

—¿Pensaste en mí en Fin de Año, Julio?

—Sí —dijo él—. Con mucha fuerza, mi niña.

—¡Lo sabía! —exclamó ella, alborozada—. Lo sabía, porque yo también pensé en ti, y lo noté, noté algo especial, como si me abrazaras.

María le contó que todos los años hacía una lista con diez objetivos, y que con cumplir dos se daba por satisfecha.

—¿Cuáles son los dos principales de este año? —preguntó el legionario.

—Uno, que me quieras más cada día —respondió ella—, Y otro, que me presentes a tus padres y a tu hermana, y que ellos y mi padre se lleven bien. ¿Cómo es tu hermana?

—Es morena, como tú, y casi igual de guapa, aunque menos. Tiene un lunar aquí, cerca del labio —el legionario tocó a María en el punto exacto—, y es bastante delgada. De niña era lista como una ardilla. Cuando me fui tenía el pelo más corto que tú, por aquí —se dio cuenta de que no inventaba nada: estaba describiendo a Mercedes, y eso le dejaba un regusto agri dulce de derrota y venganza—. Tiene los ojos verdes...

—No sigas —le interrumpió ella—, que te pone triste hablar de tu hermana...
¿Seremos amigas?

—Sí —afirmó él.

María tenía que comer con su padre.

—¿Sabes? —le dijo, cuando ya se habían despedido—. Hoy había venido sin ropa interior, pero como no me has preguntado...

Y se fue corriendo. Él tuvo deseos de salir tras ella, pero no se decidió. Habían quedado a las cinco, en el mismo sitio del parque en el que se habían dicho adiós. José comió un bocadillo, y vagabundó por algunas calles apartadas, procurando evitar cualquier encuentro. Como hacía bueno, estuvo un rato sentado en un banco, con los ojos cerrados, al solecito, y así recordó algo que venía inquietándole desde hacía tiempo, la imagen de Van der Waals incitándole a pelear y diciéndole que Nora se quería acostar gratis con él. Nora era, claro, ahora lo sabía, la morita del Matjuba de la que José había oído decir que el flamenco se había enamorado, y aunque la chuleaba, a Van der Waals no le gustaba que se fuera con él. ¿Sentía Nora debilidad por José, y lo había manifestado? ¿Sería por eso por lo que el cabo primero le tenía tanta ojeriza? ¿Por eso le había atacado junto con Perales? Era de locos, pero cosas más raras había visto José. Para olvidar aquello, se puso a pensar de nuevo en María. A las cinco menos cuarto estaba en el parque Lobera. Esperó hasta las seis, y como ella no apareciera, retornó al cuartel caminando.

Diecinueve

El sábado se había cobrado, así que cuando llegó al Tercio, José se esperaba lo usual: algo de jaleo, peleas, borracheras, una brecha por un golpe de jalón de mortero, un parte del oficial de semana contra el suboficial, de éste contra el cabo cuartel y del cabo cuartel contra un legía, alguna falta a la lista, algunos legionarios jugándose al cañé dinero, una mujer, o incluso, como José había presenciado, la paternidad de un crío por nacer. Pero lo que de ninguna manera podía imaginarse era lo que había sucedido aquella mañana: el sargento Aguirre había muerto de dos balazos de cetme a bocajarro. En la compañía no había, pues, el movimiento habitual. Los legionarios estaban serios, no hablaban o lo hacían bajito, no jugaban, no reían, parecían sombras.

—Me quedé estatuario, mijo. El sargento Aguirre ya está mirándonos desde los luceros...

El homicida había sido Bravo Correa, el Oxidao, José le recordaba muy bien del pelotón: era el que se había reído cuando él había declarado que estaba allí por follarse a la hija del coronel. El Oxidao se había escaqueado de la misa de Reyes, y había dado en el calabozo. Cuando el sargento Aguirre había pasado por delante, había oído decir al Oxidao, por la rejilla de ventilación y control visual:

—Cuando salga de aquí me lo cargo, mi sargento.

Por un error, el oficial entrante le había soltado. El Oxidao no perdió el tiempo: fue a la compañía, sacó el cetme del armero, y entró en el cuarto del suboficial de semana, que estaba rellenando el parte. Se oyeron dos disparos y un grito:

—¡He matao al sargento de semana!

Atónitos, Carcelén y varios legionarios se dirigieron hacia allá. El Oxidao salía ya del cuarto. Le detuvieron sin que ofreciera resistencia. Carcelén entró en el cuarto. El sargento Aguirre estaba caído. Del pecho le salía sangre en abundancia, que comenzaba a encharcar las frías losas del suelo. Le llevaron rápidamente al botiquín, y de ahí al Hospital de Melilla, donde ingresó cadáver.

—Y ésa es la historia, Julio. Que ya está haciendo guardia en los luceros.

Toda la compañía, todo el Tercio, estaba sumido en la desolación y el desconcierto. Nadie tenía muchas ganas de hablar. José se subió a su litera y escribió una carta a sus padres, en la que había estado pensando mientras caminaba hacia el cuartel. Los últimos acontecimientos —la fría cólera del coronel, la paliza en los establos, la chulesca amenaza del teniente Perales, el aviso de Carcelén de que no se enfrentara a Van der Waals y, ahora, el asesinato del sargento de cuartel le hacían

pensar en su propia muerte. Aunque no comunicó a sus padres ninguna de todas estas preocupaciones, era sin embargo una carta recorrida por el espíritu de la despedida, una carta de alguien que teme por su futuro: José les decía que estaba bien y que les quería, que habían sido unos excelentes padres y que él esperaba haber sido un buen hijo, y que en cualquier caso les llevaba en el corazón; les decía, en fin, que no se angustiaran por él, que él no les olvidaba, y que pronto, probablemente en Semana Santa, iría a verles.

Por la noche, después del toque de silencio, el de la 2.^a Compañía de la I Bandera fue sepulcral, hasta que una corneta rasgó el aire con unas notas melancólicas.

—¡Va por usted, mi sargento! —gritó el músico, cuando acabó la corta melodía.

—¡Sargento! ¡Mi sargento! ¡Que sea feliz allá arriba con nuestra novia, mi sargento!

Y entonces, primero una o dos voces, y luego otra, y luego dos o tres más, y muy pronto todas las de la compañía, en la oscuridad, y sin elevar demasiado el volumen, cantaron El novio de la Muerte, sin que el cabo cuartel, ni el suboficial, ni nadie de la guardia, aunque fueran las horas de silencio, interrumpiera el homenaje, la triste despedida. Cuando la canción, cantada como en un susurro de viento y funeral, acabó, se hizo un profundo silencio. Y entonces alguien gritó:

—¡Viva la Legión! ¡Viva España! ¡Viva Franco!

—¡Viva!

—¡Viva el sargento Aguirre!

—¡Viva!

Y ya nadie habló más por aquella noche.

José tardó en conciliar el sueño. Desde su litera, enfrentada a una alargada ventana, veía un rectángulo de cielo. El viento traía nubes que ocultaban la luna, que amenazaban con ahogarla, y ese mismo viento incansable las espantaba con sus silbidos, las alejaba para traer pronto otras, y la luna a veces quedaba tapada y a veces mostraba su rostro ovalado, de marfil, y no se sabía si el viento era su amigo o su más encarnizado enemigo, pues tan pronto la ahogaba entre nubes como la liberaba y la protegía de ellas. El legionario, por fin, se durmió, y soñó con María, soñó que estaba con ella y que los dedos de sus manos y de sus pies estaban desfigurados, atrofiados, eran diminutos y deformes, se le iban a caer, pero a él eso no le importaba, y se besaban, y aunque el legionario sabía que eran besos soñados, aun así le parecían muy dulces. Por fin el dedo meñique de la hija del coronel se caía, y ella lo guardaba en un botecito de cristal.

Veinte

La cena de gala de jefes y oficiales, acompañados de esposas y novias, se celebraba en el fuerte de Cabrerizas Altas, en el Salón Medieval, especialmente decorado para la ocasión: un homenaje sorpresa al coronel, que cumplía cincuenta años. Sus subordinados le habían regalado una pistola Astra Firecat, automática, del calibre 22, para defensa a corta distancia, seis cartuchos y peso reducido, inalterable a la humedad, damasquinada con oro de ley y cachas metálicas con incrustaciones de ese metal precioso. Se había vestido a los camareros al estilo de los Tercios de Flandes, y los gastadores habían sido sustituidos por seis legionarios y un cabo, Baeza, voluntarios todos, con trajes de mosqueteros, y armados con picas y espadas. El fuerte de Cabrerizas Altas, rodeado por un foso, estaba dentro del cuartel, enfrente de la explanada Millán Astray, en la que se hallaba el monumento a los Caídos, en las inmediaciones del terreno en el que, según se rumoreaba, se iba a construir próximamente una piscina. En la puerta del fuerte había muerto en 1893 el general Margallo, comandante general de Melilla. Una placa, bajo el escudo de la Legión, conmemoraba el suceso. El edificio, de arquitectura africana, colonial, imponente, sólido, de mampostería de color ocre, tenía un patio muy hermoso, con las ventanas enmarcadas con ladrillo. En el Salón Medieval, una mediocre copia de *La rendición de Breda*, de Velázquez, recordaba tiempos más gloriosos para los ejércitos españoles. Para el coronel, seguramente, la cena era un motivo de alegría, y habría sido mayor si entre los mosqueteros no hubiera distinguido al caballero legionario González Blanco. Puesto que todo había sido una sorpresa, no había podido hacer nada por evitarlo. El coronel, sentado a la cabecera de la larga mesa, estaba flanqueado por su hija y por una viejecita arrugada como una pasa, con gafas de sol, pantalones de campana, según la moda, y un bolso amarillo chillón, que colgaba de su silla.

—Ésa es la Peque. Ella y otras como ella, la Portuguesa, la Manola, la Churra, iban detrás de la Legión, socorrían a los heridos, machacadas, cubiertas de polvo y de humo, de costras... Miradla, porque es una especie en extinción, conoció a Franco y a Millán Astray en el bar de oficiales, en el que servía como cantinera, tela... Tuvo su bautismo de fuego en Teruel, durante la Guerra de Liberación... Es un museo, tela...

Quien así aleccionaba a José y al legionario con el que hacía pareja custodiando la puerta del Salón Medieval era el cabo Baeza. Iniciada la cena, se les había permitido participar en ella, aunque en la cocina, y siempre con relevo de dos en la puerta. Mientras Baeza les hablaba casi con devoción de la Peque, José miraba a

María, y pensaba que su espíritu tenía poco de legionario, que el coronel le reprendía con razón: le daba igual la Peque, sus historias, su bautismo de fuego en Teruel, su entrega y heroísmo, el polvo y las costras, el que hubiera servido al fundador de la Legión y a su segundo, ahora Generalísimo, le importaba un bledo, el otro hablaba de la antigua cantinera, que ahora se encargaba de la residencia de oficiales y él sólo tenía ojos para la mujer que se sentaba enfrente, a la izquierda del coronel, para la joven, para María. A continuación de María y de la Peque se sentaban dos tenientes coronel, con sus esposas al otro lado, José reconoció a la que hizo de Virgen, y luego jefes y oficiales, con señoras y señoritas. Cerca de la cabecera opuesta a la del coronel se hallaba el teniente Perales, que cortejaba a una jovencita muy arreglada y bastante atractiva. El padre de María pasó al lado de José, quizá camino del servicio, o de la cocina, para felicitar al cocinero, y no dio señales de reconocerle. José pensó que tampoco su superior estaba interesado en que se conocieran en el Tercio las relaciones de su hija con un legionario raso, y mejor de ese modo: así, a él, a José, no le incordiarían, no le convertirían en objeto de bromas, no le acusarían de enchufado, aunque fuera justo lo contrario. Una o dos veces María dirigió hacia él la mirada, y aunque la apartó rápidamente, José creyó distinguir una señal de aliento, una sonrisa furtiva, un anhelo de amor.

Le relevaron cuando estaban tomando los postres. Entró en la cocina, donde reinaba un ambiente festivo: entraban y salían los camareros vestidos a la antigua, con él eran cuatro los mosqueteros, y los tres cocineros, entre ellos el Sopas, se afanaban, comían y bebían. Calamares, langostinos, queso, chorizo, ensaladas, bacalao a la vizcaína, tortilla española, tarta de manzana, José comió de todo y todo estaba bueno, y bebió vino, vino que hacía que su sangre circulara más rápida y más caliente. Los voluntarios lo eran por romper la rutina, por cenar como pachás, por hacer la rosca o por todo a una. José, por salir de la monotonía, pero, principalmente, por estar cerca de María. El capitán Salinas entró en la cocina, algo achispado. Era un buen oficial, que sabía mantener la disciplina sin necesidad de abusos ni excesos. Vio a José, y se acercó a saludarle.

—Parece usted D'Artagnan, González Blanco, qué apostura.

El capitán le dio una viril palmada en la espalda, y José pensó que estaba más que achispado.

—Medio siglo cumple nuestro Jefe, y parece un chaval... ¿Sabe usted, González, que participó en Edchera, en el 58, siendo comandante, y que fue herido? Debemos sentirnos orgullosos de él... Ahí estuvieron los últimos laureados del ejército español, el brigada Fadrique y el legionario Maderal, que protegieron hasta la muerte la retirada de sus compañeros... Aunque algunos dicen que lo que pasó fue que les dejaron allí colgados...

José miró sorprendido a su capitán, que le guiñó un ojo.

—¿Dónde está el vino?

—Allí, mi capitán —José señaló una caja de botellas de tinto, en el suelo.

—Ésas están ya finiquitadas, González... Baje a la bodega y suba una.

José salió de la cocina, anduvo por el corto pasillo y bajó las escaleras. La puerta estaba abierta, signo del descontrol imperante, y cogió la primera caja que vio. La subió con una sola mano.

—Estos camareros —rezongaba el capitán—. Sólo hacen caso a los mandos de su compañía y a las señoritas, y de la nuestra sólo estás tú, hay que ver... —cogió un par de botellas, y miró la etiqueta sin comentar nada—. Con Fadrique y Maderal hay veintiún laureados en la Legión, González... Aunque con el capitán Galán serían veintidós... ¿Sabe usted quién era Fermín Galán?

—No, mi capitán.

—Claro, eso no se cuenta mucho... Pues un legía que salió rojo, escribió un panfleto, *La barbarie organizada*, poniendo a parir la Legión, la madre que lo parió a él, y fue fusilado por Berenguer, por la sublevación de Jaca, y claro, pararon el expediente. En el 31 se reabrió, se la concedieron póstumamente en 1934, y luego, con eso que llaman la Cruzada de Liberación, se la quitaron. Ansín que hay veintiuno o veintidós laureados en la Legión, según cómo se mire. ¿Para ti cuántos hay, González?

—No lo sé, mi capitán —contestó con cautela José.

—Pues para mí, veintidós. Que lo que se da no se quita.

El capitán Salinas, con el paso algo titubeante, fue al Salón Medieval, del que provenían voces, risas y cánticos, que se entremezclaban y confundían. El estómago lleno, sin poder participar en las intrascendentes y repetitivas conversaciones de sus compañeros porque su mente estaba con María, José, recordando el atrevimiento de ella cuando él estaba en el pelotón y se las arregló para hacerle llegar un mensaje, mensaje que guardaba como oro en paño, escribió una nota para la muchacha, en la que la citaba para algo importante en la bodega. Cogió como excusa dos botellas de vino de las que acababa de subir, y entró en el Salón. El ambiente había cambiado. Algunos continuaban sentados, pero muchos de los militares y mujeres estaban de pie, conversando en corros o por parejas. María estaba rodeada por el teniente Perales, que se había desmarcado de la chica a la que antes cortejara, y otros dos jóvenes oficiales, también de la Academia. María sonreía coquetamente al teniente, y no le importaba que en algún momento éste la cogiera del brazo. José, con las dos botellas de vino en una mano y la pica en la otra, la espada al cinto, localizó al capitán Salinas, y fue a su encuentro, para lo cual había de pasar junto a María. No sabía qué estaba haciendo: no adelantaba nada, y sólo podía salir perjudicado, pero algo más fuerte que él le impulsaba a acercarse a ella, aunque fuera de la manera más estúpida y estéril, carente de sentido. María le vio acercarse y le saludó, sorprendida. José comprendió, ofendido, que acababa de reconocerle, que hasta ese instante no había sido más que un servidor, una especie de paje, un mueble, que sólo había tenido ojos para aquellos oficiales que flirteaban con ella.

—Hola, Julio.

El teniente le interpeló, burlón:

—Primero el honor y luego el deber, legionario, no somos alemanes. ¿No le avergüenza ir así vestido y servirnos?

José no soltó la botella que el teniente agarraba. Intercambiaron una dura mirada. José habría deseado encontrarse en otras circunstancias, vestidos de calle y en una encrucijada, por ejemplo.

—Son para el capitán Salinas.

—Déjale, Fernando —dijo María al teniente—, ¿Por qué haces eso?

Incluso que ella reprendiera a Perales, aunque fuera para defenderle a él, incluso el que saliera en su defensa, enojó a José: había demasiada familiaridad en sus palabras, en su actitud, Fernando.

El teniente soltó la botella, y miró con inquina a José.

—Con su permiso, mi teniente. María... —inclinó la cabeza, a guisa de saludo, y llevó las botellas al capitán.

—Qué detalle, González... Y qué apostura...

Aunque el resto de la concurrencia no le prestara atención, más pendiente de sus propios asuntos, un comandante le miró censor: eso era cometido de camareros, y José comprendió que sería mejor regresar a las cocinas. Estaba arriesgándose a provocar algún incidente; toda la prudencia que demostraba en el trato con sus superiores, desaparecía en cuanto la idea de María penetraba en su cerebro. Con la pica en la mano derecha y la nota en la izquierda, José, al pasar al lado de su amante, rozó su mano, y le entregó el papel, que ella agarró disimuladamente. José entró en la cocina. Cogió una botella de vino abierta, y sin que nadie reparara en él bajó a la bodega. Excavada en la roca, oscura y lóbrega, estaba pobrementemente iluminada por la vela de un farol que colgaba de la pared. Varios toneles de vino, cajas y botelleros, polvo y telarañas, se repartían el espacio. Sus ojos se fueron acostumbrando progresivamente a la penumbra. Bebió un trago. Ver a María coqueteando con el teniente le había puesto fuera de sí. Bebió más. No sabía qué hacía, no era dueño de sus actos. Oyó unos pasos y se escondió en un rincón, detrás de dos gruesos toneles. Indecisa, precavida, una silueta se destacó contra la claridad del umbral, al principio de las escaleras. José reconoció en aquella silueta a María.

—Chisss... Aquí —llamó, con voz ahogada.

María se acercó, desconcertada, y se detuvo a un par de pasos de él, sin verle. El legionario la agarró del brazo y de un tirón la puso a su lado.

—¡Ay...! ¿Qué te pasa, qué quieres? ¿Sabes que he conseguido librarte de las maniobras? ¿Qué es tan importante?

María se echó a reír. El aspecto de José le parecía cómico, con aquel traje y aquel estrafalario sombrero, y además, estaba algo bebida. Pero su risa desapareció en cuanto vio mejor la cara de José. La miraba con ojos enfebrecidos, en los que se podía adivinar una súbita enajenación. El legionario no entendió lo de las maniobras, pero no le importó. Se le había metido una idea entre ceja y ceja, y tenía que

deshacerse de ella. Su vida había entrado en otra rueda: su muerte era ya algo más que una lejana y vaga certeza, y el sexo y el amor exigían, antes de que fuera demasiado tarde, la consumación de su locura.

—Quiero oler tu coño... Déjame olerlo...

—¿Aquí? Estás fatal —dijo María, entre escandalizada y desdeñosa.

Quiso desasirse, pero él se lo impidió, y empezó a meterle mano, a acariciarle un costado, el nacimiento de su seno, mientras pegaba sus labios a los de ella.

—Aquí... Aquí, porque eres mía... ¿No es eso importante? Te quiero, reina mía... —iba diciendo él, como un enfermo en pleno delirio, cuando sus labios se separaban—. No puedo vivir sin ti, necesito oler tu coño ahora...

—Estás loco —pero ahora, a diferencia de antes, había en la voz de la muchacha una especie de ternura, de condescendencia, más que desprecio o temor.

El legionario seguía acariciándola, era como pulsar un botón, como producir una descarga. María no quería arriesgarse. Era consciente de que, si seguía un poco más, se perdería.

—¡Quita las manos o te sacudo! —dijo, sin elevar la voz.

Pero él continuó.

—Está bien —cedió ella, sintiendo cercanos los bordes del abismo—. Suéltame, y lo olerás.

Pero él continuó.

Oyeron unos pasos inseguros bajando las escaleras. El legionario permaneció unos segundos atento al sonido, y María aprovechó para separarse un poco de él y apartarle las manos. Después, metió sus dedos en la boca de él, que los chupó. Ella se llevó los dedos al sexo. El hombre que acababa de bajar las escaleras, al que no veían, buscaba algo, entre tacos e interjecciones. Arrastró una caja de botellas, y quedó a un metro de ellos, de espaldas. José agarró con fuerza la botella, dispuesto a partírsela en la crisma si se volvía. El hombre se giró un cuarto, y se situó de perfil. José vio a contraluz el contorno de su nariz aguileña, la barbilla bien dibujada, el pelo abundante y no muy corto, la figura nervuda aunque estilizada, y distinguió al teniente Perales. María notó que todo el cuerpo de José se tensaba, y como él, contuvo la respiración. El teniente volvió a colocarse de espaldas, y José agarró aún con más fuerza la botella y la alzó unos centímetros, dispuesto a utilizarla como arma. Por suerte, Perales encontró al fin lo que buscaba, soltó un par de improperios, y se dirigió con paso vacilante hacia la escalera. El legionario y la hija del coronel respiraron aliviados. Ella le puso sus dedos bajo la nariz.

—Te follaba aquí mismo... —dijo entrecortadamente el legionario en la oreja de ella—. Puta... Tu padre es un cabrón...

—Sí, es un cabrón —dijo ella, jadeando.

—Felicita a ese hijoputa de mi parte por su cumpleaños y por tener... una hija tan... zorra...

Ella estaba a punto de caer, de perder el control totalmente, como él lo había

perdido ya. Pero en un esfuerzo supremo, recuperó parte de la razón, y se despegó de José.

—Estás loco —le dijo—. Un minuto más, nos buscan, nos encuentran, y entonces, adiós para siempre. Llámame.

Apoyado contra la pared, sudoroso, el pulso acelerado, sin entender qué le sucedía, inmerso en una pesadilla en la que el sexo y la muerte caminaban de la mano, el legionario vio cómo la hija del coronel subía precipitadamente las escaleras, huía. Vacío la botella de vino en su garganta, y fue a la cocina. Cuando llegó, el cabo le preguntó por su paradero. José dijo que había estado vomitando. Baeza ya no le quitó ojo hasta que le tocó el siguiente turno. Cuando José se colocó a un lado de la puerta del Salón Medieval, con una mano sosteniendo la pica y con la otra en el cinto, acariciando el puño de la espada, la juerga continuaba, todos más bebidos que antes, Baco feliz, Venus al acecho, el rímel de las mujeres corrido, los ojos de los hombres desvaídos o por el contrario marcándose sus venillas rojas, los párpados hinchados, las mejillas coloradas y las lenguas de trapo, pero María y el coronel ya no estaban allí.

Veintiuno

El País Rojo había infiltrado en el País Azul guerrilleros que repartían propaganda y realizaban voladuras y sabotajes. El Azul pensaba que una declaración de guerra tendría consecuencias imprevisibles. La I y II Banderas y el Grupo Ligero de Caballería habían de capturar y destruir los comandos infiltrados. Por la información obtenida de un cadáver, se sabía que los guerrilleros, aprovisionados por mar y aire, se organizaban en tres partidas, y contaban con armamento ligero, morteros del 60 y lanzagranadas.

Efectivamente, María, de alguna manera, le había librado de las maniobras. De madrugada, en silencio, sus compañeros fueron vistiéndose. La tropa revisó el equipo y el armamento, se pasó revista antidroga, y la larga caravana de vehículos partió hacia el puerto de Melilla, donde esperaba el transbordador *Virgen de África* para la tropa, y el *Conde de Venadito* para los vehículos, el armamento pesado y las cocinas de campaña.

José debería estar alegre, pues tendría oportunidad de ver a María, y sin embargo sintió cierta nostalgia cuando se despidió de Carcelén, de Sánchez, del Tranqui y de Silvino. Él no había estado de maniobras en la península, sólo en los pinares de Rostrogordo, y guardaba buen recuerdo del vivac, de los carajillos, la tienda, compartida como las latas de sardinas y las botas de vino, los chistes a la luz de la fogata, los refrescos y bocatas que vendía un moro en una carretilla, *yo tengo permiso dil Istado Mayor...* Y además, le tocaría servicios un día sí y otro a lo mejor, pues el Tercio se quedaba bajo mínimos, con lo que tampoco dispondría de tanto tiempo para ver a su amada. Dos días después de que sus compañeros se fueran la llamó desde una cabina, a la hora de la comida.

—Hoy entro de refuerzo. Nos muelen a servicios a los que no hemos ido de maniobras, hasta los rebajados hacen imaginarias.

—No te preocupes, Julio, que yo te voy a organizar tus propias maniobras —le animó ella—. Mañana por la mañana voy a montar a caballo... ¿Te apetece montar a ti?

Es una putilla, reflexionó José, como todas las ricas o como todas las que quieren serlo... Pero al tiempo que pensaba eso, el descaró, la desvergüenza de la hija del coronel, le excitaba y le unía más a ella.

—Ya voy a tener algo en qué pensar esta noche... —dijo, con la voz entrecortada—. Y algo que hacer...

—No seas malo, no hagas nada tú solo... —se rió ella—. Espérame...

A la tarde, con las trinchas, el cetme y el machete, el cabo cuartel le condujo, junto a otros dos, al cuerpo de guardia. Formaron y presentaron armas. Con el toque de corneta se arrió la bandera. Todo el campamento se sumió en el silencio, los legionarios firmes, allí donde les hubieran pillado los sones, mirando hacia la puesta de sol, saludando si llevaban el gorrillo puesto. A continuación vino el toque de oración. José entró en el cuerpo de guardia. Los soldados escuchaban la radio, dormitaban o leían alguna revista. Sonaba *María de la O*, esa muchacha que tenía los ojos morados de tanto llorar, y José pensó en María. Aunque aparentaba ser fuerte y que nunca se dejaría dominar por el llanto, José sabía que ella poseía corazón de mujer, pues ya una vez había sido testigo de cómo acudían presurosas a sus ojos lágrimas que, sin comprenderlas del todo, o sin creer en su total sinceridad, le habían enternecido. Por un perro. Había llorado por un perro. ¿Lloraría por un hombre?

En las últimas páginas de *La Legión*, como en el *As*, había unas fotografías de mujeres, generalmente en bañador, nunca desnudas.

—Joder —suspiró un legionario jovencito, y leyó con dificultad—. Tenemos el gusto de presentar a nuestros lectores a la estrella Julie Huxtable —aquí la dificultad se agudizó—, especializada en papeles cómicos. Y sin embargo —siguió leyendo—, hay que reconocer que la chica es algo serio —el legionario, que debía de rondar los diecisiete años, levantó la vista y mostró a José la fotografía—. Está buena, ¿eh?

—Sí —convino José, y se sentó en el banco.

Patrulló en pareja con el jovencito por todo el perímetro del cuartel. Poco a poco sus ojos se fueron acostumbrando a la escasez de luz, y lo que en los primeros momentos había parecido una oscuridad total, se reveló como un mundo de claridades y siluetas negras recortadas. La noche, algo ventosa y agitada, parecía habitada por un espíritu desesperado y salvaje, pero a él le agradaba eso, y también el sonido del viento, un silbido de locura, un lastimero lamento. Echaron un vistazo a los talleres y las cocheras, ahora semivacías, donde se guardaban los camiones GMC de la guerra de Corea, los Land-Rover 1300, casi sin morro, y los Land-Rover 88, más pequeños, a los hangares, donde se alineaban los M-50, que pronto iban a ser sustituidos por los AMX-30 franceses. Recorrieron el pinar, y a José le habría gustado escuchar al almuédano, sentirse en África, pero nada, únicamente el viento rasgaba la noche, las cuadras, donde un burro empezó a rebuznar, hijaaa, hijaaa, provocando el ladrido de algunos perros, rodearon Cabrerizas Altas, la pista de aplicaciones, responsable de tantas bajas y visitas al botiquín, la zona de chatarra, con bidones, *jeeps* y remolques que acabarían saliendo | VEINTIUNO 157 a subasta. En el depósito de minas subterráneo, desenfilados tras las casetas de hormigón, fumaron un cigarrillo, el otro le había ofrecido, y José había aceptado por camaradería. Oyeron un ruido, se sobresaltaron, y se acercaron a ver qué era. Vieron a un marroquí en una vieja bicicleta, sin faro, que parecía ir bordeando el perímetro del cuartel. Su silueta, unos metros más abajo, se destacaba contra el fondo, lechoso, indefinido, de la pista de tierra.

—¡Vete! —gritó el compañero de José—. ¡Vete o te meto un tiro!

El moro, de pie, a horcajadas sobre la barra de la bicicleta, se rió, y simuló que disparaba con un fusil.

—¿Tú saber manera? ¡Buena *ichara*! ¡Yo buena *ichara*!

Y se alejó, riendo y pedaleando.

Del puesto marroquí, en la franja neutral, salieron algunas voces, pero ellos no contestaron y regresaron a la caseta de hormigón. El otro había apagado su cigarrillo, pero José lo había dejado en el suelo, encendido, y se lo dio, para que no tuviera que gastar uno más. Continuaron patrullando. Oyeron unos disparos por donde la garita de la puerta falsa que baja al río Nano, por fortuna, en dirección opuesta a la que llevaba el moro de la bicicleta, y se dirigieron allá a la carrera. Casi al tiempo llegó también el Land-Rover 88, con el oficial de guardia y tres legionarios. El centinela que había disparado estaba muy nervioso. Era su primera guardia. El oficial, muy enojado, le arrebató el cetme y le hizo darse una vuelta desarmado por donde decía que había visto a gente avanzando a rastras. Desde la garita, se distinguían las luces del edificio de Mando, de estilo morisco, rematado por una cúpula, en el que se ubicaba el despacho del coronel. Ellos dieron novedades al oficial, y siguieron patrullando. La ráfaga del centinela había levantado un desafinado concierto de aullidos y rebuznos. El viento, sonando en los eucaliptos, en los olivos y en los pinos, en las pitas, acariciando sus mejillas, las figuras negras de los árboles contrastando contra la claridad del cielo, el gris de los caminos, el rumor de sus pasos y de la noche, él quién vive de algún centinela, el santo y seña de respuesta, todo, incluso el burro, todo le hacía pensar en María, y aquel perro que ahora ladraba con la ira del hambre y de los siglos, que proseguía con sus ladridos furiosos y desesperados, que se había quedado ladrando solo, vomitando su rabia y su rencor, aquel perro le recordaba a sí mismo.

Veintidós

En la explanada del bar de oficiales, dos grupos de legionarios, sus bonitos uniformes de sarga verde, formaban enfrentados. Cuatro Land-Rover de la PM, mudos, asistían al cambio de guardia. Mientras aguardaban al oficial entrante, era fácil distinguir qué grupo entraba y cuál salía. Unos estaban frescos, sus energías intactas. Los otros, cansados, con mala cara, los bostezos sucediéndose en sus filas.

José tenía el día libre. Tras el relevo, devolvió el machete, el cetme, las trinchas y los dos cargadores, y en el horario establecido fue a las duchas dando un pequeño rodeo para pasar ante las cuadras. Satisfecho, comprobó que *Harina* no estaba. La ducha le revitalizó. Paseó por el cuartel, procurando evitar encontrarse con cualquier superior, y arranco unas florecillas silvestres que crecían entre unas piedras. Formó un humilde ramo que disimuló bajo su camisa, y de nuevo se encaminó hacia las cuadras. No había nadie. *Harina* estaba ya en su establo, brillante por el sudor, con algo de espuma en sus morros. El legionario palmeó amistosamente su carrillos.

—¿Dónde esta tu dueña, bonita? ¿Dónde está mi desvelo?

—Aquí... —escuchó la voz queda de María—. Donde la primera vez...

Ella estaba en la cuadra vacía. José vio su rostro, en la penumbra. Se estaba despojando de las botas de cuero. En esta ocasión iba vestida de tonos oscuros. Él se coló por el hueco inferior que dejaba la puerta, y la estrechó entre sus brazos. Se acordó de las flores, y las sacó de debajo de la camisa, un tanto aplastada. Ella descalza y él bon las botas, la hija del coronel le pareció bajita.

—Las he cogido para ti —declaró, entregándoselas—. Mi reina.

María las tomó, y las dejó con delicadeza en el suelo, apartadas.

—¿Has visto? —dijo ella—. Mandé limpiar bien esta cuadra, y que trajeran un montón de paja. ¿No notas lo limpia que está?

El legionario miró entonces más atentamente el espacio que les rodeaba. Efectivamente, estaba mucho más limpio.

—Sí —dijo él—. Un poco más y casi podría ser nuestro hogar.

—Qué tonto eres —dijo María—, Nuestro hogar tendrá una chimenea en la que se podrá asar una vaquilla entera...

Negros nubarrones aparecieron en la mente del legionario, el temor generado por la impostura que tarde o temprano ha de ser descubierta, y los despejó ayudado por las palabras de María:

—No tenemos mucho tiempo... Méteme mano...

María le besó y comenzó a tocarle. Al legionario le hubiera gustado estar más

tiempo hablando, no sentía la urgencia de otras ocasiones, pero ella le desnudaba, le conducía su mano entre sus piernas, parecía una gata en celo, olía por los dos, el legionario recién salido de la ducha y María recién bajada de la yegua, olía a caballo, a perfume, a hembra, a sudor, y él se entregó también como un animal a la furia del deseo, a la blanda violencia de la carne.

—Móntame... Móntame aquí, en la paja...

María le arrastró, con los pantalones a medio bajar y las botas puestas era difícil caminar, el legionario trastabilló y cayó abrazado a María, chupando sus pezones, sobre la paja, Y sobre la paja, libre esta vez de boñigas, follaron. Cuando José se corrió, la hija del coronel todavía se sacudía, buscando el placer. Tras comprobar que el legionario ya estaba inmóvil, lejos, le abrazó, algo insatisfecha y algo maternal. Él la besó en el cuello, en la boca, el deseo ya apagado, y no tuvo fuerzas para llamarle puta, ni tampoco reina, ni Virgen del Pecado, ni niña, ni nada. Un inesperado pesar, de libido satisfecha o de amor clandestino, le había invadido.

—Tienes que marcharte —le dijo ella—. Dentro de diez minutos limpian las cuadras y cepillan los caballos.

El legionario se separó de María, se subió los pantalones y se los abrochó, mientras veía cómo ella hacía lo mismo con su blusa y su chaquetilla, de las cuales no se había desprendido. Vio después cómo María se ponía los pantalones, a pelo, y saber que en esta ocasión había venido sin ropa interior aumentó la melancolía del soldado. Ella comenzó a calzarse las botas de montar. Habría sido como con Nora, como con una puta, si no fuera por las flores: aquellas tristes flores eran lo único que podría salvarle de la tristeza. Las recogió de la esquina donde María las dejara.

—Si tú fueras un hombre y yo una mujer —dijo el legionario, y en sus palabras anidaba una especie de infantil anhelo que a ella enterneció—, ¿me regalarías flores, y me dirías requiebros y cosas bonitas?

María cogió las flores que él nuevamente le ofrecía, las puso debajo de la nariz, y aspiró con fuerza. Casi no olían a nada, eran florecillas del campo sin ninguna fragancia, sin ninguna virtud especial. Ni siquiera eran demasiado bonitas, pero eran flores, y a ella le había emocionado el detalle.

—Y si tú fueras una mujer y yo un hombre —le dijo María, con suavidad de enamorada—, ¿abrazarías la almohada imaginando mi olor? Y cuando salieran la luna, y las estrellas como ojitos, en el cielo, ¿cerrarías los ojos y apretarías los puños y pensarías con mucha fuerza en mí, para que yo pensara en ti? Di, ¿lo harías?

Él la agarró de las axilas y sin aparente esfuerzo la subió unos centímetros a pulso, hasta tenerla a su misma altura. Se miraron a los ojos, desafiantes, como diciendo: yo te voy a dar más de lo que tú eres capaz de pedir, y se besaron largamente.

—Cómo te odio, Mosca.

—Yo también te odio, Hueso.

El legionario depositó a María en el suelo.

—Vete, vete ya. ¿Puedes salir hoy?

Él asintió.

—Pues quedamos dentro de dos horas en el Club de Petanca. No creas que es tan fácil, papá ha encargado a una amiga suya que me vigile, una de ésas de la Liga Cristiana, no veas cómo me controla. Ahora vete, antes de que venga alguien. ¡Ah, y otra cosa!

—¿Qué?

—Estoy preparando con Margarita un fin de semana en Nador. Con Margarita oficialmente, es decir... contigo...

—¿Para cuándo?

—Dentro de dos semanas.

—¿Y si me arrestaran?

—Tú pórtate con ellos como conmigo, y verás como no te arrestan. Y ahora, vete. ¡Vamos, vete! —le apremió.

Él, tras cerciorarse de que no hubiera moros —o más bien legionarios— en la costa, salió del establo, y se dirigió hacia la puerta de las caballerizas sin volver la vista atrás. No haber tenido más tiempo para hablar con María, o incluso para estar a su lado sin hablar, le afligía. Antes era su cuerpo lo que deseaba, ahora también su compañía. ¿Significaba eso que se estaba enamorando, que lo de antes era urgencia animal y lo de ahora anhelo humano? ¿Era por eso que el aire en los árboles le hablaba de ella, era por eso que el ladrido del perro le recordaba a él mismo? ¿Era esa extraña mezcla de sentimientos alegres y tristes el amor, de admiración y desprecio y ternura, y él lo experimentaba por primera vez? ¿O había diferentes clases de amor? Iba hacia su barracón, meditando sobre aquellas cuestiones, inmerso en la confusión, tan despistado y preocupado (¿cómo conseguiría el dinero para Nador?), que no se apercibió de que se dirigía en línea recta, como un proyectil, hacia un par de oficiales.

—Eh, tú, ¿estás libre?

La interpelación le sacó de sus preocupaciones, corrió hacia los oficiales, y se cuadró.

—A la orden, mi capitán... Pues...

—¿Cómo que pues? ¿Tienes algún servicio, o no?

El capitán llevaba en el pecho derecho los símbolos de permanencia en el Sahara.

—No, mi capitán.

—¡Entonces estás libre! Acompáñanos.

El teniente y el capitán fueron a su compañía. Allí les esperaba otro teniente. La furrielería estaba abierta. José, por el hueco que dejaba la puerta entornada, vio unos billetes en la mesa, además de unas trinchas y varias cantimploras. Nadie reparaba en él. Los oficiales habían entrado en el cuarto del suboficial de cuartel. El corazón de José latía aceleradamente. Sin pensárselo dos veces, obedeciendo a un irresponsable impulso, haciendo bueno el refrán que dice que la ocasión hace al ladrón, entró y se apropió de los billetes, seis de mil. Los ocultó debajo de los calzoncillos y salió, justo

a tiempo: inmediatamente apareció el cabo primero Van der Waals, que iba custodiado por el cabo de la guardia. Van der Waals, la cabeza afeitada, como de costumbre, pero ahora con los galones arrancados, le miró con cara de pocos amigos.

—A la orden, mi capitán. Aquí traigo un voluntario del pelotón.

—Ya no hace falta, cabo, gracias. Dele las gracias al teniente Vergara de mi parte.

Le hicieron transportar unas cajas de municiones, calibre 9 mm largo y unas siluetas humanas, de cartón, con armazón de hierro. Cogió a indicaciones del capitán unas hojas con pequeños adhesivos circulares blancos y negros, y subieron a un 88 en el que ya habían cargado unas banderas rojas. Uno de los tenientes conducía. A José todo aquello le habría divertido, si no fuese porque temía que se alargara y que le hiciese retrasarse en su cita con María. Cuando llegaron al campo, le ordenaron que colocara las dianas al fondo del foso, apoyadas contra la pared, pues el terreno era demasiado duro como para que sus barras de hierro, acabadas en pincho, se clavaran, y las banderas rojas en los extremos. Mientras lo hacía, los oficiales acordaban los términos de la apuesta.

Desde el cercano *jeep*, José los vio disparar con sus pistolas Star Súper B de ocho tiros más el de la recámara, discutir y fanfarronear. Apostaban botellas de vino, y gastaban munición a mansalva. Realizaron diversas pruebas: a veinticinco y a cincuenta metros, efectuar los nueve disparos en uno y dos minutos, todos los que pudieran en uno, dos y tres minutos, etc. Cada ronda, iban contando los impactos. Solía vencer uno de los dos tenientes, que ganaba así una botella, perder el otro, que la pagaría, y en medio el capitán. José recogía los casquillos, que guardaba en las cajas de cartón antes llenas de cartuchos completos, y tapaba a cada prueba los orificios con los adhesivos redondos blancos o negros, según correspondiera, un poco mayores que los destrozos de los proyectiles. Los oficiales bebían de una bota, y le ofrecieron a José. José la cazó al vuelo cuando se la lanzaron, la inclinó, y dejó que el chorrito de vino entrara por su garganta. Al beber de aquella manera se acordaba de las jornadas de trabajo en el campo, de ese pasado que no añoraba porque le parecía humillante: únicamente a sus padres echaba de menos, pero, más que necesidad de verles, el pensar en ellos le producía lástima. Devolvió pronto la bota y apartó de sí tales recuerdos. También le ofrecieron disparar. José cogió un puñado de balas, guardó disimuladamente algunas en el bolsillo, y con las otras llenó un cargador. Disparó hasta vaciarlo un par de veces, y no lo hizo mal.

Cuando se aprestaban a retirarse, apareció una bandada de diez o doce gaviotas. Los dos tenientes y el capitán se pusieron a disparar como descosidos, frenéticamente, casi sin apuntar, borrachos de pólvora. Las gaviotas volaron sin tino por un momento, desconcertadas, pero pronto se alejaron del peligro. Una de ellas, sin embargo, había sido alcanzada, y cayó cien pasos más allá, fuera del foso. Los cuatro hombres se apresuraron a buscarla. La gaviota, con un ala rota, correteaba de aquí para allá, intentando escapar de sus perseguidores, incapaz de alzar el vuelo. Pronto se cansó. José la vio respirar angustiada, agitadamente. El capitán montó la

pistola. José, no supo por qué, sintió compasión.

—¿Quiere rematarla usted, González?

José tomó la pistola. Podría haberse negado desde el principio, pero el irreflexivo acto de empuñar la Star era como una aceptación, y el volverse atrás habría sido un síntoma de debilidad. Cuando había roto el cuello del perro, lo había hecho sin sentir nada, casi por obligación, pensando desapasionadamente que era mejor para el animal. Ahora su cerebro le decía lo mismo que en aquella oportunidad, pero esta vez su corazón tenía vela en el entierro, y dificultaba la acción. No había entendido a María cuando lloraba, lo había juzgado una exageración, un gesto para la galería, cosa de mujeres. Ahora la entendía un poquito más. Apretó el gatillo a una distancia de un metro. La gaviota pegó un bote y aterrizó unos pasos más allá, con un boquete en el cuerpo. Un poco de polvo y unas plumas flotaron perezosamente en el aire durante unos segundos. El ave, entre estertores, estiró la pata.

José devolvió el arma al capitán. El aire le hablaba de María, y la gaviota muerta, como el ladrido del perro, le hablaba de él.

Veintitrés

Llegó a la cita con media hora de retraso. María estaba a la entrada del Club de Petanca de Melilla, acompañada por Margarita y dos sobrinos de ésta. El club contaba con ocho pistas, alineadas en doble hilera. El legionario saludó a las chicas y guiñó un ojo a los críos.

—Muy bonito, Julio. Si no es por Margarita, aquí me tienes aburrida y cansada, de plantón.

—Lo siento —se disculpó él—. Me engancharon unos oficiales para pegar unos tiros. Vine escapado.

—Pronto nos vamos a Nador, ¿no? —Margarita le sonrió.

—Sí —José devolvió la sonrisa.

—Adiós, Margarita —María cortó por lo sano el coqueteo de su amiga—. Nos vamos de paseo.

Ella se despidió de los niños con un beso, y él de la misma manera de Margarita. Se detuvieron enfrente del Hornabeque, admirando el mar, la ensenada de los Galápagos y el primer recinto. Estaban sobre lo que había sido un fuerte, el de la Victoria Chica, ahora unos escombros irreconocibles. En el otro margen de la carretera, a no mucha distancia, aún en pie, aunque muy deteriorado, se levantaba el de la Victoria Grande, una parte del cual se utilizaba como cárcel. María tenía un libro entre las manos. El legionario prendió un cigarrillo.

—¿Ahora fumas?

—No. De vez en cuando. No sé, en las guardias a veces apetece...

—Pues ahora no estás de guardia, rico. ¿O sí?

—Qué va, mi niña. Ahora estoy de lujo.

Caminaron un poco a lo largo del foso de los Carneros, que estaba lleno de basura. El batir de las olas, su azul hermoso e intenso y su blanca espuma, acompasaban la conversación.

—¿Y eso que estás leyendo?

—Me lo regaló Margarita por mi santo.

Le enseñó la portada. Era un libro de edición barata, de kiosco.

—Es de unos nazis que buscan un tesoro perdido en la Segunda Guerra Mundial. Un espía del servicio secreto británico tiene que llegar antes que ellos e impedirlo. Está entretenida.

José había sido aficionado a la lectura hasta los doce o trece años. A partir de entonces, no había leído ni un solo libro. Había llegado a la conclusión de que leer no

servía para nada.

—¿Para qué vale leer? —interrogó.

—Te vuelves más culto —dijo María—, La cultura es importante. Y además, te evades, te cuentan historias de otra gente, de otros mundos y otros tiempos, y te sales de esta vida tan gris. Porque no creerás que yo quiero quedarme aquí toda la vida a marchitarme...

—¿Y adónde quieres ir?

José dio la última chupada al cigarrillo y lo arrojó entre las piedras.

—Pues a Madrid, ¿dónde si no? He vivido en Valladolid, en el Sahara y en Melilla, pero en Madrid es donde pasan las cosas, donde está la gente importante, los artistas, allí vive Julio Iglesias, ¿no?, y Karina, y están las perfumerías buenas, los mejores cines, las tiendas de ropa, Las Ventas... En Madrid hay de todo. Y en tu finca, pasaremos temporadas de descanso...

Ella le cogió una mano, y apoyó su cabeza en su hombro. Él se sintió halagado, por aquella referencia a una vida futura en común, y habría sido plenamente feliz si no fuera consciente de que estaba viviendo una impostura. Él nunca podría ofrecer a María esa vida regalada con la que soñaba, Madrid, la finca huelveña, los cócteles, el brillo social... Era una mentira, sí, ¿pero acaso no lo son también los sueños? ¿Y no es el amor un gran sueño? Todo era mentira, y todo era verdad: era verdad el azul precioso del Mediterráneo, era verdad la cabeza de María dulcemente apoyada en su hombro, era verdad que se querían, aunque aquella verdad, tal vez, como su cabeza en su hombro, se apoyara en una mentira... Todo aquello era verdad y embuste: era un sueño de amor...

Se levantaron y siguieron por la cuesta. Una señal indicaba el camino del cementerio.

—Luego vamos, ¿vale? —propuso ella.

—¿A qué esa prisa, mi niña? Si es el único sitio al que tarde o temprano vamos todos...

Torcieron a la izquierda, hacia el fuerte de la Victoria Grande. Tras una curva vieron abajo el cementerio, grande y repleto de sepulturas blancas. Siguió por la ciudad.

—Esta zona es un horror —dijo ella—. Yo nunca vengo por aquí. ¿Y tú?

—Tampoco. Pero al menos está viva.

Se oían gritos de chiquillos, que jugaban en las calles. Algunos, aunque de aspecto marroquí, hablaban en español. Llegaron hasta un muro derruido. Era la frontera. Se podía pasar, pues no había ningún control. Una torrentera con basura separaba el campo marroquí de la ciudad española. En lo alto, a sesenta o setenta metros, al lado de una cabaña cónica, tres jóvenes marroquíes parecían vigilar el paso.

—¿Quieren algo? —les preguntó uno.

—No —gritó él.

—¡Etfui, etfui!

María les saludó con la mano.

—¿Por qué les saludas, si han hecho como que nos escupían?

—Para que no nos hagan nada.

—Pero qué miedosa eres —se rió él—. ¿Qué nos van a hacer?

—Es que yo no soy tan valiente como tú —replicó ella, ligeramente picada.

Volvieron sobre sus pasos. La mañana era diáfana. Apenas alguna nube emblanquecía el azul purísimo del cielo. Fueron al cementerio. María había ido recogiendo las flores que encontraba, escasas, pues aún no era temporada, y las iba depositando de una en una en las tumbas que carecían de ellas.

—Creí que las recogías para mí, mi niña.

—Son para los muertos, egoísta.

—Hueso.

—Mosca.

Subieron a lo más alto, al monumento a los que sacrificaron su vida por la patria, desde donde se gozaba de una amplia vista circular: Melilla, la Mar Chica, el Gurugú, una muralla, el mar, la costa, montañosa y pelada. Unas gaviotas sobrevolaban anárquicamente el cementerio.

Visitaron el recinto de los legionarios. Todas las tumbas, a modo de féretro de hormigón, encaladas, tenían una sencilla cruz negra. La cruz de la escultura del Cristo de la Buena Muerte estaba clavada a una palmera. José se acordó de la herradura de mula de El Mesto, el trozo de hierro que velaba por él, que le protegía, aliado con una estrellita del cielo.

Se detuvo un momento ante la sepultura de Aguirre. Una muerte fortuita, ridícula. La muerte no atiende a razones, reflexionó. No lo necesita, sabe que siempre llegará a tiempo. Si hay un atajo, lo toma, y si no, sabe esperar. Subieron después por unas escaleras al mausoleo de los regulares, blanco, en forma de pirámide escalonada. También allí dejó María flores. Cuando bajaron, se cruzaron con dos gastadores, con el vistoso *sul-ham* o alquicel, una especie de capa blanca, ondeando al viento.

Regresaron del camposanto por la pista que perfilaba el mar. Penetraron en el terreno del fuerte de la Victoria Grande no ocupado por la cárcel, lleno de piedras y matojos, y se subieron a un aljibe semiesférico, de hormigón, desde el que se dominaba Melilla. El foso del fuerte estaba infestado de desperdicios, papeles, plásticos y vidrios rotos. Una chabola, cerca de los restos de una garita, estaba habitada por una familia mora. La ropa tendida así lo atestiguaba. Bajaron por una gran escalinata hacia la ciudadela y hacia el Club de Petanca, y ella le invitó a comer a su casa.

—Sé cocinar muy bien —presumió, candorosamente.

Él aceptó, encantado, y la besó. Con los ojos cerrados, mientras la besaba, no existía el perro, ni la gaviota herida, ni el coronel: sólo existían ellos dos y la brisa que les acariciaba, y la calma de aquella extraordinaria mañana.

Veinticuatro

Después de ayudarlo a cortar las cebollas y las patatas, mientras María hacía la tortilla española, una ensalada de lechuga y tomate, y unas crepes de manzana, el legionario, sentado en el sofá del salón, pensaba en lo hermosa y plácida que podría ser la vida, si no nos la complicáramos tanto. El mobiliario de la casa era, como correspondía, sobrio y grave, de noble madera. Una bandera de España y dos fotografías, una de Franco, todavía joven, en la Legión, y otra de Millán Astray, todavía entero, presidían el salón. José curioseó las fotografías. En algunas aparecía el coronel con su hija, de niña: ya entonces era guapa María. Una mujer muy peinada, de rostro serio aunque delicado, debía de ser su madre. Tenía una nariz fina, y unos labios bien dibujados, las orejas menudas, el cabello recogido. El legionario la miró atentamente, y aunque se trataba de una mujer hermosa, él nunca habría adivinado, de haberla visto en otro hogar, que se trataba de la madre de María. En otra, esa misma mujer, pero vestida de novia y sonriente, cogida del brazo del padre de María, como siempre vestido de militar, aunque en esta ocasión de teniente de Caballería, se mostraba en todo su extinto esplendor. Había varias fotografías del coronel, de su vida militar, rodeado de autoridades, o en maniobras. En una de ellas estaba en el desierto, subido a un camello, con pantalones cortos, sandalias y siroquera, todavía sin su bastón de mando. Era terrible que no pudiera existir ni una sola imagen de María con su madre. Sobre la mesa, manoseado y subrayado, estaba el *Diario de una bandera*, del comandante Francisco Franco. En una de las fotografías, varios cadáveres de legionarios se amontonaban sobre los parapetos de piedra y sacos, o quedaban tendidos en la arena, con el cetme con la bayoneta calada a su lado, mientras otros permanecían agazapados, alerta. *Edchera, 13 enero 1958, XIII Bandera*, rezaban unas letras grabadas en el marco de plata de la fotografía. José había sabido por boca de Carcelén que el cabo nómada Alí uld Harantal-la advirtió al capitán Jáuregui que no metiera a la tropa en el río. «¿Es que tienes miedo?», le dijo Jáuregui. «Yo no tener miedo —había contestado el saharai—. Si tú estar loco y entrar en río, yo entrar también y morir contigo». Ambos murieron.

La tortilla era excelente, y las crepes también. ¡Qué poco tenía que ver aquella tortilla de patata con las que daban en el cuartel, secas y duras como piedras! Tras comer, fueron al cuarto de ella, se desnudaron y se metieron en la cama. María, al principio, no quería hacer el amor. Entonces él le pidió que le masturbara. Como ella le lastimara un poco, le explicó cómo hacerlo, tocando el pellejo sólo por fuera, subiendo y bajando la mano.

—¿Así?

—Así, pero más rápido.

Cuando eyaculó, ella continuó moviendo la mano.

—Ya vale —dijo él, quitándole suavemente la mano—. Voy a limpiarme.

—No, no te vayas.

—No quiero que te manches.

—Esto no mancha —dijo ella—. Tu leche huele a jabón.

Pasó su mano por la tripa de él, y se pringó la suya con su semen.

—¿A jabón?

A él nunca se le había ocurrido tal cosa.

—Además, hacer esto es pecado.

A José le apenó la candidez de ella, sus infantiles ganas de pecar. Le pareció que María, tan mujer, era, a un tiempo, una cría que estaba un poco loca.

—Sí, a jabón —María retornaba—. A detergente. Es limpio.

Estuvieron un rato sin decir nada. A José, estar bajo el techo del coronel le producía una satisfacción añadida. Que su hija, impúdica, desinhibida, le hubiera hecho una paja en su misma casa, era un triunfo doble. Pero no, no era eso lo que realmente le importaba: era ella, en cualquier lugar, era ella...

—Tengo algo de dinero para Nador —dijo el legionario.

—¿Cuánto?

—Algo más de seis mil calas.

—No está mal —concedió ella—. No es tan poco. Da para el viaje y el hotel, y todavía tendremos para gastar. Ya está confirmado con Margarita. Será este fin de semana o el próximo. ¿Tú cuál prefieres?

—Cuanto antes, mejor, ¿no? El próximo —dijo él, pensando que ésa era la respuesta más galante.

El legionario intentó arrimarse a la hija del coronel. Ella se resistía. Tras varias preguntas, consiguió enterarse de por qué: tenía la regla. José le aseguró que a él le era indiferente, de la misma manera que a ella no le había importado pringarse con su semen. Hicieron el amor. Tras acabar, él quedó tendido de espaldas, mientras ella le daba masajes en los hombros y le restregaba el sexo por la espalda. Él ignoraba si María obtenía así placer, si era una forma de masturbarse, pero él estaba a gusto y se abandonaba. La hija del coronel dejó escapar un silbido misterioso:

—Sssssh...

Un silbido que le fascinaba, como si fuera una encantadora de serpientes, o una serpiente, un silbido que, unido a las caricias, le hipnotizaba, le relajaba. Cuando ella se cansó, se tumbó junto al legionario. Atardecía. El tiempo corría lento, y sin embargo, las horas pasaban seguras, inexorables: él tendría que regresar al cuartel.

—¿Sabes? La madre de Margarita es de la Liga de Mujeres Cristianas, y hacían sacrificios y oraciones para convertir al legionario que asesinó a un sargento, ¿cómo se llamaba?

—El sargento, Aguirre, y el legionario, Bravo Correa, el Oxidado. Le conocí en la pelota.

—Bueno, pues el Oxidado. Por lo visto, cada vez que el capellán se asomaba a la mirilla, le cubría de escupitajos, insultos y blasfemias. Y el otro día consiguieron que el Oxidado pidiera confesión al cura, y que se arrodillara y suplicara perdón en público a la viuda, ¿lo sabías?

—No.

—¿Tú crees que tú y yo nos salvaremos?

José lo ignoraba. El Infierno quedaba demasiado lejos como para preocuparse por él. Pero contestó afirmativamente.

—Sí. Tú eres la Virgen del Pecado, y sin duda irás al Cielo. Eres Camino de Verdad y de Vida.

María pareció un momento ida. El legionario pensó que tendría que protegerla siempre, en todo momento y en todo lugar.

—La madre de Margarita consiguió que mi padre les diera permiso para esa visita —ella volvía de su modesto trance—. Están encantadas de haber salvado su alma. Pero de lo que ya no le salva nadie es del pelotón de ejecución. Franco ya ha firmado la orden.

—¿Cómo lo sabes?

—Mi padre trae muchas veces los papeles aquí. ¿Cómo crees que te libraste de las maniobras? Cambié un par de cositas sin que él se enterara, y aquí estamos... De maniobras civiles... ¿Te gustan?

Ella le había puesto los senos en la cara. El legionario chupó un pezón, y puso una mano en el pubis de la Virgen del Pecado. Hicieron otra vez el amor. Él la llamó puta y guarra, y le reprochó que le gustara que la follaran en la casa de su propio padre, pero lo hizo casi por compromiso, sin ningún entusiasmo. También llamó cabrón al coronel, y eso la excitó todavía más. Cuando acabaron, se abrazaron.

—A veces pienso que mi vida no tiene sentido... —dijo ella.

Él la despreció. Ahora se va a poner profunda la muy puta, pensó. Pero guardó silencio. Ya no podía verla como a una reina, como a una amazona inasequible y salvaje, como cuando la miraba con los compañeros después de comer, montando a caballo, antes de conocerla. La amaba más, pero la admiraba menos. Y eso, de alguna oscura manera, era un injusto reproche que él reservaba para ella. Porque, al llamarla en su interior puta y despreciarla, aunque sólo fuese por un segundo, se sentía sucio.

—Si no fuera porque dentro de catorce meses serás libre, y entonces... Para entonces, ya te habrás reconciliado con tu padre, ¿no?

—Sí —dijo él.

—¿Y me llevarás contigo?

—Claro —dijo él.

Cada pregunta de ella era como un clavo en la cruz. *Qué suerte, Señor, qué suerte...*

—Tengo tantas ganas de conocer a tu hermana y de ser su amiga... ¿Cuándo vas a ir a ver a tus padres para hacer las paces?

—En el próximo permiso largo —dijo él.

—¿En Semana Santa?

—Por ejemplo —dijo él.

—¿Y me llevarás contigo?

—Sí, si puede ser —dijo él.

Cada pregunta, un clavo. Cada clavo, un profundo dolor. Mi suerte, Señor, ¡qué suerte!...

Se hacía tarde, la oscuridad se había echado encima, se adueñaba de los trabajos y los días. Tuvo que vestirse. Cenaron tortilla que había sobrado de la comida, y unos yogures. De pronto, él sintió que su estómago se apelmazaba, se encogía, duro como una piedra.

—Júrame que no te has acostado con tu padre jamás —le espetó.

La hija del coronel le miró sin escandalizarse.

—Te lo juro —dijo, con sencillez—. Mi pecado grande es otro, algún día te lo diré.

El legionario no quiso indagar más. Quería creerla, pero no podía, y se reprochaba a sí mismo su falta de inocencia y generosidad. Se despidió de María aparentando alegría y optimismo, y se fue triste y cabizbajo al cuartel.

En la litera, mirando por la ventana, sin lograr dormirse tan rápidamente como habría deseado, vio la luna. En la lejanía, fuera del perímetro del acuartelamiento, como tantas otras noches, un perro, tal vez Hassan, aullaba lastimeramente. No gime así porque esté herido, ni porque le hayan apaleado, pensó. Gime así porque se siente solo y desamparado. Y el legionario se durmió pensando en María.

Veinticinco

El lunes por la tarde las banderas regresaron de maniobras.

—¿Cómo han sido, mi sargento?

—Te lo voy a decir rapidito y escapao, mi hijo: nos ha ido de morir y de saltar y de dar gritos... Vivaqueamos en Los Arenales, después de cuatro horas de marcha, las primeras comidas fueron en frío, pero buenas... Los ejercicios perfectos, matizados, no quedó ni uno del ejército Rojo, ya te digo, de saltar y de dar gritos. Las marchas a la brújula perfectas, algunos se perdieron, como siempre, lo normal. Había de prueba dos AMX-30, la releche, convencido me dejaron, y también se probaron unos misiles nuevos, los Milán, muy buenos, hasta un tonto hace puntería... ¡Y ni un accidente que lamentar! Ya te digo, de saltar y de maravillarse —el sargento se entusiasmaba—. Je, obligamos a los nuevos a comer mi escarabajo o un lagarto, o lo que pillaran, y uno se negó de primeras y hubo que meterle en vereda... ¿Quejarse por eso? Te cuento, dos Land-Rover cerca de, bueno, cerca, digamos cerca de Sidi Ahmed, había que castigar una gassi, perseguir a unos ladrones del desierto que habían robado unos camellos a un jeque amigo... Estábamos yo, el Japi, Van der Waals, el Pintas, Vega, Blanc, y otros dos que tú no conoces, uno está todavía allí, mientras desmantelan la XIII Bandera, y el otro está ya por lo civil, por lo visto se devuelve el Ifni a Marruecos, y por eso la bandera nuestra se va al garete, y estamos aquí tantos... En fin, te cuento: de las cimas de las dunas salían como vapores de arena... Vimos unas huellas de veinte o treinta camellos y las seguimos. Para cruzar una duna hay que buscar la parte dura, la que da la cara a los vientos dominantes y se presenta haciendo unos dibujos de aguas, como de un tejido de moaré, mismito, es una capa de unos cinco centímetros de grosor, dura, aguanta el peso... Pero el conductor, bisoño, se puso nervioso, y aceleró, se rompió, y nos quedamos atascados... Días estuvimos allí... ¿Y sabes qué nos salvó?

—El agua de los radiadores —aventuró José.

—Sí, la de los radiadores, la de las cantimploras y los dos bidones... Y un maná el cielo, mijo, una nube de langostas que apareció casi tapando el sol, y las devoramos a puñados, porque gacelas, sin los coches, olvídate de ellas... Para nosotros, maná, mismito, ¿y éstos se quejan por un escarabajito? Ay, Julio, menuda generación la tuya, dónde vamos a parar...

Aquel lunes, Sánchez y Van der Waals salieron del pelotón. En cuanto se vio libre, lo primero que hizo Sánchez fue buscar al que le había zurrado, y cascarle. El mes del hotel había dado sus frutos: el otro quedó para el arrastre. Claro que en la

primera pelea había pillado a Sánchez por sorpresa, y le había estrellado la cara contra el lavabo, mientras se cepillaba los dientes. Sánchez fue castigado con cuatro días de pelotón. Se había ganado el respeto de todos, pero José temía que su amigo acabara convertido en un Pintas, carne de cañón.

—Prométeme que a partir de ahora te portas —le dijo, cuando se iba hacia el cuerpo de guardia.

—Te lo prometo, Julio. Tú preocúpate de ti.

—¿Por qué dices eso?

—Porque en la pelota he oído que hay quien no te quiere bien.

Sánchez se fue. José se esforzaba en averiguar a quién se referiría Sánchez: al coronel, al teniente Perales, a Van der Waals, o a todos a la vez.

El jueves, después de dos días muy tranquilos, ocurrió algo grave. A la salida de un cafetín, el Pintas había sido muerto a navajazos en una reyerta, no se sabía si por un asunto de drogas, por una disputa casual, o por cualquier otro motivo. Existía la sospecha de que los autores del crimen habían sido moros de Bliuki, del clan de Yusuf, el chulo del Matjuba, y del pastor que había acusado a Van der Waals del robo del carnero. Pero podría ser una suposición infundada. Los legionarios estaban indignados, y clamaban justicia, o más bien, venganza. El coronel reunió al Tercio, y pidió calma. Contó que la muerte del legionario sería investigada, aclarada y castigada. No quería que nadie se tomara la justicia por su mano. Las relaciones con Marruecos atravesaban, como siempre, momentos delicados, y no quería disturbios que, en caso de producirse, también serían investigados, aclarados y castigados. Todos los permisos del fin de semana quedaban cancelados, hasta que se enfriaran los ánimos.

En cuanto terminó la alocución del Jefe, José pidió permiso a Carcelén para llamar por teléfono. Habló con María, y le explicó lo que pasaba, para que retrasara el fin de semana en Nador. María dijo que le echaba de menos. Él le contestó que cada día la quería más, y colgó.

Pero era evidente que la cosa no iba a quedar ahí. En la compañía, Van der Waals se daba de cabezazos contra la pared. Había volcado dos literas, estaba hecho una furia, y nadie osaba acercarse.

—¡Pintas, escúchame! —gritaba el cabo primero—, ¡Voy a matarles a todos! ¡Y a sus padres y a sus hijos también! —y profería además insultos y amenazas en flamenco que nadie entendía.

Por fin, entre Blanc, Vega, el Japi y otros consiguieron apaciguarle.

La noche del viernes, con la compañía al completo, José despertó al sentir unas sacudidas. Eran Perales y Van der Waals. Los ojos del cabo primero brillaban en la oscuridad con la intensidad de la demencia.

—¡Vístete! —le ordenó en un murmullo el teniente—. Hay reunión donde los pinos.

—¿Para qué? —dijo José, aún medio adormilado.

—¿Quieres ser un Hijo de la Noche?

—¿Para qué? ¿Qué es eso? —José se incorporó. Se acordó de que así había llamado el Pintas al Japi y a Mijo al despedirse en el Matjuba, cuando desertó, Hijos de la Noche, y de que entonces interpretó de manera bien distinta aquellas palabras.

—Vengar a nuestro camarada. Somos siete. Contigo, ocho. Buen número. Dos coches al completo.

Hablaban quedo. José estaba asustado. No eran precisamente amigos quienes recurrían a él.

—No quiero meterme en líos. El Pintas no era mi amigo.

Van der Waals le agarró de un brazo, y presionó con su fuerza de oso. El teniente se mantenía ahora en silencio.

—Yo sé que tú cogiste dinero el otro día, perro. Sospecharon de mí, me registraron, me desnudaron. Yo te vi salir a ti de la furrielería cuando yo entraba. No dije nada, pero si no eres legionario, hablaré.

—Si te niegas —terció Perales—, informaré sobre este suceso al coronel, y no creo que salgas tan bien librado como cuando lo del cordero.

—Está bien —se rindió José.

Van der Waals le soltó. Todo aquello apestaba, pero estaba pillado, en sus manos. ¿Qué tramaban? ¿Por qué Perales y Van der Waals le querían a él? No hacía falta ser muy listo para darse cuenta de que aquello era algún tipo de encerrona. Tendría que estar atento, con los ojos abiertos en todo momento, sin bajar la guardia ni para mear. A lo mejor, por evitar el castigo por chorizo, se encontraba con algo peor. ¿Y por qué había robado? Por María, por Nador, y por eso mismo que le había puesto en peligro era por lo que había de resistir: por María, por Nador...

Les siguió a los pinos, sombrío, receloso. Ocultos por la oscuridad y por los árboles, estaban ya Blanc, Japijauer, Vega, el sargento Carcelén y un magrebí que él no conocía más que de vista, Tuhami, el de morteros, el que había sido herido de una pedrada durante una guardia. Carcelén se sobresaltó al verle.

—¿Qué haces aquí, Julio? —cuchicheó.

—Luego te explico —respondió él.

—Bien —dijo el teniente Perales—, Ya estamos todos los Hijos de la Noche. Lo que le ha sucedido al Pintas es una putada. Si dejamos que la policía investigue, a lo mejor no llegan a nada. Nosotros tenemos buenos motivos para sospechar de quien sospechamos. Yo he intercedido ante el coronel, de manera extraoficial. Todos los que estamos aquí tenemos permiso oral el fin de semana, hasta el domingo a retreta. Saldremos esta madrugada, dentro de tres horas. Nos citaremos en el aparcamiento de suboficiales. Yo estaré en el cuerpo de guardia para que se os vaya dejando salir. Iremos en coches particulares con las matrículas cambiadas, y con ropa civil. No quiero ningún distintivo legionario, porque igual nos metemos en el moro. El que tenga verdugos, que los lleve —el teniente y Van der Waals le miraron burlonamente, o eso le pareció a José—, ¿Alguna pregunta?

Él tenía muchas, pero prefería hacérselas a Carcelén, y a solas.

—¿Qué armas llevaremos? —preguntó Tuhami.

—Cuchillos, bates y nuestras manos. Sobrará. ¿Algo más? —Perales esperó un instante—. Bien. Hasta dentro de tres horas.

Los ocho hombres se pusieron en pie y se aprestaron a regresar a sus barracones.

—Ven, mijo —le susurró el sargento.

Fueron a la zona de los bidones y la chatarra. En cuanto llegaron, seguros de que no había nadie en las proximidades, José lanzó la pregunta que le aguijoneaba.

—¿Qué es todo esto?

—Los Hijos de la Noche son vengadores, una especie de sociedad secreta que había en el Sahara —Mijo le hablaba en tono grave, sombrío. El viento silbaba y los árboles se estremecían. Alguien, hacía tiempo, tras entretenerse en enhebrar un alambre por varias arandelas y hebillas de botas, lo había tendido de un remolque a otro, y el aire les arrancaba un sonsonete metálico—. Servía para ayudarse unos a otros, y para no dejar impunes los delitos. Se originó con fines justos, pero esto no me gusta nada. Ha degenerado, como han degenerado ellos. ¿Cómo es que te han enganchado a ti?

José dudó si decir la verdad. Decidió hacerlo. Podía confiar en Carcelén, y aunque se avergonzase de su acto, se sintió orgulloso de ser capaz de confesarlo.

—Mangué seis mil pelias de la furrielería de otra compañía, cuando estabais en Los Arenales. Van der Waals me vio, y Perales me amenaza con informar al coronel.

—Bien —dijo el sargento, pensativo—. ¿Y por qué lo hiciste?

José bajó la vista.

—Para invitar a cenar a la hija del coronel.

—A varias cenas, querrás decir. Así que era cierto lo que se rumoreaba... Te daría la enhorabuena, porque la cría está como la Virgen, si no fuera porque eso se relaciona con que estés en el fregado...

Los pensamientos del sargento se encaminaban en la misma dirección que los de José.

—Tú no haces falta. Los demás tenemos un motivo para estar, pero tú no. Y el teniente Perales, tampoco. Los otros cinco éramos Hijos de la Noche, en el Sahara. El Pintas formaba parte de nuestra misma célula. El coronel lo sabe. Por aquel entonces, era nuestro comandante. No es casual que nos haya reunido a todos en la misma compañía. Sólo sobráis tú y el teniente, qué casualidad, ¿no? El novio de su hija, y el más esforzado pretendiente. Por cierto, *también* —el más joven advirtió la ironía, pero la dejó pasar por alto— de buena familia. No me gusta nada, Julio. Tú no te separes de mí.

José lo veía claro. Era la siguiente jugada del coronel. Abortado el castigo ejemplar por el robo del carnero, el coronel jugaba más fuerte todavía, una vuelta de tuerca más. Recordó sus veladas amenazas, el gesto de Perales en el Casino Militar. Tendría que estar atento. Si había alguna refriega, y la habría, para él el peligro

vendría de las dos partes.

—¿Y usted, mi sargento?

—Tutéame, por favor. Estamos solos.

A José, quizá por la gravedad de la situación, le salía más natural tratarle así.

—¿Y tú? —el tuteo le sonaba forzado—, ¿Por qué estás en esto?

El más viejo pasó el brazo por el hombro del más joven, y éste se sintió reconfortado. ¿Qué sería de él, sin Mijo? Se le formó un nudo en la garganta, y le habría abrazado, si no hubiese sido porque sabía que el sargento rechazaría su abrazo, confundido.

—¿Recuerdas lo de las dunas, lo del maná del cielo? Estábamos Van der Waals, Blanc, el Japi, Vega, el Pintas, yo y otros dos. Éramos Hijos de la Noche, ocho también, de la XIII Bandera. Perseguíamos a una partida de bandidos, como te dije, con permiso especial de nuestro comandante, ahora nuestro coronel. Aquellos bandidos no sólo habían robado camellos a un jeque vecino y amistoso, habían matado también a dos de sus hijas, después de violarlas. El Pintas no era todavía aquello en lo que se convirtió luego, era todavía un buen camarada. Una de aquellas mujeres era ella, muchacho, la mujer a la que yo amaba. ¿Sabes cómo entierran en la arena del desierto? Si es un hombre, con una piedra en la cabeza y otra en los pies. Y si es una mujer, tres piedras: cabeza, vientre y pies. Yo puse aquellas tres piedras, mijo, con el corazón así.

El sargento le mostró el puño cerrado, y se interrumpió. El alambre y las piececitas metálicas por él atravesadas, sacudidos por el viento, vibraban, chocaban delicadamente entre sí, y con aquel sonido la noche se poblaba de espíritus y de fantasmas. El más viejo, abrumado por la memoria, evitaba mirar al más joven.

—Pedimos permiso a nuestro comandante para organizar una partida —aunque sus palabras salían de sus labios firmes, tranquilas, la humedad que hacía brillar sus ojos, ojos que José sólo podía ver de refilón, delataba la emoción que sentía—. Todos ellos, Blanc, Van der Waals, Vega, todos, y el Pintas también, como un solo hombre, se ofrecieron voluntarios, me ofrecieron su ayuda y quién sabe si sus vidas. A punto estuvimos de morir de hambre y de sed. Por fin les dimos alcance en un pozo, en un hasi. En la batalla, dos de los nuestros quedaron gravemente heridos, entre ellos el Pintas, pero matamos a cuatro y recuperamos los camellos. Desde entonces, yo tengo una deuda con ellos. Van der Waals me ha pedido que la pague por el Pintas, y he accedido, por lo que le debía al Pintas, sí, pero también por el recuerdo de ella. Desde que murió, la vida perdió sentido para mí. De esto han pasado ya siete años. Los otros van porque siguen sintiéndose Hijos de la Noche. Igual hasta lo encuentran divertido...

—¿Y el Japi?

—El Japi es otra cosa, se podría haber escaqueado. Aunque no lo diga, el Japi va porque voy yo.

El sargento calló unos segundos.

—Verás cosas que no te gustarán, pero... Tú no te separes de mí, Julio, y todo irá bien...

El alambre, las hebillas y las arandelas tintineaban, llenaban de música triste y desamparada el aire, sucio de polvo y de malos presagios.

—El coronel... —Mijo hablaba ahora para sí, con la vista puesta en el horizonte—. Yo le admiraba, y ahora... Es como si su hija le hubiera sorbido el seso... Como si un demonio...

El más joven miraba el brazo del más viejo, en el que, por las sombras, apenas se distinguía el tatuaje del halcón atravesado por la flecha. Al contrario que otras veces, José no pudo o no quiso contener su curiosidad.

—El tatuaje... ¿Es de entonces?

—Sí —respondió Mijo—. Es un halcón peregrino, un halcón del desierto, y la flecha... La flecha le ha traspasado el corazón... La conocí seis meses después de que su marido se fuera a buscar unos camellos perdidos, y ya nunca más regresó... Debió de echarme *tukal* en el té, polvos de seso de hiena, un filtro de amor...

Meditabundos, sin intercambiar ninguna palabra más, se dirigieron hacia sus lechos. Les restaban pocas horas de sueño, y les convenía aprovecharlas.

Veintiséis

Circulaban en un Dyane-6 y en un R-4. Después de un desayuno en una cafetería de Melilla copioso y relajado, pues les sobraba tiempo, habían cruzado a Marruecos por un paso que no estaba vigilado, y que Van der Waals conocía bien. No llevaban nada accesorio que los identificara como legionarios, pero saltaba a la vista que lo eran: bronceados, curtidos, apergaminados, los brazos y el pecho descubiertos, llenos de tatuajes, las camisas apretadas, su mezcla de nacionalidades, las diecinueve cicatrices que sumaban entre los ocho, aunque sólo cinco estuvieran al aire, la cabeza rapada de Van der Waals, el pelo muy cortito de José, no hacía falta ser un lince para clasificarlos como legías. Bebían y gritaban.

—*La Madelón es bella y complaciente, / la Madelón a todos trata iguaaal...*

A la izquierda iban dejando el mar. A la derecha el Gurugú, el campo, y alguna que otra casa o cabaña. Salieron de la pista para evitar un control policial, con una barrera de pinchos, que siempre estaba en el mismo punto. Antes de llegar a Nador, cayeron en uno que no se esperaban. Los policías marroquíes ni siquiera les requirieron la documentación. Se limitaron a robarles seis litros de gasolina por vehículo, y les permitieron continuar. Iban a Nador a divertirse, porque a las once se disputaba un partido de fútbol que Tuhami, el moro legionario, quería ver, y hasta la tarde no estaban seguros de dónde podrían encontrar a Muley el pastor.

El campo de fútbol era un patatal de hierba. El equipo local iba de rojo, y el visitante, de verde y blanco. Se sentaron en las gradas, en dos filas de cuatro. Todos bebían, menos José y Tuhami, y todos, menos éste y Mijo, que vestían unos pantalones de tela marrón y gris, respectivamente, llevaban vaqueros, ajustados y baratos, con la excepción de Perales, que usaba unos de marca y no tan ceñidos. Llevaban camisas blancas, menos el francés, que la llevaba amarilla, y Van der Waals y el Japi, que la gastaban caqui.

—Bebe, mijo —le dijo el sargento—. Te sentará bien.

José dio un par de tragos de una de las botellas de whisky. A los marroquíes se les escapaban miradas recelosas hacia el grupo.

—¿Te pasa algo? —dijo el Japi agresivamente a uno que le mirara insistentemente.

El moro desvió la mirada. Alrededor de los Hijos de la Noche se había formado un claro. Nadie del público quería estar demasiado cerca de ellos. En las gradas superiores unos chavales de entre diez y catorce años no cesaban de animar a su equipo con bongos, palmadas y gritos, era una fiesta, y a José le habría gustado

participar de ella, y no de la suya. Algunos niños se paseaban cara al público, de espaldas al campo, ofreciendo pipas, cigarrillos sueltos y chocolate por trozos. José pensó en Ahmed, al que hacía tiempo que no veía. Cuando alguien pedía algo, los niños lanzaban las bolsitas o las onzas de chocolate, y recogían al vuelo las monedas que percibían a cambio. Había mucha policía para evitar desórdenes y altercados. La advertencia del teniente de que no quería ningún follón innecesario era el motivo de que Van der Waals no hubiese partido la cara a un anciano que, al pasar delante de él, le había pisado un pie sin querer. El flamenco se limitó a dirigir una siniestra mirada al marroquí. Cuando un jugador del equipo visitante quedaba tendido en el suelo, los chavales, para burlarse, imitaban el sonido de una ambulancia.

—¡Menuda mierda de turcales! —exclamó el teniente, sin preocuparse de ser oído—. El Melilla-Hércules, eso sí fue un partido de fútbol, cago en diez.

El comentario del teniente fastidió a José, pues se acordó de que alguien había invitado a María a aquel encuentro. El partido entre los marroquíes acabó en empate a uno. Compraron unos panes cerca del zoco, y unas aceitunas. Al ir hacia una terraza, se cruzaron con un corcovado que tenía los ojos rojos. Un escalofrío recorrió la espalda de José, que pensó que era el diablo, pero no debía de serlo, pues no les prestó ninguna atención, y de haberlo sido, habría sabido de inmediato que allí tenía terreno abonado: pero a lo mejor sí lo era, y ya sabía que la cosecha estaba preparada, que sólo había que esperar a que cayeran los frutos maduros. Tomaron unos té en la terraza, mientras comían el pan con aceitunas. José pidió un Crush de naranja. Dio un trago, dejó que el hielo más pequeño se introdujera en su boca, lo trituró con sus muelas, dio un nuevo sorbo, y mantuvo el líquido unos segundos. Luego lo tragó, y pensó que aquel sorbo tan frío había sido hasta el momento lo único que se salvaba de aquel día de pesadilla, y seguramente lo único que se salvaría de toda aquella expedición.

Terminado el almuerzo, subieron a los coches y fueron a buscar a Muley, cada vez más borrachos. Salieron de la carretera principal y cogieron un estrecho camino.

—*Mi suerte, Señor, ¡qué suerte!, / tener de novia a la muerte...*

Hervía la sangre, se calentaban los guijarros. El sol africano, primaveral, reverberaba en una tierra reseca y yerma, que había perdido ya toda esperanza de calmar su sed de siglos. El Dyane-6 y el R-4, sucios, cubiertos de polvo, destartalados, daban botes y chirriaban, conducido uno por Van der Waals y el otro por Tuhami.

—*Qué suerte, Señor, ¡qué suerte!, /ser esposo de la muerte...*

José iba con Japijauer y el sargento, en el coche conducido por el magrebí, que transitaba en vanguardia. El silencio de su automóvil contrastaba con el griterío del que les seguía. El Japi, habitualmente dicharachero, parlanchín, prácticamente no había abierto la boca desde que habían salido de Melilla. Carcelén, más melancólico, tenía sobrados motivos para inquietarse. Veía en aquella incursión el cumplimiento de su destino, la cancelación de la deuda contraída en el Sallara. Tuhami, moro al fin, no

debía de estar muy satisfecho del papel que jugaba. Los del otro vehículo, en cambio, parecían eufóricos, alegres, cantaban, o gritaban, o berreaban, y bebían.

—*Por eso quiero tenerte /¡Cristo de la Buena Muerte!*

Habían rodeado el Gurugú por el sur, y ahora marchaban hacia el norte, hacia los alrededores de El-Had. Entre Melilla y El-Had encontraron, efectivamente, a Muley, pastoreando. Van der Waals, enloquecido, dio un topetazo a una oveja, que quedó malherida en el suelo, balando, y dispersó el escaso rebaño. Después, persiguió al moro, tocando la bocina y riendo.

—¡Turcal, eso, corre, cojones, que es tu última vez!

José, Mijo, Japijauer y Tuhami, con el coche parado, observaban la caza en silencio, caza dilatada para diversión de los cazadores. Frenaban, pasaban rozando al pastor, que, aterrorizado, gritaba y corría de aquí para allá, parecía que fueran a pillarle y un volantazo en el último momento hacía que el automóvil pasara a escasos centímetros del hombre. Van der Waals y los otros descendieron al fin del vehículo, y rodearon a Muley, que jadeaba, agotado, pero aún con fuerzas para revolverse: daba garrotazos al aire, con una piedra en la otra mano.

—Un hombre es un hombre y no un *jalufo* que va al matadero sin resistirse — murmuró el sargento entre dientes.

Los cuatro se abalanzaron sobre él a una. El pastor lanzó la piedra a Blanc, y le golpeó en el brazo con el que el francés se protegió la caía. Consiguió dar un garrotazo a Vega, pero ya estaban encima de él el teniente y el flamenco, que le derribaron y le molieron a golpes con mucha más saña que aquella con la que habían atacado a José en las caballerizas del Tercio, quizá por disponer ahora de más tiempo. Medio desmayado, con la cara ensangrentada, ataron a Muley al parachoques trasero. Ahora Tuhami conducía detrás. José tío le entendía: el espectáculo, a él mismo, le sublevaba. Si estuviera entre moros, y aquello se lo estuvieran haciendo a un español, José no lo habría resistido. Pero Tuhami no abría la boca, no se rebelaba. Muley seguía al coche como podía, a la carrera, dando tumbos, mas pronto cayó, y fue arrastrado cien metros. El teniente mandó parar a Van der Waals, no por piedad, sino para que no muriera demasiado pronto. Además, alguien podía verles. Subieron a Muley al coche, y el viaje continuó. Nadie despegaba los labios. José no entendía a Tuhami: le despreciaba. Una pedrada en una garita no era excusa para nada, y evidentemente ése no era motivo que explicara su actitud. En realidad, José era incapaz de imaginar cualquier explicación, aunque recordaba que, en las películas de vaqueros que tanto le gustaban, a menudo los exploradores eran indios que ayudaban a los blancos contra otras tribus. Quizás fuera un caso similar. Llegaron a las afueras de Farkhana, a un almacén de ladrillo y techo de uralita. No había un alma por los alrededores.

—¿Qué es esto?

—No sé —contestó Mijo—, Supongo que es donde Van der Waals, Blanc y el Pintas hacían sus trapicheos con la grifa.

Van der Waals abrió con una llave el candado de la puerta de chapa, y entraron. Un perro encadenado a una argolla recibida en el cemento del suelo se puso a ladrar, pero Blanc le ordenó que callara y el animal obedeció. Desnudaron a Muley, que tenía el delgado y fibroso cuerpo cubierto de magulladuras y rasponazos, le vendaron los ojos y le ataron con las manos detrás de la espalda. El almacén, por llamarlo de alguna manera, pues era más bien una ruina, el piso lleno de escombros, las paredes húmedas y agrietadas, papeles aquí y allá, y nada almacenado, excepto polvo y suciedad, estaba dividido en dos por unos pilares. Cada grupo se quedó en una mitad. Van der Waals, Blanc, Vega y Perales bebían whisky, que, cosa rara, mezclaban en una cantimplora con la Coca-Cola de una botella de litro. José y los otros se mantenían aparte.

—Qué forma de estropear el whisky —dijo Vega, dando un trago de la cantimplora.

José comprendió lo de la Coca-Cola cuando, ya vacío el casco y puesto de pie, sentaron sobre él a Muley.

—Cuando eso se empieza a meter por la ventanilla de expulsión, cantas hasta sevillanas —le dijo Carcelén a José.

El moro sudaba.

—Muy bonito, acusarme en falso, turcal hijoputa. Tan traidor como todos los de tu raza.

Van der Waals puso las manos sobre los hombros del moro, y empujó hacia abajo. Unas lágrimas resbalaron por las mejillas de Muley.

—No puedo soportarlo —murmuró José.

—Tú, quieto. Tú no robaste el puto borrego —le dijo el sargento—. Y no arreglarías nada. Ese turco se la jugó. Le está pasando eso por los líos que se traen en el Matjuba, con las putas y con la grifa, no por ti. Y porque a lo mejor él o uno de los suyos ha matado al Pintas. Y cualquier legionario es sagrado.

El teniente se acercó a ellos.

—¿Queréis divertirlos?

—No —contestó el sargento por todos.

El pastor transpiraba y se mordía los carrillos. No iba a resistir mucho. José creía que los entrenamientos y castigos le habían endurecido: arrancar de un mordisco la cabeza de una gallina viva, pasar la pista de aplicación con fuego real y ser salpicado con sangre de cerdo podrida, el alambre... Ahora se daba cuenta de que a aquello jamás se podría acostumbrar. El sufrimiento del pastor, tan evidente, tan cruel, se propagaba como las ondas, hasta alcanzar a José, aunque ya mucho más débil. Por el contrario, Van der Waals, Blanc y Perales parecían disfrutar. José miró a Vega. Tuvo la sensación de que Vega, simplemente, se tomaba aquello como un trabajo. No disfrutaba, pero tampoco le impresionaba. Para él era una tarea que había que desempeñar de la mejor manera posible, ni más ni menos. Vega era un Hijo de la Noche, habían asesinado a un camarada, y cumplía con su deber. Mijo pagaba una

deuda, Japijauer estaba allí por solidaridad con su amigo y, también, porque creía que el asesinato del Pintas no podía quedar impune. ¿Y Tuhami? José no le entendía. O, tal vez, Tuhami considerara extranjero a Muley. Al fin y al cabo, Muley era rifeño, y Tuhami marroquí, o puede que saharauí. José aún no les distinguía.

—¿Quién mató al legionario? ¡Contesta!

Van der Waals le hundió brutalmente un poco más. El pastor no pudo esta vez ahogar un alarido.

—*Ana m'an araf, ana m'an araf... Bismil-Alá...*

—Ahora no entiende, ¿no te jode? ¡Turcal de mierda!

Vega le propinó un puñetazo. Muley cayó, con la botella entre las piernas: ya se le estaba metiendo por el ano. Le volvieron a poner de cuclillas. Estaba hecho un guiñapo. Había sido golpeado brutalmente, arrastrado por un campo pedregoso y con cardos, torturado. Su vida escaparía en cualquier momento. Tenía arañazos, hinchazones y sangre, seca o caliente, por todas partes.

Tuhami se acercó al grupo. Habló en árabe con el prisionero, en un tono persuasivo. El pastor contestó algo. Tuhami se volvió hacia Perales.

—Segangane —dijo—. Dice asesinos Pintas son de Segangane, pero crío miente. Perales se puso delante del pastor.

—Nos quieres engañar, ¿verdad, moro hijoputa? Toma, bebe un poco de whisky, a ver si así te vas al Infierno.

El teniente obligó al indefenso Muley a que abriera la boca, y le metió la botella de un golpe. Sonó a diente roto. El teniente, sujetando a Muley por la nuca, inclinó su cabeza y la botella, hasta que el prisionero se atragantó. Después la retiró, casi vacía, y la estrelló violentamente contra una pared.

—Después de que haya bebido esta escoria, nadie la querría, ¿verdad?

—*Ia jarar bu...* —Muley escupía como podía las palabras—. *Ia jarar um...*

Van der Waals volvió a empujar hacia abajo al desgraciado. Muley gritó. El flamenco le metió un pañuelo en la boca y empujó más.

—¡Hijo puta! ¡Cabrón! ¡A la mierda tus padres y al Infierno tus hijos! ¡Te mataré a ti y a tus hijos si no hablas!

El Japi se acercó al grupo.

—Ya basta —dijo—. Vais a matarle sin que pueda decir nada. ¿Y cómo va a hablar con el trapo en la boca?

Japijauer apartó al flamenco, que le lanzó una mirada furibunda, y le quitó al pastor la mordaza y la venda. Muley mantuvo los ojos cerrados. José pensó que esa cara de sufrimiento debía de haber sido la que tuvo Cristo en la cruz.

—Salam aleic, Muley —dijo Japijauer—. Vas a morir. Si me dices quién mató al Pintas, yo te libero de éstos y te mato sin que sufras más.

Van der Waals empujó al Japi.

—¿Le defiendes?

Japijauer y el cabo primero quedaron frente a frente, observándose. El Japi

devolvía en forma de desprecio el odio que le mandaba el flamenco.

—¡Basta! —el teniente se interpuso—. Ya ha sufrido más que el Pintas. Ahora lo que queremos es que hable.

El teniente hizo un gesto al Japi para que continuara. El Japi, la mirada triste, apagada, enfrentó la del pastor, brillante, febril, aterrorizada.

—Bliuki —dijo en un suspiro casi inaudible el pastor—. Primos y hermanos de Yusuf.

El Japi le miró durante un segundo, sopesando, quizá, la veracidad de la información. Tras ese largo segundo, hundió su cuchillo en el pecho de Muley, a la altura del corazón. El pastor expiró casi inmediatamente.

Van der Waals, sin dejar ni siquiera que el muerto se desplomara, le agarró del pelo con la mano izquierda, y con la derecha, con la que empuñaba un cuchillo, le sacó los ojos, que lanzó, ante el horror de todos, al perro. Pero nadie, ni siquiera el teniente, se atrevió a decir nada. Había sido, además, tan rápido, que ninguno había reaccionado. El perro se tragó los ojos en un santiamén, y José, a punto de sufrir un vahído, tuvo que reprimir una arcada. Tras eso, lo otro apenas causó horror: el belga, con tres certeros cortes, marcó en la mejilla de Muley el símbolo de la Legión, el arcabuz y la ballesta en aspa, y la pica vertical. Blanc, mientras, llenó un barreño con agua de un grifo que había en una esquina, y lo dejó junto al perro.

Salieron de allí. El cadáver de Muley, desnudo, maltratado, con la cuenca de los ojos horriblemente vacía y el símbolo de la Legión grabado en la cara, fue arrojado tras diez minutos de marcha en medio del campo.

José vio cómo lo lanzaban, cómo rebotaba contra el suelo pedregoso, a la manera de un muñeco, y cómo quedaba tendido, en un claro de arena, entre guijarros, para que lo encontraran no sólo las moscas y las hormigas, cualquier lagarto o cualquier alimaña, sino también algún conocido suyo, y sirviera así de escarmiento para los que se inmiscuían en asuntos de la Legión.

Veintisiete

Salieron de la pista para meterse por un arroyo seco. Las lomas estaban rajadas por profundas grietas, que morían en el cajón del río. Alguna gaviota blanca, alguna gaviota, rompía de cuando en cuando la monotonía del paisaje de piedras, tierra y matojos. Bajaron al mar, a una playa de arena de no más de cien metros de largo, cortada por dos moles rocosas y escarpadas.

—Si llueve —le dijo Carcelén—, salimos de aquí nadando.

Montaron las cuatro tiendas que traían. El sargento y José compartirían una, el teniente y Van der Waals otra, el Japi y Tuhami la tercera, y Blanc y Vega la cuarta. José pensó que si él tuviera que compartirla con Perales o con Van der Waals, únicamente uno amanecería. Les odiaba. Ni siquiera les temía. Sólo les odiaba. Se arrepentía de haber cedido a las presiones del cabo primero y del teniente, de estar allí, ensuciándose, salpicándose con la barbarie. Pero no: no había tenido otra opción, no se arrepentía. Aquello debía serle útil, debía ser lo suficientemente inteligente como para sacar partido de aquella desgraciada aventura. Ahora sabía que, quizá, el Infierno no estaba allí, donde María creía, sino acá, mucho más cerca, entre ellos.

Todos, salvo el Japi y Blanc, se bañaron en el mar. José vio por primera vez el famoso tatuaje completo del cabo primero flamenco. Era una serpiente enroscada que daba vueltas a pecho y espalda. Acababa en el pene. Tenía tatuado incluso el pellejo, que era el principio del cuerpo y la cabeza de la serpiente con los ojos cerrados. Eso, unido a su cabeza afeitada, su perilla rubia y su musculatura, hacía que el flamenco tuviera un aspecto imponente y repulsivo. Van der Waals, con el agua por las rodillas llenas de cicatrices, vio que José le observaba.

—Te gusta, ¿ah?

Se rió, con su risa fuerte y desagradable, y echó atrás el pellejo: también tenía tatuado el glande, que era igualmente la cabeza del reptil, pero ahora con los ojos abiertos. Daba grima.

—Cuando se me pone tiesa, abre los ojos... Si estuviera aquí Nora u otra puta, o algún niño moro, por qué no, un morito tierno... O tú, González, que estás hecho una nena y miras mucho...

El teniente rió, pero era una risa forzada, que nacía para herir, no para celebrar la alegría. El sargento pasó junto a José. En su pecho desnudo agonizaba el Cristo de la Buena Muerte.

—No contestes —le cuchicheó—. Quieren provocarte, no sigas el juego.

José se zambulló en el agua, y se lavó con un jabón que había traído el sargento.

Tuhami se había quedado quieto, flotando boca arriba, con los brazos y las piernas separadas, como un zapatero de cuatro patas. José nadó un poco, alejándose de la costa, y estuvo un rato buceando y saliendo únicamente a tomar aire, con los ojos cerrados, para no ver ni oír nada: eran segundos que sustraía a aquella pesadilla. Cuando volvía hacia la ribera, pasó al lado de una caca alargada que las olas mecían.

—Menudas longanizas ha echado el Tuhami, ¿eh? Es un monstruo —decía Vega—, Sería charcutero antes de venir aquí a pudrirse...

—¿Un turcal charcutero, animal? —Van der Waals persiguió a Vega, que escapaba chillando. Se lanzó sobre él, le derribó en el agua, y los dos retozaron y rieron como chiquillos.

José ganó la orilla, y para secarse más rápido, y también para descargar la tensión acumulada, se puso los calzoncillos y corrió durante unos minutos de un cabo a otro de la playa, aumentando la velocidad progresivamente, para acabar espantando y luego tomar aire, así varias veces. Estaba acostumbrado al ejercicio, y aquello no le quitaría energías que en algún momento pudiera necesitar. Más bien, al contrario, le ayudaba a mantenerse preparado. Vega corrió un rato con él.

—Corres bien, chaval —le dijo, amistosamente. Desde hacía dos meses se estaba dejando una barba cuidadosamente recortada—. ¿Qué tal le das al chopo?

—Me defiendo —dijo José.

—Yo estuve en la patrulla de tiro del Sahara, hace tres años... Una marcha de diez kilómetros con todo el equipo, una carrera de tres, un esprint de doscientos metros, cuerpo a tierra y a disparar... Tuvimos el récord, 435 impactos... Pero ya lo han superado, todo se supera... ¿No te interesaría meterte?

—Por ahora no —dijo José.

—Ése es tu problema, chaval —le dijo Vega, sin acritud, aunque también sin afecto—. Que no participas en nada, no te has metido en ningún equipo, sólo lo justo, vas por libre, y así no se va. Y tampoco esto parece ser de tu gusto. Estamos vengando a un camarada, entérate, y eso es sagrado. No sé por qué el teniente ha querido traerte. Yo te hubiera dejado en el cuartel. Hay algo que debes saber —siguió Vega—, Se ha mantenido en secreto para que no arda la Melilla mora, pero nosotros lo hemos sabido: al Pintas le cortaron los huevos y se los pusieron en la boca. Vi tu cara cuando torturábamos al turcal. A lo mejor ahora lo entiendes.

José echó un par de carreras más. Tampoco los otros eran santos, también el chulo del Matjuba era hombre de la peor calaña. El verdadero problema era que aquélla no era su guerra. El verdadero problema era que él se hallaba allí para ser víctima, no verdugo. ¿Quiénes estarían en la conspiración? Las recientes palabras de Vega le descartaban. Solamente eran sospechosos Van der Waals y Perales, puede que hubiera que incluir a Blanc. Pero no, el francés se limitaría a hacer la vista gorda. Y en la sombra, moviendo los hilos, aprovechándose de las pasiones e instintos de los demás, como un titiritero, el inductor, el padre de María. Cuando regresó a las tiendas, Vega limpiaba su cetme. Era el único que había. Van der Waals y el teniente hacían lo

mismo con sendas pistolas. Así que, en contra de lo dicho, había armas de fuego. Tuhami y el Japi habían encendido una hoguera con ramas secas de arbustos y matojos. Organizaron los turnos de guardia, de una hora cada uno. A José le correspondió el tercero, y al sargento el cuarto. El teniente se había reservado el primero, el mejor.

José fue a recoger su ropa, sobre su saco de dormir, junto a la mochila del francés. Mientras se vestía, miró hacia el macuto, y vio una fotografía que sobresalía de uno de sus bolsillos. Se inclinó asegurándose de que nadie reparaba en él, y la sacó un poco más. Era la que había visto en su taquilla. Ahora la apreciaba con más detalle. Se trataba de Blanc, sí, con un uniforme mimetizado, sujetando por los pelos la cabeza de un negro, en la otra mano un machete, en algún lugar selvático de África. Pero ahora la veía mejor. Blanc sonreía al objetivo, y la cabeza del negro era la de un niño de dos o tres años. José, asqueado, volvió a guardar la fotografía, una especie de fetiche o amuleto que el francés llevaba allá donde fuera.

A veinte pasos, alrededor de la hoguera, los Hijos de la Noche formaban un corrillo.

—Era una ninfómana —relataba Blanc—, Era como un espejo, devolvía todas las miradas. Se la folló el del butano, el de la leche, el cartero, los amigos de este amigo mío... Así que mi amigo no aguantó más, la mató, y se hizo mercenario... Por lo que sé, mi amigo nunca mató a ninguna otra mujer, sólo a ésa, justamente a la que más quería... *C'est la vie...*

José se detuvo a unos metros de la hoguera.

—¿Y niños, Blanc? ¿Niños has matado?

Se hizo el silencio. José, indignado, furioso, observó que todos se ponían tensos, excepto Blanc. El francés atizó tranquilamente el fuego con una ramita. Ni siquiera se molestó en mirarle.

—¿Tienes algún problema, niño?

—Se puso farruco, qué miedo —se burló Perales—, A ver si va a haber que ponerle los tornillos...

El sargento se levantó y a la fuerza le separó una decena de metros del grupo.

—¿Qué te pasa, mijo? ¿Estás bujali? —confundido, José comprendía que había cometido un error. Si Blanc era neutral, ahora iba a estar contra él—, ¿Quieres que nos matemos entre nosotros? Eso es agua pasada, ¿a ti qué te importa? Escúchame y mírame.

José, hasta ese momento, había estado mirando el horizonte, el cielo, procurando encontrar en él la calma que faltaba a su espíritu. Ahora miró a Mijo, cuyos ojos eran dos piedras.

—Esto es un paréntesis. Aquí no importa un turco de más o de menos, ya parirán cien mil. Preocúpate de tu pellejo y no hagas más tonterías. Deberías haberte quedado en el Tercio —el sargento le escrutaba con desconocida dureza—. Sabe Dios lo que te habría caído, pero aquí pareces empeñado en buscarte algo peor.

Declinaba el día. José retornó a mirar al cielo. El Japi y Tuhami echaron las sardinas compradas en Nador a las brasas, y dos peces que había capturado el magrebí con un anzuelo y un sedal. Los pescados empezaron a socarrarse. Su fuerte olor impregnó el aire.

—Pues hablando de chochos, a mí la que más me gusta es la hija del coronel —Perales hablaba alto, para que José le oyera con claridad—. Tiene unos ojos como para comerle el coño...

—La hija del coronel, la más puta del cuartel... —se burló Blanc.

José dio un paso hacia allí, apretando los dientes y los puños, pero Mijo le detuvo, aferrándole del brazo. Su mano era una tenaza. De igual manera que nunca, hasta unos segundos antes, había visto tanta dureza en su mirada, nunca, hasta ese momento, hubiera sospechado tanta fuerza en el sargento.

—Un hombre es el que sabe esperar y controlarse, Julio —le hablaba al oído, con un tono apasionado y tranquilo a un tiempo, persuasivo—. Y una mujer es como una fuente de agua clara que mana del suelo. Si el agua sale sucia, es porque algún hombre la ha pisado... Tú deja que ellos hablen y mantén la cabeza fría. Mañana estaremos en el Tercio, dentro de tres semanas te irás de permiso a tu casa... No te dejes provocar.

José nunca hubiera imaginado que un teniente de carrera pudiera ser tan miserable, tan bajo y mezquino. Lo que había dicho de María, él, que había suplicado y perseguido sus favores, era indigno no ya de un oficial de buena familia, sino de un chacal. Ay, si el coronel lo viera...

—Pues no sé qué tiene este chaval —dijo el Japi—, pero a mí me ha gustado desde que llegó, y como aquí todos somos hermanos y cofrades, pues él también, y eso es lo que pasa, que si le pasara algo que se hubiera podido evitar, pues muy mal fatal, pero mal chungalí, ¿eh?, y el Japi se iba a agarrar un mosqueo de flipar —José agradeció que el Japi advirtiera indirectamente a Van der Waals, Blanc y Perales—. ¿Sabes cómo comíamos en el desierto, Julio?

José fue hacia la hoguera, y el sargento le siguió. Se sentaron para cenar con los otros.

—Porque las noches son heladoras mortales, peor que una puñalada de ginebra del Matjuba... Pues dos latas, una, judías con chorizo, otra, carburo de calcio. Se abría la primera, se hacían unos bujeros en la de carburo de calcio, y se echaba agua de la cantimplora, se ponía encima la de las judías, y se cocían. Y así cenábamos calentito, y ya se podía venir la fin del mundo, que nos quedábamos como Dios...

A la luz incierta del atardecer, que había arrullado el mar y acariciado la arena, siguió, con el sol ya oculto, un cielo de fuego, de llamaradas naranjas como las brasas que asaban las sardinas y rosas como algunas de las cicatrices que salpicaban las pieles de aquellos hombres, violáceas como las tristes miserias del mundo: ni siquiera la contemplación del cielo, en aquellas circunstancias, servía para serenar a José.

—El moro Mojamé y el Secamé y su puta madre —decía Van der Waals—. Tú no

te lo tomes a mal, Tuhami, pero el Pintas valía por cinco, y hasta ahora sólo uno ha ido con el diablo.

Acabados los peces y el pan, regados con vino y whisky, hicieron té y sacaron las pipas, los cigarrillos y el kif. Todos fumaron, excepto José y el teniente, y todos siguieron bebiendo, excepto José y Tuhami.

—Bueno —dijo el teniente—. Empezamos con los turnos. Me avisas en una hora, Van der Waals... Mejor dicho, a las en punto.

Faltaban cuarenta minutos. El teniente se había reservado el turno mejor, y el más corto. Al levantarse, avistó un bulto negro que se acercaba por la claridad blanquecina del arroyo seco.

—¿Qué es eso?

Era un perro salvaje, atraído por el olor de las sardinas. Hambriento, se acercaba cautelosamente, preparado para huir a la menor señal de peligro. Perales y Van der Waals dieron un rodeo, para sorprenderlo por la retaguardia. El perro se sentó sobre sus cuartos traseros, a unos cuarenta metros de la hoguera, con la lengua fuera y las orejas tiesas. El miedo era más fuerte que el hambre. Dos detonaciones rompieron como truenos el aire, y cerca del perro se levantaron dos pequeñas polvaredas. El teniente y el cabo primero bajaban a la carrera por el cauce seco, gritando y disparando. El can, enloquecido, corrió cuesta abajo hacia la playa perseguido por los dos legionarios. Las balas rebotaban en las piedras, rechinaban, se sepultaban en la arena, se hundían en el mar, silbaban y zumbaban. José y los demás se tumbaron en la arena, para no resultar heridos por casualidad. El perro corría por la playa, se adentraba unos metros en el mar, volvía a salir, probaba sin éxito a subir por la pared rocosa, ladraba, sabiéndose atrapado. Van der Waals y Perales recargaban las armas, a prudente distancia del animal. José oyó el chasquido característico que se produce al montarse un cetme. Se volvió, y vio a Vega, cuerpo a tierra como todos, apuntando al can. Estaban a unos ochenta metros. Vega disparó. El perro dio un brinco, y quedó tendido en la arena. Van der Waals y el teniente se acercaron a comprobar que estuviera muerto. El teniente disparó un par de tiros a corta distancia sobre la cabeza del animal.

José se metió en la tienda, apesadumbrado. Él era como aquel perro que ladraba por las noches en el cuartel, sí, él era como aquel animal al que habían acorralado y matado. Así lo harían con él, sin darle ninguna oportunidad. Su vida, la de cualquier ser humano, no valía más que la de tu perro salvaje en una playa escondida del norte de Marruecos. Buscarían el momento oportuno, quedarse a solas, sin incómodos testigos, y entonces... Se quitó las zapatillas y se introdujo en el saco. El sargento entró en la tienda y le imitó.

—No juzgues a la Legión por este día, mijo... Dicen que este año se devuelve el Ifni a Marruecos... Antes de que tú llegaras, se pidieron voluntarios para rescatar los muertos, casi todos de la guerrita del 58, para evitar que los profanaran... Los civiles no iban, mijo, y eso que les pagaban... Triste y macabro servicio que hizo la Legión,

gratis, claro...

—Ya sé que esto no es toda la Legión —dijo José—, Pero es parte de ella.

—Nosotros somos compañeros, ésa es nuestra riqueza —siguió el más viejo, tras un corto silencio—. Desnudos, si estamos juntos, somos ricos. Mira tú, los señoritingos, los de los bancos y esas cosas, los de los dineros, los que van siempre trajeados y perfumados como señoras, los que están arriba. Mucha casa con piscina y mucho chófer, sí, y mucha señora de peluquería, pero en cuanto uno se descuida, ¡zas!, le hacen la puñeta, porque no han compartido más que cócteles y cosas bonitas, la vida regalada que no une, que no hace hermanos. En cambio, nosotros, ¿qué compartimos? La pobreza y las fatigas, un pedazo de pan, y el sol, y la sed, y la oscuridad, y las estrellas, y las rozaduras de los correaes, y el sudor y las estrecheces. Eso hermana, somos compañeros de fatigas y ésa es nuestra riqueza, ¿entiendes?

—No sé por qué les defiendes —replicó el más joven.

—Por el Sahara, Julio, por el Sahara... y por última vez... Aquí hay mierda si revuelves, sí, pero como en todas partes, y como en todas partes también hay flores... ¿Crees que Van der Waals en la vida civil sería una hermanita de la Caridad? ¿Y Blanc? Porque todos hemos entendido que el amigo que mató a una mujer por ponerle los cuernos era él mismo, cuando no era legía... ¿Sabes, Julio? A mí ya no me importa morir, esto es lo que tengo y ya has visto... Por ella daría mi vida gustoso, ¿pero qué valor tiene eso, si mi vida ya me ha hartado y no me importa?

José, enfundado en el saco, deslizándose hacia el territorio del sueño, escuchaba al sargento, y hallaba triste consuelo en sus palabras: él lo estaba pasando mal, sí, y apenas podía soportar las bestialidades de que había sido testigo, pero tenía motivos para vivir, deseaba vivir. En cambio, Mijo, a quien aquellas mismas bestialidades no habían afectado tanto, estaba más amargado que él, y cada vez encontraba menos alicientes en lo que le rodeaba. Estaba, en fin, en una situación aún peor que la suya.

—Por dos semanas con ella en el desierto también la daría, y entonces sí que me despediría con tristeza, pero feliz...

Mas José no escuchaba ya las últimas palabras: agotado por la tensión nerviosa, dormía, con la Conchita blanca que le regalara María apretada en un puño. Unos golpecitos le despertaron. Era el sargento.

—Julio —le decía—. Despierta, es tu turno de guardia. Luego voy yo.

José se calzó y salió. La luna y las estrellas iluminaban tenuemente el campamento, la arena, el mar, los matojos, el lecho del regato reseco y agrietado por el que habían bajado los coches y el perro salvaje. José subió por el cauce, y cortó a la derecha, hacia la tumba del santón, el morabito, en lo alto de una pequeña loma desde la que se dominaba la playa y los alrededores. Van der Waals bajó al ver que él subía. Al cruzarse, como ninguno se apartó, se golpearon con el hombro, sin decir palabra. La hostilidad entre ambos era manifiesta, y no se esforzaban por disimularla. Lo importante era saber hasta dónde sería capaz de llevarla el flamenco. ¿Hasta el final, como José estaba cada vez más persuadido?

Se sentó junto al amontonamiento de piedras. Entre ellas se sujetaba una rama seca, de la que colgaba un trapo blanco, a modo de bandera, que la brisa agitaba. Encendió un cigarrillo que le acababa de proporcionar el sargento, y buscó en el cielo la estrella de su buena suerte. ¿Cuál de todas aquellas que brillaban, cuál de todas sería? Por primera vez pesimista, imaginó que ninguna, que ya se había apagado. Únicamente le animaba pensar en el amor de María, en su cuerpo caliente, frágil y fuerte a un tiempo, en sus abrazos consoladores, reconfortantes. De las tiendas subió una figura lentamente. José agarró con fuerza el bate. Cuando la figura se aproximó a unos treinta metros, lo soltó. Era Carcelén. El sargento se sentó a su lado. Sacó el paquete de tabaco, y fumaron en silencio.

—Quiero hablar contigo, Julio. En cierto modo, tú has sido como un hijo para mí.

José se acordó de las duras palabras del coronel, llenas de encono contra él, de la alusión al hijo con sangre legionaria que el padre de María habría deseado, y no dijo nada para que su voz no delatara la emoción que le había embargado. Y de una manera quizá algo tonta, o inocente, se sintió por primera vez traidor porque el sargento le llamara Julio, en lugar de por su auténtico nombre, José.

—Éramos Hijos de la Noche, y estábamos orgullosos, pero el tiempo cambia a las personas... Ahora son disputas por la droga, por el Matjuba... En el Sahara era por supervivencia y honor, ahora es por dinero... El mismo Van der Waals era noble, y ahora... Y el coronel... Al menos, él era arrojado, leal, austero, compartía las penalidades con la tropa, mira al teniente, qué prisa se ha dado en quedarse el mejor turno para él... Tengo nostalgia de las noches del desierto, de los arenales, del silencio, de los hombres azules, del palmeral de Smara... ¡Incluso del siroco, mijo! Y esta playa... ¡Qué buena era, Julio! Y qué santa, aunque creyera en Alá y en el profeta Mohamed y en esas cosas, una cherifa era... Nunca he vuelto a estar en brazos de una mujer tan bella... ¿Sabes qué te digo? Que es mala suerte tener un amor así, porque las demás mujeres, para mí son sólo sombras, nada más... A ti te gusta la hija del coronel, ¿verdad? Pues si la quieres de verdad, ve por ella hasta el final, mijo... Hasta el final, pero con cuidado...

La marea había subido, y las olas llegaban ya hasta el perro, pero eran flojas y se retiraban sin arrastrar el bulto negro. A José le apesadumbró imaginar cómo quedaría el cadáver, mojado, manchado, una vejación de sal, arena y agua.

—Lo de tus fincas, era trola, ¿verdad?

José dio una calada antes de contestar.

—Sí.

—Y ahora estás preso en tu propia trampa...

—Algo así.

A José le acongojaba también la pobreza del trapo blanco anudado al palo, su flamear suave, constante aunque sin fuerza. Los últimos acontecimientos estaban cambiándole. Había descubierto que la tristeza la ponemos nosotros en las cosas, más que las cosas en nosotros.

—¿Desde cuándo lo sospechas? —dijo el más joven—. ¿Desde que te dije que robé?

—Desde mucho antes, desde que lo dijiste la primera vez, cuando veíais cabalgar a la hija del coronel. Tus buenas maneras las aprendiste de los señoritos, ¿verdad?

José no contestó.

—Lo supe desde el principio, lo que no supe es cómo ayudarte... ¿Por qué no le dices la verdad?

—Porque ella no lo comprendería —José reflexionó unos instantes, y se afianzó en su idea: no, era imposible—. Porque como usted ha dicho, estoy preso en mi propia trampa.

—Eso nunca se sabe —objetó el sargento—. Dale una oportunidad, confiésalo. Ella merece esa oportunidad, y tú también...

Permanecieron un rato mudos, hasta que el más viejo consultó el reloj.

—Es la hora, Julio. Suponiendo que te llames Julio.

Era la oportunidad que, inconscientemente, esperaba José para liberarse de parte de la carga que le agobiaba. Se aprestaba a revelar su verdadera identidad, cuando Carcelén, más rápido, le tapó la boca.

—Cállate, mijo. No quiero saberlo. Para mí siempre serás Julio, no me importa lo demás. Tú eres de ley y no tienes que decirme nada. Te aprecio igual. Y ahora, vete a descansar.

José agradeció la generosidad del suboficial, su confianza en él.

—Yo me quedo con usted, mi sargento.

—Qué carajo... ¿Otra vez a tratarme de usted y de mi sargento, como las primeras semanas? ¿Qué carajo te pasa?

—Nada, Mijo —y no sabía por qué, pero habría preferido seguir tratándole de usted y llamándole *mi sargento*.

Estuvieron otro rato callados. Aquéllos eran unos minutos preciosos, y ambos legionarios así lo sentían. De pronto, de detrás del morabito surgió un hombre que se abalanzó sobre ellos, sobresaltándoles.

—¡El japijauer y el Oklahoma! —el Japi no podía contener la risa—. ¡Menudos centinelas estáis hechos! ¡Si soy un Mojamé asesino, se os acabó el japidei y el Arkansas!

Mijo se reía por lo bajito.

—Te habíamos oído llegar —dijo, sacando tres cigarrillos—. Pero te hemos dejado para que te emociones, ¿no ves que andas como un ganso y montas una charanga que ni un elefante?

El Japi cogió su cigarrillo, José rascó un fósforo, y encendió el del sargento y el del recién llegado. Cuando se disponía a encender el suyo, el Japi sopló la cerilla.

—Con el primero se coscan, con el segundo apuntan, y al tercero lo fríen. Enciende otro fósforo, chaval, otra que me debes y van mil quinientas sesenta o por ahí, a ver si empiezas a cubicar postura.

José rascó un segundo fósforo, y prendió su cigarrillo.

—Y ya has visto cuáles son los grandes problemas que tiene esta gente —le decía el Japi—, que nunca podrán reconocer que uno les sorprenda, porque tienen más empleo y ganan más y no lo pueden admitir, y eso es lo que pasa con los grandes problemas de esta gente...

Estuvieron por espacio de media hora los tres juntos sin despegar los labios, como verdaderos camaradas.

—¿Sabes por qué estoy aquí, verdad, Mijo?

—Claro que sí, Japi, y te lo agradezco.

—Pues estoy aquí porque quería pasar un par de días en la playita, ¿que no?

Japijauer sacó su paquete y ofreció. José prendió dos cerillas, sin necesidad de que Japijauer le soplara la primera.

—Mañana, chavea —le dijo—, recuerda que la muerte es como un perro cobarde, persigue a quien huye, y huye de quien la persigue.

La noche iluminaba la blanca tumba del santón y la arena de la playa, y la claridad reseca del regato. La brisa, húmeda y fresca, marina, agitaba sin descanso el trapo blanco.

—Venga un abrazo —dijo inesperadamente el sargento.

Él y el Japi se fundieron en un abrazo.

—Tú también, Julio.

José se abrazó a aquellos hombres.

—Esto sí es la Legión —dijo el sargento, con la voz temblorosa.

José no dijo nada, pero pensó que la Legión era todo: también el tatuaje de Van der Waals, y el cuerpo mutilado de Muley, el perro encadenado devorando de dos lengüetazos sus ojos aún calientes.

Cuando Tuhami fue a relevar al Japi, los tres bajaron, en silencio. Desde que se habían abrazado, ninguno había abierto la boca.

Veintiocho

Circulaban despacio, pues planeaban llegar al mediodía, por un camino pedregoso y polvoriento, como no podía ser de otra manera, sin voces ni cánticos, bebiendo en silencio de las botellas. Se dirigían hacia el aduar en el que Van der Waals, Blanc y el Pintas compraban la droga que luego revendían a los legionarios en el Matjuba. Todos llevaban un bate y un cuchillo o machete, que José sólo pensaba emplear en defensa propia, o de determinados compañeros, no de todos. Las pistolas únicamente se usarían en último caso, al igual que el cetme de Vega, quien se apostaría junto a los vehículos, cubriéndoles cuando empezara el follón.

En una suave bajada del camino, entre matojos, guijarros y carrascos, se toparon con dos niños con un puesto de melones. José, por lo poco transitado del lugar, imaginó que los gualletes pasarían allí las horas muertas sin ganar un céntimo. Pararon y les compraron dos melones. Van der Waals les observaba reconcentradamente, pero no hizo nada. Blanc les entregó a cambio de la fruta un poco de dinero y unos chuscos de pan. Los niños les dijeron adiós con la mano, contentos. Los legionarios comieron los melones sin detenerse. De cuando en cuando, en el paisaje pelado, se veía algún olivo o, alguna pita, o un hombre montado en un burro. A unos diez o doce kilómetros de Bliuki, divisaron a un pastor con unas cuantas cabras y ovejas, blancas y marrones. El hombre llevaba una chilaba de lana oscura, un bastón nudoso y unas sandalias desgastadas. Van der Waals frenó y bajó del coche, ocultando tras la espalda el bate. Tuhami detuvo el segundo coche a unos metros.

—*Salam aleic* —saludó el cabo primero.

—*Aleic salam* —respondió el hombre, y sonrió. Le faltaba un diente, y tenía dos de oro. Cuando vio el bate, que pendía ahora paralelo a la pierna de Van der Waals, se echó a reír, y a señalar alternativamente su bastón y el bate. José pensó que era un loco. Van der Waals también sonreía. Sin previo aviso, repentinamente, el belga giró con todo el cuerpo, y golpeó al moro en la cabeza con el bate. El impacto fue tan violento que el pastor cayó a la primera, con el cráneo reventado. Había sonado como una calabaza, como uno de los melones que habían comprado a los gualletes, quizá hijos, o sobrinos, o nietos suyos, pues aquel hombre frisaba los cincuenta años. Las ovejas y cabras que estaban más próximas respingaron, y se alejaron diez o doce metros, balando. Van der Waals se volvió.

—¡Éste era uno de ellos! ¡La fiesta ha comenzado!

El pobre loco había quedado tirado de espaldas, con los sesos al aire.

—¡Qué bien le vendría un turbante a este turcal! —gritó el flamenco, borracho como una cuba. Se agachó sobre el cadáver, le dio la vuelta y le abrió la chilaba. Metió la mano a la altura de la entrepierna, cortó con el cuchillo, y aquello que llevaba en la mano lo puso en la boca del muerto. Después, le infirió tres cortes en la cara.

Blanc y Vega palmoteaban, jaleando la acción del flamenco, y tocaban la bocina. El teniente no participaba tan activamente de la celebración, pero con su silencio la aprobaba. Van der Waals subió al coche, y se pusieron en marcha. José, asqueado, las tripas revueltas, pensó que no le importaría si el belga muriera en el aduar. No había imaginado tanta bestialidad. En tal caso, ya podrían haberle acusado de mil robos. Quizá fuera tonto, quizá debiera haberlo supuesto. Y lo peor era que ahora tendría que continuar hasta el final, para regresar a Melilla con ellos. Mijo, por su exagerado sentido del honor, no iba a apoyarle en caso de que él propusiera separarse de los otros, volver. Y si se quedaba en aquel territorio solo, los moros, después de tales hazañas, le matarían como a un perro, harían con él lo mismo que hacían con ellos, y lo mismo que ellos habían hecho con el Pintas. José tampoco se hacía ilusiones sobre los marroquíes.

Pronto avistaron el aduar, junto al cual crecían unos cuantos olivos, constituido por una docena de humildes casas de piedra y barro, dentro de una tapia protegida con espinos, chumberas y pitas. Había también un par de hornos para hacer pan, con forma similar a la de una cúpula rusa o mongol. Algunos pavos y gallinas correteaban sueltos. En una pequeña elevación del terreno desde la que se dominaba gran parte del aduar, incluyendo la entrada, se apostó Vega. Todos se pusieron los verdugos o pasamontañas, incluido José, a quien le prestó el suyo Vega. No parecía haber nadie en el poblado. El sol estaba en lo más alto, y sus habitantes estarían fuera, o a la sombra, dentro de las chozas. Dejaron los coches a la entrada. El teniente ordenó a Carcelén y al Japi que se quedaran allí, vigilando. ¿Casualidad? No, ya le habían separado de sus principales valedores... Los cinco legionarios restantes entraron. No había nadie. Junto a una de las pobres construcciones se disponían varias esteras y cacharros de barro.

—¡Yusuf! —gritó Van der Waals—, ¡Estoy aquí!

A José le extrañó lo del pasamontañas. Tantas precauciones para luego identificarse así. El cabo primero se dirigió, seguido por los otros cuatro, hacia la choza principal. Los legionarios entraron. Se encontraron con ocho hombres que les miraban asustados. Habían estado bebiendo té y filmando. Ahora, de pie, juntos, mudos, no sabían qué hacer. José distinguió entre ellos a Yusuf, vestido a la marroquí y no a la occidental, con sus dedos poblados de anillos de oro y plata. Dos de los hombres se parecían al chulo del Matjuba, seguramente eran hermanos. Además de los ocho adultos, había un niño, también silencioso, agarrado a las piernas de un anciano, escondido tras él y su chilaba blanca. Había otro anciano, éste con una chilaba oscura. Detrás de unos pufs y unos almohadones, José vio asomada la manita

de un segundo niño.

—*Salam aleicum* —dijo el teniente.

José juzgó superfluas aquellas manifestaciones amistosas. Saltaban a la vista las intenciones de los legionarios, armados, encapuchados, en amenazadora actitud.

—*Aleicum salam* —respondió el anciano de la chilaba blanca.

—¿*La bas*?

—*La bas handuli Alá*.

Tras las fórmulas de cortesía, se hizo un incómodo silencio que rompió el anciano.

—Hoy no kif. Hoy no kif, no luna entera. ¿Qué habéis venido? ¿Por qué capuchas?

—Queremos saber quién mató a uno de los nuestros —dijo el teniente—. Al Pintas. Y queremos saber quién le puso los cojones en la boca.

—*Ia juruyu* —masculló uno de los marroquíes.

—Creemos que fue Yusuf —siguió el teniente, sin inmutarse por el insulto.

Los legionarios se habían desplegado en arco, con los bates a la vista y los machetes todavía envainados. José, con alivio, vio que la manita que antes asomara, se retiraba ahora, y quedaba oculta.

—No sido Yusuf —dijo el anciano—, ni nadie di aquí.

—¡Miente! —Van der Waals, de un batazo, hizo saltar por los aires la gran bandeja de madera con vasos y teteras que reposaba sobre la mesita. José sintió que el niño que estaba a la vista temblaba, y se agarraba más fuerte a las piernas del anciano.

—*Da ba rásac* —dijo Yusuf, entre dientes.

—¿Qué dice ese hijoputa? —murmuró Blanc.

A José le sorprendía la falta de autoridad del teniente Perales. No era un buen oficial. La cosa se le iba de las manos, o, si iba por donde él quería, dejaba que la condujera el flamenco. Blanc, por un lateral, se acercó al anciano de la chilaba blanca, ante la pasividad de todos los presentes, y le golpeó con el bate en la nuca. Hubo un momento de sorpresa, de estupefacción. El anciano se tambaleó como un bolo, y se desplomó con la cabeza abierta, ya manando sangre, que manchaba la blancura de su chilaba y las esterillas y el polvo del suelo. Enseguida estalló la algarabía. Todos gritaban, se lanzaban objetos, intentaban golpearse. Varios de los moros habían sacado alfanjes y cuchillos.

—¡*Alá akbar, Alá akbar!*

En medio del tumulto, José tuvo tiempo de mirar al niño, que se abrazaba a su abuelo, muerto o inconsciente. El niño le miró, y José leyó en su rostro inocente el miedo y la incomprensión. De pronto, sin saber la razón, saltó hacia la izquierda, y al instante siguiente, cuando sintió una hoja de cuchillo que le rozaba la nariz, supo por qué había brincado. Golpeó con el bate en una pierna al moro que le había atacado, el moro se dobló, y José le golpeó en las costillas. Sonó un crujido, y el moro quedó

tirado en el suelo. Un marroquí, el más grande y fuerte, había cogido la mesita, y haciendo un molinete con una mano, y esgrimiendo un alfanje con la otra, creaba a su alrededor un espacio infranqueable. El teniente recibió un golpe de la mesa en un hombro, y se vio impulsado contra la pared. El choque con ésta impidió su caída. Entretanto, José y Tuhami se defendían de los ataques de tres marroquíes, lanzando y esquivando tajos, y Blanc y Van der Waals habían acorralado a Yusuf. De dos batazos le desarmaron. El flamenco le sujetó del cuello, como a un muñeco, y el francés le hundió el machete en las tripas, subió hacia arriba, y le abrió en canal. Perales, recuperado del golpe, sacó su pistola, y descargó tres tiros sobre el moro grande y fuerte. Uno de sus tiros alcanzó la mesa, pero dos le hirieron, y el hombre cayó. El teniente se acercó y le disparó a la cabeza. Blanc, borracho de sangre, la camisa amarilla llena ya de salpicaduras rojas, se lanzó sobre uno que intentaba escapar por la pequeña ventana, en la que había quedado momentáneamente atrancado, y le cosió la espalda y el culo a cuchillazos, sin compasión, con frenesí asesino. Tiró del cadáver o del moribundo hacia atrás, y el hueco quedó despejado. El teniente puso la pistola en la sien del viejo de la chilaba marrón, que no se había movido en toda la refriega, paralizado por los años y el horror, únicamente abría y cerraba la boca como un pez, incapaz de reaccionar, y le voló la tapa de los sesos. José comprendió que los tres hombres a los que se enfrentaba junto con Tuhami lo que querían era en realidad escapar por la puerta que ellos taponaban, y se separó un poco, para permitirles la huida, pero Blanc fue a ayudarles, y su movimiento de nada sirvió. Un marroquí agarró al niño, le separó de un brusco tirón del cuerpo del anciano de la chilaba blanca, del que no se había soltado, y lo llevó hacia la ventana. Van der Waals lo vio, y fue tras él. El mayor alzó al pequeño para que se colara por la ventana. Mientras le empujaba por el culo, Van der Waals agarró con una mano la pierna del pequeño, y de un brusco tirón lo metió dentro. El moro se volvió. El flamenco le dio un cabezazo en la nariz, y le rajó el cuello con el cuchillo. El moro se arrodilló llevándose las manos a la garganta, por donde la vida se le escapaba a borbotones, en un tardío intento por protegerse, o baldío por detener la hemorragia. El cabo primero ya no se preocupó de él: aún sujetaba por una pierna al niño, que se revolvía como una lagartija y chillaba desesperadamente, pidiendo clemencia o profiriendo insultos, imposible saberlo. Intentando sobreponerse a la confusión, José gritó para impedir el infanticidio, y dio un paso hacia el flamenco. Perales, que le había visto de reojo, le puso la zancadilla, y José perdió el equilibrio y cayó sobre los pufs y almohadones. Al hacerlo, quedó al descubierto el segundo niño, del que José viera antes de empezar la batalla su manita. Impotente, como en cámara lenta, José fue espectador de la cruel sonrisa del cabo primero y del avance de su machete. El flamenco cosió a puñaladas al primer niño, que no tendría más de doce años, y después, con absoluto desprecio, igual que si se tratara de una alimaña, arrojó brutalmente su cuerpo inerte contra una pared. Le recogió por los tobillos, como si fuera el mango de un bate, y reventó su cabeza haciéndola chocar contra la misma pared. Acto seguido, en medio de aquella atroz

orgía, no contento todavía, Van der Waals se abalanzó sobre el cadáver, y le sacó los ojos con el machete. La luz de la ventana iluminó el aterrorizado rostro del niño que había quedado descubierto, y que no había emitido ningún sonido, José creía que por el terror, pero ahora sabía la causa: espantado, reconoció a Ahmed, a pesar de que el horror desfigurara su rostro. Van der Waals vio al niño, y su siniestra sonrisa se amplió. Arrojó los ojos del otro al suelo, se limpió la mano sanguinolenta en la pernera del pantalón, y avanzó hacia su nuevo objetivo. Instintivamente, los ojos de Ahmed buscaron los de José, y ambos se miraron durante un brevísimo pero eterno instante, en el que José tuvo tiempo de dar gracias a Dios por estar enmascarado, y rezar para no ser reconocido. El teniente, Blanc, levemente herido en un brazo, y Tuhami, con un corte poco profundo en la cara, remataban a batazos a los tres moros que antes opusieran resistencia, con la misma saña que si se tratara de gatos encerrados en un saco. Tampoco para Ahmed habría piedad. José se incorporó, agarró un bate que había en el suelo, y antes de que el belga llegara a tocar a Ahmed, le golpeó con todas sus fuerzas en las costillas. El bate se rompió con un crujido, y el cabo primero cayó al suelo. José asió al crío por el cuello de la camisa, vio de soslayo a Blanc y a Vega marcando las caras de los marroquíes a los que acababan de apalear, y sacó a Ahmed por la ventana. El niño cayó a cuatro patas sobre el polvoriento suelo del poblado, se levantó con presteza, y despavorido corrió a refugiarse lejos de allí. Cuando José se volvió, apenas tuvo tiempo de ver al teniente y cómo un bate describía un arco cuyo extremo había de ser su cabeza. Se ladeó y se protegió como pudo con un brazo. El golpe le derribó sobre el cuerpo de un moro, la sangre le bañó la cara, debajo del verdugo y en las partes que éste no cubría, cejas y ojos, y sintió un doloroso calambre en el brazo. Se escucharon unas detonaciones de cetme, y los gritos de alerta del Japi y Carcelén.

¡Vienen más! ¡Retirada!

Los cuatro legionarios, todos con manchas de sangre y polvo, salieron en tropel, Tuhami y Blanc cargando con Van der Waals, abandonando a José. Antes de salir del todo, desde el umbral, el teniente apuntó con su pistola hacia José, e hizo fuego hasta agotar la munición. Un proyectil silbó junto a su oreja y dio en la pared, y otro en el cuerpo exánime del moro que había a su lado. Un tercer tiro le rozó un brazo, produciéndole una pequeña herida superficial que le escoció como una quemadura. El teniente salió, sin comprobar siquiera el resultado de sus disparos. Por un momento, José tuvo la sensación de que el silencio se había apoderado de la choza, pero no era así. Enseguida empezó a oír los débiles lamentos de dentro y estridentes lelilíes de fuera que sin duda habían estado rasgando el aire desde que empezara la salvaje contienda. Charcos de sangre, vasos, teteras, la mesa volcada, bates y alfanjes desperdigados, ayes y quejidos, *bismi Alá, bismi Alá*, ocho marroquíes adultos malheridos o muertos, varios mutilados, un niño atravesado por un machete siete veces, estampado contra una pared, vaciadas las cuencas oculares, el espectáculo era dantesco, la carnicería completa, y José sabía que, de no escapar, sería la próxima

víctima, se cebarían en él como hienas hambrientas y exasperadas, le harían pagar por todo aquello. Los lelíes de las mujeres del poblado, la pronta huida de sus compañeros, le advertían de que no tenía un segundo que perder. Atontado, se levantó, y oyó más disparos, y el ruido del motor de los coches. Por la ventana vio a dos marroquíes armados con carabinas esconderse tras una choza, se apartó rápidamente, y una bala penetró por el vano y fue a incrustarse en la pared opuesta. Avanzó hacia la puerta. Entonces entró Carcelén, seguido del Japi.

—¡Julio!

Entre los dos le sacaron a toda prisa y le montaron en el coche, que aguardaba con las puertas abiertas, el motor encendido y Tuhami al volante. Escucharon varias detonaciones. Un disparo de carabina rompió el espejo retrovisor.

—¡*Fi, fi!* —gritó uno de los cabileños.

Tuhami aceleró, y abandonaron a toda velocidad el aduar, las ruedas chirriando al tomar la curva, el coche inclinado, en pos de la nube de polvo que levantaba el vehículo de Van der Waals, Blanc, Perales y Vega.

Veintinueve

Tuhami, el Japi y José se desembarazaron de los pasamontañas. Únicamente el sargento continuó con el suyo, pero nadie reparó en ello. El corte en el pómulo, aún fresco, prestaba al magrebí un aspecto feroz. El Japi se volvió hacia atrás.

—¿Cómo te encuentras, chaval?

—Bien.

—Toma, ponte esto —le alcanzó un pañuelo para que restañara la brecha de la frente—. Vimos que no salías, esos cabrones iban a dejarte.

De pronto, con un bache un poco más brusco que los anteriores, el sargento se apoyó sobre José, desmayadamente. Éste advirtió que tenía los ojos semicerrados.

—Japi —dijo—. Mijo está herido.

Japijauer se volvió y palideció.

—¡Para! —le ordenó a Tuhami.

—¡Yo no paro, no paro!

Tuhami estaba aterrorizado. Quería poner cuantos más kilómetros de por medio entre ellos y el aduar, mejor, y cuanto más rápido, mejor que mejor. El Japi quitó el contacto del automóvil, que se caló. Tuhami frenó. José desembarazó al sargento del pasamontañas, que le dificultaba la respiración. El Japi bajó para observarle. Le desabotonó la camisa. Tenía dos orificios de entrada, uno en el pecho y otro en un costado.

—¿Es grave? —preguntó losé, a quien la angustia por la suerte de su amigo había liberado de todo dolor propio.

El Japi no contestó, aunque su expresión era elocuente. Cogió el paquete de cura individual y practicó al herido una cura urgente. Le desinfectó las dos heridas, le aplicó sendos vendajes, y, con la cantimplora, le ayudó a tragar un analgésico y un comprimido de sulfamida. El Japi subió de nuevo al asiento delantero. Tuhami, que se había limpiado su herida y se había puesto una gasa con esparadrapo, arrancó. El coche de los otros había cobrado una apreciable ventaja, y ya era sólo un puntito crema. El viaje de vuelta fue horrible. José no podía quitarse de la cabeza las imágenes de la carnicería, los golpes, los cuchillazos, los tiros a quemarropa, el niño retorciéndose como una lagartija sujeto por un tobillo por Van der Waals. El sargento se quejaba con cada bote, y el coche daba muchos. Y la mirada de Ahmed, asustada, interrogante, muda, la mirada de Ahmed se le había quedado clavada como un cruel dardo. José sabía que había salvado el pescuezo de pura chiripa, que la misión encomendada por el coronel al teniente Perales incluía que él no regresara jamás, y

que así habría sucedido, de no haber sido por la mala puntería del teniente y la acción de Mijo y el Japi. Había salido con vida de allí: también en el Infierno se producían milagros. El sargento mezclaba delirios y una triste cantinela.

—Ay, que de ésta no salgo...

Pararon para llenar el depósito con un bidón de gasolina. El sargento pidió agua, y el Japi le dio de su cantimplora.

—*Mectub, mectub* —repetía una y otra vez el magrebí—. *Mectub...*

José se atormentaba pensando que aquellos dos balazos los había recibido por acudir en su socorro. Se pinchó una rueda, y nuevamente hubieron de detenerse.

—¿Es grave de verdad? —preguntó José, mientras ayudaba al Japi a cambiarla.

—Ya lo oyes: de ésta no sale.

Durante un trozo del trayecto, el sargento creyó hallarse con aquella saharauí a la que había amado en el desierto. Pero pronto volvió a la dura realidad. Estaba recostado en las piernas de José, ya que se había recuperado plenamente del golpe que recibiera del teniente. La herida del brazo no revestía ninguna importancia, era poco más que una pequeña quemadura.

—¡Ay, mi hijo!, que de ésta no salgo... Que vosotros no lloráis, y si no lloráis vosotros, ¿quién va a llorar por mí? Que ella está muerta y enterrada en el desierto y mi madre también, ¿qué mujer llorará por mí?

Anocheecía, y si no fuera por el herido, el silencio viajaría dentro del coche, cuyos ocupantes se entregaban a sombríos pensamientos.

—¿Qué mujer llorará por mí? Qué triste irse del mundo sin que una mujer llore por tí...

José acercó sus labios al oído del sargento.

—La hija del coronel —susurró. Y luego, en un tono más alto, que oyeron también Tuhami y Japijauer, aunque, sin embargo, ahora se lo prometía a sí mismo—: ¡Yo le juro que la hija del coronel llorará por usted, mi sargento!

Llegaron a Melilla. Al poco, el sargento le hizo una débil seña para que se acercara. José pegó su oreja a los labios de Carcelén.

—El teniente... Quiso matarte, ¿verdad?

—Si —musitó José.

El viaje, no muy largo, se había hecho interminable. Cada minuto se había multiplicado por diez en el alma de los legionarios. José indicó a Tuhami que se desviara hacia la casa del coronel. Japijauer no protestó. Pensaba que el sargento iba a morir de cualquier manera, y no le parecía mal la idea de José, si eso consolaba en algo a su camarada. José bajó del coche, dominado por su insensato designio. Por suerte, la calle estaba solitaria: ningún civil deslizaba sus pies por las aceras, ninguna patrulla de vigilancia militar hacía resonar sus botas claveteadas contra el asfalto. Ayudado por Japijauer, José escaló hasta el primer balcón, y de allí al segundo, ya sin más ayuda que su propia destreza y fuerza. Había escapado del Infierno, en el que un milagro le había salvado, y entraba ahora en el cielo, en el que un diablo habitaba.

Porque ése era el coronel, porque ése era el inconfesable pecado de María: haber sido engendrada por un monstruo.

María, en su cuarto, no podía dormir. Oyó un ruido en el balcón, un tiesto que se rompía. Las cortinas, sacudidas por la brisa, se ondularon, temblorosas, y la hija del coronel sintió que aquel mismo temblor invadía su pecho.

—¿Eres tú, Julio?

El legionario saltó a la habitación. La luz de la calle le golpeaba en pleno rostro. Su aspecto era terrible: su cara y su ropa estaban manchadas de sangre y polvo, la camisa blanca estaba desgarrada en el brazo y en el cuello, una costra aún húmeda cubría parte de su ceja derecha y de la frente, y sus ojos despedían un brillo feroz. Mientras la miraba, pensó que si ella hubiera pronunciado cualquier otro nombre, cualquier nombre que no fuera el suyo falso, la habría matado allí mismo, con sus manos, la habría estrangulado con esas mismas manos con las que ahora la sujetaba por las sienes. María se asustó: era el retrato de un loco...

—¿Qué te sucede? Déjame, me haces daño...

El legionario, inflexible, fuera de sí, la sujetaba con la misma fuerza.

—Quiero que llores... Lloro...

—¿Por qué?

María, como hipnotizada, atrapada en un raro sueño de posesión y de locura, de pasión, no podía quitar sus ojos de los de José, que refulgían con una luz demente.

—Da igual... Lloro... Por mí, por ti, por tu padre... Por el coño de tu madre, del que nunca debiste haber salido... —el legionario hablaba bajo, pero con vehemencia—. ¡Lloro, o te mato, joder! ¡Lloro! ¡Lloraste por un perro, llora ahora por un hombre!

Tuvieron suerte: María lloró, pero no por nada de todo aquello, sino porque los dedos del histérico legionario, temblorosos, que no la habían soltado ni un instante, estimularon el nervio facial. María, alucinada, hechizada, paralizada, no lloró, pues, ni por miedo, ni por amor, ni porque supiera hacerlo; lloró por un acto reflejo, involuntario, desprovisto de verdadera emoción. Sus lágrimas mojaron los dedos del legionario, que la soltó.

—Te quiero, María —dijo, ya más calmado, mirándola como se miraría a alguien que estuviera en la distancia, como se miraría a una santa súbitamente aparecida—. Has llorado por mi sargento, que lo sepas —añadió, ya más cerca, ya viéndola a ella y no a una imagen inalcanzable.

Oyeron una puerta.

—¡Márchate! —le urgió ella.

El legionario retrocedió unos pasos sin dejar de mirarla, pasó una mano ante sus ojos como para rasgar un hilo invisible que le impidiera la marcha, y, roto ya ese vínculo, se volvió rápidamente, y salió al balcón. Se descolgó con agilidad, se agarró de los barrotes de la barandilla, saltó tras balancearse, y subió al coche, que le esperaba abajo. Ella corrió a verle marchar, desconcertada, inmersa en un extraño y

enfermizo sueño de amor.

El padre de María entró en el dormitorio, empuñando su nuevo juguete de bolsillo, el que le regalaran sus jefes y oficiales en su cincuenta aniversario, la Astra Firecat automática damasquinada en oro.

—¿Qué haces levantada? ¿Qué voces eran ésas?

—¿Voces? —María entró en el cuarto, y fingió sorprenderse—. Serían de la calle. Tenía calor y me asomé al balcón. Rompí un tiesto.

La hija del coronel, en la penumbra de la noche, con el camisón blanco pegado al cuerpo, a sus formas plenas, parecía una estatua griega. El padre apartó rápidamente la vista de esa imagen que tanto le turbaba.

—Tenía un presentimiento —dijo el coronel, acariciando la pistola, y salió al balcón—. Lástima que me haya equivocado... En fin, otra vez será...

El coronel, tras agarrar a su hija de los hombros, la estrechó contra sí, contacto que ella no rehuyó, y la besó. Ella apretó la boca, violentada, y la lengua del padre humedeció los labios de la hija. La mano del coronel se metió bajo los pliegues del camisón de la muchacha. María le empujó bruscamente, y le abofeteó.

—Como vuelvas a tocarme —los dientes le rechinaban de furia—, se lo cuento a todo el mundo...

Padre e hija se sostuvieron la mirada durante unos segundos. Después, el coronel le deseó las buenas noches y abandonó la habitación sin que ella le contestara. Agitada, todavía temblando, María tardó mucho en dormir.

Mil preguntas y temores rondaban en su cabeza, para los cuales solamente tenía una respuesta: amaba a Julio, y con él, en aquella finca, sería por fin feliz...

Treinta

José, nada más montar en el auto, en la parte delantera, pues ahora el Japi se había sentado con Carcelén, anunció, orgullosamente:

—La hija del coronel ha llorado por usted, mi sargento.

—Gracias... —suspiró Mijo.

Tuhami y Japijauer se habían puesto ya el uniforme legionario, y José hizo lo propio camino del Tercio. El Japi explicó a José que no iban a llevar al herido al hospital, ni tan siquiera al botiquín. José quiso saber por qué. Japijauer le explicó que Mijo iba a hacer que le estallara una granada bajo la barriga. Así no habría una investigación. Hablaban en susurros, al oído, José inclinado hacia el asiento posterior.

—Es mejor una investigación a que se muera —dijo él.

—Es que, a lo mejor, Mijo quiere morir, muchacho, y eso es lo que pasa. Y de paso, rendir un último servicio a la Legión...

José entendió, y ya no objetó nada. No se pronunciaron más palabras en el coche durante el trayecto.

En la residencia de suboficiales les esperaban los otros cuatro Hijos de la Noche, desprovistos ya de sus ropas civiles. El Japi y el teniente deliberaron durante medio minuto. El teniente sustituyó al volante a Tuhami, intercambió una mirada con José cargada de sobreentendidos, y con el automóvil rodearon el cuartel hasta que llegaron a un punto que sabían que no estaría vigilado. Bajaron. El teniente se fue en el coche. Entre el Japi y José llevaron al sargento donde los pinos, cerca de la estatua de Franco, donde se reunían a hablar, a fumar canutos, a escuchar la voz de letanía del almuédano: donde los pinos, donde su amistad se había ido fraguando, y entre ambos, cumpliendo su deseo de morir de verde, le pusieron el uniforme, sin que Mijo se quejara por los dolores. El sargento, recostado contra el tronco de un árbol, parecía sereno. El Japi, a sus espaldas, lloraba en silencio, un llanto doblemente triste porque carecía de lágrimas. Una figura se acercó por el camino de tierra y pizarra con celeridad y sigilo, y fue ganando en nitidez hasta convertirse en Perales. El Japi silbó, y el teniente se acercó hasta ellos. Traía una PO-3 y una ginebra.

—Gracias, mi teniente —dijo el sargento. Cogió la granada, y dio un trago de la botella.

—¿Quiere que me quede, sargento?

—Sí, mi teniente —próximo el final, Mijo gastaba sus últimas fuerzas—. No se preocupe, parecerá el accidente de un borracho —y dio otro trago de la botella—. Mi última voluntad es para usted, mi teniente. Pero antes, quiero despedirme de ellos.

El teniente estrechó su mano, y le saludó militarmente.

—Dios le bendiga, sargento.

Perales, respetuoso, se alejó unos metros. El viento silbaba entre los pinos, un burro rebuznaba, un perro ladraba en una garita. Era una noche cualquiera, una noche como tantas otras, que no pasaría a la historia, que pronto pertenecería al olvido.

—No llores, Japi —el Japi estaba detrás de él, justamente para que no le viera, pero Mijo le había sentido llorar—. Venid aquí los dos.

José y el Japi, éste con los ojos enrojecidos, y sorbiéndose los mocos como un chiquillo, se arrodillaron a su lado.

—Ésta es la última vez que bebemos juntos... —el sargento alzó la botella, tembloroso—. Por ellas, por las más bellas, por las del culo ancho y el cuello estrecho, por las que brindan sus labios desinteresadamente... —Carcelén, agotado, acortó el brindis—. Por ellas... ¿Por las mujeres?

—No —musitó el Japi, muy suavemente—. Por las botellas...

Bebieron los tres, uno tras otro.

—Bien —dijo el sargento—. Va a parecer que no tengo ganas de irme... Creí que nadie iba a llorarme, y me has llorado tú, Japi, y una mujer, la hija del coronel... ¿Y tú, Julio? ¿Tú no lloras?

José ya no pudo contenerse más.

—Sí, mi sargento, lo ha conseguido: yo también estoy llorando.

—Pues abrazadme.

El Japi y José le abrazaron.

—Vosotros sois la Legión —susurró el sargento—. Y ahora, avisad al teniente.

El Japi y José fueron a por el teniente.

—Teniente —dijo el Japi.

Perales, antes de ir con el sargento, aferró a José del hombro, clavándole sus dedos como garras, y le advirtió, dando la espalda al Japi, para no ser oído por éste:

—Lo que pasó en Bliuki, pasó en Bliuki, ¿entendido? ¿Has dicho algo?

José le quitó la mano del hombro.

—No.

—Más te vale. Si hablas, estás muerto, González.

El teniente le echó a un lado de mala manera, y con rápidos andares llegó hasta Mijo.

—Aquí estoy, sargento.

Mijo había desplegado la banderola en cuanto José y el Japi habían ido al encuentro de Perales. Cuando éste venía hacia él, había golpeado en el suelo con la granada, y se la había guardado disimuladamente bajo la camisa. Le quedaban pocos segundos.

—Abbrácame, teniente.

Perales, sin sospechar nada, se agachó para dar el postrer abrazo al herido. Mijo, con sus últimas energías, comprimió al oficial contra sí.

—Tú no eres un Hijo de la Noche —le susurró—. Tú eres un hijo de la gran puta...

El teniente, la expresión desencajada, intentó demasiado tarde deshacerse del suboficial. Mijo se abrazaba a él como un oso, y, además, el forcejeo no duró más de dos segundos. La explosión les separó, lanzando a cada uno hacia un lado.

El Japi y José acudieron corriendo. Mijo, cadáver ya, tenía el pecho y la barriga reventados. El aspecto era atroz. La misma suerte había corrido Perales. Japijauer y José se miraron.

—Lo ha hecho por mí —dijo José—. El teniente quiso matarme en Bliuki.

Se encendieron algunos focos y luces y se oyeron voces de la guardia por todo el cuartel. Pronto llegaron varios legionarios del retén.

—Ya se casó con ella —dijo el Japi, alzando al sargento en brazos.

Entre otros dos levantaron el cadáver del teniente. Uno de ellos se quitó la camisa verde, y rodeó con ella el tronco del oficial, para evitar que las vísceras se salieran. José fue al barracón, y acalló las preguntas y suposiciones diciendo que al sargento Carcelén y al teniente Perales les había estallado una granada. Le pidió al Tranqui su pequeño transistor. El cabo y el suboficial de semana restablecieron rápidamente el silencio.

—Hombre —susurró Sánchez—. Enchufado... A ti sí te dieron permiso, ¿eh?

José no contestó. El Tranqui sacó la pequeña radio de la taquilla y se la entregó.

—¿Quieres que te acompañe?

—Si quieres —dijo José.

Se escabulleron por una ventana, con la radio y una botella de whisky que guardaba el Tranqui, y fueron donde la chatarra. Pusieron la música muy bajito. José sentía que todo aquello le estaba machacando, la espantosa masacre, la bestialidad, los ojos extirpados, que el coronel estaba consiguiendo si no matarle, si aniquilarle, apretando cada vez más las tuercas, aumentando la presión. El sacrificio de Mijo, su último acto para protegerle, y para despedirse de una vida en la que ya no veía suficientes compensaciones, le emocionaba, pero también le consternaba. Demasiado impresionad para asimilar todo aquello, consideraba, sin embargo, que el sargento se había ido haciendo justicia.

La Virgen del Pecado atraía la desgracia sobre aquellos que la rodeaban. Creyó que la música y el whisky le ayudarían a olvidar sus penas, pero sólo contribuyeron a aumentar sus ganas de llorar. Las hebillas y arandelas, tintineando en el alambre, producían, más que nunca una música de muertos y cementerio.

La callada compañía del Tranqui le hizo bien.

Treinta y uno

El sargento y el teniente fueron enterrados con honores militares dos días después. María asistió a la ceremonia, pero no tuvieron ocasión de hablarse. Al día siguiente, un miércoles, el coronel mandó llamar a José, Estaba reunido en la Sala de Juntas, en el fuerte de Cabrerizas Altas, organizando, con sus jefes, aquello de lo que no se dejaba de hablar en el cuartel: el fusilamiento, el viernes, del Oxidado. En el patio del fuerte se cruzó con el cabo primero Van der Waals, que le dedicó una mirada malévola, provocadora. Pasó de largo sin prestarle atención y llamó a la Sala de Juntas.

—A la orden de usía, mi coronel, ¿da su permiso?

—Adelante.

José entró en la Sala de Juntas. En la alargada mesa, de madera recia y noble, vieja y oscura aunque reluciente por el barniz, se sentaban diez hombres, entre comandantes y tenientes coronel. En la cabecera, presidiendo la reunión, sentado en la magnífica silla que había sido la del puesto de mando de Tauima, igualmente brillante y oscura, y cuyo respaldo todo era una talla del águila con la corona ducal, se hallaba el padre de María.

—Caballero legionario González Blanco —comenzó el coronel—. En poco tiempo se han producido aquí varios hechos funestos, inusuales. Han muerto un sargento y un teniente por accidente y otro sargento por asesinato, aquí mismo, en el Tercio. El teniente Perales era amigo de mi hija, pero no es momento de lamentarse por cuestiones personales —y al decir esto, el coronel clavó en José su mirada de diamante azul. José casi le admiraba: después de todo lo que había pasado, tenía la sangre fría o el coraje de recibirle delante de otros, de impartirle lecciones—. Un legionario fue cobardemente asesinado en Melilla... ¡Todos ellos han abrazado ya al Cristo de la Buena Muerte, al de Mena, al que quemaron los rojos en su primera fogata anticlerical, once de mayo del 31! —se exaltó momentáneamente, para calmarse con la misma celeridad—. De esto es de lo que hablará todo el mundo, y no del bravo legionario que él me pasado murió arrollado por el autobús del que intentaba salvar a un niño, ni de las constantes y generosas donaciones de sangre de nuestros hombres, la Legión es Medalla de Oro de Donantes de la Cruz Roja Española, que tanta vidas salva, y eso poca gente lo sabe...

Mientras el coronel hablaba, José le miraba con dureza, dureza que podría ser tomada por marcialidad, o por firmeza de carácter. Tampoco se hablará de Muley el pastor, pensaba José, que quería que sus pensamientos e superpusieran a las palabras

de su enemigo montaran sobre ellas, las dominaran, en una lucha mental de cuya existencia únicamente él podía tener noticia. Tampoco nadie hablará del hermano o primo de Ahmed, ni del loco con la cabeza reventada, ni de los otros, ni de que usted y el extinto teniente Perales han querido la muerte de un legionario inocente, porque su hija se ha enamorado de él...

—Si hay una pelea en la que participa un legionario, las autoridades civiles, en cambio, protestan airadamente —prosiguió el coronel—. Y gracias a ese clima, es por lo que hay que abandonar el Ifni, y mañana caerá el Sahara... Si el Generalísimo no estuviera ya tan mayor... ¿Y luego, qué? ¿Pasado mañana, Melilla? ¿Melilla, que como el Sahara nunca fue marroquí? ¿Y la siguiente ficha del dominó, Las Canarias? ¿Así hasta Madrid?

El padre de María descargó un puñetazo en la mesa. Miraba furioso a José, como si éste tuviera alguna culpa de la inminente pérdida del Ifni.

—Pero el motivo por el que le he mandado llamar es otro... —el coronel resultaba más amenazador cuando hablaba tranquilamente, cuando la furia de sus ojos era azul y fría—. He dispuesto que usted integre parte del pelotón de ejecución de Bravo Correa... Estará formado por veteranos y por usted, en representación de los incorporados más recientemente. Puede retirarse.

—A la orden de usía, mi coronel.

José dio un taconazo y se giró. Tenía ya la mano en el picaporte, cuando la voz de su jefe le detuvo.

—Yo no soy injusto... A cambio de este ingrato servicio, tendrá cinco días de permiso en Semana Santa, para ir a ver a sus padres y visitar sus ricas posesiones... Ya he dado instrucciones al cabo primero Van der Waals para que le deje libre de servicio esos días...

—Gracias, mi coronel.

—Y otra cosa... Los legionarios somos legionarios porque no pedimos una vida feliz, sino la gracia de una muerte digna, y cualquier muerte por arma lo es, incluso ante un pelotón de ejecución... ¿Usted qué desea, legionario? —el padre de María le interrogaba con las palabras y le penetraba con su mirada de acero, inflexible, de ángulos agudos, matemática.

—Yo las dos cosas, mi coronel —respondió José, con aplomo—, y si es posible, primero la vida feliz y después la muerte digna.

Con la frase preceptiva y el taconazo, José abandonó la Sala de Juntas.

¿Qué era una muerte digna? ¿Lo habría sido en la choza de Yusuf, de tres disparos a traición? ¿Lo sería la del Oxidado ante el pelotón de fusilamiento? ¿Acaso la de Muley, en aquel ruinoso almacén? ¿La que, quizá, preparaba Van der Waals mientras él sentía la frialdad de la hoja avanzando en sus entrañas? ¿La del guallete apuñalado y estrellado contra la pared? No, la única muerte digna de la que él había sido testigo había sido la del sargento abrazado al teniente, una muerte que algunos despreciarían, pero que él agradecía de todo corazón, aunque habría preferido que

Mijo continuara vivo, a su lado. ¿Y una vida feliz? ¿Qué era una vida feliz?

Una vida feliz era una vida con María, lejos de allí y lejos de El Mesto, lejos del coronel. Una vida feliz era una vida que no tenía un lugar concreto en la borrosa geografía de su imaginación...

Treinta y dos

La víspera del ajusticiamiento del Oxidao había hablado por teléfono con María. Aunque aquella noche tenía servicio de armas, el fin de semana libraba, y ella había preparado ya la escapada a Nador. Al parecer, el coronel se había creído que iría con Margarita. Esa perspectiva era lo único que había animado a José aquellos días, en los que, después de las comidas, solía dolerle la tripa y sufrir diarrea, por la tensión nerviosa. A veces tenía ganas de vomitar, y sentía el estómago encogido.

En la garita, a solas, fumaba un cigarrillo del primer paquete que había comprado en su vida. El sargento Carcelén estaba muerto y enterrado, el Japi era una sombra de lo que fuera antes, la gallardía del teniente Perales había quedado reducida a una obscenidad de vísceras vistas. La vida no valía gran cosa, era imposible no perderla, y cuando se perdía ya no se podía recuperar. Él mismo iba a disparar sobre un hombre. Serían varios, sí, y se trataba de un fusilamiento legal, de acuerdo, pero él dispararía. En realidad, eso no le preocupaba demasiado: eran otros los hierros que le atormentaban. Pronto vería a sus padres, ¿qué les contaría? Nada. Y vería, seguramente, a Julio y a Mercedes. Ya nada sentía por Mercedes. Iba lista si creía que Julio pensaba casarse con ella. También ella se lo había buscado. En cuanto a su amigo, no le guardaba rencor. El tonto había sido él, por haber creído que podrían ser amigos. No lo eran, no lo habían sido nunca: o sí, de niños, cuando está permitido soñar y tener ideales, cuando no hay que decidir nada, cuando ya se intuye que las diferencias se harán más profundas en el futuro, pero todavía nada cuesta decir que nosotros las destruiremos. Mas no, son las diferencias las que nos destruyen a nosotros, las que se imponen, las que nos cambian. En el fondo, Julio casi le inspiraba lástima.

Sobre el barrio musulmán, que describía una media luna, destacaba el Reina Regente, que según Sánchez se parecía a la Torre del Oro de Sevilla. Una línea de cañas delataba el curso del río de Oro. José fumaba un cigarrillo. Cualquier día se podría producir un nuevo accidente, y tenerle a él de protagonista. El cabo primero Van der Waals, o el propio coronel, en un ataque de celos y cólera, de enajenación transitoria. Tenía que salir de allí. Pero María le despreciaría cuando supiera la verdad. ¿Ella, que deseaba brillo social y ropa cara, casarse con el hijo de unos guardeses de una finca de un pueblo perdido de Huelva? Y sin ella, la vida no valía la pena. No había vuelta atrás. El coronel podía sospechar e incluso insinuar todo lo que quisiera: ¿qué importaba? Él había engañado a todos menos a Carcelén, y debía proseguir con el engaño. Llegó el relevo. José dio una última calada y aplastó la

colilla con el tacón de la bota de tres hebillas. Muchas de las horas en el cuartel se habían convertido en horas de suplicio.

Cuántas cosas se habían roto en él...

En el poco tiempo que pudo dormir en el cuerpo de guardia, tuvo un sueño agitado, que interrumpió el toque de corneta. El amanecer fue destemplado. El Tercio estaba formado ya ante el campo de tiro de la I Bandera cuando llegó el Ford-K con el piquete y el reo. Habían pasado veinticuatro horas en capilla juntos, salvo José, por la guardia.

Con las manos esposadas, erguido, el pelo rojizo al uno tan corto que se hacía bien visible una alargada cicatriz en la base del cráneo, escoltado por los hombres que habían de fusilarle, el Oxidao fue hacia el lugar en el que había de entregar su alma. Al llegar a la altura de la bandera nacional pidió al teniente que le quitara las esposas para abrazarla por última vez. El silencio, absoluto, sólo era quebrado de vez en cuando por el chillido de alguna gaviota. Cuatro integrantes de la Liga de Mujeres Cristianas oraban moviendo los labios y sin emitir ningún sonido. El condenado besó la enseña nacional. Los seis tiradores, entre los que se encontraba José, se hallaban ya alineados, con el cargador corto colocado en los cetmes. Uno de ellos, no se sabía cuál, contenía balas de fogueo. El Oxidao se negó a que le vendaran los ojos.

—Por favor, camaradas —dijo—. Despedíos de mí de uno en uno, antes de disparar.

El teniente accedió, y los legionarios, entre los que se hallaban Blanc y Vega, además de José, abrazaron al reo, que dio a sus amigos algunos objetos personales. José, que hasta ese momento le había despreciado, por asesino, experimentó una fuerte emoción, y mientras abrazaba al Oxidao, a ese hombre al que apenas le quedaban unos minutos de vida, sintió que todos los hombres merecían un respeto, o al menos, el beneficio de la duda. El teniente, cohibido, se había mantenido aparte.

—¿Usted no quiere, mi teniente?

El jefe del pelotón se abrazó al condenado. Permanecieron unidos un buen rato. José oyó el sonido de dos chopos al chocar contra el suelo: en la formación, dos legionarios se habían desmayado. Cuando el teniente se separó, el Oxidao miró a sus compañeros.

—Camaradas —dijo—. Pido perdón por haber matado a un compañero. Que él me perdone, y que se haya ido con Dios. Apuntadme bien. ¡Viva la Legión!

—¡Viva! —contestaron todos aquellos que fueron capaces de hacerlo.

El Oxidao empezó a rezar mientras el teniente impartía las órdenes pertinentes.

—Padre Nuestro, que estás en los Cielos, santificado sea tu Nombre...

—Apunten... ¡Armas!

José, como los demás, puso al condenado bajo su punto de mira. Le dio por pensar en cómo sería aquella mujer que había traído al Oxidao por la calle de la amargura. ¿Cómo habrían sido sus abrazos, sus besos? A lo mejor, muy parecidos a los de María... Pero, probablemente, aquello no era sino una excusa, una válvula de

escape para su índole violenta e irracional.

—Venga a nosotros tu reino. Hágase tu voluntad, así...

Un instante antes de la última orden, de apretar el gatillo, la vista se le nubló a José, y su imaginación hizo que el reo de muerte se convirtiera en Van der Waals. Pero fue sólo un instante.

—...en la tierra como en el...

—¡Fuego!

José disparó, apuntando al corazón. El Oxidado voló hacia atrás como un muñeco, rodó un metro, y quedó inerte. El teniente se acercó con la pistola desenfundada, dispuesto a darle el tiro de gracia. El teniente médico, inclinado sobre el reo, tomándole el pulso, indicó que no era necesario. Un silencio inmenso se apoderó del lugar, hasta que, a los pocos segundos, los mandos lo rompieron con sus órdenes. A pesar de tener la conciencia tranquila, José habría preferido hallarse muy lejos de allí.

Treinta y tres

Entre el polvo ocre y la tierra sedienta, frente a la cafetería Miramar, justo pasada la frontera por Beni-Anzar, varios taxis aguardaban a que algunos clientes llegaran a un acuerdo para compartirlos, entretenidos por la música mora de la radio. Sentados en el bordillo, una niña y un niño ofrecían su mercancía viva, tortugas y galápagos. Subieron a uno de los taxis, un viejo Mercedes, y dijeron al conductor una única palabra: Nador...

María iba alegre por la escapada. La muerte del teniente Perales, Fernando, no parecía haberle afectado excesivamente. El legionario, en cambio, no podía evitar recordar el fin de semana anterior, la otra escapada, el infierno. Nador era un sueño que los Hijos de la Noche habían convertido en una pesadilla...

A los pies del Gurugú se desplegaba horizontalmente una polvareda, producida por una cantera de gravilla, según le explicó ella, que le daba una apariencia fantasmagórica. Pasaron sin ningún contratiempo un par de controles con policías de uniformes grises o azules. Fueron al hotel Rif, mejor que el Ryad. Estaba pegado al mar y a un club con piscina, tenis y jardín. Tomaron una habitación como si fueran un matrimonio, y, al contrario de lo que habría sucedido en cualquier establecimiento de categoría equivalente de Melilla, no les pidieron el libro de familia. Subieron y dejaron el equipaje, escaso. Él se duchó, ella lo había hecho en su casa. Había traído un libro policiaco, que leía tumbada en la cama mientras él se aseaba. Presumía de haber leído casi todos los premios Planeta, y la colección Jazmín prácticamente entera.

—Si no fuera la hija del coronel, me harías el mismo caso que un gato rijoso a una gata frígida —dijo, para picarle, cuando él salió del baño.

—¿Que no te hago caso? —le arrebató el libro, que dejó en la mesita de la habitación—. Te voy a hacer tanto caso que no vas a tener tiempo de tocar ese libro en lo que queda de fin de semana.

Y, casi por cumplir, se echó sobre ella, que se resistió.

—Aparta, Mosca.

Pero pronto les entraron a los dos verdaderas ganas, y se desnudaron entre caricias y besos. María se subió encima del legionario. Él la miró. Movía la cabeza y sonreía, con los ojos cerrados y una expresión de placer y felicidad. Perales había muerto, había muerto sin gozar jamás de aquella visión, y él estaba vivo, follando... Había una rara justicia en todo aquello, pensó el legionario en la habitación del Rif, con sus manos en las caderas de María, dejándose hacer, ella sobre él, los ojos

cerrados, la expresión viajera: huyendo de El Mesto y de Mercedes, había acabado en Melilla, o en Nador, en los brazos de María. Creyendo escapar del amor, lo había encontrado.

Los dos se corrieron a la vez.

—¿Qué dicen los legionarios de mí? —preguntó ella, tras permanecer un rato perezosamente entrelazados.

Él recordó las ofensivas palabras del teniente y de Blanc en la playa, pero no quiso estropear aquel momento tan perfecto al lado de María, herirla, y dijo:

—La hija del coronel, la más bella del cuartel.

Mercedes montada en *Carbón*, despreciándole, y él marchándose, despechado, furioso, huyendo sin saberlo hacia María, montada en *Harina*, las dos muchachas, el caballo negro y la yegua blanca, había una rara simetría, una rara justicia en todo ello, el sargento abrazando al teniente con la granada bajo la camisa, la espoleta accionada, había una misteriosa justicia en todo aquello, era un círculo, que había empezado en El Mesto y se cerraba en aquella habitación del Rif de Nador, en aquella pensión de Melilla, en aquellos inconfesables azotes en el trasero... José, como el corredor inexperto, alzaba los brazos mucho antes de haber rebasado la meta.

Dieron una vuelta por el jardín. En un desnivel, un aspensor había formado un charco, sobre la hierba gruesa, basta, de briznas duras y cortantes. Cerca de allí, dos sapos se apareaban, el macho encima de la hembra. Se acercaron, creyendo que no iban a escapar. Pero los sapos lo hicieron, a saltos, sin separarse.

—Ésos sí que están compenetrados, ¿eh, Hueso?

Caminaron luego por el paseo marítimo, jalonado por banderas marroquíes, rojas con la estrella verde, el anillo salomónico. Unos chiquillos pretendían pescar un calamar, cercano a la orilla, entre rocas y algas. Contaban para ello con una caña hecha por ellos mismos, y un pececillo como cebo. María y el legionario les observaron un rato, divertidos. El calamar resultó ser un alga. Almorzaron en el hotel, porque María no se fiaba de los restaurantes y bares callejeros. En una mesa apartada, un anciano tocado con un *tarbuch* comía con dos mujeres mucho más jóvenes que él.

—Los viejos ricos compran en las aldeas a mujeres jóvenes por tres mil duros —comentó ella—, vírgenes. Y si una no lo es, le meten la cabeza en un saco y la matan a palos.

A José eso le sonaba a cuentos de viejas, pero no dijo nada. Por la tarde tomaron unas cervezas, y se tumbaron al solecito, en un rincón del jardín del club, y así pasaron algunas horas, cogidos de la mano, hablando de cosas intrascendentes. Un avión dejaba una estela rosa en el cielo azul lechoso del atardecer.

—Parecen espermatozoides... O la cabellera de un ángel...

Él no dijo nada. Nunca había visto un espermatozoide, ni la cabellera de un ángel.

—Qué tarde maravillosa —dijo María perezosamente. El legionario parecía mudo—. Quiero que la noche se llene de estrellas...

Estaba algo ebria, la cerveza siempre se le subía a la cabeza, la suave brisa de la

tarde ondulaba sus cabellos y sus cabellos acariciaban sus mejillas, y la hija del coronel, tumbada en la hierba, mirando el cielo y oliendo la proximidad del mar, se sentía plena y feliz.

—Qué tarde maravillosa —volvió a decir—. Que nos vaya bonito, mi rey, que nos vaya feliz...

Él estaba ensimismado, absorto. Habría deseado compartir con ella sus temores y preocupaciones, sus recientes experiencias, pero no sabía cómo: su padre estaba implicado, y era demasiado horrible. Ella le notaba más callado todavía que de costumbre, pero como se mostraba cariñoso, no le concedía mayor importancia.

Por la noche, en la habitación, se abrazaron y se besaron. Abrieron el minibar. Las botellas estaban cubiertas de polvo, como si llevaran una eternidad allí, sin que nadie las tocara ni repusiera, condenadas a siglos de inutilidad y abandono.

—Qué bar más pobretón —observó María—, En los detalles así se ve la calidad de un hotel.

—No te quejes, Hueso —dijo él—. Yo voy a tomar un whiskito con Coca-Cola, ¿y tú?

Ante su sorpresa, ella contestó:

—Un vodka con limón.

Abrieron las botellitas con la mano, y los refrescos con el abrebotellas encadenado a la nevera. Bebieron y brindaron, por ellos y por las buenas horas.

—Por momentos como éste, mi niña...

La hija del coronel se desvestía siempre muy lentamente, y a él eso le encantaba, porque era como si estuviera soñando. Lo primero que se quitaba eran los pendientes, con mucha delicadeza, con todo el tiempo del mundo, como si fuera inmortal, como si no conociera el miedo a envejecer. Y después, siempre con parsimonia, el resto. Había en su desnudez femenina y pálida algo puro y sagrado, aunque también perturbador. Hicieron el amor en silencio. No corría una gota de aire, y una fosforescencia de gata brillaba en los ojos de María. La humedad, el calor y el sexo habían cubierto de sudor las sábanas y los cuerpos. Él se asomó a la ventana, a la noche en calma. Ella, en la cama, con las piernas impudicamente separadas, le mostraba el coño.

—Mira —le dijo.

Él no quiso mirar. Le recordaba una herida abierta.

—Yo soy así, yo también soy eso. ¿Qué vergüenza tienes? ¿Por qué no me miras? ¿Te doy miedo?

—No.

El legionario evitaba mirarla a ella, miraba la noche, el Mediterráneo, el paseo marítimo. En un cielo lechoso, algo rosa, la luna estaba suspendida, difuminada, turbia, velada por una nubosidad ligera y uniforme. Y con todo, era una noche clarísima, de mucha luz, en la que no corría una gota de aire.

—¿Asco?

—Tampoco.

—¿Entonces?

Él se imaginó su sexo abierto, húmedo y peludo, rojo y carnoso, extraño, repulsivo y atractivo a la vez.

—Di, ¿entonces?

—Porque eres la hija del coronel —acertó a decir.

—¿Le odias?

El legionario tardó unos segundos en responder.

—Sí —dijo mirando todavía por la ventana—. Le odio. Aquí he aprendido a odiar.

—Pues si le odias, humíllale... Haz algo que si él lo viera se muriera de vergüenza... y de celos... Móntame...

Ella se dio la vuelta, sumisa, y se puso sobre el lecho a cuatro patas, como una yegua o como una perra. El legionario se acercó a la cama.

—Yo también le odio... —dijo María—. Dime cosas, no te calles... Dime qué soy...

Él se puso sobre ella. Le restregaba el pene en la espalda, la golpeaba con él en la grupa, como si fuera una corta fusta.

—Toma, toma polla, puta...

Dejaba que de su cabeza salieran los pensamientos que siempre reprimía. Ojalá el coronel la viera, ojalá lo viera algún día... El legionario se asustaba de sí mismo, temía estar volviéndose loco, y sin embargo, no se contenía, se dejaba llevar.

—Sí, soy una zorra... Una perra...

Ella respiraba entrecortadamente, gemía, mientras él se masturbaba.

—¿Alguna vez te tocó el teniente, guarra?

—Nunca...

Ella movió la cabeza a un lado y a otro, como una yegua que quisiera espantar las moscas con sus crines.

—Júralo, zorra...

Y cuando la llamaba zorra y guarra, y puta, lo decía reconcentradamente, despreciándola, sintiéndolo de verdad, y no solamente como un juego.

—Te lo juro...

—El teniente era un hijo de puta... Dilo... ¡Que lo digas, zorra! —el legionario le dio un azote en las ancas, y ella gimió de placer.

—El teniente era un cabrón... —hablaba entre ronquidos, como si la voz le saliera de lo más profundo, del pecho, de las entrañas—. Un hijo de puta...

Él eyaculó, y con una mano le esparció el semen que había caído en su espalda.

—Sí, sí... Mójame con tu leche...

Se abrazaron. Él se sentía más solo que nunca: jamás la había necesitado tanto y jamás había sentido tanto horror de sí mismo. Conocerla era su único consuelo, y sin embargo, conocerla había sido el principio de su auténtica desgracia. Antes había

creído saber qué era el amor, pero se equivocaba. Antes había creído saber qué era el dolor, pero también se equivocaba. Ahora había visto de cerca la atrocidad del mal, en los demás y en él. Él siempre se había creído fuerte y puro. Ahora sabía que no lo era tanto, que su resistencia tenía un límite, y que ese límite estaba mucho más próximo de lo que jamás habría pensado.

Treinta y cuatro

El se colaba por las rendijas de la persiana del Rif. Ella se levantó, recordando aún el sueño: José montaba en *Harina*, y ella iba en la grupa, agarrada a él. La yegua galopaba con tal suavidad que parecía deslizarse, volar, no tocar el suelo, el viento silbaba en sus oídos y ante ella desfilaba un idílico paisaje de pastos y encinas, reses bravas y ríos, cigüeñas y torcaces. Cuando despertó, una sensación de felicidad la embargaba. Desnuda, comenzó a bailar en la penumbra, abrazándose a sí misma y sorteando las manchas claras de luz que el sol matinal dibujaba en la alfombra y en el suelo. Sus pies se desplazaban con gracia, y el aire tibio de la habitación la acariciaba. Todo lo que yo tengo ahora es amor, pensó. Él se incorporó.

—Ven —dijo.

Ella obedeció. Él la mordió en el hombro, en el cuello... Inmediatamente, a ella se le ponía la piel de gallina en las piernas, en la caderas. José pensó que era demasiado fácil, demasiado mecánico, como accionar un resorte infalible, pero esa piel de gallina sólo le duraba uno pocos segundos, si no recibía otros estímulos. Ahí estaba la gracia, el reto, en mantenerla, pensó él... María le mojó en sus labios los dedos para que la masturbara, para que le frotara el clítoris sin lastimarla.

—No hace falta que metas el dedo... —le dijo.

Ella, a la vez, le hacía una paja a él.

—Dime qué soy —le dijo María—. Dime qué soy...

—Eres...

—Dímelo... Dímelo, Julio...

—Eres...

Mientras se masturbaban mutuamente, mientras se aproximaban al abismo del goce, al legionario, por primera vez, le dolió intensamente en el alma que María le llamara Julio y no por su verdadero nombre. Era él quien estaba allí, físicamente, pero era otro para quien la hija del coronel reservaba aquellas intimidades. Y la culpa era suya, de José, no de ella...

—Eres una...

El legionario se corrió. Fue incapaz de llamarle puta o perra, por mucho que ella se lo pidiera. Sólo fue capaz de decir lo que sentía, lo que en aquel momento le salía de dentro:

—Te quiero... —articuló, en el último espasmo del amor.

Estuvieron un rato remoloneando en la cama, antes de decidirse a ducharse y dar una vuelta. El legionario era consciente de la contradicción en la que vivía. Estaba

con ella, en Nador, gracias al robo de la furrielería. Ese robo era el que le había obligado a participar en la expedición con los Hijos de la Noche. Ese robo había sido, a la voz, la llave del Cielo y del Infierno. Y María, una santa, una *cherifa*, era también pura ambigüedad: era la Virgen del Pecado, una ramera de una pureza que le conmovía, le transformaba, le conmocionaba. Seis mil calas, ése era el precio que había tenido que pagar por todo aquello, por destapar la ferocidad y la abyección y por saborear las mieles de la redención...

Nador...

María, recordando el sueño, le sometió a un pequeño interrogatorio, y el legionario no pudo eludirlo, aunque procuró no extenderse en detalles, para acortarlo en lo posible.

—¿Y las fincas, las tenéis de hace mucho tiempo?

—La grande, de siempre. La segunda, La Garrocha, es de hace diez años. Mi padre se la compró a uno de Madrid, y con lo que sacó de corcho el primer año, la pagó.

—¿Y las vacas bravas son peligrosas?

—Sólo cuando están recién paridas.

—¿Y son muy grandes?

—Más pequeñas que las mansas.

Eso pareció desilusionarla un poquito.

—Hace cinco años, cuando vinimos aquí —contó María, tras un silencio—, yo y mi pandilla íbamos al Gurugú, y buscábamos pollos de halcón peregrino... Los vendíamos para cetrería...

Fueron al zoco, lugar de paz. Había muchísimos puestos, en la plaza y en los dos pisos, y en los alrededores, con mercancías variadísimas, pero aunque mucha gente curioseaba y miraba, casi nadie compraba. Por suerte para el legionario, María no mostró interés verdadero por nada. Él le compró unos frasquitos de *kohol* de colores, para que adornaran su cuarto. Un pequeño gasto que se podía permitir. También, aprovechando que ella miraba unos bolsos de cuero repujado, compró una botellita de whisky y vodka como las del minibar del hotel, para reponerlas: saldría más barato. Pasearon luego por la calle principal de Nador, en la que abundaban igualmente los puestos callejeros y las tiendas. Pasaron ante el Hotel Assad, una pensionzucha entre un cafetín y una ferretería del marco de cuya puerta colgaban cestos.

—¿Y te quejabas del Rif, Hueso? Pues si llegamos a ir al Assad...

—Ahí no me habrías metido, Mosca, que bastante tuve ya con la pensión de Melilla... y con el establo del cuartel... Hay que reconocer que vamos subiendo de nivel, la próxima será tu cortijo, ¿no? —y como él pusiera una cara un poco rara—: Para seguir subiendo, digo.

Pero él no la escuchaba. Algo al otro lado de la calle recababa su atención. María siguió la mirada, y vio a Ahmed, el niño mudo, que les miraba como fascinado, paralizado. Después miró al legionario: parecía atrapado en un mismo sueño, la

expresión intensa o doliente, los músculos agarrotados, hipnotizado. Al fin, el legionario fue capaz de dar un paso.

—¡Ah, Ahmed! ¡Ashi, ashí Ahmed!

Pero el niño, al contrario que en todas las demás ocasiones de que ella había sido testigo, se dio la vuelta y echó a correr, huyendo. Dubitativo, José avanzó dos pasos en su dirección, pero Ahmed, más decidido, se perdía ya entre la gente, doblaba por una callejuela. José, olvidándose de su compañera, se lanzó a la carrera, desesperado. Tenía que hablar con él, tenía que explicarle, lo necesitaba, Ahmed tenía que recordar que él le había salvado la vida, que él no había participado en la exterminación de parte de su familia, tenía que comprenderlo, tenía que abrazarle, suplicarle, darle todo el dinero que le quedaba, ya eran demasiadas cargas, y aquélla era una de las más pesadas e inmerecidas... Desesperado, el legionario chocó con un hombre, que le increpó, pero pasó de largo, dobló por la callejuela por la que lo había hecho Ahmed, eligió otra, por instinto, y se encontró en una calle mucho menos transitada, en la que no había rastro del niño. Afligido, descorazonado, José volvió con María, que le esperaba sorprendida. Una espina terrible, dolorosa, se había clavado en su pecho con la crueldad de la inocencia, el arrepentimiento y la nostalgia. Ahmed, a pesar del pasamontañas, le había reconocido en Bliuki.

—¿Qué pasaba?

El legionario se encogió de hombros.

—No sé. Le he perdido.

—Estos turcos, ¿ves? Ya te lo decía yo, son unos desagradecidos. Cría cuervos y te sacarán...

José, con un movimiento rápido y feroz, agarró del hombro a María, que, asustada, no había podido terminar la frase.

Los ojos del legionario brillaban como afiladas espadas bajo el sol de la batalla, y la hija del coronel tuvo miedo.

—Es a él a quien casi se los sacan...

—¿Qué dices? —balbuceó ella, sin entender—. ¿Qué has dicho?

Él aflojó la presión de sus dedos, y volvió a la calma.

—Perdóname —pidió la hija del coronel.

El legionario no dijo nada, y siguieron caminando. Su acceso de furia preocupaba a María: por primera vez había temido realmente ser golpeada. ¿Qué había hecho ella? Nunca más diría nada contra Ahmed, aunque tuviera razón...

Había tiendas con sacos llenos de maíz, comino, judías, *henna*, cacahuètes, especias diversas, frascos con lagartos disecados. Para almorzar, compraron un pan, que mezclaron con aceitunas negras, verdes y rosas o moradas, con diferentes aliños. El legionario había dicho, para convencerla:

—En mi finca a veces como esto, con los jornaleros... Es comida de pobres, pero es buena y sienta bien... Y tú tendrás que comerla de vez en cuando, para que no se sientan despreciados...

Así, él ahorra, no sólo para ellos mismos, sino quizá, también, para el desdichado Ahmed. Porque la próxima vez, si es que el niño volvía a Melilla, reaccionaría más rápido, le alcanzaría, le explicaría, le abrazaría y, ahora lo sabía, lloraría con él.

José había intuido, mientras corría tras el guallete, tras su querido Ahmed, que los fuertes dependen de los débiles con la misma y extrema necesidad que los débiles de los fuertes...

Fueron después a un bulevar, y se sentaron en un café con mesas exteriores, pues el pan con aceitunas les había suscitado sed. Pidieron un par de botellas de Crush, grandes, de 36 centilitros, de grueso cristal, y unos té de menta, y ahí estuvieron un rato, viendo discurrir el tiempo, viendo pasar a la gente, a un viejo con una bicicleta y un cajón en el que transportaba una balanza y unos pescaditos, a una vieja loca —la *Aixa kandisha*, se había burlado ella— vestida con una *kandora* repitiendo *inch-Alá, inch-Alá*, a hombres y mujeres, jóvenes y viejos. Él, casi inesperadamente, se puso a hablar, como si necesitara desahogarse y ya no pudiera aguantar más.

—¿Sabes? El otro día, en el cuartel, a un reclutón se le cayó el chopo haciendo orden cerrado. El suboficial que les instruía le dijo que eso era sagrado, y le golpeó con el cetme en la cara. Le rompió la mandíbula. Y como si no hubiera pasado nada.

—¿Sabes? —dijo ella—. El otro día, en el Bonanit, hubo una pelea entre civiles. A uno le partieron una botella en la cara, y se la rajaron. Fue por piropear a una chica.

—¿Sabes? El otro día, en el cuartel, le estalló una granada a un sargento y a un teniente, y murieron los dos. El sargento era mi único amigo. El teniente era mi enemigo.

—Lo siento —dijo ella, poniéndole una mano en el muslo. Y tras un momento de silencio—: ¿Tu enemigo? Qué exagerado eres, es cierto que no le caías muy bien, pero era por mí.

El legionario, sorprendido por la ligereza con la que ella despachaba aquella rivalidad, estuvo tentado de contarle más, pero Perales estaba muerto y ya nada de lo que hubiera hecho o intentado importaba. Van der Waals sacando los ojos a un niño, Ahmed escapando por la ventana... No, mejor que ella no supiera de aquellas atrocidades, mejor que su mundo sensible y femenino estuviera protegido, a salvo de las crueldades que él se había visto obligado a presenciar y de las que el coronel era, en gran medida, responsable...

—¿Sabes? —dijo ella, al cabo de una breve pausa—. Están ampliando el Rusadir, y el otro día un albañil se cayó de un andamio y se abrió la cabeza.

Él entendió que ella no estaba muy dispuesta a escuchar sus quejas, sus críticas, y que éstas sólo tendrían fuerza si le contaba lo de la tortura, los ojos vaciados, los cojones en la boca de Muley, la cabeza reventada del loco, el niño estrellado contra la pared, su certeza de que entre Perales y el coronel, con la ayuda de Van der Waals, habían urdido un plan para matarle, plan que, por el momento, había fallado. Pero él carecía de pruebas, y además, al fin y a la postre, era en cierto modo culpable: había

participado en aquellos desmanes, no se había rebelado. Se había mantenido aparte, sí, pero desde dentro, a medias. Había sido, en fin, un cobarde valiente, o un valiente cobarde. Inesperadamente, el que María mostrara un desapego tan grande por el teniente le abatía, le descorazonaba. ¿Tan escaso andaba el mundo de afecto y cariño? Aunque Perales hubiera sido un canalla, no lo había sido con ella, al menos en su presencia. ¿Cuánto tiempo tardaría en olvidar, si se produjera, su muerte? Si la aflicción por el fallecimiento del teniente le había durado tres días, ¿cuánto le duraría por el de él? ¿Tres semanas, un mes? Estaba a punto de derrumbarse. Tenía ganas de llorar, pero hacía grandes esfuerzos por controlarse. Imaginaba que, de hacerlo, la hija del coronel le juzgaría débil, y le despreciaría. Aun así, notó que sus ojos estaban brillantes, húmedos. Y dijo:

—¿Sabes? Una vez, en el campo, a un jornalero le dijeron que su mujer acababa de parir a un niño, que estaba sano, y casi simultáneamente, el capataz le anunció que le despedían. El hombre se echó a llorar, de alegría y también de incertidumbre y temor a la vez.

Ella le miró con dulzura, y dijo:

—Sé.

Y de alguna forma, él sintió que ella le había entendido. Fueron luego al paseo marítimo. El azul del cielo y del mar, la brisa suave y el olor de la sal, los estómagos llenos, una maravillosa paz se había apoderado de ellos, y ambos, cada uno a su manera, se sintieron plenamente dichosos y reconfortados. Pagaron el hotel. A él le quedaba aún algo de dinero, pero propuso volver en autobús: así podrían tomar algo en el Bonanit, antes de que él retornara al cuartel. Ella le miró un instante. No sabía cómo tomarse esa miseria. Sus otros pretendientes habrían tenido dinero de sobra para el taxi, el Bonanit, y además cenar en el restaurante más caro de Melilla, si a ella se le hubiera antojado. Pero había decidido quererle, o mejor, ya le quería, sin cortapisas y sin ningún tipo de decisión voluntaria, porque sí, porque la vida y las circunstancias deciden por nosotros.

—Vale, en bus.

Regresaron, pues, en autobús, como moros pobres, miserables. Al Bonanit fueron en taxi, tras llamar a Margarita, a quien María rogó que se presentara, para no aparecer sin ella y con José, por si se encontraban con alguien. Su amiga accedió una vez más. Los tres entraron juntos.

El Bonanit era una sala de fiestas con multitud de espejos y decorada en tonos dorados y rojos. Charlaron un rato en la barra, donde pidieron tres refrescos. Margarita les dijo que aquel fin de semana había habido más legionarios que de costumbre, porque el local al que solían ir, el Matjuba, estaba cerrado. Un conocido de Margarita se acercó, y ellos quedaron libres. Salieron a la pista de baile, una canción lenta. Bailaron agarrados, tensos, ella dispuesta a darle un guantazo como le pusiera la mano en un sitio *inapropiado*.

—Que te conozco, Mosca... Las manos quietecitas, que aquí hay mucha gente

mirando y luego se lo cotillean a mi padre...

El legionario la miraba burlón, y a la vez con deseo, y María disfrutaba del momento, de que tuviera que andarse con ojo, de que ella le pudiera parar los pies, de que ella conservara, por así decirlo, la sartén por el mango, el dominio de la situación, el irrenunciable privilegio de entregarle su cuerpo exclusivamente en el lugar y el momento que ella eligiera. Y cuando la mano del legionario se deslizaba un poco más arriba o un poco más abajo de las costillas...

—¡Eh, quieto parado ahí, Mosca! ¡Ni un centímetro más!

Cuando acabó la canción, dejaron de bailar, y se sentaron a la mesa en la que estaba Margarita con el amigo.

—María —dijo Margarita—. Ricardo me acaba de contar que tu padre le contó ayer que *Harina* ha muerto... Ya le he explicado que como estuvimos en Nador, no lo sabíamos... Lo siento.

María se echó a llorar. Quiso saber cómo había sido. Una enfermedad fulminante. El veterinario había dicho que no podría salvarse. El domingo por la mañana el mismo coronel había sacrificado a la yegua de un disparo.

Abrazada al legionario, María sollozaba. En realidad, no lloraba sólo por la yegua: lloraba por la vida, por el mundo en general, lloraba también, quizá, por el teniente Perales, y desde luego, por ella y por su padre y por José. Lloraba tanto que terminó por contagiarle. O mejor, lloraba tanto que le permitió a él llorar también, como había deseado hacerlo en la terraza de Nador, mientras tomaban el Crush de naranja y el té. Y aunque él tenía tantos motivos como ella, lloraba un poco menos: era como si, al igual que le ocurría en El Mesto, se tuviera que contentar con las sobras.

Treinta y cinco

Tal como le había sido prometido, José gozaba de un permiso de cinco días. Había llamado a sus padres para anunciarles su llegada, y la conversación, con el pretexto de que se le acababan las monedas, había sido corta. En el cuartel no había tenido ningún problema. Él y Van der Waals se habían evitado recíprocamente, no había visto al coronel, y Perales criaba malvas en la Almudena de Madrid, en el mausoleo de su familia. José había quedado en recoger a María en su casa, exigencia paterna, para luego ir a bañarse a la cala de la Trápana. El miércoles la había telefoneado, para saber si María iba a ir a Huelva con él.

—No me ha dejado —le había dicho ella.

José debió de suspirar, aliviado, pues ella añadió:

—¿Te alegras?

—¿Alegrarme? —había contraatacado él—, ¿Estás tonta, Hueso? ¿Cómo iba a alegrarme?

Pero claro que se había alegrado. Aunque consciente de que la situación no podía mantenerse inmutable eternamente, José no sabía por dónde romperla, y dejaba, así, que pasara el tiempo, que fluyera el río, que decidiera el destino. Vestido de paseo, con el petate al hombro, José se presentó en casa del coronel. María le recibió. Estaba muy guapa, y transmitía optimismo y seguridad.

—Adelante —oyó la voz del coronel.

El padre de María le recibió con aparente amabilidad. Estaba en su despacho, que él no conocía. Había varias fotografías de la madre de María, en diversos portafotos o enmarcadas, colgando de la pared. Sobre una mesa reposaban un par de tazas, una cafetera, mermelada, mantequilla y unas tostadas. *El Alcázar* y *La Voz de Melilla* estaban doblados en dos, sobre la misma mesa.

—A la orden de usía, mi coronel.

—Déjate de tratamientos —repuso cordialmente su Jefe—, María, ¿has hecho el recado?

—Todavía no.

—Pues venga, que luego te olvidas.

María sonrió a José.

—Son cinco minutos, no más.

El coronel y José quedaron solos. José guardaba silencio, a la expectativa. En una repisa, a la vista, estaba la pistola damasquinada en oro. No le gustaba nada estar en presencia del padre de María sin ésta delante. Y por otra parte, ¿qué podía temer, en

su propia casa? En realidad, nada. El coronel miraba por la ventana, en silencio, con las manos cogidas detrás de la espalda.

—¿Quieres café? —habló sin volverse.

—No, mi coronel —dijo José.

—¿No quieres café? —el coronel se volvió lentamente, y clavó en él su mirada fría, zarca, muy poco amistosa: lo más que conseguía con él, al menos sin la presencia de su hija, era no ponerse a chillar—, ¡Camaradas, arriba Falange Española! —y no por mucho tiempo. Lo imprevisto del grito sobresaltó a José, aunque enseguida recuperó la calma—. Doce de julio del 36, maniobras de la Legión en Llano Amarillo, en los cedros centenarios de Ketama, ahí se fraguó el alzamiento nacional que luego empezó días después en Melilla, muy cerca de donde estamos ahora... Pero mi instinto raras veces me falla: siempre supe que tú no querías café.

José no contestaba. El coronel estaba loco, y dijera lo que dijera, sería empeorar las cosas, excitarle más. José, mientras enfrentaba la mirada de su superior, deseaba que llegara María.

—Yo ya no tengo el empuje sagrado de los años mozos... ¡Pero conservo la sangre sagrada! —el padre de María dio un puñetazo sobre los periódicos, y las tazas temblaron—. Hace tiempo, en unas maniobras, cuando hubo un accidente de un camión, con siete heridos y dos muertos, todos los legionarios se ofrecieron a donar su sangre... ¡En la Legión, la sangre es de todos! Y por eso es sagrada... ¿Sabe usted cuál es la única batalla en la que hay que dejarse vencer?

El padre de María le taladraba con la broca de su mirada azul. A José le recordaba el hangar de la maquinaria de El Mesto, el techo de uralita turquesa, traslúcida, como vidrieras de catedral. Pero mientras que aquella luz le serenaba, la que despedían los ojos de su superior le llenaba de inquietud. Incapaz de prolongar el silencio, de resistirlo, habló. Pero la prudencia que únicamente le abandonaba cuando la obsesión por María se hacía más acuciante, le hizo vestir de pregunta su respuesta:

—¿En el amor, mi coronel?

—¿En el amor? —el coronel, pareció buscar la respuesta en el infinito. Y súbitamente cansado, condescendiente, ya mirándole de nuevo, añadió—: Jamás hay que dejarse vencer, González, como en Numancia... Jamás, nunca hay que rendirse, y menos en el amor...

El coronel cogió su *debúsh*, que estaba junto a la repisa, y con la punta señaló una maqueta, en la que se veía a varios legionarios luchando con cabileños, intentando rescatar el cuerpo de su jefe, mortalmente herido.

—Al mando de la I, II y IV Banderas, el teniente coronel Valenzuela, Jefe de la Legión, murió de un disparo en el pecho y otro en la cabeza, protegiendo el convoy a Tizzi-Asa. El barranco de Iguermisen, tumba de héroes, cinco de junio de 1923... — José pensó que el coronel se agarraba obsesivamente a las fechas, como un caminante herido a las estacas que marcan un probable camino—. Ahí le tienes, a Valenzuela, muriendo gloriosamente, junto con ocho camilleros y todos los miembros de su

escolta, que también murieron en cumplimiento del credo legionario... No, nunca hay que rendirse, hay que buscar la muerte gloriosa que nos haga inmortales... Y tampoco en el amor... Jamás en el amor...

El coronel se volvió, con el bastón en la mano. José estaba en tensión, alerta, a la espera de cualquier acción: un insulto, una amable oferta de desayunar, un bastonazo que le señalara el rostro.

—Mi hija es demasiado joven para abandonar a su padre —dijo.

Pero José sabía que no hablaba con un padre, sino con un hombre enamorado y desquiciado.

—Es mayor de edad, mi coronel.

—Tú no eres para mi hija, un legionario reclutón...

—Puedo llegar a capitán —dijo José, inocentemente, o puede que desafiante, impertinente.

—Capitán... —el coronel exhaló aire despectivamente por la nariz—, ¡La hija de un coronel tiene que casarse con un militar de carrera, porque tiene que ser viuda de un general! Pero yo estoy tranquilo, González: cuando María se entere de que usted es un pelagatos, le despreciará... Y eso va a ser muy pronto...

—Eso no va a ser nunca, porque es mentira —replicó José con dureza.

Oyeron unos pasos en la escalera, y la puerta que se abría. María entró en el despacho.

—Toma, papá —le dio una caja envuelta en papel de regalo—. ¿Qué es? Pesa muy poco, ¿es para mí?

—No —dijo el coronel, cuyo semblante había recuperado la expresión amable y serena del inicio de la entrevista—. Es para el caballero legionario González Blanco. Antes de coger el barco, trae aquí a mi hija, ¿de acuerdo?

—De acuerdo, mi coronel —respondió José.

El coronel se quedó mirando por la ventana, al infinito.

—Entonces —dijo—, deja aquí el petate, no cargues con él... Idos...

María y el legionario salieron de la casa sin esperar a que se lo repitieran.

Treinta y seis

Confuso, chapoteando en un mar de dudas, sin saber si tenía que sincerarse con María, mostrar sus cartas, reconocer que era el hijo de los guardeses, que su nombre era José y no Julio, pues entonces seguramente la perdería para siempre, el legionario bajaba las escaleras delante de ella, con menor velocidad de la que habría deseado. María quería tomar un helado, antes de ir a bañarse. No tenían mucho tiempo, y aunque anteriormente habían estado alguna vez semanas sin verse, y José sólo se iba por unos días, el hecho de que fuera a la península, y de permiso, confería a aquella cita un carácter especial, de separación y despedida. En la heladería, atendía una mora guapa y maciza.

—¿Me da un helado de vainilla? —pidió un niño que iba antes que ellos.

—¿Te da igual si te lo vendo?

Mientras la muchacha servía sus helados, José la miraba abstraído, pensando en Nora, sintiendo lástima de Nora, obligada a llevar una existencia horrible, rastrera, cuando habría merecido algo mejor, un empleo decente, una vida más limpia, como aquella muchacha a la que ahora pagaba, no por prestarle su cuerpo durante un rato, sino por darle unos helados... ¿Y María, que ahora lamía el suyo con la inconsciente felicidad de una niña? El legionario comprendía que también ella merecía otra vida que la que había tenido hasta el momento... Todos los que estaban a este lado de la raya lo merecían: Mijo, ella, sus padres... ¿Y él? Él también...

Fueron a la calita de la Trápana, y bajaron por donde la primera vez. Ahora, a la luz del día, les fue más sencillo. El mar estaba algo revuelto, de un azul intenso. Mientras descendían vieron asomada, enríe las piedras de la muralla, una víbora amarillenta, con un dibujo negro. El legionario le lanzó una pedrada, y el reptil se escondió. Hubo un momento en el que tuvieron que meterse en el agua para continuar el avance. Se descalzaron. José se arremangó los pantalones, y María se subió la falda. Un marroquí delgado, pero con la caja torácica muy desarrollada, armado de un arpón, se tiró al agua, treinta o cuarenta metros más allá, y desapareció.

—Cuando el mar está revuelto es cuando más se pesca —comentó ella—. Me han contado que en dos horas pueden pescar hasta veinte meros y que se sumergen treinta metros...

En una de las rocas batidas por las olas, el mar había dejado quince o veinte trapos de diferentes colores, que parecían bikinis y pañuelos de chicas que se hubieran desnudado para bañarse, pero solamente estaban ellos y, allá, apareciendo y desapareciendo, y dejando sus capturas en una cesta sobre una roca que emergía

enmedio de las aguas, el pescador. Un tablón con una grapa de hierro oxidado, mecido por las olas, hacía pensar en un naufragio. El mar dejaba unas veces la cala llena de basura, y en otras la limpiaba. La última ocasión en que se había enardecido la había limpiado de desperdicios. Sólo la gran cueva de la cala, bajo el caserío de la ciudadela, estaba sucia. María y el legionario se quitaron la ropa. Ambos llevaban puesto, debajo, el bañador. En el hombro derecho de la hija del coronel había tres cardenales, las marcas de los dedos de José, de cuando la asiera con excesiva fuerza en Nador. Ella se dio cuenta de que el legionario se había fijado en los moratones, y apartó la vista, ruborizándose.

—No es nada —murmuró—. No te preocupes...

Se zambulleron en el agua. Estaba fría, y no duraron mucho.

—¿Sabes? —le dijo ella con una sonrisa, orgullosa, mientras salían—. Ya terminé el cursillo de enfermera, y para cuando vuelvas, a lo mejor ya me han dado el título de Dama de la Cruz Roja Española.

El sol, en cambio, calentaba, y era muy agradable. Para corresponder al regalo de la Conchita blanca, aquella primera ocasión en que habían bajado a la cala, Conchita que conservaba como un tesoro, el legionario escogió una caracola anaranjada, perfecta en su humildad, y se la ofreció.

—Gracias —dijo ella, y le besó. Y a pesar de la sal, sus labios le supieron a él a dulzura y a miel.

Se tumbaron un rato, compartiendo la toalla que ella había traído. La sombra de una gaviota planeó sobre la arena, o mejor, sobre las conchas, y al llegar a las rocas empezó a describir rapidísimos quiebros y requiebros, aunque en lo alto su vuelo seguía siendo igual de plácido. Así es la vida, pero al revés, pensó él, con los ojos cerrados. Qué tranquila parece esta mañana, pero mi vida y mi destino son como la sombra de esa gaviota que vuela vertiginosamente, a punto de estrellarse a cada momento...

—Mi padre... —empezó ella, pero se detuvo.

—Tu padre está loco —dijo él—. A veces creo que sería capaz de matar a alguien.

Había hablado porque no estaba seguro de querer escuchar. Tampoco ella estaba segura de querer hablar, pero dijo:

—Mi padre dice que no soy hija de él... Pero otras veces dice que sí lo soy... Que mi madre era una... eso... Y otras, que era una santa...

—¿Y tú qué crees?

María no respondió.

—¿Te has... acostado con él?

El legionario se atrevió a formular la pregunta que hacía tiempo le acosaba. Él había oído casos así en su pueblo. Incluso había alguno que se follaba vacas, y otro gallinas, o eso se decía... Una lágrima resbalaba por la mejilla de María. El legionario cogió su mano.

—Qué cosas dices... Ya me lo preguntaste una vez, ¿es que no te fías de mí? Cuéntame otra vez lo de tu finca, y lo de la boda de tu hermana, por favor...

Como una cruz, como un castigo divino, el legionario, que en otra ocasión, hacía siglos, en otros tiempos, en otra vida, pero en aquella misma calita, se divertiera mintiendo, empezó a hablar.

—Tiene cuatro baños y seis dormitorios, las bañeras son de mármol... Hay tres salones y dos comedores. En el salón principal, inmenso, con un techo artesonado de cinco metros de altura, hay una chimenea en la que se podría asar una vaquilla entera... Hay caballos y reses bravas, encinas, cultivos muy adelantados, técnicas modernísimas, maquinaria recién importada de Estados Unidos, y el agua del Guadiana es como un espejo en el que tu belleza encontraría justo reflejo...

Aquella misma frase, idéntica, se la había dicho una vez a otra chica...

—Allí seremos felices —siguió el legionario, ausente, sin querer mirar el rostro sereno, feliz y soñador, de María—, pero será solamente nuestra casa de campo, de descanso, porque viviremos en Madrid, cerca del Museo del Prado y del Retiro y del Jardín Botánico. Tendremos hijos, que crecerán sanos en el campo y sabios en la ciudad, y nadie podrá decirnos qué haremos o qué dejaremos de hacer...

Por encima de ellos, la sombra de otra gaviota pasó veloz como un suspiro, o como un mal presagio. El legionario calló. Sólo el mar, el chillido de algún ave, se oía ahora. Tenían que irse. Se levantaron y se vistieron.

—No nos dejamos nada, ¿no?

—Sólo un trocito de mi corazón —dijo él, sonriendo, y nunca una sonrisa le había costado tanto esfuerzo, y nunca había dicho una verdad más grande.

A ella la frase le pareció bonita, y no cursi.

Antes, mientras le escuchaba y una lágrima recorría su cara, salada por el mar, había decidido guardarse la caracola, que en un primer momento pensara tirar, y conservarla siempre, siempre, dulce sueño de amor...

Treinta y siete

El legionario acompañó a María a su casa. Tenía que recuperar el equipaje. No hablaron gran cosa. Sin atreverse a mentarlo, ambos presentían que una inminente y tal vez definitiva amenaza flotaba en el aire. ¿La caja que había traído María? ¿Y si contenía alguna droga, y el coronel, aprovechando su ausencia, se la había metido en el petate? María había comentado que apenas pesaba. El hachís podría pesar poco en una caja, pero mucho ante un tribunal... El coronel podría haber dado instrucciones de que, al llegar a Málaga, le registraran... Mientras caminaban, José decidió revisar el petate en el puerto, antes de embarcar.

El Jefe del Tercio le recibió con afabilidad. Le ofreció una copa de despedida, que José rehusó.

—Haces bien... En Smara, cuando se terminaba la ginebra hecha por ellos mismos, mis hombres bebían cubatas de Floid. Y aquí, ya habrás visto que el alcohol del botiquín se guarda bajo llave...

Estuvieron quince o veinte minutos de charla, insustancial, relajada, como si, por primera vez, formaran una familia bien avenida, dispuesta a formar un pequeño mundo feliz. Pero la calma era externa. José no sabía qué sería capaz de hacer si supiera a ciencia cierta, sin ningún género de dudas, que el padre se hubiera acostado con la hija. Y por eso, más que por la lágrima que resbalara por la mejilla de María, había optado por no interrogarla a fondo en la Trápana. Prefería albergar alguna duda, por pequeña que fuera.

—Estás perfecto, muchacho —el coronel le había mirado aprobatoriamente de arriba abajo—. Un legionario mal afeitado, desarreglado, desacredita a todo el cuerpo. Así que igual de presentable que ahora tienes que estar siempre, en la calle, en un bar, en el cuartel o en tu gran finca a la que algún día nos llevarás...

José observó que María, que en ese momento introducía en el petate una bolsa de plástico con su bañador, sonreía para sí, complacida. Nada era de una sola manera: él había advertido en las palabras del coronel una cruel ironía, y María, ciega a eso, imaginaba una estampa de felicidad... ¿Cómo era posible?

Llegó, al fin, el ansiado momento de salir de allí. El coronel estrechó su mano. Los dos hombres se miraron a los ojos, intentando adivinar qué se ocultaba tras los del oponente. María, candorosa o cándida, casi tonta de tan ingenua, creía que habían empezado a soplar vientos mejores. Pero no, no podía ser tan injusto: no era por estupidez, era porque necesitaba creerlo para continuar, para poder seguir adelante, para sobrevivir.

Cuando ella le acompañaba hacia la puerta, cuando estaba ya con la mano en el picaporte, el coronel le llamó.

—González, casi se me olvidaba... Venga a mi despacho, si es tan amable.

José dejó el petate en el suelo, cruzó el salón, y entró en el despacho con paso firme y seguro, el porte erguido: no quería dar ningún síntoma de debilidad. El coronel miraba por la ventana, con su característica postura, las manos cogidas detrás de la espalda. Se volvió.

—Coja la caja de encima de la mesa y el sobre. Es una misión especial —le guiñó un ojo—, o un favor personal, como prefiera. Entréguela a un suboficial en Puebla de Guzmán, en una pensión. Casi le pilla de camino. Es un buen hombre, ya le conocerá... En el sobre está la dirección y el dinero para un taxi, para que al menos la misión especial no le haga mella en el bolsillo. ¿Puedo contar con usted?

—Sí, mi coronel —dijo José, buscando la trampa, la cuerda que haría saltar el resorte, el follaje que cedería bajo sus pies.

—Gracias, caballero legionario. Puede retirarse.

El coronel se volvió. Otra vez miraba por la ventana. José habría dado un brazo por saber qué pensaba. Salió del despacho. María le esperaba en el salón. José abrió la caja. Estaba vacía. En el sobre, efectivamente, había una dirección y mil pesetas. Le enseñó a María la caja abierta y regresó al despacho, pero al ver que el coronel estaba hablando se detuvo en el umbral.

—En Tizzi-Azza, en 1922, los españoles se sorprendieron al ver que los harqueños, al cavar las trincheras, arrojaban hacia atrás la tierra, en lugar de hacerlo hacia delante... ¿Por qué lo harían? ¿Qué había en la cabeza de aquellos hombres? — José tuvo la sensación de que el coronel sabía que él estaba ahí, que se dirigía a él, aunque pareciera absorto, ensimismado, hablando solo—. Hacia delante les serviría de protección... María no es mi hija... Ella es mi mujer...

Nervioso, sin saber si aquello era pura maldad, extravío, fantasía de un perturbado, o la cruda realidad, José salió a toda prisa de la casa, sin ni siquiera atreverse a mirar a los ojos a María, que también había escuchado esas últimas palabras y que le seguía hasta las escaleras, con una súplica en sus labios.

—Sácame de aquí... Está mal de la cabeza...

El legionario se detuvo un momento, en mitad de la escalera. Todo él era un temblor, y los escalofríos le recorrían, se sucedían en su cuerpo y en sus extremidades como vibraciones en un cable tensado.

—¿O no puedes? ¿Es que es verdad lo que dice mi padre?

Ella se acercó, para besarle y abrazarle, pero él la apartó de sí bruscamente, y terminó de bajar las escaleras casi corriendo, seguido de la hija del coronel. María estaba dispuesta a confesar su gran pecado, su antigua relación incestuosa que tanto la mortificaba, estaba decidida a ofrecerse a Julio, a ser inmolada y repudiada y despreciada, a sacrificarlo todo por su amor, todo, incluida aquella vida regalada con la que durante tanto tiempo, como escape de su sórdida, secreta e inconfesable

realidad, había soñado, porque la Virgen del Pecado barruntaba ya que Julio era un impostor, que le había mentado, que su padre tenía razón en sus sospechas... Ella estaba dispuesta a abrir su corazón, y a aferrarse a su amor, y a unirse a Julio fuera quien fuese...

—Julio... No le hagas caso, está loco... Soy su hija... Es verdad que hace tres años...

Pero José ya no la escuchaba, y ganó la calle sin detenerse. No se llamaba Julio, no se llamaba Julio, y ella se había acostado con su padre... y él debería matarle... ¿Quiénes eran ellos? Dos desgraciados, una puta manchada y un impostor más pobre que una rata: cuando ambos se miraran frente a frente, se despreciarían...

María, ya fuera, rodeada de gente que iba y venía, desesperada, con lágrimas en los ojos, hubo de callarse, para no dar motivo de escándalo.

José se alejaba rápidamente, con el petate a la espalda y un peso de mil kilos y mil años sobre sus hombros. Tenía el tiempo justo para coger el barco, y cinco días para reflexionar. O eso creía, mientras se alejaba, mientras otra vez huía como un cobarde, incapaz de enfrentarse con María, de correr el velo y ver qué se escondía en la mirada de la Virgen del Pecado, incapaz igualmente de quitarse el verdugo y permitir que la hija del coronel viera su verdadero rostro.

Treinta y ocho

José no encontró nada ajeno en el interior del petate. Había decidido cumplir el encargo del coronel. La caja vacía despertaba su curiosidad. Para recomponer el rompecabezas, ya que al despedirse de María se había portado como un pusilánime, cuantas más piezas reuniera, mejor. No sabía a quién creer, si al padre o a la hija, y había temido que la hija, en lugar de desmentirlas, confirmara las morbosas palabras del padre. Porque, aunque en un primer momento creyera que existía una relación incestuosa, ahora, más calmado, pensaba que no debía precipitarse en sus conclusiones. Tuvo que coger un autobús y un taxi para ir de Málaga al pueblo huelveño en el que le esperaba el suboficial de la Legión. En cualquier caso, no se desviaba prácticamente nada: Puebla de Guzmán estaba a unos cuarenta kilómetros de El Mesto. Llegó a la pensión indicada hacia las siete de la tarde. En la recepción había una señora gorda y desaliñada, desagradable.

—¿Qué quiere?

—¿Se hospeda aquí un suboficial de la Legión?

Pero antes de que la recepcionista volviera a hacer uso de su voz cascada, bajaba por las escaleras Van der Waals, con sus andares pesados, de bestia de carga.

—Vaya, hombre, ¿me han ascendido sin saberlo?

Detrás de Van der Waals apareció Nora. Llevaba unas gafas oscuras, de cinco duros. José, que no se esperaba su presencia —la del belga no le había pillado tan desprevenido— supuso que quizá ocultara así la marca de algún golpe.

—¿No te alegras de verme, González?

—Traigo un recado de parte del coronel.

José sacó la caja vacía del petate, y se la entregó al cabo primero. Era imposible saber hacia dónde miraba Nora. Semejaba un animal herido, asustado. Todo en ella, su actitud, la rigidez de sus hombros, su inmovilidad, su silencio, inspiraba lástima.

—Puedo dejarte en tu finca.

—No es necesario, gracias.

—Bueno, tomemos algo, seguro que Nora está contenta de volver a verte. En el coche tengo un regalo del coronel para tus padres,

Salieron a la calle. José podría haberse despegado en ese momento, y entonces, quizás, su destino habría sido otro. Pero no, el destino es el destino precisamente por eso, porque nos atrapa con sus garras afiladas y fuertes y no nos suelta hasta cumplirse, no nos deja fugarnos, y para ello se vale de añagazas y de nuestras propias debilidades...

José, intrigado, quería saber qué sucedía con Nora, cuál era su situación, qué hacía allí, el porqué de su calamitoso aspecto y su aire desamparado... José quería saber, también, en qué consistía el misterioso regalo del coronel para sus padres. Y, en fin, y sobre todo, quería demostrar a Van der Waals y a sí mismo que no tenía miedo de nadie, que era un hombre como Dios manda, que fuera del cuartel nadie podría intimidarle, que el flamenco, en definitiva, no le producía ningún temor... Fueron a un bar, y tomaron unas copas. José bebió una por no discutir. Van der Waals le enseñó su pistola con el cargador lleno, aprovechando que Nora se había ido al baño, y la ocultó bajo la mesa, sin soltarla.

—No te maté en el moro, pero ahora tengo ganas. No te mato por órdenes del coronel. Las órdenes son ir a tu casa y saludar a tus padres. Misión especial de información. Te estoy apuntando a los cojones. El coronel me ha dado carta blanca, a cualquier precio. Y Nora dirá lo que yo diga, defensa propia, lo que sea...

Van der Waals farfullaba, estaba ya borracho y eso le hacía aún más peligroso y brutal. Nora regresó, y el belga continuó bebiendo cerveza, y contando algo del Inglés y de Tahití. José miraba a la muchacha, pero no veía sus ojos, tapados por las baratas gafas oscuras. Era como si estuviera muerta. A lo mejor había tomado somníferos o alguna otra droga. En una ocasión en la que el flamenco había ido a la barra para reclamar otra consumición, Nora agarró a José del brazo:

—Por favor, no t'vayas...

Pero José no podía irse así como así: Van der Waals cumpliría su amenaza, estaba deseoso de hacerlo. Había sido la única oportunidad en que la marroquí había dado muestras de estar viva y consciente. Van der Waals siguió emborrachándose. Lo peligroso de la situación, en lugar de amedrentar a José, le prestaba alas, le hacía sentirse más fuerte y más seguro. Era el duelo final, como en las películas de vaqueros que a él le gustaban, *Sólo ante el peligro*, *El hombre que mató a Liberty Valance*, y tantas otras. Si Van der Waals quería pelea, esta vez no huiría. En la calle, el belga le sujetó de un hombro.

—Si tú no me indicas camino, dos tiros y fuera. ¿Tú piensas que Nora te va a ayudar, a mí la Legión? —se rió—. No, mi chica dirá defensa propia, y yo libre como pajarito en dos días, y tú dos metros bajo tierra, también pajarito —volvió a reír. La borrachera hacía que hablara el español peor que en otras situaciones—. No es un secuestro, es una escolta... A los mariquitas como tú hay que protegerlos...

Subieron al coche del flamenco, un R-4, para ir a la finca de José. Nora se quitó las gafas de sol. Tenía un párpado amoratado. En la oscuridad, sus ojos brillaban como incrustaciones de mica. En el trayecto, cada kilómetro superado significaba un paso hacia el final, y eso, en vez de agobiar a José, le liberaba de un enorme peso. ¿Cuándo habría sospechado el coronel su verdadero origen? Seguramente desde el principio, como Mijo, aunque por otros motivos: por una mezcla de intuición y malsana esperanza... Seguramente, el belga había contado al padre de María el robo de la furrielería, y ese dato había acrecentado tales sospechas. La farsa descubierta,

María le desdeñaría. Y ésa no era la clase de duelo para la que se había estado preparando mentalmente. No era un enfrentamiento de un hombre con otro, a puñetazos, a navajazos, a mordiscos, a cabezazos, a lo que fuera, no. Era enfrentarse a la verdad de su origen miserable, a otro tipo de destino en el que la derrota podía ser más cruel que la propia muerte. Y luego, su vida en el cuartel sería un infierno. ¿Qué sentido tenía la vida?

—Es esa desviación, ahí, a la izquierda.

La pistola. Van der Waals la había guardado en la guantera. José imaginó que el flamenco, después de beber más de dos litros de cerveza, tendría ganas de orinar.

—Para, me estoy meando —dijo José.

Van der Waals detuvo el coche. Tal y como José había supuesto, el cabo primero era el que se estaba meando vivo. José espero a que bajara. Si su enemigo cogía la pistola, habría de buscar un palo o una piedra y atacarle por la espalda, mientras orinara. Si la olvidaba, todo resultaría más sencillo.

Aliviado, José vio que el belga, ebrio, bajaba del coche sin preocuparse del arma. La cogió, y comprobó que el cargador seguía lleno: no necesitaría las balas que había robado el día de las gaviotas. La montó, y al hacerlo, un cartucho salió expulsado. Notó a sus espaldas un estremecimiento, un escalofrío de miedo o inquietud.

—No es nada —dijo para tranquilizar a Nora—. Sólo divertirnos.

Se acercó al cabo primero, que estaba de espaldas. No se decidió a dispararle así. Incluso Van der Waals merecía morir de frente. Le rodeó para situarse de cara. El flamenco terminó de mear, se guardó la polla tatuada, y alzó la vista. Sólo se miraron durante un segundo. José disparó varias veces. Como no cayera, se acercó más y, sin mirar, le disparó a la frente. Más tarde, por el atestado, supo que uno de los disparos, el primero, le había fracturado la clavícula izquierda, produciendo un importante desgarró muscular en el trapecio. El segundo proyectil había atravesado la base del pulmón derecho y el diafragma, para quedar alojado en el hígado. El tercero, mortal, atravesó la pared torácica, el corazón y una porción de la aorta, provocando una importante hemorragia. En realidad, con ése hubiera bastado. El cuarto, el último, innecesario salvo para acelerar el resultado final, le había entrado por la frente y salido por la nuca, con pérdida de masa encefálica, causándole la muerte instantánea. Nora bajó del coche, y se acercó. Ella y José se miraron sin reconocerse. El párpado y el pómulos tumefactos y amoratados, su otrora bello rostro conquistado por la amargura y el desengaño... José, horrorizado, pensó que así acabaría él con María, maltratándola, convertido en un ser despreciable como Van der Waals, el rostro castigado de Nora muy bien podría ser el de María dentro de unos años, ¿acaso no había dejado ya la marca de sus dedos en su hombro? Aquella terrible pareja, Nora y Van der Waals, le hablaba a José de él y de la hija del coronel, como en el cuartel el viento y el ladrido del perro le habían hablado de él, el rostro de Nora le hablaba del abismo de perdición en el que ya había empezado a caer, y debía evitarlo, debía evitarlo ahora que aún estaba a tiempo. La marroquí se agachó sobre el cadáver, e

hizo algo que José nunca hubiera imaginado: se puso a gimotear. José no quería que nadie sufriera. Puso el cañón en la cabeza de la muchacha, y apretó el gatillo. Al hacerlo, sintió que libraba a María y a él mismo de una pesadilla mucho mayor aún que la que le había atrapado en aquellas últimas semanas. Arrastró los cadáveres hacia los chopos, y allí los dejó, semiocultos. Se desembarazó del arma, hundiéndola en un charco, y volvió al coche. Cogió de la guantera el regalo del coronel para sus padres. Era una caja. La abrió. Estaba vacía. Aquél era el último desprecio del coronel, pero a José ya nada podía herirle, pues ya había perdido. El coronel no se había rendido en el amor. Había jugado sus cartas hasta el final, baza tras baza. Era él quien se había rendido, era él quien no había sido capaz de soportar la presión física y psicológica a la que había sido sometido de una forma metódica y monstruosa. Subió al R-4, y condujo hacia el cortijo. Dejó el coche a cincuenta metros de la puerta, oculto a la vista, y entró andando, con el pesado petate a cuestas.

Treinta y nueve

José, como un merodeador, se acercó sin hacer ruido. No quería ver a nadie, sólo a sus padres. Lo último que querría sería toparse con Julio, o con los señores. Fue al centro del patio, arrancó la herradura de mula clavada a la palmera, y la arrojó con rabia lo más lejos que pudo. Después, miró por las ventanas de la modesta cocina. Las luces estaban apagadas, pero del salón llegaba una claridad. Tocó con los nudillos en la ventana, débilmente. Los lebreles se pusieron a ladrar. Apareció en la cocina una figura menuda, enjuta, encorvada. Era su madre. José, conteniendo las lágrimas, tocó otra vez. Su madre le miró, guiñando los ojos. Al fin le reconoció, y su rostro arrugado se iluminó. Corrió a abrir la puerta, tras dar unas voces hacia el salón.

Madre e hijo se abrazaron. La madre lloriqueaba. En ese instante, José tuvo clara conciencia del enorme precio que había estado pagando desde un principio al convertirse en un impostor, en un ser despreciable, en un hombre que renegaba de sus orígenes y en un hijo que se avergonzaba de sus padres.

—Ay, Pepín, Pepín de mi arma, benditos mis ojos...

—No llores, madre, que estoy bien... No llores...

El padre, mientras esperaba a que se separaran para abrazarle a su vez, prendió la luz. La madre y el hijo, por fin, se soltaron. El padre le abrazó.

—Estás como una roca, Pepe —dijo.

—Se hace lo que se puede, padre.

La madre le hizo, pese a sus protestas, una tortilla francesa con jamón serrano. Él dijo que estaba bien, pero muy cansado, y que necesitaba dormir. Mañana les contaría. Desvió la conversación hacia ellos y el campo, que, como siempre, iba mal, no había llovido lo suficiente. Sus padres, encontrándole extraño, tras las primeras evasivas, prefirieron esperar a que, mañana, él mismo quisiera contarles algo. José comió la tortilla, besó a su madre, y abrazó a su padre.

—Buenas noches, padres. Os quiero mucho.

Fue hacia el dormitorio. Antes de que saliera de la cocina, su madre, incapaz de contenerse, le detuvo.

—¿Pero cómo te va, hijo?

José se volvió. Reunió el poco orgullo que le restaba, y dijo, paladeando cada palabra y cada sílaba, el pecho hinchado:

—Me va de saltar y de pegar gritos, madre: soy el novio de la hija del coronel.

En su cuarto, que tantos recuerdos de infancia, de juegos con Julio y de miedos le traía, se desvistió, por única luz el débil resplandor de la luna que por la ventana

entraba. Era consciente de que había perdido todo. Sólo sus padres le quedaban, porque era lo único que de verdad había tenido, y sólo dolor les iba a proporcionar, cuando a la mañana se descubrieran el coche y los cadáveres. María, María había sido una gran mentira, un hermoso sueño de amor y pasión. Pero, reflexionó, la culpa había sido suya: se había atrevido a enfrentarse a la muerte, al teniente, al coronel, a Van der Waals, a todos, pero no a la vida, a su entorno, a María, sólo el coronel había ido hasta el final, hasta las últimas consecuencias, sólo el coronel no se había rendido. Y él, José, no había brindado a María la oportunidad que se merecía, desoyendo el consejo de Mijo: por amor, ve hasta el final... Ahora comprendía que él amaba a María de cualquier manera, fuera cierto o no que se hubiera acostado con su padre, fuera cierto o no que su padre no lo fuese en realidad. La amaba de cualquier manera, a muerte y a vida, desesperadamente, pero ya era tarde. Y, por primera vez, ahora que estaba dispuesto a aceptar el mayor pecado de la Virgen del Pecado, Camino de Verdad y Vida, sabía que ella le habría perdonado igualmente a él su pobreza, su origen humilde, otro delito del que, igual que ella de su culpa, de ese gran y vergonzoso pecado que arrastraba, era absolutamente inocente. Una vez totalmente desnudo, permaneció unos segundos de pie, completamente inmóvil y erguido, como un ciprés en un día de calma. Después, abrió el armario y se miró en el espejo resquebrajado, que le devolvía la imagen más exacta y fiel posible, la de un hombre dividido en dos, el alma partida por la mitad. Pensó en todos aquellos acontecimientos, en todos aquellos sentimientos y sueños, en su trayectoria en aquellos meses decisivos de su vida, en su huida de Mercedes para encontrar los brazos de María, en el caballo negro y en la yegua blanca. Pero no existía una rara justicia. Se negaba a aceptar eso, aunque, aparentemente, él hubiera tenido una oportunidad. El ciclo se había consumado sin su consentimiento, las garras del destino eran demasiado aceradas para un pobre mortal. No, no había una rara justicia en todo ello. Nada era justo. En el mundo sólo había desorden y fatalidad. Se puso unos calzoncillos limpios como pijama, pensando en Carcelén, en el Tercio, en Nora, en el coronel, en Bliuki, en Van der Waals, en el teniente Perales, y sobre todo, en la última vez que viera a Ahmed y en María, en María de su corazón, y en sus padres, ignorantes aún de la gran tragedia que al día siguiente amanecería entre los chopos. Terriblemente cansado, respiró, y se sintió liberado de todo aquello, invadido por primera vez en muchos meses por una enorme paz. El círculo se había cerrado como se cierran los círculos, en el mismo lugar en que se abren, en la finca, y no en Nador, como de forma tan optimista llegara en algún momento a creer. Si me condenan a muerte, será que me lo merezco, pensó.

Con la nota de amor que María le escribiera estando él en el pelotón, en la que le llamaba Julio y no José, debajo de la almohada, y con la Conchita que ella le regalara fuertemente apretada en un puño, reconfortado por su lecho y por el calor de la manta, el legionario cerró los ojos, y quiso dormir.



Martín Casariego Córdoba (Madrid, 1962) es un escritor español. Autor de más de una docena de novelas, también ha publicado guiones, cuentos infantiles, ensayo, relatos y artículos de prensa.

En esta última faceta ha colaborado en medios como Público, El Mundo, ABC Cultural y Diario 16, entre otros, como la revista literaria Letras Libres.

Su faceta de guionista ha ido paralela a la de novelista, así si en 1989 publicaba su novela *Qué te voy a contar* (Premio Tigre Juan), en 1991 junto con David Trueba y Emilio Martínez-Lázaro escribía *Amo tu cama rica*. En esta faceta ha colaborado con directores como Eduardo Menco, Antonio A. Farré, Miguel Santemas, Saura Medrano y Antonio del Real. La novela *Y decirte alguna estupidez, por ejemplo, te quiero* supuso un gran éxito editorial, ya que superó los 150.000 ejemplares vendidos y fue traducida a varios idiomas, además de ser llevada al cine. Es Licenciado en Historia del Arte por la Universidad Complutense de Madrid y ha sido profesor de guion de cine en la escuela de creación literaria de Hotel Kafka, Madrid. Disfrutó de una beca en la Academia Española en Roma durante el primer semestre de 2002. Su novela *La jauría y la niebla* (Algaida, 2009) recibió en octubre de 2008 el II Premio Ciudad de Logroño. El jurado que se lo concedió, presidido por Ana María Matute estuvo compuesto, además, por Manuel Hidalgo, Espido Freire, Rodrigo Fresán y Fernando Iwasaki. Posteriormente publicó *Un amigo así* (Planeta, 2013), en cuyo argumento se entrelazan el alpinismo, los periódicos, el fin de una época y la amistad. Su última novela publicada es *El juego sigue sin mí* (Siruela, 2015), ganadora del premio de Novela Café Gijón 2014.

Miembro de una familia asturiana de conocidos arquitectos y pintores, estudio en el liberal Colegio “Estudio” en Madrid. Es hermano de los escritores Pedro Casariego (1955-1993), Antón Casariego y Nicolás Casariego (1970) e hijo del pintor y arquitecto asturiano Pedro Casariego Hernández-Vaquero (1927-2002), figura clave de la arquitectura española en la segunda mitad del siglo XX.